BAJO EL SIGNO DE HIDALGO

•

DISCURSOS CIVICOS
Y PATRIOTICOS

•

A TRAVES DE LA HISTORIA
DE MEXICO

•

Por
Nemesio García Naranjo

•

TALLERES DE "EL PORVENIR"
MONTERREY, N. L.

1953

SUMARIO:

INTRODUCCION

- Portada 5
- México Prehistórico 25
- El Estudio de la Historia 31

EL PANEGIRICO DE LA RAZA

- La Proeza de Cristóbal Colón 47
- La Obra Creadora de España 55

LOS TITANES DE LA CONQUISTA

- Centenario de Cortés 69
- Homenaje a Cuauhtémoc 81

MEXICO COLONIAL

- El Milagro de las Flores 99
- En el Congreso Franciscano 103
- Bartolomé de las Casas 117
- La Décima Musa 131
- México Virreinal 139

LA EPOPEYA DE LA INDEPENDENCIA

- En Honor de los Héroes 163
- El Héroe de Cuautla 179
- El Uniforme de Morelos 187
- La Consumación de la Independencia 193
- La Colonia Española y el Año de Hidalgo 207

BOLIVAR Y MARTI

- En Honor de Bolívar 229
- El Hombre de América 233
- De Profundis 249
- El Poeta Libertador 261

MEXICO INDEPENDIENTE
En Honor de los Niños Héroes 279
El Verdadero Juárez 285
Ignacio Zaragoza 293
La Aventura de Napoleón III en México 303
La Epopeya del Dos de Abril 315
Porfirio Díaz 323
Los Héroes Olvidados 339

ARRIBA DE LA EPOPEYA
Los Funerales de Carmelita 347

LOS SIMBOLOS MAXIMOS DE MEXICO
La Madre de los Mexicanos 357
El Día de la Bandera 365
El Símbolo del Nopal 371
El Himno Nacional 375

COLOFON DEL LIBRO
La Teoría del Heroísmo Perjudicial 383
México Integral 389

LA PATRIA CHICA
Los Judíos de Monterrey 397

Introducción

PORTADA

Este libro es una ofrenda, la ofrenda humilde que un mexicano le rinde al Padre Hidalgo, en el segundo centenario de su nacimiento. Desde que el Gobernador de Veracruz licenciado Marco Antonio Muñoz lanzó la iniciativa de que 1953 fuera el "Año de Hidalgo" me sentí impulsado para hacer un esfuerzo dentro de mis modestas limitaciones, a fin de subrayar los fastos que se conmemoran. El tributo mío es muy pobre, pero cada quien ofrece lo que puede, con la ilusión de que el héroe glorificado pase por alto la pobreza intrínseca de la plegaria, en vista de la devoción y el amor con que se doblan las rodillas delante del altar.

Hace dos siglos que vino al mundo el venerable párroco de Dolores, y hace 142 años que fué inmolado en la ciudad de Chihuahua. Ofrecerle discursos parece una ironía, porque en todo este tiempo no hemos escuchado la oración palpitante y viva de la epopeya de la Independencia, una oración tan suntuosa como las que les dedicaron los Obispos Bossuet y Flechier al Príncipe Condé y al Vizconde de Turenne. Por supuesto que se han escrito páginas rutilantes y meritísimas; pero está todavía por pintarse el cuadro completo que se inicia con el grito del 16 de Septiembre y termina con la entrada triunfal del Ejército Trigarante a la ciudad de México. ¿Y qué decir de las ofrendas líricas? Gutiérrez Nájera confesó que la tarea de

cantar a Hidalgo era muy superior a sus fuerzas y que él no podía esgrimir "la alta espada del canto". En cuanto a Salvador Díaz Mirón, recitó unos versos fulgurantes con chispazos geniales, cuando fué descubierta la columna de la Independencia, en septiembre de 1910; pero tal vez porque el poeta tenía la obsesión de la forma lapidaria y perfecta, la oda "Al Buen Cura", si mereció el aplauso unánime de los cenáculos exquisitos, no consiguió llegar hasta el corazón del pueblo. Las muchedumbres no se conforman con la nieve inmaculada de las cumbres: quieren que ésta se funda y, aunque pierda su prístina pureza, baje a fertilizar y a fecundar las llanuras.

De todo lo que se ha escrito sobre el Padre de la Independencia, me impresiona muy especialmente el discurso que pronunció don Ignacio Ramírez el 16 de Septiembre de 1861. Desde luego contiene esta silueta luminosa que aprendí de memoria desde mi infancia y que a pesar del transcur so de los años, continúa acelerando los latidos de mi corazón:

"La vejez le había dado sabiduría y majestad, sin agostar en su pecho las pasiones de una edad florida y sin apagar las luces de su inteligencia; quiso un día ser sabio y fué sabio, pero la Universidad le cerró sus puertas; quiso un día entronizar una industria en México y los gusanos de seda le donaron sus regias vestiduras, pero el monopolio extranjero entregó a las llamas sus rivales; quiso ser agricultor y las viñas le sonreían desde los collados, pero la espada ibera decapitó sus racimos; fecundo en proyectos benéficos y audaces, siempre encontraba al Gobierno español cerrándole el camino..........".

Si hubiera conservado este tono superior y magnífico, don Ignacio Ramírez habría cincelado una oración perfecta; pero su discurso fué pronunciado en una época de lucha, y él, que nunca transigía con sus adversarios, colocó sus pasiones

beligerantes arriba de su tersura espiritual, y la pieza tribunicia se resiente de los furores y los frenesíes del combate.

★ ★ ★

Ahora bien, si los maestros enumerados no nos dejaron el monumento digno de Hidalgo, ¿quién es el valiente que se atreve a abordar la azarosísima empresa?. Desde luego, no soy yo. Algunos me han llamado "tribuno de 16 de Septiembre"; pero no para significar que me he consagrado a la epopeya de la Patria, sino para denotar que mi oratoria es populachera y gritona. Acepto el veredicto condenatorio.........pero ¿por qué se liga la ramplonería ruidosa con la tribuna cívica y patriótica? ¿Qué la mayor parte de los discursos de 16 de Septiembre son malos? De acuerdo, pero ¿Acaso los sermones que se pronuncian en las Iglesias todos los días, están a la altura de las prédicas de San Pablo?. Todo lo contrario, la mayor parte de las peroraciones que emergen del púlpito son mediocres, y no por eso se deben fulminar anatemas sobre la oratoria sagrada. Y lo mismo sucede con la tribuna parlamentaria: por cada William Pitt o Jorge Clemenceau, hay que apechugar miles de discursos vacuos e insulsos que emiten diputados y senadores vulgares. ¿Y que pasa en las Academias? En este volumen se encuentra un discurso en el que recuerdo una sátira graciosísima dirigida por Robert Le Flers contra los 40 inmortales de Francia. El noventa por ciento cuando menos de las disertaciones académicas es aburrido, aburridísimo, y sólo de vez en cuando emerge el verbo resplandeciente de un Donoso Cortés o de un Menéndez Pelayo.

Ya sabemos que lo bueno es excepcional, lo mismo en la oratoria cívica que en la parlamentaria, igual en el templo que en el foro, de idéntica manera en el ambiente caldeado del club que en el medio ponderado y ecuánime de la Academia. Acepto ser un orador malo, pero no por eso

se debe confundir la tribuna pedestre con la tribuna de la Patria.

* * *

Sea como fuere mi ofrenda, considero un deber depositarla en los altares de México. En este volumen he reunido algunos de los múltiples discursos que a través de 50 años, he pronunciado para honrar al país que nació de la inspiración milagrosa del 16 de Septiembre. La primera arenga cívica la dije en Monterrey, en 1901, cuando estudiaba el último año de mis cursos preparatorios, y no conservo de ella el menor vestigio. Después, he dicho oraciones patrióticas en la Capital de la República y en la ciudad de Washington, en San Antonio Texas y en la gigantesca New York, en la Península Hispánica y hasta en la ciudad de París. La mayor parte de esta obra tribunicia que se puede contar por centenares, se ha dispersado —las palabras se las lleva el viento—; pero he conseguido retener treinta y tantos discursos cívicos, con los cuales y a pesar de lagunas ineludibles, se puede recorrer el itinerario de la vida de México.

Y ese itinerario —el de la Patria— es el que marca el orden en que se colocarán las piezas oratorias. En vez de comenzar con los discursos de mi juventud, seguir con los de mi madurez y terminar con los de mi ancianidad, he preferido que los temas sean los que señalen la retahila de la serie. Primero la pre-historia, después el descubrimiento de América y la Conquista, luego el México Colonial, en seguida la epopeya de la Independencia, etc., etc. De esta guisa, suele suceder que tras una oración de madurez vaya un grito apasionado de adolescencia. El primer capítulo de este libro está fechado en 1950 y el último en 1936. En vez de la cronología de la producción, se siguen la cronología de los hechos relatados.

* * *

Así pues, tras estos renglones de introduc-

ción, vendrá la oración fúnebre que dediqué al eminente geólogo, Ing. Ezequiel Ordóñez ¿Qué tiene que ver un sabio con la religión cívica? Mucho, muchísimo porque don Ezequiel era el mejor conocedor de nuestro suelo, y su patriotismo penetraba en nuestro pasado más hondamente que el de cualquier otro mexicano. Para él nuestro país no tenía 143 años de edad, como creen los que fincan el natalicio en el 16 de septiembre de 1810. Tampoco le daba a México 432 años de edad, como aseguran aquellos que basan el origen de la nacionalidad en la fusión étnica de indios con españoles. Por último, no coincidía con los indigenistas que marcan como base, la fundación de la ciudad de Tenochtitlán en 1325. Para el Ing. Ordóñez, México nació con las convulsiones del Planeta que determinaron la orografía de nuestro territorio, y por lo mismo, ha vivido miles de millones de años.

Después de presentar el escenario de nuestra Patria, en el primer discurso, viene aquel que pronuncié el 19 de mayo de 1925, en el Paraninfo de la Universidad Nacional y con motivo de la inauguración de la Academia Nacional de Historia y Geografía. En dicha pieza expusé la dificultad de analizar un pasado que todavía no ha acabado de pasar y por lo mismo, no nos permite juzgarlo con serenidad y ponderación. Así mismo, sugerí entonces a los historiadores un criterio optimista y una fé inconmovible en los destinos de nuestro pueblo.

Luego vienen dos discursos dedicados a nuestra raza que, como es fácil inferir, se pronunciaron en un 12 de octubre. El primero se dijo en un banquete que celebró la Colonia Hispano-Americana de New York en el año de 1930; y el segundo fué escuchado en el Auditorio Municipal de San Antonio Texas, en 1934 y como remate de la fiesta que organizó el Diario "La Prensa". El único mérito que pueden tener estos dos discursos, es que los conceptos atrevidos que contienen, fue-

ron dichos dentro de la jurisdicción anglo-sajona.

Tras de glorificar la epopeya que duplicó la extensión del mundo, se impone el deber de comentar el drama de la conquista. He tratado de hacerlo en dos oraciones dedicadas a los personajes salientes de aquel capítulo histórico: Hernán Cortés y Cuauhtémoc. La primera de estas oraciones se dijo el 3 de diciembre de 1947, en una solemne ceremonia que organizó el Instituto de Cultura Hispánica, en la ciudad de Medellín, Extremadura, donde nació el conquistador de hierro. El discurso en honor de Cuauhtémoc se pronunció en el Casino Español de la ciudad de México, el 4 de mayo de 1951, en una fiesta que la Colonia Hispánica tuvo la hidalguía de consagrarle al defensor heróico de Tenochtitlán.

Los espíritus unilaterales juzgan que los dos cultos (el del conquistador y el del titán sacrificado) se excluyen necesariamente y, por lo mismo, mi esfuerzo por juntarlos, equivale a encender una vela a Dios y otra al diablo. Yo no lo creo así y consiguientemente, insisto en reconciliarlos en el altar augusto de la Patria. El hecho de colocar mi discurso sobre Cortés en primer término, no significa que lo prefiero al Emperador Azteca: lo que sucede es que el conquistador entró en nuestra historia en febrero de 1519, cuando sus naves tocaron la Isla de Cozumel, mientras que el orto deslumbrante de Cuauhtémoc no se efectuó sino casi año y medio después, con la muerte nunca bien llorada de Cuitláhuac. En cuanto a los juicios que me inspiran los dos gigantes, los lectores pueden enterarse de ellos en los dos discursos.

Consumada la conquista, viene la tarea evangelizadora del nuevo mundo que me inspiró dos homenajes: el que le consagré a los apóstoles franciscanos en la ciudad de Guadalajara en enero de 1945; y el que le tributé a Fray Bartolomé de las Casas, en la solemne velada que organizó

la órden dominica para celebrar el cincuentenario de su reorganización en México. Sin embargo, antes de éstas dos piezas tribunicias y como una reverencia especial para la Virgen de Guadalupe, me permití iniciar la sección colonial de este libro, con una parábola que se intitula "El Milagro de las Flores".

Con motivo del tercer centenario del nacimiento de Sor Juana Inés de la Cruz, el Diario metropolitano "Novedades" me encargó unas cuantas palabras de panegírico en la Sala Manuel M. Ponce del Palacio de las Bellas Artes. Fué la Décima Musa la floración más noble que produjo el régimen español, y por una coincidencia que resulta simbólica, se encuentra colocada en el centro de los 300 años del período virreinal, a igual distancia cronológica de los conquistadores del Siglo XVI y de los libertadores del Siglo XIX.

Finalmente, le pongo término a la sección colonial con mi discurso de recepción en la Academia Mexicana correspondiente de la Real Española, un discurso que está dedicado a enaltecer la figura de nuestro gran historiador don Luis González Obregón. En dicha pieza, pinto la época virreinal, no como la han descrito los parciales, sino como yo creo que fué, y por eso no considero mi discurso fuera de sitio, en la trayectoria que ha seguido nuestra nacionalidad.

Y viene el despertamiento auroral de la Independencia. Esta segunda parte de mi libro es la que se acomoda mejor a su título porque los discursos que contiene fueron inspirados por los paladines de la Libertad. La primera oración fué dicha en la ciudad de los Angeles, California, el 16 de Septiembre de 1934. Aún me conmuevo al recordar el silencio y el recogimiento casi religiosos con que escucharon el relato de la epopeya, los mexicanos que viven fuera del solar de sus mayores; y luego ¡con qué entusiasmo y frenesí

aclamaron al Cura Hidalgo y a México, cuando terminé mi peroración!

Después del discurso a los Héroes de 1810, le toca su turno a una conferencia sobre la Virgen del Tepeyac, que sustenté en un Congreso Guadalupano que se reunió en Monterrey en septiembre de 1945. En seguida viene la imprescindible arenga en honor de don José María Morelos, el guerrero máximo de nuestra historia. Esta arenga presenta la particularidad de ser un producto de mi adolescencia, pues la pronuncié cuando aún era estudiante de Derecho, el 30 de Septiembre de 1907. Como corolario, me pareció adecuado insertar la crónica que escribí en 1910, a propósito de la ceremonia solemnísima durante la cual, don Camilo García de Polavieja le entregó al Presidente Porfirio Díaz, el uniforme de Morelos que durante un siglo, se estuvo exhibiendo en el Museo de Artillería de Madrid.

La causa santa de la Independencia iniciada por don Miguel Hidalgo, levantada hasta el nivel de la gesta épica por Morelos y sostenida heróicamente por Guerrero, llegó a su epílogo triunfal con la brillante campaña que inició don Agustín de Iturbide en Iguala, y terminó el 27 de Septiembre de 1821, con la captura de la Capital del Virreinato por el Ejército trigarante. Cien años después o sea en septiembre de 1921, la colonia mexicana de El Paso Texas organizó una velada espléndida en el Liberty Hall, y se sirvió encomendarme el discurso centenario. Tras esta pieza oratoria, viene como complemento, la pequeña arenga sobre nuestra bandera que dije en París, el 24 de febrero de 1948. Yo viajaba en aquel año por Europa, aprovechando el intervalo de seis meses que medió entre los dos períodos de sesiones de la asamblea literaria que celebraron los pueblos hispánicos para conmemorar el cuarto centenario del natalicio de don Miguel de Cervantes Saavedra. Me tocó estar en París el mencionado 24 de febrero que es el Día de la Bandera.

El Embajador de México en Francia doctor don Francisco del Río y Cañedo subrayó el aniversario con un lunch champaña al que asistieron todos los mexicanos que residen en la Ciudad Luz; y cuando se hubieron llenado las copas, el representante de la Patria tuvo la gentileza de pedirme que brindara por los tres colores de Iguala. Las palabras que entonces pronuncié son las que ahora cierran mi ofrenda a los Héroes de la autonomía nacional. No obstante lo dicho, he querido que como complemento de mi oración a la bandera, figure un "Elogio del Nopal" que le dirigí al escultor Luis Hidalgo, por haber modelado una cactea con perfiles que dibujaban un mapa de México.

★ ★ ★

Todas las alocuciones enumeradas son genuinamente mexicanas; pero al pasar revista, he recordado dos discursos en honor de Bolívar, y como los ideales del Libertador venezolano fueron los mismos de Hidalgo y de Morelos, no considero inadecuado ni exótico intercalarlos en esta colección cívica. El primer discurso bolivariano lo dije en la Unión Panamericana de Washington en abril de 1926, ante los periodistas que representaban los Diarios del Continente; y el segundo lo pronuncié en el Anfiteatro Bolívar de nuestra Escuela Nacional Preparatoria, cuando la Unión Femenina Ibero Americana de México, inició sus labores el 24 de julio de 1936. A estas dos piezas oratorias, debo agregar el último capítulo de mi libro sobre el Libertador, que estaba en prensa el 17 de diciembre de 1930. A mi me tocó estar en esa fecha, en la ciudad de Maracay, y algunos hombres de letras me pidieron que les leyera dicho capítulo en una cena íntima dedicada a la memoria del gran venezolano. Yo accedí a los deseos de los comensales, y uno de ellos calificó mi "De Profundis" como la oración fúnebre del centenario de la muerte de Bolívar.

Muchos años después, invitado por el Presidente Avila Camacho, pronuncié un cuarto discurso bolivariano, en el momento en que se descubrió la estatua ecuestre del héroe que le obsequió la República de Venezuela a nuestro país; pero juzgo innecesario insertar esta última pieza oratoria en la colección cívica, por que en la ceremonia a que me refiero, no hice sino repetir en forma diferente, los mismos conceptos que había expresado en arengas anteriores.

El mismo criterio que me impulsó a considerar a Bolívar como uno de nuestros héroes, me ha inducido a reconocer en José Martí la misma jerarquía patriótica y moral. Por eso termino la segunda parte de mi libro, con el discurso que en nombre de la Academia Mexicana Correspondiente de la Real Española, pronuncié en la solemnísima velada que dicha Institución, en armonía con la Academia de Cuba, consagró al poeta Libertador.

* * *

Después de las arengas dedicadas a los Héroes de la Independencia, se inicia la tercera parte de mi libro con la oración que me inspiraron los Niños Héroes de Chapultepec, en el primer centenario de su holocausto. Dicha oración nunca se pronunció; yo estaba resuelto a participar de alguna manera en la conmemoración del sublime episodio, pero sucedió que dos semanas antes, el Patronato Cervantino de España me hizo el honor de invitarme por cable, a participar en las fiestas que se organizaban en Alcalá de Henares; en Madrid, en el Escorial, en Sevilla, en Córdoba, y en la ruta de don Quijote, para celebrar el cuarto centenario de la figura máxima de nuestro idioma. Así pués tomé el avión el 13 de septiembre, y desde el espacio, tuve el privilegio de contemplar el desfile del Ejército con que se recordaba a los Aguiluchos de 1847. Fascinado y conmovido por aquel espectáculo marcial, escribí

unas cuartillas mientras viajaba rumbo a New York; y se las remití por correo aéreo a Regino Hernández Llergo, quien las publicó como editorial de su revista "Mañana". Conste pues, que si seguí el itinerario de nuestra Historia en sus epopeyas deslumbrantes y magníficas, también lo he seguido en las rutas mojadas con lágrimas.

En el Cinco de Mayo de 1944, la ciudad de Monterrey mandó colocar en la Rotonda de los Hombres Ilustres del Panteón de Dolores, un pequeño monumento en el sitio preciso en donde duermen su sueño eterno el poeta Francisco González Bocanegra y el compositor Jaime Nunó. Se me pidió que ofreciera aquel tributo patriótico y pronuncié el que podría llamarse "Discurso del Himno Nacional".

Si la tragedia de la guerra con los Estados Unidos no fué olvidada en este libro, tampoco podía pasar inadvertida la lucha contra la indebida intervención de Napoleón III en nuestro destino de pueblo que aspira a ser libre. Este capítulo de nuestra Historia está comentado en un discurso que pronuncié en un banquete que organizó la Pan American Round Table de San Antonio Texas, el Cinco de Mayo de 1921. Trece años después, al regresar de Venezuela a New York, algunos compatriotas me invitaron para que tomase parte en una velada que se preparaba para festejar el Cinco de Mayo de 1934, la victoria del General Zaragoza; y acepté con la intención premeditada de repetir en sus puntos escenciales, la arenga que había dicho antes en San Antonio. Pero me bastó pasar la mirada sobre el auditorio para comprender que estaba integrado en su mayoría, por norteamericanos, puertorriqueños, españoles, cubanos y naturales de la América del Sur. Los mexicanos éramos unos cuantos y por lo mismo, no encajaba en aquel ambiente cosmopolita, la oración que traía preparada. Entonces, hubo que cambiar de plan: en vez de un discurso, una charla; en lugar del tono oratorio, la voz

insinuante de la conversación; el detalle picante y no la cláusula sonora que busca el aplauso atronador. Estuve hablando como media hora y dos taquígrafos tomaron todas mis palabras que yo luego revisé para tirar lo superfluo, pero sin quitarle a lo dicho el carácter ligero de una platica intrascendente. Y la incluyo en esta colección porque se trata de una pieza que en nada se parece a mis demás discursos.

También en tono llano que no aspira a ser elocuente, está redactada mi ofrenda al Presidente de Bronce y que lleva por título "El Verdadero Juárez", un título atrevido en vista de que Bulnes se lo había aplicado a su libro injusto pero magnífico, el libro que le inspiró el Caudillo de la Reforma y de la lucha contra el Imperio artificial de Maximiliano.

Después de mis homenajes a Zaragoza y a Juárez vienen dos discursos porfiristas: el que pronuncié en la Cámara de Diputados en 1912, para apoyar la iniciativa de elevar el Dos de Abril a la categoría de fiesta Nacional, y la oración que dije en Laredo, el 2 de julio de 1919, para subrayar el cuarto aniversario del inmenso constructor. En ambas piezas intervino mucho la política; pero transcurrido más de un tercio de siglo y serenadas las pasiones de ayer, creo sinceramente que sobre el sello faccional y partidarista de las dos arengas, se destaca la nota patriótica.

No sucede lo mismo con un discurso que pronuncié en el Paso, el cuatro de enero de 1920, en defensa de la Constitución de 1857, que había sido derogada por la revolución. Por supuesto, sigo sosteniendo el elogio que hice entonces de los constituyentes de hace un siglo; pero como el elogio se hizo en forma violenta y con intención beligerante, prefiero no incluír aquel estallido pasional, en esta colección consagrada por completo a México y que por lo mismo debe estar arriba de todas las querellas banderizas.

Luego viene un discurso que pronuncié en honor del General Julián Jaramillo, un héroe muy poco recordado, pero que defendió a México contra los norteamericanos en 1847, y lo volvió a defender contra los franceses, desde 1862 hasta 1866. Por el olvido injusto que envuelve a este luchador obscuro, recordé a todos los héroes anónimos que lo dieron todo sin recibir absolutamente nada. Por los conceptos que entraña, este discurso es mi reverencia al soldado desconocido.

Por último, se cierra la serie de mis discursos nacionales con las palabras que pronuncié ante el cadáver de doña Carmen Romero Rubio de Díaz, cuando fué sepultada en el Panteón Francés, en medio de un duelo popular auténtico. A primera vista, parece indebido incluir el panegírico de una dama impecable en una corona cívica, pero espero que mis lectores coincidan conmigo en que también con delicadeza y ternuras se modela el alma de la Patria.



A fin de darle unidad a todos estos discursos que fueron pronunciados en un desconcertante desorden de fechas y lugares, considero oportuno reproducir un pequeño ensayo que publiqué en el Diario "Excelsior" y en casi todos los periódicos de los Estados, con el título de "Para que México sea México". En dicho ensayo, lejos de adherirme a un ideario faccional y banderizo, procuro reconciliar los credos opuestos, ya que a todos ellos, cualesquiera que sean, corresponde la formación del alma nacional.

También considero oportuno referirme a una charla de sobremesa en la que uno de los comensales, en su afán de singularizarse con ironías, se puso a ridiculizar el culto de los Héroes. Yo me permití marcarle el alto y traté de contestar sus sutilezas con argumentos sólidos. El insistió en el tono burlón y yo por mi parte traté de probarle que no es con chistes como se destruye la verdad.

Por fortuna, la mayoría de los comensales se pu-so de mi lado y me convidó para que escribiese lo que había dicho en aquella charla. Así lo hice y resultó un ensayo que titulé "La Teoría del Heroísmo Perjudicial".

Con este doble colofón debería terminar lógicamente mi libro; pero después de rendirle las mencionadas ofrendas a la Patria grande, quiero rendirle un tributo a la Patria chica, o sea a mi Estado natal de Nuevo León. A principios del año de 1935, cuando acababa de regresar de mi segundo destierro, el entonces jefe máximo de la revolución General Plutarco Elías Calles, se refirió a mi tierra en términos intemperantes y ásperos que quisieron ser despectivos. Yo me permití contestarle con una conferencia que intitulé "Los Judíos de Monterrey", y en ella procuré condensar el amor, la devoción y el respeto que me inspira mi suelo natal. Por otra parte, dicha conferencia me brindó la oportunidad de rendirle un homenaje a dos nuevoleoneses de significado nacional: Fray Servando Teresa de Mier, el profeta de 1823, y el General Mariano Escobedo que recibió en Querétaro la espada del Achiduque Maximiliano. Perdóneseme pues este alarde de provincialismo; pero sostengo en mi descargo, que gritar "viva Nuevo León' es una manera de gritar "viva México".

★ ★ ★

Tal es en síntesis, la ofrenda que le traigo al Padre Hidalgo en el segundo centenario de su venturoso natalicio. Anticipándome a la posible crítica de no incluír en este libro los panegíricos de algunos otros hombres extraordinarios de México, debo manifestar que no fuí invitado para pronunciarlos y casi todos estos discursos obedecieron siempre a una petición. Desde luego, para tener una visión del régimen colonial, falta el análisis de algún gran Virrey como don Antonio de Mendoza o el Segundo Conde de Re-

villagigedo; pero........¿Cuándo se ha celebrado en nuestro país una ceremonia en homenaje a estos gobernantes impecables? También resulta trunca la lucha por la libertad, si no se consagra un capítulo al General Vicente Guerrero, ante cuya memoria, no vacilo en doblar la rodilla; pero como siempre he sostenido que nuestro país ha sido ingrato e injusto para con Iturbide, es posible que los adoradores del mártir de Cuilapan me atribuyan un ideario antagónico del suyo, lo que no es cierto, porque para exaltar al autor del Plan de Iguala, no necesito disparar (eso sería una infamia) contra el heredero más destacado de don José María Morelos. Es probable que por haber elogiado a Iturbide, nunca se me convidó a glorificar a Guerrero. Lo siento, pero mi devoción por un héroe no llega hasta el extravío de enaltecerlo con diatribas destinadas a otro héroe. Siempre me ha parecido absurdo formar sectas y banderías en torno de los altares de la Patria, ¿Qué Hidalgo y Allende se distanciaron el uno del otro? ¡Allá ellos! Cualesquiera que fuesen sus diferencias, el deber de los mexicanos no es honrar a uno y hostilizar al otro, sino juntarlos en la misma devoción patriótica.

Como las omisiones citadas, se pueden enumerar muchas otras. Hablando de los Franciscanos y de Fray Bartolomé de las Casas, ¿Cómo no rendir homenajes especialísimos a Fray Pedro de Gante y a don Vasco de Quiroga? ¿Y qué decir de las familias heroicas de los Galeanas y los Bravos? Y durante la Guerra de Reforma. ¿Quién puede negar el panegírico que merece el mártir Santos Degollado y el romancesco Jesús González Ortega? No me tocó hablar de estos varones ilustres, como tampoco me correspondió la gloria de coronar a muchos otros artífices beneméritos de nuestra nacionalidad.

Es posible que también sea motivo de crítica que algunas de mis piezas oratorias contengan los mismos conceptos y hasta las mismas pala-

bras de otros discursos míos. Eso quiere decir que cuando estaba hablando, me vinieron involuntariamente a la memoria, párrafos que había redactado antes y que yo los intercalé sin querer en la nueva peroración. Por lo mismo, para no repetir lo dicho, necesitaba recortar las arengas posteriores, y eso podría interpretarse como un cambio de ideario que me impulsaba a una tácita rectificación. Y no, la insistencia en decir nuevamente lo que ya había dicho sólo significaba la confirmación de mi credo. Por tal causa, preferí ser redundante a incurrir en una mutilación.

* * *

Bien sé que el año de Hidalgo debería celebrarse, no con una colección de discursos, sino con una biografía viva y palpitante como la que escribió Boswell sobre la vida de Sir Samuel Jhonson; con una estatua como la que cinceló Miguel Angel para retratar a Moisés; con un cuadro como el de Francisco I, que emergió de la paleta milagrosa de Leonardo de Vinci; con cualquiera otra obra maestra del pensamiento que eterniza una acción creadora. Pero nadie tiene la obligación de ser genial, y todos estamos en el deber de rendir un tributo, aunque sea insignificante, al primer artífice de la Patria. Y si la ofrenda no resulta, como no resultará a la altura del héroe, que cuando menos no sea indigna.

¡Que el año de Hidalgo no traiga un saldo tan estéril como el año de Cuauhtémoc, o sea el de 1950-1951! Recordemos lo que entonces sucedió: desde 1949, la profesora Eulalia Guzmán, con un patriotismo que inspira respeto y admiración, buscaba afanosamente los huesos del último Emperador azteca. De pronto y guiándose por documentos que le parecieron auténticos, encontró debajo del altar de la Parroquia de Ixcateopan, Guerrero, una tumba con una placa de bronce que decía Coatemo, y ella dió por hecho haber des-

cubierto los despojos del ilustre defensor de Tenochtitlán. A su júbilo se asoció el del pueblo del Estado de Guerrero. Las campanas repicaron a gloria y se reclamó para aquel sarcófago, la veneración y el respeto que corresponde a un nuevo altar de la Nación.

La Secretaría de Educación Pública nombró una comisión de técnicos para que estudiaran aquel hallazgo; y si había sido prematuro y poco fundado el anuncio del descubrimiento, los dómines del Estado también pecaron de superficialidad y ligereza, al formular un dictamen global contrario a la autenticidad de la supuesta tumba de Cuauhtémoc. En dicho dictamen aparecieron los arquitectos opinando sobre cuestiones de antropología, y los arqueólogos y los químicos juzgando sobre asuntos grafológicos y arqueológicos. Aquello no tuvo seriedad y en vez de conducir a una discusión fecunda provocó una bronca apasionada que después de tres años, no se ha liquidado todavía. Probablemente con la intención noble de calmar los ánimos, la Secretaría de Educación Pública no se pronunció ni en favor ni en contra de la autenticidad de la tumba de Ixcateopan. Tampoco aceptó ni rechazó la opinión de los técnicos; pero se instituyó el Año de Cuauhtémoc y transcurrieron los doce meses sin que se hiciera algo en favor de la memoria del Emperador, ni en beneficio de la Raza de Bronce. Todo fué ruido, alharaca vana, escándalo intrascendente que no va a dejar la huella más leve.

En verdad, la cosa carecía de importancia, porque Cuauhtémoc no pierde ni gana un milímetro de su estatura épica, porque sus huesos reposen o no en el referido pueblo del Estado de Guerrero. Nadie sabe donde están los cuerpos de Aquiles y de Héctor, y a pesar de ello, siguen y seguirán siendo las figuras centrales de las rapsodias Homéricas. Nadie sabe el paradero de las cenizas de Aníbal, y eso no impide que el Gene-

ral cartaginés continúe ocupando el primer sitio en la historia militar del mundo.

¿Qué la tumba de Ixcateopan no contiene los huesos de Cuauhtémoc? ¡y qué! En la ciudad de Caracas, a la derecha y a la izquierda del sarcófago del Libertador Bolívar, están dos tumbas vacías: la del General Francisco Miranda y la del Mariscal José Antonio Sucre. El primero murió en Cádiz y su cadáver fué a dar a la fosa común; el segundo duerme su último sueño en la Catedral de Quito, donde es venerado por el pueblo ecuatoriano. De cualquier modo, Venezuela realizó un acto bello al mandar construír dos tumbas condenadas de antemano a permanecer vacías. Esos monumentos hacen pensar en nidos que aguardan el retorno de las águilas que se ausentaron; en el regazo amoroso de una madre que no se cansa de esperar el regreso de sus hijos predilectos.

Por otra parte, no hay que olvidar que la tumba que más ha conmovido al mundo es una tumba vacía. Fué en la Edad Media, cuando todos los pueblos de la Europa Occidental se lanzaron hacia Jerusalén con el objeto exclusivo de reconquistar para la Cristiandad la Tumba de Jesús. Godofredo de Bouillon y Federico Barbarroja, Ricardo Corazón de León y Luis el Santo sabían que no estaba el cuerpo del Redentor en el Santo Sepulcro; pero esa consideración no los detuvo porque sentían que en el sarcófago abandonado había más luz que en las constelaciones; y aquella obsesión sublime de tomar posesión del sepulcro de Jesucristo no se debió a un estallido de entusiasmo momentáneo: el propósito persistió durante dos siglos y se tradujo en la epopeya de las Ocho Cruzadas.

Por eso, con Cuauhtémoc o sin Cuauhtémoc, la sepultura de Ixcateopan es un monumento venerable que merece el homenaje de la Nación. Todas estas consideraciones son obvias y por lo mismo, es obvio también que lo genuino o no ge-

nuino del descubrimiento de la Prof. Guzmán, no debió haber sido causa para dedicar el Año de Cuauhtémoc a disputas estériles y hasta procaces.

El Año de Hidalgo debe tener otra finalidad: estudios serios, investigaciones enjundiosas, trabajo substancial y fecundo. Y además de la exaltación del espíritu, obras materiales que conduzcan al bienestar de nuestro pueblo: trazos de caminos, construcciones de escuelas, apertura de instituciones benéficas, todo lo que contribuya a robustecer y a ensanchar la tierra libertada por el Párroco de Dolores.

Frente a un programa tan noble y tan vasto, este libro modestísimo resulta la más pobre de las ofrendas; pero cada quien ofrece lo que tiene y lo que puede, y Anatole France, en la fantasía bellísima "Le Jongleur de Notre Dame" hace ver cómo la Reina del Cielo se conmueve y acoge con ternura los exvotos y los sacrificios de los humildes. Un monje que en el mundo había sido un acróbata agilísimo, palpó en el claustro que era el más ignorante e impotente de su Orden, pues mientras los otros monjes le ofrecían a la Virgen, flores espirituales llenas de inspiración y de gracia, él era incapaz de hilar dos palabras de devoción. Jamás podría brotar de su cerebro una modesta jaculatoria, alguna cantilena que acompañada de música, pudiera halagar a la Reina de los Cielos. Aquel pobre juglar no había aprendido otra cosa que hacer suertes habilísimas con bolas y cuchillos que aventaba a los aires con gran ligereza, sin que ninguno se le cayera. Recordando que en su vida de andariego, provocaba la admiración de las multitudes, le asaltó la idea de que también la Virgen podría divertirse con sus actos funambulescos; y para hacer aquella singular ofrenda, escogió los momentos en que la Capilla se quedaba sola. Penetraba sigilosamente en el sagrado recinto, y al advertir que únicamente la Virgen lo miraba, se entregaba a sus malabaris-

mos y a sus piruetas, como si se encontrara en la arena de un circo.

Aquello fué descubierto una vez en que con más fervor se puso a hacer los actos acrobáticos más difíciles y fatigosos. Algunos otros monjes del convento oyeron ruido y acudieron a la Capilla, y al enterarse de lo que estaba pasando, iban a gritar ¡sacrilegio! cuando vieron pasmados que la Virgen descendía de su pedestal para enjugar con su manto la frente sudorosa de aquel adorador que hacía tanto esfuerzo por complacerla. La Madre del Señor recibía aquella ofrenda con el mismo amor con que seguramente acogió los soliloquios de Lope de Vega y las jaculatorias de Mosén Jacinto Verdaguer.

Aunque yo no tengo ni la humildad ni el candor del juglar eternizado por Anatole France, confío en que el Padre Hidalgo acepte la pequeñez de mi homenaje, en vista del amor que he puesto en cada uno de estos renglones.

* * *

MEXICO PREHISTORICO

Cuando murió don Ezequiel Ordóñez, estuve en su casa y ví su ataúd en el momento en que era colocado en la carroza fúnebre que lo iba a conducir al cementerio; pero un asunto de resolución urgente e inaplazable, me impidió acompañarlo en su último viaje sobre la tierra. Lo sentí muchísimo porque deseaba pronunciar unas cuantas palabras en los momentos solemnes en que su cadáver fué sepultado. Tanta era mi tentación de hablar que esa misma tarde le dicté a mi secretaria la siguiente oración que debió haberse pronunciado sobre su tumba. Y como en esta pieza oratoria, se expresa un concepto de la Patria diferente del que por lo general se externa en las festividades cívicas, me parece adecuado colocarlo en el primer lugar de este libro consagrado a ensalzar las grandezas de México.

Próximo a cumplir 83 años de edad, ha muerto don Ezequiel Ordóñez, un sabio de verdad, un ciudadano irreprochable, un hombre de hogar incorruptible, y, sobre todo el enamorado más devoto que ha tenido el suelo de la Patria.

El artista ama la tierra por la belleza del paisaje; el minero, por los preciosos metales que puede extraer de ella; el agricultor, por la cosecha opima que espera levantar. Don Ezequiel amaba la tierra por sí misma, en la que veía la esencia de nuestra nacionalidad.

Muy conocida es la polémica absurda de los hispanistas sectarios con los indígenas unilaterales. Los primeros sostienen que el México de hoy proviene del beso de Cortés y la Malinche; y los segundos protestan diciendo que nuestra Patria comenzó a vivir cuando los aztecas miraban azorados sobre un peñón que emergía del lago de Texcoco, al águila de los oráculos devorando una serpiente. Ordóñez no estaba con los unos ni con los otros. Se remontaba a épocas más lejanas. Para él, México no comenzó a vivir con las peregrinaciones de las tribus aborígenes, ni siquiera con la aparición de los primeros seres humanos. En su opinión, la Patria nació con las convulsiones formidables que determinaron la formación de nuestro territorio. Por eso estimaba que una montaña vale tanto como un héroe, que una erupción volcánica tiene la misma importancia que una trepidación revolucionaria, que las corrientes subterráneas influyen tanto en los destinos del país, como los movimientos sociales. Por lo mismo, sus pupilas abarcaban inmensidades que no conocen los otros sabios. Mientras el historiador y el humanista miran cuando más veinte o treinta siglos de nuestro pasado, el geólogo se extiende a miles de millones de años. Frente a sus concepciones titánicas, nos sentimos partículas de un todo gigantesco, dentro del cual los hombres se confunden con la Naturaleza.

Desde muy joven se dedicó al estudio de las diferentes capas geológicas de nuestro país y llegó a definir con precisión en donde estaban las mayores riquezas de nuestro subsuelo. Fué el auxiliar más sabio que tuvieron nuestra minería y la industria del petróleo. Leía en nuestras montañas y en nuestras llanuras, con la misma facilidad con que se lee un libro. Pasaba de una capa terrestre a la otra, con la sencillez con que se voltea una página. Y todo esto lo hacía con amor, con ese amor intenso e inconfundible con que se definen las más nobles y elevadas vocaciones.

Su pasión no tenía preferencia; amaba con el mismo entusiasmo las cumbres y los llanos, los paraísos fértiles y los desiertos áridos, lo que se ve en la superficie y lo que él, únicamente, veía en las entrañas de nuestro territorio. Nadie ha estudiado como él los terrenos en los que clava sus raíces nuestro pueblo.

¡Tierra variada y múltiple de México; tierra suave y dulce en las mesas y áspera y cortante en las cordilleras; tierra que nutre los trigales en el Bajío y que esplende en las platas y en los oros de las minas de Guanajuato; tierra ardiente en las playas arenosas de Sotavento y helada en las diademas de nieve de los volcanes; tierra que es intensamente azul en las montañas de Monterrey y que se tiñe de coloraciones violáceas en el Valle de México; tierra que posee en sus canteras todo el mármol y el granito que se requiera para construír varias Atenas, y que lleva en su seno el combustible necesario para mover los dínamos del mundo........!

Nadie te amó ni te conoció tan bien como don Ezequiel Ordóñez, que era un poeta de la Geología. ¿Poeta de la Geología? Sí; aunque la expresión parezca paradójica, me atrevo a confirmarla. Balzac encontraba en las amplitudes gigantescas de esta ciencia, más poesía que en las obras apasionadas de los maestros del Romanticismo. He aquí las palabras maravillosas de "La Piel de Zapa" con que apoya su pensamiento audaz: "¿Os habéis lanzado alguna vez en las inmensidades del espacio y del tiempo, leyendo las obras geológicas de Cuvier? Arrastrado por su genio, ¿habéis volado sobre el abismo sin límites del pasado, como sostenido por la mano de un encantador? Descubriendo de corte en corte y de capa en capa, bajo las canteras de Montmartre o en las rocas estriadas del Oural, esos animales, cuyos despojos pertenecieron a civilizaciones antediluvianas, el alma se espanta al entrever miles de millones de años, millones de pueblos que la débil

memoria humana y la indestructible tradición divina tienen olvidados, y cuyas cenizas amontonadas en la superficie de nuestro globo forman los dos pies de tierra que nos dan el pan y las flores. ¿No es Cuvier el poeta más grande de nuestro siglo? Lord Byron ha reproducido bien algunas agitaciones morales; pero nuestro inmortal naturalista ha moldeado mundos con huesos blanqueados; ha reconstruído ciudades con los dientes, como Cadmo; ha repoblado mil selvas y reproducido todos los misterios de la zoología, con algunos fragmentos de hulla; ha vuelto a encontrar poblaciones de gigantes, en la pata de un elefante fosilizado; estas figuras se yerguen, crecen y decoran regiones en armonía con sus estaturas colosales. Cuvier, es poeta en cifras, es sublime trazando un cero después de un siete. Despierta la nada sin pronunciar palabras artificialmente mágicas. Excava una partícula de piedra calcárea, advierte una huella y grita: ¡ved!, y súbitamente los mármoles se animalizan, la muerte se vivifica, el mundo se desenvuelve".

Así como Balzac veía en Cuvier a un poeta máximo, así también cuando Ezequiel Ordóñez abarcaba con sus pupilas penetrantes el origen de las cordilleras, el desenvolvimiento de las comarcas, los dramas del subsuelo, la historia de las piedras de México, se tenía que advertir en él el sentimiento divino, de la belleza. Para él las transformaciones titánicas de la naturaleza ejercían tanta fascinación como una rapsodia de Homero o una tragedia de Shakespeare.

En 1944, a las cuantas horas de enterarse de que había aparecido un nuevo volcán, el Paricutín, se trasladó a aquel lugar no obstante sus 77 años; observó el fenómeno minuto a minuto durante varios meses, y escribió un libro que las gentes superficiales pueden encontrar árido, pero que contiene tanta belleza como la mejor obra de arte. Para don Ezequiel, las rocas ardientes que emergían del cráter fascinaban tanto como las

piedras con que Decaulión y Pyrra volvieron a poblar al mundo. La vida del volcán le parecía —¡y lo era!— un capítulo de la vida de México.

Ya sus restos van a descansar bajo tierra. Nadie como don Ezequiel Ordóñez tiene derecho a disfrutar el descanso, ni a recibir la caricia de los terrenos patrios, a los cuales consagró la devoción completa de su ejemplar existencia. Cayó en la tierra que tanto amaba, la tierra en donde cayeron las lágrimas de Hernán Cortés y los pedazos carbonizados de los pies adoloridos de Cuauhtémoc; la tierra que recogió los estertores agónicos de Hidalgo y de Morelos y en donde rodaron los cuerpos de los Niños Héroes de Chapultepec. Cayó en el regazo de su madre —mas madre de él que de cualquiera otro mexicano—, y su polvo, al confundirse, no solamente con el polvo de cientos de generaciones, sino con las hojarascas de nuestra flora y las piedras de nuestro suelo, también contribuye a seguir formando la Patria, esta Patria nuestra, siempre en proceso de construcción.

★ ★ ★

EL ESTUDIO DE LA HISTORIA

Discurso pronunciado en el Paraninfo de la Universidad Nacional, el 19 de Mayo de 1925, con motivo de la inauguración de la Academia Nacional de Historia y Geografía.

Señor Rector,

Señores Académicos,

Señoras y señores:

No puedo disimular el entusiasmo que me produce ver este grupo de muchachos, que desafiando el símbolo bíblico, que anuncia la petrificación de los que miran hacia atrás, se congregan en estos momentos conmovedores para jurar el sagrado compromiso de dedicarse al estudio del territorio y del pasado de la Patria. La Academia Nacional de Historia y Geografía que hoy inicia sus labores, viene a responder a un anhelo fervoroso de mi espíritu, que en otros tiempos hice todo lo posible por cristalizar. Cuando la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes, estuvo a mi cargo, obsequiando nobles recomendaciones del doctísimo Genaro García, se creó la Academia Nacional de Historia, la cual fué sacrificada casi al nacer, en aras del rencor político. También en aquella época, a iniciativa del entonces Rector Universitario don Ezequiel A. Chávez, se estudió la fundación de un Instituto Geográfico Nacional, el cual no llegó a ser una realidad, porque el gobierno se vino abajo y con él, se deshizo en añi-

cos, toda la obra educativa que entonces se emprendió. Sirvan estos antecedentes como explicación de mi presencia en este honrosísimo estrado, y acéptelos la nueva Academia como una ofrenda devotísima que tal vez merezca convertirse en timbre y grabarse en alguno de los cuarteles de su blasón.

La Historia y la Geografía son para un pueblo, lo que para una casta noble, el solar de los antepasados, y el árbol genealógico, en cuyas ramas frondosas se cuelgan los orgullos de la estirpe. Son conceptos complementarios: no se puede pensar en un abolengo triunfal (y eso es la Historia) sin imaginarse a la vez tierras condales o ducales (y eso es la Geografía) que sostengan el peso abrumador de la prosapia esclarecida. La Historia nos lleva a amar la raíz de nuestro pueblo: la Geografía nos enseña a venerar los terrenos húmedos y generosos, que adheridos a esta raíz, la sostienen y la nutren. Geografía e Historia fraternizan en el escudo de armas de nuestra Patria: mientras el nopal con sus pencas erizadas de púas y el peñasco bravío que emerge de la laguna trasparente, y la decoración heróica de los volcanes, parecen resumir nuestra indomable Naturaleza, la lucha del águila y la serpiente simboliza a maravilla, todo nuestro pasado. Bendita sea pues, la Historia que nos pone en contacto con los abuelos, y bendita también la Geografía, que nos hace conocer el solar de esos abuelos, que será también el solar de las futuras generaciones........!

La urgencia de estimular el estudio de nuestro suelo queda manifiesta con sólo exponer el sitio especialísimo que ocupamos en el planeta. Don Justo Sierra, para marcar la originalidad de nuestra orografía y de nuestra vida, al inaugurar la Universidad en cuyo paraninfo nos encontramos, señalaba "esa gigantesca herradura de cordilleras que emergida del fondo del océano en plena zona tórrida, la transforma en templada y la

lleva hasta la fría y la sube a buscar la diadema de nieve de sus volcanes en plena atmósfera polar, y allí en esas altitudes, colmado el arco interno de la herradura por una rampa de altiplanicies que va muriendo hacia el norte, nos presenta el hecho único quizás, en la vida étnica de la tierra, de grandes grupos humanos persistiendo en existir y llegando a constituir grandes sociedades y una nación resuelta a vivir en una altitud, en que en otras regiones análogas del globo, o los grupos humanos no han logrado crecer, o no han logrado fijarse, o vegetan incapaces de llegar a formar naciones conscientes y progresivas".

Tal es el escenario de la Patria. Un pueblo colocado tan excepcionalmente tiene que ser original. Y todavía se subraya nuestra importancia geográfica, al considerar que vivimos al lado del coloso anglosajón, que es el dinamo más fuerte de la humanidad contemporánea. Por otra parte, el destino no ha querido que vivamos aislados, pues tenemos acceso a las naciones occidentales, por el Golfo de México, mientras que hacia los mares que bañan el Asia y el Africa, nos asomamos por unos litorales más extensos que los de cualquier otro país de la tierra. Agotada Europa, las gentes buscan otros Continentes, otros cielos, otros mares. Y con esa peregrinación de razas y de pueblos, hacia donde el sol se pone, se llena el alma de esperanza, al advertir que nadie como nosotros tiene tantas costas hacia el Pacífico, es decir, el océano destinado al tráfico y florecimiento del porvenir.

* * *

El estudio de nuestra Historia no es tan fácil, porque la exuberancia del optimismo, algunas veces, y del pesimismo en otras, han desfigurado los perfiles de las pretéritas perspectivas. Es que no podemos impedir que las pasiones actuales se desborden y caigan sobre las épocas remotas. Un

sabio jurisconsulto evocaba recientemente aquel consejo de Anatole France, en que pondera la necesidad de olvidar lo que se sabe, para poder entender lo que se fué. Nosotros no hemos podido olvidarnos del presente porque lo tenemos vinculado, trabado, metido como una cuña en nuestra Historia. El período de nuestro pasado que más nos interesa, esto es, el de México independiente, no es un drama en varios actos. ¡No! Es una sucesión de cuadros complementarios, ligados los unos a los otros de tal suerte, que no se concibe que el telón caiga una sola vez para que cambie la decoración.

Es que nuestro pasado —permítaseme la paradoja, en virtud de que es gráfica— tiene mucho de presente todavía. No se pueden evocar los pronunciamientos de Santa Ana y de Bustamante, de Valencia y de Paredes, sin pensar en los cuartelazos contemporáneos. Los antiguos plateados que le daban guerra al General Pacheco, evocan a los legionarios de Zapata y a los dorados de Villa. El asalto de Veracruz por el General Scott, se asocia inexorablemente con el bombardeo del General Funston. Las rebeliones, las represalias, los conflictos exteriores, son espectros que no mueren, espectros como los de Ibsen, que se nos aparecen de vez en cuando para recordarnos tal vez que estamos dolorosamente sujetos a atavismos implacables.

Y esta visión roja, para el inexperto que por primera vez se aventura en los vericuetos del pasado, suele ser funesta, porque lo destantea, lo desconcierta, lo ciega y lo hace despeñarse desde una cumbre optimista y cándida, hasta los vórtices crueles de la desilusión y la desesperanza. Después de la enseñanza rudimentaria que se imparte en las escuelas primarias y preparatorias, donde los maestros se esfuerzan abnegadamente por infiltrar en el alma de sus discípulos la ilusión reconfortante de que nuestra historia es inmaculada, se tiene que sufrir hondamente, cuan-

do al contacto de la realidad, se advierte que muchas de las coronas que ciñen los héroes, tienen brillantes falsos; que las armaduras de algunos paladines, que parecían de acero, exhiben abolladuras que denuncian la hoja de lata; y que otros campeones que parecían tallados en mármol impoluto, resultan de yeso quebradizo y opaco........

En este momento, agravado por el estrépito de la lucha, los espíritus poco preparados flaquean, y se hunden abatidos en el escepticismo. El fenómeno no tiene nada de extraño, pues lo natural es que un marino se extravíe, al advertir que su brújula enloquecida gira atraída por las descargas de los rayos, mientras bajo un cielo encapotado no se dejan de ver las estrellas orientadoras. No es un momento propicio para entender la historia, cuando los oídos aún zumban con los fragores del combate, y las frentes se cubren con las pavesas despedazadas del incendio. Pero hay que reaccionar y comprender que si nuestra historia, a semejanza de las historias de los demás pueblos, es buena y mala, a la vez, tiene sin embargo sobre las otras, la superioridad de ser intensa y original. Convengamos en que nuestro pueblo, si pisa el fango como los dioses escandinavos, también, como esos dioses, revuelca su frente en el oro inmaterial de las constelaciones...!

Hay que asomarse al precipicio, pero sin caer en él: el amor a la verdad no justifica a los que reniegan de nuestro pasado. La Historia es como un anfiteatro: se debe entrar en sus dominios, con el deseo de descorrer el misterio, pero sin el menor trasunto de odio y de rencor. Hay que colocar el cadáver sobre la mesa de disección, y clavar en sus carnes heladas el bisturí. Manejar escalpelos sin filo no es indicio de piedad, sino de ineficacia científica. Cuando un ideal científico preside la autopsia del muerto, no hay escalpelo, por agudo y penetrante que sea, capaz de consumar un sacrilegio. El corte atrevido de las fibras, el desgarramiento patético de los músculos, la di-

sección brutal de las vísceras: todo ese trabajo es casto, noble, redentor, si se inspira en el deseo de amplificar el conocimiento humano. Pero si por lo contrario, se penetra en el anfiteatro con el alma saturada de odio, entonces basta tocar el más humilde de los cadáveres para que se cometa una horrenda profanación. No hay crimen ni cobardía que se pueda comparar a los que consuma aquel, que con el pretexto de servir a la ciencia, y con la finalidad efectiva de saciar rencores o pasioncillas, se atreve a poner su mano irreverente sobre el muerto a quien no habría osado tocar en vida.

Es preciso hacer esta distinción, para fijar que si el escalpelo tiene derecho a descuartizar cualquier cadáver, en cambio, cuando se le pretende convertir en puñal alevoso, sólo debe clavarse en el miserable que tiene la osadía de esgrimirlo. En uno de los viejos romances españoles destinado a pregonar la gloria del Cid, se cuenta que un moro, considerando que nadie había tocado las barbas del héroe, en vida, quiso recoger la gloria pueril de tocárselas en muerte. Se acercó con ese objeto al cuerpo embalsamado, y apenas había extendido la mano sacrílega, cuando advirtió azorado que el Cid recobró momentáneamente su vida, y sacó la espada de su vaina y lo detuvo con una mirada fulminante. Ese mismo cadáver, sobre la mesa de un anfiteatro, habría resistido impasible y resignado los golpes de todos los escalpelos. En el nombre de la ciencia, todo; en nombre del odio, nada.

Por desgracia, la intención científica ha faltado mucho en el examen de nuestro pasado. Algunos de nuestros historiadores, han entrado a saco en los cementerios para vaciar las tumbas malditas, y arrastrar lo mismo la pierna de Santa Ana, que los restos de algún otro personaje discutible. A semejanza de las turbas revolucionarias de Francia que asaltaron el templo de Saint Denis, para insultar los reales mausoleos, y remo-

ver los esqueletos de los reyes de sus criptas seculares, así también nuestros analistas, han ido a romper los mausoleos para triturar y pulverizar los huesos venerables.........Se ha argüido que son cadáveres en descomposición, sin comprender que también los muertos que apestan son dignos de respeto. Con el mismo espíritu sectario con que el gobierno virreinal mandó exhibir las testas de los padres de la Patria, en la Alhóndiga de Granaditas, fueron exhibidos después en las páginas austeras e implacables de don Lucas Alamán.

Hace un poco más de veinte años, la inteligencia más sutil y deslumbradora que ha producido México, se puso a escribir un libro documentado sobre el Reformador Juárez. Pero como antes de coger la pluma, ya se había formado anticipadamente la idea de que Juárez era la personalidad más nefasta de nuestra Historia, examinó libros y documentos con pupilas opacas y anteojos ennegrecidos; naturalmente, todo lo encontró envuelto en brumas pardas y hostiles. Inútil fué que penetrara hasta los más escondidos rincones de los archivos y las bibliotecas; lo único que le atraía era la cita aislada, la acotación trunca que viniera a apuntalar sus ideas preconcebidas. La obra resultó documentadísima y con más de mil referencias auténticas. ¡Cuánta cita irrefutable! Y sin embargo, ¡cuánta falsedad en la síntesis, cuánto error en el conjunto!

No hay que tener el fanatismo de las citas ni la superstición de los documentos, pues documentos y citas embrollan el pasado en lugar de esclarecerlo, cuando se arroja sobre ellos la niebla de las tesis anticipadas y las ideas preconcebidas. Las investigaciones sobre el pasado deben hacerse sin ánimo de conservar las leyendas, pero sin el propósito de destruirlas. Debe entrarse en la Historia con el espíritu despejado de prejuicios y dispuesto a recoger y aceptar lo que resulte de la búsqueda. Si en el momento de investigar asoma la preocupación faccional, y con ella, la maña pa-

ra acomodar los datos a las tesis, entonces no puede resultar un proceso histórico, sino una contabilidad adecuada y preparatoria de un balance doloso.

Cada año que transcurre es como una capa de arena que cae sobre las épocas que fueron. Por eso, la labor de resucitar una vieja edad, se parece tanto a la de exhumar una ciudad sepultada. El que desentierra Pompeya no debe de ir con el pensamiento de encontrar este trozo de mármol o aquella pieza de terracota, sino recoger con el mismo amor todas las cosas que las palas y zapapicos vayan sacando de la tierra. ¿Qué pensar del arqueólogo que esclavizado por una preocupación, conservase únicamente las estatuas de bronce, y mandase hacer añicos las ánforas de barro, los pendientes de obsidiana, los collares de jade? Pues algo semajante es lo que se ha hecho en nuestro medio, cada vez que se ha procurado desenterrar el alma de nuestro pasado; con criterio faccional, se limpian y barnizan las estatuas de algunos héroes, hasta dejarlas relucientes, y en cambio se dejan las adherencias de barro pegadas a las máscaras de Miramón y de Márquez, como si hubiera empeño en exhibir, no los rostros auténticos de los personajes históricos, sino el lodo que cubre sus facciones hasta deformarlas.

Si clavar el escalpelo con odio, o con preocupación pasional es un sacrilegio imperdonable, todavía resulta peor el afán de ennegrecer los tiempos pasados, a fin de que se expliquen y justifiquen los errores y las faltas del presente. ¡Cuántos se han envilecido en la tarea de sorprender lacras e inmoralidades de los grandes hombres que fueron, para formar con ellas un fondo misericordioso que aparentemente redime a los contemporáneos. El raciocinio es sutil y cuando obra sin frenos morales, todo lo encuentra lógico y consecuente. Para explicar los vicios de un poderoso, se recuerdan los de Julio César; para justificar el soborno se evoca al Ministro Walpo-

le; para que el afeminamiento no resulte monstruoso, se trae a cuentas al emperador Alejandro; para sancionar matanzas, allí está Cortés; para autorizar brutalidades, allí está Pedro el Grande; para consagrar liviandades y devaneos, allí está el Rey sol, con su corte de lacayos y cortesanas... ¿Qué todo esto es verdad? Sí; pero verdad trunca que es la más mentirosa de las mentiras, verdad parcial e incompleta que tiende insidiosamente a disculpar defectos.

Mejor que invocar los tiempos idos, para echarles la culpa del presente, sería analizar severamente la época actual para ser menos exigentes con el pasado. Es pueril arrojar nuestras responsabilidades sobre las generaciones que fueron, porque las que están por venir, podrán hacer lo mismo con esta generación. No hay grande hombre de antaño que no tenga lacras, pero es indigno utilizarlas para amenguar faltas de hogaño que no se han podido evitar. Nada sería tan deplorable para nuestro decoro, como pretender diluir nuestras responsabilidades, en el torbellino de los errores de nuestros abuelos.

★ ★ ★

El estudio de la Historia debe tener una finalidad más noble. En vez de disculpas para nuestros errores, debemos buscar en ella, estímulos para nuestras virtudes. No pensemos en las cloacas ancestrales, sino para considerar que se pueden convertir en excelsitudes, como el abono inmundo que nutre a las raíces de una planta, que se purifica en los filamentos subterráneos, y luego sube por los tallos en forma de savia generosa, para manifestarse en la opulencia de las corolas, y reventar finalmente, en la emanación divina del perfume.

Hay que ser fundamentalmente optimistas y marchar al porvenir, no con el temor de ser condenados, sino con la resolución de ser absueltos.

Por eso debemos aceptar nuestra Historia tal como es, sin reticencias, con profundo amor y seguir infiltrando en las generaciones que vienen, la ilusión de que no hay otra Patria como la nuestra.

Un espíritu frío dirá seguramente que el criterio optimista llena el alma de futuras decepciones. Anticipándose a la desgracia futura, se imaginará el momento de las rectificaciones, esto es, cuando los adolescentes al pretender profundizar sus estudios históricos, se encuentran en vez de los fulgores inmaculados de un paraíso, los abismos pavorosos de un infierno; y ese infierno terrible en donde vagan los tipos irredentos de nuestro pasado; y las facciones que buscaron el apoyo del invasor, y los Presidentes que rodaron del solio hasta el panteón o el destierro; y las instituciones de arena que se deshicieron con el grito de un sargento audaz como Pío Marcha; y al pasar revista a esta caravana de tropelías, reflexionarán con el alma traspasada de dolor: "conque, este es nuestro abolengo, y estas son las raíces enfermas de la nacionalidad, y este es el blasón y esta es la alcurnia de nuestra aristocracia falsa!" Y al hacer estas reflexiones les asaltará el símil aterrador de Eca de Queiroz: "el yate aparejado noblemente para el viaje, va a encallar en lodazales y el contramaestre aventurero que soñaba con las esencias y los perfumes de las flores aromáticas, permanecerá inmóvil sobre la cubierta teniendo que taparse la nariz para no aspirar los efluvios palúdicos que rodean al barco".

Y sin embargo, a pesar de ese futuro desencanto que se prepara con el exceso del ensueño, hay que insistir en que la médula de nuestra enseñanza histórica debe partir del dogma de que México es para nosotros el mejor de los países. Si la gente moza cree que nuestro pasado es el más ilustre, no hay que detenerlo en el vuelo atrevido de su imaginación. No hay que castrar

la imaginación fogosa ni la fantasía alada. ¡Que sean las eternas aspas del molino de la vida quienes golpeen a los jóvenes y los echen a rodar por tierra! Y entretanto que llega el desengaño, cada maestro de Historia debe ratificar las ilusiones de la juventud, como en el cuento de Catulle Mendes el triste caballero de los recuerdos, ratifica todas las locuras del iluminado caballero de las esperanzas......

El momento de crisis para un historiógrafo es aquel en que la realidad le desbarata la visión optimista de su juventud. Si entonces sabe reaccionar y continúa amando a la Patria, está salvado. Para ello necesita enclavarse en el suelo con raigambres de ternura. Vinculado de este modo, bien pueden venir huracanes y despedazar la fronda de sus ensueños, pues bastará que le quede un solo pétalo en la corola de su alma, para que allí se conserve un perfume inextinguible. No importa que la bandera se haga trizas: el único girón que quede adherido al asta, encarnará a la Patria, y seguirá ondulando hacia el Ideal.

Quien penetre seriamente dentro de los dominios de la Historia, tiene que disminuir a proporciones nacionales el culto apasionado que inspiran los héroes magnificados o idealizados. La razón obligará a rectificar muchos errores; las arenas implacables, al quemar sus plantas, le dirán implícitamente que las sendas no están tapizadas de anémonas ni de rosas; sus pupilas verán disolverse en las angustiosas lejanías los espejismos radiantes que alegraban la vida; pero como quiera que sea de dolorosa la jornada, hay que terminarla llenos de un rebosante mexicanismo y recordar a los maestros optimistas, con amor. Ellos hicieron bien en no cortarnos las alas cuando empezamos a volar; hicieron bien en dejarnos soñar con la Patria, hicieron bien en imprimir en nuestros corazones la visión seráfica de un México de cuentos de hadas, un México que

hace pensar en una Jerusalem celeste, llena de milagros y poblada por héroes y por santos........

No será esa la Patria real, pero ésta no es tampoco el país despreciable, columbrado por un escepticismo cruel que sólo tiende a pulverizar nuestra historia. Reconozcamos nuestros defectos, pero no para dejarnos aplastar por ellos. Si las montañas con la distancia pierden sus rugosidades y asperezas, y sus tonalidades celestes llegan a rivalizar con el azul del firmamento; si las aguas más pestilentes se purifican y cristalizan en la trepidación de las cataratas; si los esqueletos de los astros como las lunas, también romantizan la vida; si hasta los mismos huesos de los muertos, se calcinan y blanquean, y acaban por fecundar las tuberosas de los cementerios, ¡por qué tan sólo en las tumbas de la Historia se ha de agitar una perpetua descomposición? ¿Por qué al hablar de la Patria, han de salir a flote los errores imperdonables y los odios inextinguibles?

Por eso, jóvenes académicos, cuando llegue el día en que a vosotros toque modelar el alma de las futuras generaciones, tened en cuenta que todos los pueblos tienden a idealizar a sus héroes para convertirlos en símbolos. Las muchedumbres aman las cosas extraordinarias, veneran a sus representativos, y se honran a sí mismas, al honrar a héroes fabulosos. ¿Acaso las proezas de Aquiles están ajustadas a la verdad real? ¿Y las de Carlomagno? ¿Y las de Federico Barbarroja? ¿Y las del Cid? Todos los paladines se divinizan a través de los tiempos. ¿Por qué tan sólo los nuestros han de estar perpetuamente encadenados? Libertémoslos en una alborada de gloria, mientras nuestros espíritus se visten con corazas de cristal para resistir inconmovibles las descargas de los rayos. Y en cuanto a peligros y vicios ancestrales que sea necesario conjurar, hay que seguir el consejo de León Gambetta: "pensad, pensad en ellos siempre, pero no habléis de ellos nunca".

Para conjurar esos peligros no hay como adherirse al territorio y al pasado. Y así como para colocar a nuestra madre sobre las demás mujeres de la tierra, no necesitamos comparar su rostro con el de la Gioconda, ni su cuerpo con el de la Venus de Milo, ni su inteligencia con la de Madame Curie, así tampoco para adorar a México, es menester parangonar las ruinas de Uxmal con los escombros del Partenon, ni la leyenda imperial de Cuauhtémoc con las gestas estupendas de los héroes magnánimos que llenan las historia de otros pueblos. Lo nuestro es sagrado, porque es nuestro. Y para que no se esfume este dogma vital, pongamos siempre en nuestra alma la intención cordialísima del hortelano que cuida las raíces de los árboles que le brindan sombra. Limpiemos nuestras raíces, esto es, afirmémonos al suelo, con la voluntad broncínea y la viril pujanza de nuestros poderosos abuelos. Solamente los que saben arrodillarse ante el pasado, tienen derecho de erguirse ante el futuro.

Y cada vez que exploremos nuestra Historia, jóvenes académicos, no lo hagamos para buscar abrojos. Si buscando flores, tropezamos con aguijones, recojamos el triste hallazgo con resignación, pero sigamos buscando flores. Hay que aceptar la verdad, como quiera que sea; pero no hay que procurar expresamente aquellas verdades, que por ser truncas, nos estrujan y nos sangran. Cortando flores fué como el indio candoroso de la leyenda, vió grabarse en su ayate, la imagen morena de la Virgen del Tepeyac, y cortando flores también, jóvenes académicos, veréis que se consuma el milagro de que en vuestro manto, quede grabada para siempre la imagen santa de la Patria!

El Panegírico de la Raza

LA PROEZA DE CRISTOBAL COLON

Discurso pronunciado durante el banquete que celebraron las Colonias Ibero-Americanas en el Hotel Waldorf Astoria de New York, el 12 de Octubre de 1930.

Todos los pueblos del Nuevo Mundo tienen la obligación de honrar la memoria del Gran Almirante y de la Reina espléndida; pero nosotros, los que llevamos algo de sangre española en nuestras arterias, podemos proclamar a los cuatro vientos que la magna proeza colombiana forma parte de los tesoros de nuestra raza; y tenemos el derecho, el indiscutible derecho de exhibir la estupenda aventura, con el mismo entusiasmo con que el vástago de un abolengo ilustre, exhibe el mejor cuartel del blasón de sus antepasados.

¿Qué hazaña de otro pueblo y de otra raza se puede comparar con el descubrimiento de la América? Se concibió por un genio creador y clarividente que pretendió y consiguió abrir nuevas rutas en el océano; se hizo posible mediante la intervención celesttial de una reina inspirada, que puso a disposición de aquel genio, los diamantes más hermosos de su corona; y se realizó por un pueblo de acero que, en vez de consumirse en una cruzada de siete siglos, emergió de la lucha contra los moros, con arrestos y energías suficientes para duplicar la extensión del mundo .

Nada existe en la Historia ni en la Leyenda, que se pueda parangonar con esta obra de maravilla. Ni los doce trabajos de Hércules, que cautivaron la imaginación candorosa del primitivo Hesiodo; ni el hurto del fuego consumado por Prometeo, que hizo palpitar con tremores de orquesta la lira titánica de Esquilo; ni el combate de Héctor y Aquiles, que levantó hasta el delirio, la inspiración huracanada del más grande de los rápsodas homéricos; ni el origen de Roma, eternizado en los exámetros de Virgilio; ni la liberación de Jerusalén, engarzada como un diamante en las octavas reales del poeta de Sorrento; nada, absolutamente nada es digno de colocarse en el nivel de la formidable aventura que domeñó el océano, que amplificó la tierra, que cerró heroicamente las puertas de bronce de la Edad Media, y que aventó a la humanidad asombrada hacía nuevas y deslumbrantes transformaciones.

Para realizar esta mágica proeza fué menester un marino único que reunió en su espíritu poliédrico las cualidades más contradictorias y las virtudes más divergentes. Se necesitaba un caballero del ensueño; un enamorado de las estrellas, que supiese dominar y conducir multitudes; una voluntad más firme que el bronce y una conciencia más transparente que el cristal; un héroe digno de las fulgurantes rapsodias de la Iliada, que también pudiera tener cabida en las tiernas parábolas del Evangelio.

Ese fué Cristóbal Colón. Bien sé que muchos espíritus superficiales reclaman que no fué español sino italiano. Tampoco Doménico Theotocópulos vió la primera luz en el solar castellano, y sin embargo, ningún pintor como él, ha tenido en su paleta, los colores contrastados de España. Su cuna se meció en Grecia; pero su corazón se saturó en la vida ritual y solemne de Toledo. Y aunque la civilización helénica lo llegara a reclamar, "el entierro del Conde de Orgaz" seguiría pregonando que el Greco es tan español como Ve-

lázquez y Goya. Otro tanto pasa con Cristóbal Colón: su cuna se meció en Génova; pero su proeza ¡ah! su milagrosa proeza tiene el sello inconfundible de las cosas de España.

Pero no bastaba la grandeza de Colón; se requería además una diosa tutelar, que protegiera sus sueños, como protegen a los cafetos, con su sombra plácida, los búcares en flor; una musa radiante que le iluminara el camino; una hada propicia que lo aproximara al firmamento; una madrina misericordiosa que le abriera las puertas de la inmortalidad....... Eso fué Isabel la Católica!

Finalmente, era indispensable que la expedición heróica fuese aceptada por el pueblo aventurero, que se solazaba en desgarrar los velos del misterio; en subir las cumbres más altas; en cruzar los desiertos más áridos; en abrirse paso por las selvas más intrincadas; en penetrar audazmente en los secretos más escondidos de la Naturaleza.

Y se organizó la cruzada que iba a desafiar mares desconocidos con elementos exclusivamente peninsulares. Las maderas empleadas en la construcción de las carabelas fueron cortadas en los pinares fragantes de la Sierra Nevada; las jarcias y las lonas de las velas se tejieron en Andalucía; los clavos fueron forjados en las fraguas de Toledo; la tripulación íntegra se reclutó en España; y para que a nadie cupiese la menor duda sobre el carácter español de la genial aventura, se dio a la nave mayor el nombre santo de la Madre de Dios y se colocó en el mástil más alto, la bandera que lleva el escudo inconfundible de las torres y los leones.!

Fué el genio de toda España el que se embarcó en el Puerto de Palos; fué ese mismo genio el que dominó el Atlántico y ese genio también fué el que se extendió por todas las comarcas del mundo........ Empero, descubrir un continente significa muy po

co, si no se cumple enseguida la obligación de infiltrar en él una cultura superior. ¿Supo cumplir España esa obligación? Que respondan los frailes franciscanos que evangelizaron la América; los templos que se construyeron; las universidades q' se fundaron; los Virreyes q' dejaron perenne ejemplo de probidad; las Audiencias, cuya justicia puede compararse con la de Luis el Santo; la Legislación de Indias, que estudió a fondo la psicología de las razas aborígenes...... Sí, que respondan también los 18 países hispanoamericanos que, con su sola existencia, están pregonando la tarea excelsa de la Nación fecunda y generosa que les diera su sangre, su idioma, su espíritu y su vida!

España prolonga su vida en esos países y forma con ellos ese conjunto resistente que se llama raza .El genio peninsular adquiere nuevos aspectos y se perpetúa en América por medio de sublimes transfiguraciones. En la ciudad de Saltillo tuve hace algunos años la oportunidad de ver un árbol maravilloso que, por obra de mágicos injertos, producía cinco frutos diferentes; manzanas, ciruelas, peras, chavacanos y duraznos. La misma raíz sostenía aquella diversidad preciosa de productos; la misma savia los nutría; pero como esa savia recorría constantemente todas las partes del árbol, resultaba que introducía jugo de pera en los duraznos y perfume de ciruela en las manzanas. Y aunque los cinco frutos eran diferentes entre sí, tenían algo que denunciaba que los nutría la misma raíz y los sostenía el mismo tronco venerable.

Pues bien, figuraos ahora un árbal gigantesco, que admitió en su ramaje, no cinco injertos, sino 18, y os daréis cuenta de la extensión civilizadora de España. En la península ibérica están clavadas las raíces de la raza; pero las frondas se extienden desde la ardiente península de la Baja California, hasta la Isla de Tierra del Fuego. México es una rama de ese árbol de milagro; Argentina es otra rama; y otras son Colombia y Venezuela, Perú y Chile, Cuba y Uruguay. El mismo genio las

anima, el mismo espíritu las nutre y vigoriza: y aunque todas son hermanas, todas procuran pro ducir frutos diferentes. Sin embargo, hay algo se mejante en el color, en el sabor y en el perfume, que revela que pertenecen a la misma estirpe. Ese es el prodigio de la América española: perpetúa el genio de Castilla; pero introduciendo en él modifi caciones que lo rejuvenecen, que lo galvanizan y prolongan su influencia magnánima en la Histo- ria.....................

La égloga de Garcilazo de la Vega retoña modernizada en la canción bucólica de Manuel José Othón; Fray Luis de León renace en don Andrés Bello; las letrillas de Góngora se tarnsforman en las Prosas Profanas de Rubén Darío; el espíritu de bronce del Cardenal Jiménez de Cisneros re- vive en ese cruzado ecuatoriano que se llama Gar cía de Moreno; la Constitución de Apatzingan es un eco de la Constitución de Cádiz; los heroísmos de los sitios de Gerona y de Zaragoza se repiten en los sitios de Cuautla y de Cartagena; la gloria de Tolosa de las Naves repercute en Junín y en Ayacucho; y el alma entera de la Madre España, se reproduce en el alma de sus 18 hijas ame- ricanas.

Cada una de ellas tiene títulos sobrados para decir que continúa la obra original de la Patria. Uruguay, por ejemplo, puede decir sonriendo: he producido un Rodó. Y Argentina se puede jactar de hijos tan ilustres como San Martín, Sarmien- to y Alberdi. Y el Ecuador pregona la gloria de Montalvo. Y Honduras recuerda haber sido la cuna de Morazán. Y México dice haber extraído de sus convulsiones, los bronces de Benito Juárez y de Porfirio Díaz; y Cuba exhibe el mármol inmaculado de José Martí; y Venezuela con orgullo maternal -¡que es el más legítimo de los orgullos!- puede proclamar que ha enriquecido el tesoro espiritual, no sólo de España, sino del mundo, con el Legis- lador clarividente de Angostura, con el héroe ruti lante de Boyacá, con el inspirado celestial que, al

escribir su "delirio sobre el Chimborazo", escribió el delirio perenne de una raza de gigantes!

Solamente España se puede perpetuar tan glo riosamente, porque nunca ha permitido que cai- gan sobre su espíritu los prejuicios que encadenan a otros pueblos, que consideran su aislamiento co- mo prueba de superioridad. España ligó su sangre a la de los moros, en Granada y en Sevilla; y se ayuntó luego, con los pueblos aborígenes de Amé- rica; y también con los mongoles en el Archipiéla- go filipino. Otros pueblos tienen miedo de estos cruzamientos: España, no, porque aún cuando ha- ya sido acusada con frecuencia de ser rutinaria y retrógrada, siempre ha tenido abiertos su espíritu y su corazón a las corrientes de la vida universal. Entre nosotros no existen las supersticiones de blancos, rojos, negros y amarillos. Bolívar fué ami go del negro Petión; el indio Juárez casó a sus hi- jas con españoles; todo Cuba venera la memoria del mulato Maceo; y nuestra raza, con espíritu libre, proclama que las naciones, como las plan- tas, mientras más se injerten y se crucen, mejor multiplicarán la lozanía de sus flores y la sazón perfumada de sus frutos.

Por eso, cuando vemos que algún espíritu es- trecho nos señale nuestra mezcla de sangre, como síntoma de inferioridad, debemos contestarle que él condena aquello, que nosotros precisamente ex- hibimos con mayor orgullo. En el propósito de mi- rar siempre a nuestro abolengo, para caminar me jor hacia el futuro, sin tenerle miedo a los otros pueblos, es en donde fincamos la conciencia de nuestra superioridad racial.

Así pues, la epopeya española debe servirnos pa- ra ratificar la fe que tenemos en nosotros mismos, y para ostentar delante de los demás países nues- tra inmensa capacidad creadora. Otros pueblos pueden tener derecho a dudar, nosotros, no! Esta- mos obligados a creer en nuestro destino. Aunque toda la América española se incendie, jamás se car

bonizará su espíritu; aunque la peseta llegase a bajar a la décima parte de su valor, el genio de España nunca bajará un ápice; siempre se cotizará a la par con el genio de Egipto, con el de Grecia, con el de Roma, con el genio de todos los pueblos que han construído la cultura humana.. Entre tanto, hay que recordar a los países que se jactan de superioridades pueriles, que el acontecimiento más grande de la Historia fué realizado por el genio visionario de nuestra Madre Patria; hay que hacer ver a los que nos acusan de inconstantes, que la duplicación del mundo se debió a la constancia de un latino; a los que nos tildan de frívolos, hay que demostrarles que nunca ha habido gravedad más solemne y majestuosa que la de los ilustres navegantes del siglo XV; a los que se burlan de nuestros oropeles, hay que decirles que fué una reina española, la que sacrificó sus joyas en aras de la sublime aventura; y por último a los que duden de nuestro carácter, hay que presentar las tres carabelas de Colón, que dominan el Atlántico, que desgarran el misterio, que abren el porvenir, y que, por todo eso, son tres argumentos irrefutables y definitivos, en pro del esplendor de nuestro linaje y del genio insuperable de nuestra raza!

★ ★ ★

LA OBRA CREADORA DE ESPAÑA

Discurso pronunciado en la solemne velada que organizó "La Prensa" de San Antonio, Texas, para celebrar la fiesta de la Raza, la noche del 12 de Octubre de 1934.

Señoras y señores:

En la pieza teatral de Sacha Guitry, "Historia de Francia" hay una escena conmovedora que se desarrolla en el Siglo XV, sobre un andamio de la Catedral de Reims, entonces en construcción.— Mientras dos escultores cincelaban las figuras de unos ángeles, Juana de Arco, al frente de un ejército, trae casi a fuerza, al rey Carlos VII, para que ciña a su frente la corona de sus antepasados. Los dos escultores se quedan en éxtasis al mirar a la virgen sonriente, y uno de ellos tira los cinceles y se apresta a entrar en la Catedral, el otro, por lo contrario, se pone a golpear el mármol, como po seído de una repentina inspiración.- ¡Cómo ¿Tu trabajas en un día de fiesta?- Sí, -le contesta el es cultor laborioso- desde hace días me vengo pregun tando cómo es la sonrisa de un ángel, y he encontrado la respuesta mientras Juana nos sonreía. Y continuó dibujando en la piedra la expresión seráfica que había sorprendido en el rostro de la santa.

Estos momentos son propicios también para recoger sonrisas celestiales. Ved a las bellas muchachas que portan los estandartes de los pueblos

de América, de España y de Portugal, y encontraréis que sus rostros no pueden ser más radiantes ni acogedores. Y bien, cuando los ángeles sonríen, tiene uno derecho a soñar en la fraternidad humana.

Toda la América celebra la proeza de Cristóbal Colón y demás ilustres navegantes de los siglos XV y XVI, que abrieron las rutas oceánicas y duplicaron la extensión del mundo; pero los hispanoamericanos celebramos además, la acción maternal y creadora que completó aquella obra gigantesca. Grande fué España, al descubrir el Continente Occidental; pero fué más grande todavía al mezclar su sangre generosa con la sangre heroica de los pueblos aborígenes y preparar de esta guisa, la raza del porvenir.

De la alianza de las dos estirpes, surgieron las repúblicas del Nuevo Mundo. El bronce indiano tomó nueva forma en los troqueles ibéricos y se creó un sector de humanidad capaz de percibir aspectos recónditos de la Naturaleza que pasan inadvertidos por los otros pueblos. Nuestra América tiene un ideario propio, una doctrina autóctona, una estética orginal; y estos nobles atributos le permiten rendir a la humanidad, una contribución de cultura que no pueden presentar los pueblos gastados ni las razas envejecidas.

Mucho se ha dicho que España fué una pésima nación colonizadora, a diferencia de Inglaterra, Francia y Alemania, que gozan fama de ser maestras en la técnica de extender su poderío y agrandar su imperio. Yo no niego la perfección del sistema de estas potencias, para establecer a perpetuidad la servidumbre de los pueblos aborígenes.- El colono inglés en el Nuevo Mundo, fué lo mismo que en la India y en Australia; un extranjero que se separó de los nativos, para dominarlos mejor desde un plano arrogante de superioridad dogmática. No se constituyeron en América hogares anglo-indios, como tampoco se formaron en Nueva

Zelandia, familias anglo-mahoríes. El inglés no se funde con las otras razas, para no sentir la molestia de verse amarrado a ellas; no se liga con el suelo generoso que lo nutre, ni con los pueblos hospitalarios que lo sirven; él sigue siempre al servicio exclusivo de una patria lejana, a cuyos intereses todo lo sacrifica. Y así los dominios del Imperio británico se constituyen sobre la base de que la raza inglesa debe ser la dominadora, mientras las razas aborígenes de la colonia, deben ser las dominadas. Y como nunca se tienden puentes crio llos de raza a raza, la desigualdad se establece en forma sempiterna y los indígenas quedan sin la más remota esperanza de una futura redención.

Los conquistadores españoles por lo contrario, al unirse con las mujeres indias, tendieron puentes de concordia entre los opresores y los oprimidos.- Cada matrimonio que amalgamaba las dos razas, era un vínculo de unión: y luego, cuando el español advertía el color bronceado y los perfiles aztecas ,en los rostros de sus hijos, tenía que sentir el deseo de dignificar a los indios, porque era el modo lógico de ennoblecer su propia descendencia.

El contraste entre los dos sistemas se halla en que el español deja su espíritu y su sangre en las tierras colonizadas, mientras el inglés, el francés y el alemán, reservan ese espíritu y esa sangre para Europa. Como la creación de mestizajes, genera gravísimos problemas para el futuro, resulta más cómodo abstenerse de ellos. Dice un viejo pro loquio que Inglaterra coloniza con la riqueza, que Alemania coloniza con la fuerza, y que Francia coloniza con el prestigio moral. Yo prefiero a España que coloniza con el corazón.

Si el objeto de una colonia fuese explotar a los nativos a perpetuidad, el método español resultaría detestable; pero si por el contrario, el ideal del colonizador consiste en incorporar a los rezagados, remozar la cultura, producir nuevas razas,

abrir itinerarios en las zonas desconocidas del pensamiento humano, entonces tenemos que glorificar a España porque lo que hizo en América le da derecho a ser catalogada entre las grandes naciones creadoras que ha tenido el mundo.

El pueblo romano fué creador por excelencia y por eso convirtió a las colonias subyugadas en hijas amorosas. Consciente de que no podía perpetuar su imperio sin sujetarlo a deslumbrantes transformaciones, volvió a nacer con su gloriosa descendencia. Por eso Roma, al injertar su genio en las Galias, puso los cimientos de Francia; al fundir su sangre con la de los iberos, preparó el sursum de España; su alianza étnica con los lusitanos, dio nacimiento a Portugal; y por último, al amalgamar su estirpe con la de los lombardos y los toscanos, determinó la génesis de Italia. Y así fué, como el genio latino, con estos injertos rejuvenecedores, se desbordó en muchas civilizaciones.

Crear, siempre crear: ese es el problema de los grandes. Por eso Roma, en vez de condenar a sus hijas a que repitieran rutinariamente la gran cultura latina, les dio oportunidad de que fueran diferentes de su madre, y las impulsó a avatares de maravilla. No basta pensar alto ni sentir hondo: hay que pensar de modo distinto y sentir de manera diferente. El pueblo que no quiere atrofiarse, tiene que avanzar de transformación en transformación. Si el genio latino se hubiera estancado, se habría extinguido. En cambio, con la capa heroica de las Galias, de la Iberia y de la Lombardía, siguió abriéndose paso, de aurora en aurora, al través de los siglos. Y la vieja cultura latina, en vez de estacionarse en las odas de Horacio y en las geórgicas de Virgilio, reverdeció triunfalmente en el Infierno del Dante y en la locura divina de Don Quijote. Y así fué como el espíritu de Roma, fortalecido por las razas que se le injertaron, pudo seguir teniendo el señorío del pensamiento humano.

Los pueblos que se embriagan de orgullo étni-

co, renuncian a estas resurrecciones espirituales... Aunque el Imperio británico le debe su grandeza al injerto de los sajones con los normandos, los ingleses parecen tener horror a todas las amalgamas étnicas. Los franceses son mucho menos estrechos, aunque lo son bastante (y que me perdone Francia -mi madre espiritual- esta severa apreciación); en cuanto a los alemanes, han llegado con Hitler a la superstición bárbara de prohibir las fusiones con otras razas. Sobre este prejuicio saturado de odio, lo más a que pueden aspirar las colonias europeas, es a ser repeticiones aburridas de Europa. El día en que una colonia inglesa, llegue al máximum de su cultura, no podrá producir pensadores ni artistas originales: sus poetas serán segundas ediciones de Milton y de Byron y sus sabios serán duplicados de Newton o copias al carbón de Darwin. Rabindranath Tagore floreció en la India, no por Inglaterra, sino a pesar de ella. Lo malo es que la verdadera cultura no admite producciones en serie, pues si en lugar de un Shakespeare, hubiera mil, saldrían sobrando novecientos noventa y nueve. Lo que la humanidad necesita es que se amplifiquen sus horizontes, q' se alarguen sus perspectivas, que se aumente el acervo de su espíritu con obras originales. Y este enriquecimiento generoso no lo pueden traer sino los nuevos pueblos y las nuevas razas.

España no tuvo esas mezquinas limitaciones y por eso desparramó el polen de su espíritu sobre todas las corolas de América. El conquistador Cortés no desacreditó su victoria atribuyéndola a la inferioridad de las razas derrotadas. Inferioridad de elementos, sí; pero inferioridad orgánica, nunca! ¿Y cómo podrían suponer que los indios fuesen inferiores, cuando le dieron con su caída la más conmovedora lección de grandeza que hayan presenciado los siglos? ¡Y qué proporciones fantásticas se necesitan para darle una cátedra de inmensidad al enorme conquistador de Anáhuac! Porque Hernán Cortés supera en estatura al Em-

perador Trajano y al mismo Rodrigo Díaz de Vivar. Los episodios legendarios del romancero del Cid, resultan desteñidos y opacos junto a los capítulos de acero de Bernal Díaz del Castillo. Nadie en España ha igualado a aquel gigante que tan propiamente se vestía de hierro, porque de hierro fueron su brazo, su voluntad y su corazón.

Y sin embargo de ocupar el vértice de la grandeza española, no alcanza las excelsitudes del Emperador Cuauhtémoc.— La Providencia ha querido piadosamente que en los grandes acontecimientos humanos, no sea la gloria máxima para los heroicos vencedores, sino para los sublimes derrotados. En la guerra de los titanes contra los dioses, sobre Júpiter omnipotente, se destaca Prometeo encadenado; en el campo desolado de Waterloo, arriba, muy arriba del invicto Duque de Wellington, fulgura la gloria del águila vencida. Cuando la derrota se convierte en pedestal, resulta el más noble y elevado de los pedestales. Por eso, en la conquista de Anáhuac, la luz más intensa no irradia de las naves encendidas de Cortés, sino de las llamas que carbonizaron los pies adoloridos de Cuauhtémoc!

Fueron los aztecas tan grandes en su caída, q' los conquistadores se sintieron atraídos hacia ellos, por el vértigo que palpita en todos los abismos. Y quedaron atados al Nuevo Mundo. Y la tierra de Cortés no fué en lo sucesivo, España, sino México; y el Perú fué la tierra de Pizarro; y Guatemala fué la tierra de Alvarado; y Chile fué la tierra de Valdivia; y Yucatán fué la tierra de los Montejo. Y fué tan poderoso el sentimiento que los vinculó al suelo de América, que de conquistadores se convirtieron en conquistados.

Mucho se ha dicho sobre la crueldad de los españoles y no seré yo quien disculpe las matanzas de Cholula ni de Tenoxtitlán. Sin embargo, hay tragedias más horrendas que las realizadas en nombre de la guerra y son las que se llevan a cabo en

nombre de una cultura que se cree superior. Mucho peor que ahorcar a Xicoténcatl y quemarle las plantas a Cuauhtémoc, fué arrancar de cuajo y en una forma definitiva, a una raza de la tierra q' era suya, indiscutiblemente suya, para repetir una civilización existente, sobre el despojo y la muerte de los vencidos!

Y aunque se arguya mañosamente que los soldados de Cortés vinieron a América con la espada tinta de sangre, mientras los tripulantes del "Mayflower" enarbolaban una bandera de concordia y de paz; aunque se pregone que México fué sometido a sangre y fuego mientras que los holandeses adquirieron la isla de Manhattan por medio de una operación mercantil civilizada; aunque se pinte un claro - obscuro impresionante cuyas sombras caen sobre España, mientras las claridades se atribuyan a los otros pueblos europeos, nadie puede negar que por donde pasó Cortés, hay todavía indios por millones, y millones también subsisten en las tierras conquistadas por Pizarro y por Almagro. En cambio, por donde pasaron los colonos ingleses, se perdieron hasta los vestigios de los pueblos aborígenes. Y resulta una paradoja curiosa que España con sus codicias y crueldades, haya construído 18 nacionalidades, en tanto que Inglaterra no dejó a su paso, ni los huesos calcinados de las razas desaparecidas........!

Estas razas desaparecieron porque los colonos de Europa las privaron de todo estímulo de lucha y de toda esperanza de redención. En los dominios españoles, quedaron los indios sometidos, pero no asfixiados. Y la mejor prueba de que la raza de bronce no fué asfixiada espiritualmente, la suministran los indios ilustres que se han colocado en primera fila, en el terreno del pensamiento y de la acción. El indio Altamirano llegó a ocupar el primer sitio en las letras mexicanas, y el indio Juárez se inmortalizó en el primer puesto de la República. Mientras en las colonias españolas, los indios quedaron preparados para futuros renaci-

mientos, sobre los aborígenes dominados por otros pueblos de Europa, cayó una losa sepulcral q' ahogó todo esfuerzo de resurrección. Por eso, mientras no veamos salir un indio de las "reservaciones" de Arizona y de Colorado, para ir a instalarse en la Casa Blanca, tendremos el derecho de pregonar que la espada de Cortés fué menos implacable que las instituciones democráticas de Inglaterra.

El exterminio de la raza india fué dictado por esa superstición que tienen los pueblos nórdicos, de conservar lo que ellos llaman la pureza, y yo me atrevo a llamar, el estancamiento de la raza. Hay que atacar esta superstición, y muy especialmente cuando pretende exhibirse bajo el amparo de una falsa ciencia. !Cómo son peligrosos los fanatismos que se exhiben con etiqueta de sabiduría! Al lado de la Cosmografía, que regula el movimiento de los cuerpos celestes, medra la superstición astrológica que trata de ligar los destinos humanos con la posición de las estrellas; junto a la Psicología experimental, que estudia los fenómenos mentales, se desarrolla el fanatismo espiritista q' procura encontrar en el alma errante de los muertos, la orientación salvadora de la vida. Detrás de los investigadores honestos, caminan los charlatanes y los mixtificadores que tergiversan los descubrimientos científicos para explotar a los ignorantes y a los vanidosos. Pues bien, en derredor de la Etnografía y la Eugenesia, se han agrupado algunos espíritus superficiales, que tratan de fortalecer, con argumentos pseudo-científicos, las hojarascas de su vanidad racial.

A mediados del siglo pasado, un fraile agustino de Viena llamado Mendel, se dedicó a estudiar la reproducción de algunas plantas, con el objeto de fijar las leyes a que está sometida la perpetuación de los seres. Después de veinte años de meritísimas experiencias, el sabio Mendel formuló unas cuantas leyes que rigen los cruzamientos de especies diferentes. En derredor de dichas leyes, se está construyendo esa rama de la Biología, que se

ha bautizado con el nombre de Eugenesia. Cientos de investigadores siguen las huellas de Mendel, con el ideal de someter la reproducción de las gentes, a una higiene física y moral, que garantice para el futuro, una humanidad mejor.

Yo me inclino con respeto delante de los laboratorios eugenésicos; pero rechazo la labor anticientífica de querer fincar en ellos las supersticiones raciales. Pretender que la Eugenesia proclama que la piel blanca es superior a la bronceada, o que las pupilas azules son más perspicaces que las negras, es calumniar la obra benemérita de Mendel. La Eugenesia no puede ser partidaria de esta o aquella raza, como la Botánica no puede preferir a ninguna planta, ni la Astronomía puede colocar las estrellas bajo el dominio de determinada constelación.

Los pueblos neolatinos tienen culminaciones de inteligencia y de carácter, tan nobles y tan altas como las que pueden presentar los celtas, los germanos, los sajones y los escandinavos. Si en vez de analizar las cumbres, se estudian los abismos de las razas, los pueblos nórdicos tienen los mismos vicios y las mismas lacras, que afligen al resto de la humanidad. Pisemos, por ejemplo, el terreno del crimen. El Japón, de pura raza amarilla, presenta un balance anual de ocho asesinatos por cada cien mil habitantes. En cambio, cualquiera de los Estados Unidos, presenta una lista roja que supera en mucho, a la criminalidad del Imperio del Sol Naciente. La ciudad de Dallas registra un promedio de 22; el promedio de Nueva Orleans es de 39, y el de Memphis, de 56. Asi, pues, hay poblaciones de gente rubia en donde se mata siete veces más que en el país amarillo.

En el terreno patológico, tampoco se encuentra base para decir que las razas nórdicas se hallan menos expuestas a caídas y degeneraciones. En los últimos 30 años, se ha duplicado entre los norteamericanos, la proporción de los epilépticos. Y en

cuanto a casos de locura, ha aumentado su proporción de 80 a 220 por cien mil, en el primer tercio del siglo XX.

Tampoco presentan los blancos del norte mayor congruencia social, pues la familia menos sólida del mundo, es la norteamericana. En los últimos veinte años se ha duplicado el número de divorcios, que supera en forma abrumadora a la suma de los divorcios que se efectúan en las demás naciones combinadas del mundo. Estos datos prueban que no hay razas impermeables, pues la decadencia física y mental penetra igualmente en todos los países, y no hay pueblo, por arrogante que sea, que pueda vanagloriarse de estar arriba del crimen y la disolución social. No necesitó injertos rojos ni amarillos el fascineroso Dillinger para opacar a los bandoleros bronceados que de vez en cuando infestan nuestras abruptas serranías, ni hubo menester Hauptmnn, salirse de la pureza teutónica que tanto cautiva a Hitler, para superar con un sólo crimen a todos los patibularios del mundo. Por eso, cuando los blancos del norte, en nombre de la Eugenesia, atribuyen sus vicios y degeneraciones al contacto de otras razas, hay que hacerles ver que no se encuentran afuera, sino dentro de ellos mismos, los gérmenes malditos que se deben extirpar.

La historia nos muestra cómo las llamadas razas superiores se convierten fácilmente en inferiores, al cabo de unas cuantas generaciones. Tan latina fué la Roma de Lucrecia como la de Mesalina, y sin embargo, la primera fué el espejo de todas las virtudes, y la otra fué el receptáculo de todos los vicios. Los franceses, que en tiempos de Napoleón el Grande, se creían superiores a los alemanes, fueron castigados brutalmente, en 1870, con la amputación de la Alsacia y la Lorena; y los alemanes que, desde entonces, blasonaron de ser superiores al resto del mundo, tuvieron que reconocer su inferioridad en las riberas del Marne. Es que el vigor y la alteza de los pueblos no radica en

atributos de mera forma, sino en el esfuerzo heroi-
co de depurarse, fortalecerse, instruirse y hacer obra civilizadora. Cuando una nación se envanece por el armiño de su piel o por el zafiro de sus ojos, es porque no puede clavar su orgullo en las cumbres albas y austeras de la virtud y el Genio.

España no fincó su orgullo en atributos tan pueriles y por esto dejó en América, obras imperecederas. Si en vez de mezclarse con las razas aborígenes, hubiera imitado a los colonizadores del norte, hoy tendríamos en el nuevo mundo, en vez de 17 países originales, 17 Españitas rutinarias, q' estarían pendientes de Madrid, para repetir servilmente los gestos y las actitudes de la Madre Patria.

Todo aislamiento es un signo de decadencia. En cambio, con la mezcla de las sangres, se renuevan las ideas, se destruyen las rutinas, se cambian las orientaciones, se transfiguran los ideales, en una palabra, se interrumpe la monotonía de la vida. Por eso nosotros, que somos el producto de un injerto de razas, avanzamos hacia un renacimiento ideológico para perpetuar el Genio de nuestra Madre España. No queremos producir nuevos Cides que serían extemporáneos, ni nuevos Cervantes que resultarían superfluos. Nuestra ambición estriba en que el árbol injertado de la estirpe se llene de flores y de frutos; y que cada flor americana derrame perfumes españoles; y cada fruto de España reviente con los almíbares de América.

No tenemos la pretensión de ser superiores a los otros pueblos; pero si nos consideramos diferentes y, por lo mismo, insustituíbles en el concierto de la humanidad. Miramos con desdén a las naciones que se juzgan superiores y tendemos nuestra mano fraternal a los países que busquen nuestro contacto. Y así como nuestra madre España y nuestra abuela Roma abrieron los pétalos de sus corolas, para recibir el polen de todas las razas,

así también la América española debe tener su cuerpo y su espíritu listos para los avatares radiantes del porvenir. Vengan, pues todos los pueblos a fundirse en el crisol donde hierve y se depura el bronce de nuestra raza, que circulen por nuestras arterias, todas las sangres generosas q' quieran llegar hasta nuestro corazón; que tiemble nuestro pulso con la palpitación de las sociedades más remotas y lejanas; que penetren por las ventanas abiertas de nuestro espíritu todas las corrientes del pensamiento; y que se revuelvan en nuestro sér todas las aspiraciones del mundo! Y saliéndonos para siempre del apotegma estrecho y egoísta de Monroe, que quería que la América fuese exclusivamente para los americanos, exclamemos con Sáenz Peña, el gran Presidente argentino: ¡América para la humanidad!

★ ★ ★

Los Titanes de la Conquista

CENTENARIO DE CORTES

Discurso pronunciado en el atrio de la parroquia de Medellín, el 2 de Diciembre de 1947, con motivo del 4o. Centenario de la muerte de Hernán Cortés.

Exmo. señor ministro del Exterior, Pueblo de Medellín:

Cuando vine a la Madre Patria con el objeto de estar presente en las ceremonias del IV centenario de Cervantes —culminación máxima del genio de nuestra raza— nunca me imaginé que vuestra gentileza me iba a distinguir hasta el extremo de invitarme a tomar parte activa en el IV centenario de Hernán Cortés, que condensa mejor que nadie el carácter épico de España. Comprendo que este altísimo honor no me lo dispensáis a mí, individualmente, sino al pueblo mexicano, del cual soy una partícula insignificante: habéis querido que un hijo de Anáhuac exprese los sentimientos de las tierras conquistadas, y aunque no tengo títulos para desempeñar tan honrosa comisión, no he querido declinar la inmensa responsabilidad que entraña.

¿Responsabilidad? ¿Y por qué? —me preguntaréis sorprendidos. Ah, porque ni yo ni nadie puede jactarse de reflejar sobre este punto, la opinión unánime de México. Cortés tiene el privilegio de suscitar polémicas, y basta pronunciar su nombre para que se vuelvan a encender dis-

cusiones en derredor del drama de la Conquista. Entre vosotros, los españoles, no puede haber motivo de controversia: se trata del héroe más grande y más completo en el capítulo más emocionante de vuestra historia y, por lo mismo, nada puede entibiar ni reducir el fervor de vuestro homenaje; extendió como nadie los dominios geográficos y espirituales de España y su glorificación no debe ser sometida a debate. En México, la cuestión no es tan sencilla: la proeza de Hernán Cortés significa la derrota de los bravos aztecas que defendieron gallardamente el suelo de Anáhuac. Por eso, ningún mexicano puede pensar en el héroe de Medellín, sin pensar igualmente en la otra raíz de nuestro abolengo histórico. ¿Cómo olvidarnos de los tenoxcas, cuando nos dejaron con su resistencia épica, una cátedra perenne de patriotismo y de pundonor? Por eso, mi tributo a Hernán Cortés tiene que hacerse sobre la confesión previa de que los mexicanos, no renegamos ni renegaremos jamás de la rebeldía sublime de Cuitláhuac, en la jornada de la Noche Triste.

No interpretéis este homenaje a los heroicos derrotados como un alarde fanfarrón de mexicanismo, ni menos aún como un regateo a la gloria del Conquistador; pero si me atrevo a evocar en Medellín, la grandeza de aquel crepúsculo, es porque su descripción conmovedora ha sido hecha por plumas españolas. Fueron Bernal Díaz del Castillo, el Padre Gómara y el propio Hernán Cortés, quienes nos hicieron sentir la sublimidad de aquel derrumbamiento. Y precisamente porque España supo inclinarse admirada ante los pueblos conquistados, fué por lo que pudo conquistarlos moralmente para siempre.

¿Y cómo no había de conmoveros la caída esquiliana de los aztecas, cuando fué igual a la caída de Numancia, que tanto os enorgullece? Varios siglos antes de que naciera Hernán Cortés, antes aún de que se cantara la gesta del Cid, ya el pueblo

ibérico trasmitía oralmente de generación en generación, aquel romance en que un niño de Soria, de doce años de edad, prefirió desplomarse de una torre con las llaves numantinas, a entregarlas a Escipión el Africano. Y ese mismo episodio de leyenda, fué llevado posteriormente al teatro, por el genio de Miguel de Cervantes Saavedra. Ahora bien, basta sustituír el nombre de Viriato por el de Cuauhtémoc, para que tanto el romance anónimo como la tragedia cervantina, resulten pedestales de los defensores de Tenoxtitlán.

★ ★ ★

Lo lamentable es que los espíritus unilaterales no pueden ver que los dos lados de la Conquista (el español y el indio) son igualmente grandiosos. Algunos facciosos no pueden elogiar a Cortés sin deprimir a los vencidos, y de la misma manera, tampoco conciben el panegírico de Cuauhtémoc, sin deturpar a su vencedor. Y como el pueblo mexicano se parece al hispánico en sus pasiones alborotadas, y también en el afán delirante de discutir sobre las sepulturas, resulta la historia un motivo de debate perenne. En México, se polemiza sobre la tumba del Padre Hidalgo, que es el Padre de la Patria; se polemiza todavía más sobre los sepulcros de don Agustín de Iturbide y de don Benito Juárez; se polemiza sobre el recuerdo de don Porfirio Díaz, no obstante de que sus huesos descansan en un panteón extranjero......Y naturalmente, mientras más grande es la figura discutida, más ardiente es la controversia que se traba en su derredor; y como Hernán Cortés proyecta su titánica personalidad sobre la historia íntegra del país, casi resulta superfluo agregar que en torno de sus restos mortales, se dejan oír, junto a los más entusiastas panegíricos, las protestas más airadas y beligerantes...... Pero este frenesí polémico no debe sorprenderos porque lleváis varios siglos de discutir al más rey de vuestros reyes, es decir, al gran Felipe Segundo.

¿Y qué es lo que se discute de la personalidad de Cortés? Lo mismo que se ha discutido en todos los tiempos, a propósito de todos los conquistadores. Los cargos son muy parecidos, así se trate de Ramsés Segundo o de Alejandro el Grande, de Aníbal o de Julio César. Violencia, crueldad, ambición y egoísmo. Pero aunque en mayor o menor grado, los grandes capitanes de la historia tengan los mismos defectos, no se puede rendir sobre ellos el mismo veredicto. El más rudimentario sentido de justicia obliga a no confundir aquellas conquistas que sólo causan ruinas y desmoronamientos con aquellas otras que determinan transformaciones creadoras. Por más grande que sea la obsesión de reducir todos los fenómenos históricos a un común denominador, no es lo mismo Aníbal que Atila, ni tampoco es posible colocar a Tamerlán en el plano de Julio César.

¿Cómo debemos ver la conquista realizada por Cortés? Allí están para responder los misioneros franciscanos y dominicos que cristianizaron a México; allí están los palacios y los templos que pusieron en nuestras ciudades coloniales, una silueta elegante de cúpulas y de torres; allí está la copiosa Legislación de Indias, el único documento jurídico que se inspiró en la realidad y en la psicología de nuestras razas aborígenes; allí están los virreyes, cuyas vidas impecables se incrustaron en nuestra historia como paradigmas de rectitud; allí está la misma tradición clásica; allí está la primera imprenta que se ha multiplicado en miles de instrumentos de cultura; y allí finalmente, está México, exhalando españolismo por todos sus poros, porque España infiltró en él, más que en cualquiera otro país del nuevo mundo, su sangre, su idioma, su religión, su espíritu y su vida........

En los dos años que fueron menester para realizar la conquista, Hernán Cortés demostró ser uno de los capitanes de mayor categoría en la historia militar del mundo; pero de nada sirve la es-

trategia cuando no se completa con espíritu creador. Los únicos que hacen labor perdurable son aquellos conquistadores que, después de vencer, saben convencer a los conquistados. ¿Qué quedó de las victorias de Aníbal? Todas se deshicieron con la derrota final. ¿En qué terminaron las invasiones formidables de Atila y las batallas rutilantes de Bonaparte? Faltas de espíritu creador, terminaron con catastróficos derrumbamientos, y en la misma forma se habría desmoronado la obra de Cortés si se hubiera reducido a ser un triunfador de batallas. Pero desde que fundó el Ayuntamiento de Veracruz, demostró tener intuiciones geniales de político y todas las capacidades de un hombre de Estado. Por eso, le pudo poner cimientos sólidos a un régimen que iba a durar trescientos años, y que luego, al terminar con la Independencia de México, iba a entrar en su etapa más grande y luminosa. Porque España no gana definitivamente a México, sino cuando lo pierde en el terreno material. El 27 de Septiembre de 1821, hizo su entrada triunfal en la vieja Tenoxtitlán el Ejército Trigarante, y fué izada en el Palacio de los Virreyes la bandera del águila, en lugar del estandarte de las torres y los leones. El sol de Carlos V había llegado a su ocaso; pero fué entonces cuando se inició su más espléndida aurora, porque al liquidarse la dominación colonial, se vió que había algo que no se liquidaba entonces ni se iba a liquidar jamás; y ese algo está constituido por la sangre española que llevamos en nuestras arterias, y los resplandores ibéricos que iluminan nuestra conciencia.

Como España fué la primera potencia europea que perdió su vastísimo imperio, se ha criticado muy duramente su obra colonizadora, a diferencia de otros países que han retenido por más tiempo sus dominios de ultramar. Sin embargo, en el momento en que se desintegren los imperios coloniales que quedan, se verá que España, al perder los territorios, conserva los espí-

ritus. Esas veinte banderas de los pueblos del nuevo mundo son prolongaciones gloriosas de la bandera española. Y yo me permito preguntar: ¿es la India una prolongación de Inglaterra? ¿Y Senegal es una prolongación de Francia? ¿Y Java, es una prolongación de Holanda? (El auditorio contesta: no) Las Repúblicas de América sí son prolongaciones evidentes de España, porque al vincularse la sangre de los conquistadores con la de los conquistados, se tuvo que perpetuar en los segundos, la obra de los primeros. Cuando Hernán Cortés le recomendaba a sus compañeros de armas, que se unieran en matrimonio con mujeres indígenas, tendía puentes de concordia entre los opresores y los oprimidos. Cada familia que se fundaba era un lazo de unión. Y quiero suponer y hasta aceptar que el idilio del Conquistador haya comenzado por un capricho y hasta por un imperativo de carácter fisiológico; pero luego, cuando advirtió en la cara de su hijo Martín, el color bronceado y los perfiles austeros de los indios, tuvo que sentir el anhelo de enaltecer y dignificar a los nativos de México, porque era el modo lógico de dignificar y enaltecer su propia descendencia.

Ahora bien, si el objeto de una colonia es explotar a los nativos a perpetuidad, es posible que los métodos españoles resulten ineficaces; pero si por lo contrario, el ideal de un colonizador consiste en incorporar a los rezagados, redimir a los supersticiosos, producir nuevas razas, remozar la cultura, abrir itinerarios en las zonas desconocidas del pensamiento, entonces tenemos que inclinarnos ante España porque lo que hizo en América le da derecho para ser considerada como una de las grandes naciones creadoras del mundo.

Hernán Cortés realizó en mi país la obra que llevó a cabo Roma en este viejo continente. Por eso convirtió a los hijos subyugados en hijos amorosos. Si la señora del Lacio se hubiera aislado

de los otros pueblos para dominarlos mejor, no habría podido perpetuar su magnífica cultura. En cambio, por medio de continuos injertos raciales, pudo avanzar de transformación en transformación. La amalgama latino-ibérica dió nacimiento a España; la alianza étnica con los galos determinó la génesis de Francia; de la fusión con los lusitanos emergió Portugal, y por último, la vinculación romana con los toscanos y los lombardos, preparó la formación de Italia; y así fué como el genio latino, con todos estos injertos rejuvenecedores, pudo desbordarse en muchas nuevas civilizaciones.

Crear, siempre crear; ese es el problema de los grandes. Por eso fué que Roma, en vez de condenar a sus hijas a que repitieran la gran cultura latina, les permitió que fuesen diferentes de ella misma y así pudiesen tener fisonomía propia. No basta pensar alto y sentir hondo; hay que pensar de modo distinto y sentir de manera diferente. El pueblo que no quiera atrofiarse, tiene que procurar siempre nuevas auroras y primaveras. La cultura latina, estancada en Cicerón, en Horacio y en Virgilio, se habría extinguido. En cambio, al infiltrarse en otros pueblos, adquirió nuevos matices y pudo resucitar gloriosamente en el infierno del Dante y en la locura divina de don Quijote. En síntesis, por haberse dado íntegramente a los otros pueblos, pudo Roma seguir teniendo el señorío del pensamiento humano.

Y eso fué lo que hizo Cortés en México. Vació el espíritu hispánico en los crisoles de Anáhuac, para que tomase nuevas formas y a ello se debe que mi patria sea una prolongación variada de la vuestra. Y como lo mismo hicieron los Pizarro y los Alvarado, los Almagro y los Valdivia, en los demás países del nuevo mundo. España forma con todos ellos ese conjunto que se llama raza. Y de esta guisa, el genio peninsular se perpetúa en la América por medio de sublimes transfiguraciones........

Hace algunos años que, en la ciudad de Saltillo (norte de México) vi un árbol que, por obra de mágicos injertos, producía cinco frutos diferentes: manzanas, peras, ciruelas, chabacanos y duraznos. La misma raíz vivificaba aquella diversidad preciosa de productos; la misma savia les llevaba alientos y vigor; pero como dicha savia circulaba constantemente por todas las partes del árbol, resultaba que introducía jugo de pera en los duraznos y perfume de ciruela en las manzanas. Y aunque los cinco frutos diferían entre sí, tenían algo de familiar que revelaba estar alimentados por la misma raíz y sostenidos por el mismo tronco venerable........

Pues bien, imaginaos ahora un árbol gigantesco que admitió en su ramaje, no cinco injertos sino dieciocho, y podréis medir fácilmente la extensión civilizadora de España. En la península ibérica se encuentran las raíces de la raza; pero las frondas se extienden desde la ardiente península de la Baja California hasta la Tierra del Fuego. México es una rama de ese árbol de milagro; y ramas también son la Argentina y Chile, Colombia y Venezuela, Uruguay y Perú, la América Central y las Antillas. El mismo genio las anima, el mismo espíritu las ilumina y, procuran ser diferentes las unas de las otras, para que su contribución de cultura sea más original. Hay algo, sin embargo, en el color, en el sabor y en el perfume que revela la identidad de la raíz y del tronco, esto es, que pertenecen a la misma estirpe. Ese es el prodigio de la América española: perpetúa el genio de España, pero introduciendo en él variaciones cautivadoras que lo rejuvenecen y prolongan su influencia magnánima en la historia.

Este árbol es la obra de España, pero nadie lo regó con más cariño que Cortés: por eso sus facultades extraordinarias de conquistador palidecen ante sus aptitudes geniales de creador. El mezcló la sangre de España con la sangre de

Anáhuac, y con ello marcó el principio de un nuevo sector humano que ya tiene un ideario propio, una doctrina autóctona, una estética original y que, con estos atributos que se van definiendo cada vez con mayor nitidez, auguran para el porvenir, contribuciones de cultura que no pueden presentar los pueblos gastados ni las razas envejecidas.

★ ★ ★

Claro está, que tratándose de un titán, tienen que ser titánicas las cualidades y los defectos. Don Joaquín Ruiz Giménez, demostrando que es un auténtico director de cultura, nos acaba de decir que España no quiere que tras la leyenda negra, se procure establecer la leyenda blanca. No, Cortés no fué un demonio ni tampoco un arcángel de alas impolutas. Lo único que pedimos sus admiradores a sus críticos, es que no pierdan el sentido de la proporción, cuando analicen y estudien la personalidad del gigante.

La vida de un superhombre se parece a la contabilidad de un millonario, en donde el debe y el haber se anotan con cifras fantásticas. Con el pasivo de un Rockefeller, se podrían arruinar cientos de hombres de negocios; pero como el rey del petróleo tenía un activo inmenso, su cuenta no solamente se equilibraba, sino que se podía cerrar en cualquier momento con un superávit enorme. Así es la cuenta de todos los millonarios de la acción: con el asesinato del Duque de Enghien, se deshonraría en forma aplastante y definitiva, el noventa y nueve por ciento de los hombres de Estado; pero como Bonaparte tenía en su haber, una cadena de epopeyas, y la reconstrucción de su país, y una obra legislativa que sus adversarios no han podido derogar, se tiene que meditar muy seriamente antes de pronunciar un veredicto global condenatorio. Y otro tanto se puede decir de César, de Carlomagno y de Hernán Cortés. No trato de disculpar sus de-

fectos, pero sí sostengo que para medirlos, hay que usar el mismo compás con que se miden sus excepcionales cualidades. Por eso, lo único que reclamo es que no se pierda el sentido de proporción, es decir, que no se olvide que, lo que en cualquier rostro humano, sería una deformidad monstruosa, no pasaría de ser una arruga imperceptible en la cara de la Esfinge.

Dicho sentido de proporción se pierde con frecuencia, tanto por los críticos como por los admiradores. Los primeros se obstinan en juzgar a los cóndores como si fueran palomas torcaces, y los segundos tratan de disculpar lo que no tiene disculpa posible. Ambos perjudican a Hernán Cortés que, con sus defectos innegables, es uno de los iniciadores más portentosos de la historia humana. Tiene razón Ruiz Giménez: ¡ni la leyenda negra, que es infame, ni la leyenda blanca que es pueril y contraproducente!

Por otra parte, tiene poca importancia la inquina personal contra Cortés, cuando sus deturpadores más violentos aceptan tácitamente los beneficios de su obra gigantesca. Porque si a aquellos que fincan su odio al héroe de Medellín, en el supuesto amor que dicen sentir por la cultura pre-hispánica, se les pregunta que con quién se sienten más ligados: con don Miguel de Cervantes Saavedra o con la hipotética obra lírica del rey poeta Netzahualcóyotl, tendrían que mentir para negar su preferencia hacia el ilustre autor del Quijote. Y de la misma manera tendrían que faltar a la verdad si dijeran que preferían el Códice de los Tributos sangrientos a la obra legislativa de don Alfonso el Sabio. Y bastan estas preferencias innegables para evidenciar que el espíritu español en México no es una corteza que se limita a cubrir lo indio, sino algo que se ha metido en la raíz de nuestro pueblo y forma parte de nuestra misma nacionalidad.

Por eso, de aquí en adelante, la personalidad

histórica de Hernán Cortés está destinada a crecer con el transcurso de los años. La raza nueva que él comenzó a formar, no ha acabado de formarse todavía. Aún se cuentan los indios puros por millones, y por millones también, los criollos, esto es, los tipos étnicos hispánicos que no se han revuelto todavía con el bronce de nuestra nacionalidad. Pero los crisoles siguen amalgamando los metales que hierven, aunque se necesiten aún varios siglos para conseguir una mezcla definitiva.

Cuando dicha mezcla sea un hecho consumado, es decir, cuando los injertos que se iniciaron con el beso de Cortés y la Malinche se encuentren en todos los hogares; cuando las ínclitas razas ubérrimas de que hablaba Rubén Darío, se acaben de constituir; cuando no quede un rincón de la América en donde no haya penetrado la sangre de Hispania fecunda; cuando el polen de vuestra tierra haya fecundado todas las corolas del Nuevo Mundo; cuando ya no se vean en México, ni asturianos ni zapotecas, ni gallegos ni tarascos, ni andaluces ni mayas, ni castellanos ni otomíes, porque todos ellos se habrán juntado para constituir al mexicano del futuro; cuando por las arterias de nuestro pueblo circulen todas las sangres y palpite su pulso acelerado con el ritmo sinfónico de todas las razas; cuando de las heterogeneidades actuales haya surgido la homogeneidad inconmovible de mi Patria, entonces será cuando se pueda apreciar en toda su inmensidad la obra de Hernán Cortés. Dicha obra, como la de Teseo y Rómulo, necesita de la lejanía para poderse destacar. Cuatrocientos metros son muy pocos para poder ver una montaña, y cuatrocientos años resultan igualmente escasos, para mirar a un forjador de pueblos y de razas.

Hace siglo y cuarto que, con el fin de nuestra guerra de Independencia, quedamos separados de España ¿Separados? Políticamente, sí; en cambio, más ligados que antes, desde un punto de

vista espiritual. Dicen los astrónomos que si un viajero que se encuentre en el centro del universo, se pone a caminar diariamente millones de leguas; al cabo de millones de siglos seguirá en el centro del universo. Así son los regazos maternales; de ellos no se sale nunca. Y como España es nuestra madre, suceda lo que suceda en el mundo, jamás nos podremos alejar de su corazón".

★ ★ ★

HOMENAJE A CUAUHTEMOC

Discurso pronunciado en el Casino Español de la ciudad de México, la noche del 4 de Mayo de 1951.

Señoras y Señores:

Mi querido amigo, don Carlos Prieto ha dejado caer sobre mi frente un pórtico corintio, como solía decir Salvador Díaz Mirón, cuando alguien le tributaba un elogio desproporcionado. Dijo generosamente que soy un hombre-paradigma, que conduzco ideas desde que tuve uso de razón, y que mi palabra es un modelo de buen decir; pero la verdad es que ninguna elocuencia, ni la del mismo Cicerón, puede estar a la altura del tema gigantesco que voy a tener el atrevimiento de abordar. Anatole France se figura al aeda viejo y ciego de Kymé, diciendo estas palabras antes de rasguear las cuerdas de su lira: "Oid el combate de Aquiles y de Héctor, es un canto bello". Nosotros podemos exclamar con orgullo, que la lucha de Cuauhtémoc contra Hernán Cortés fué más bella todavía.

Mientras mis oídos recibían la caricia de las alabanzas exageradas de Carlos, hijas de su inagotable benevolencia, me venía a la memoria aquella quintilla burlona que uno de nuestros grandes escritores, le dirigió a un colega igualmente respetable:

"Si alguna vez en banquete
donde obsequiado te veas,
alguien gloria te promete,
pronto, Juan, de prisa vete,
¡no vaya a ser que lo creas!"

Conste que yo no me voy porque debo hacer la rectificación obligada: no soy yo quien le da grandeza a este acto, pues la majestad y el señorío radican en el homenaje mismo, así como en el escenario, este augusto escenario en donde se está desenvolviendo la significativa ceremonia. Todo lo que yo os pueda decir carece de importancia, ya que mi discurso no contendrá sino lo que sabéis de antemano. Bien sabido es que la bibliografía de primera mano, sobre Cuauhtémoc, es breve, brevísima, pues toda ella se basa en referencias cortas de la crónica de Bernal Díaz del Castillo; de la Historia de la Conquista de Nueva España por López de Gómara, y de las cartas relaciones que envió Hernán Cortés al Emperador Carlos V. Por eso mi discurso no puede tener valor histórico ni amplificará la zona de vuestros conocimientos; pero lo que sí vale mucho, muchísimo es que el tributo al Emperador infortunado, se esté haciendo en el Casino de los españoles. Y como si esta gentileza no bastara, debo agregar que no fuí yo quien escogió el tema conmovedor: éste me fué señalado por la hidalguía de los hijos de la Península: y eso es grande, señoras y señores, porque se coloca arriba de las limitaciones que puedan imponer los intereses mezquinos, los orgullos pueriles, las conveniencias precarias y las rivalidades pasajeras; eso se levanta hacia ese plano magnífico y sereno, en el que, sobre todas las patrias, se destaca la grandeza universal y humana.

Don Carlos Prieto me ha conmovido profundamente al recordar que en la ceremonia conmemorativa del IV Centenario de Cortés, me permití hacer el panegírico de nuestros antepasados los indios. Dije entonces que el elogio de Cortés

en México, no podía ser tan amplio ni tan absoluto como el que se le rinde en España, y aduje las razones siguientes: en la Península, la personalidad del conquistador no puede suscitar controversias porque fué el héroe más grande y más completo en el capítulo más emocionante de su historia; extendió como nadie, los dominios geográficos y espirituales de la Madre Patria, y consiguientemente, su glorificación no puede ser sometida a debate. En México, la cuestión no es tan sencilla porque la proeza de Cortés significa la derrota de los bravos aztecas que defendieron gallardamente el suelo de Anáhuac. Por eso ningún mexicano puede pensar en el formidable extremeño, sin pensar igualmente en la otra raíz de nuestro abolengo histórico. ¿Cómo olvidarnos de los tenoxcas, cuando nos dejaron con su resistencia épica, una cátedra perenne de patriotismo y de pundonor? Por eso, mi tributo a Hernán Cortés se hizo sobre la confesión previa de que los mexicanos no renegamos ni renegaremos jamás de la rebeldía sublime de Cuitláhuac en la Noche Triste.

Aquel homenaje para los heroicos derrotados, rendido en la propia ciudad de Medellín, no fué un alarde fanfarrón de mexicanismo agudo, como se atrevió a decirlo un insensato de cuyo nombre no quiero acordarme. Si tuve la osadía de referirme a la grandeza de aquel crepúsculo, fué porque su descripción conmovedora nos ha llegado a través de plumas españolas. Fueron los mencionados Bernal Díaz del Castillo, López de Gómara y el propio Hernán Cortés quienes nos hicieron sentir la sublimidad de aquel derrumbamiento. Y precisamente porque España supo inclinarse con admiración y elegancia ante los pueblos conquistados, fué por lo que pudo conquistarnos moralmente para siempre.

¿Cómo no había de conmover al pueblo hispánico, la caída esquiliana de los aztecas, cuando fué igual la caída de Numancia, que tanto lo

enorgullece? Varios siglos antes de que naciera Hernán Cortés, antes aún de que se cantara la maravillosa gesta del Cid, ya las muchedumbres ibéricas trasmitían oralmente de generación en generación, aquel romance en que un niño de Soria, de doce años de edad, prefirió desplomarse de una torre con las llaves numantinas, a entregarlas a Escipión el Africano. Y ese mismo episodio de leyenda fué llevado posteriormente al teatro, por el genio de don Miguel de Cervantes Saavedra. Ahora bien, basta sustituir el nombre de Viriato por el de Cuauhtémoc, para que tanto el romance anónimo como la tragedia cervantina resulten pedestales de los defensores de Tenoxtitlán.

En la escuela primaria, aprendimos que cuando el férreo conquistador inició su aventura insuperable, reinaba en esta ciudad de México un monarca paralizado por la superstición, que no se atrevió a defender su corona. Delante de aquel melancólico espectáculo de inacción y de entreguismo, estalló entre los meshicas la más justa y bien fundada de las rebeliones: Cuitláhuac, el hermano de Moctezuma, hizo lo que éste debió haber hecho, esto es declararle la guerra a los invasores del Imperio. El nuevo Emperador planteó una lucha en la que, todas las desventajas eran para él: contra las armas de fuego, contestaban los indios con flechas y con piedras de honda; frente a las espadas forjadas en Toledo, se esgrimían macanas primitivas; al pecho acorazado de acero, se oponía el pecho desnudo; y esta desigualdad notoria, constituye el mejor certificado de valor y de grandeza que se pueda concebir. Cuitláhuac, el sublime inconforme, murió pocas semanas después de haberse sentado en el trono, y entonces tomó la jefatura de los indios, un joven, casi un niño que asombró con su perseverancia, su resistencia y su coraje, a los españoles, aquellos españoles del siglo XVI que por vivir en continua epopeya, ya no se asombraban de nada.

Para medir la estatura moral de Cuitláhuac, de Cuauhtémoc, y de los demás héroes que combatieron contra los hombres blancos que venían de donde nace el sol, bueno es recordar como fueron los indomables cruzados de la conquista, más impulsivos y voluntariosos que los cruzados que siglos antes y durante doscientos años seguidos, se lanzaron sobre Jerusalem. Más briosos y acometedores que Godofredo de Bouillón y Federico Barbarroja, que Ricardo Corazón de León y Luis el Santo, fueron los Cortés y los Alvarado, los Pizarro y los Valdivia, los Almagro y los Arminto: sin reconocer más autoridad que la de Dios, imponían su absoluto albedrío sobre la tierra y cortaban todos los obstáculos con el filo de su espada. Los Reyes Católicos, primero, y después el Regente Cardenal Jiménez de Cisneros trataron de regular el desenvolvimiento de los fenómenos americanos que se estaban llevando a cabo sin la intervención real; pero todo esfuerzo de reglamentación era imposible porque las corrientes populares se habían salido de su cauce, determinando inundaciones. Doña Isabel había iniciado la formidable aventura colonizadora; pero una vez iniciada, miles de españoles la habían tomado por su propia cuenta sin obedecer otros dictados que los de su carácter inquebrantable. De esta manera, las autoridades, en vez de ejercer dominio, producían la impresión de ser pedazos de corcho flotando inciertamente sobre los oleajes encontrados de miles de caracteres incontenibles. Hernán Cortés se insubordinó contra el Gobernador Diego de Velázquez, para venir a Anáhuac, y de igual manera, se insubordinaban los demás capitanes, para abrirle paso a sus ilimitadas ambiciones. Los Pizarro y los Almagro acabaron matándose los unos a los otros, y también de manera violenta, llegaron a un ocaso trágico, Cristobal de Olid, Hernández de Córdoba y muchos otros más. Mal podían compadecerse de los indios aquellos hombres endurecidos que no sentían un átomo de piedad para ellos mismos.

Se lanzaban a la aventura en embarcacio-

nes frágiles que amenazaban hundirse; atravesaban mares inmensos que parecían no tener riberas; penetraban en selvas vírgenes que ninguna planta humana había hollado; cruzaban desiertos cuyo misterio no se había descubierto; escalaban cumbres que nunca habían sido subidas; y se vestían propiamente de hierro, porque de hierro eran su brazo, su pensamiento y su corazón. Solamente con esta contextura épica y con este exceso de virilidad, pudieran realizar empresas que nos parecen inverosímiles y conquistas que se nos antojan quiméricas.

Así fueron vuestros abuelos, que también fueron míos, hermanos de la colonia española, pero lo grande en vosotros, es que esta velada no se consagra a ellos sino a un antepasado exclusivo de los mexicanos que opuso el bronce de su corazón a aquel torrente incontenible. Y lo opuso contra toda probabilidad de triunfo, contra la superioridad de los elementos militares adversos, mezclada a los augurios religiosos que le anunciaban un fracaso inevitable. Su propio nombre "Aguila que Cae", presagiaba un desenlace sombrío. ¡Y bien, si son grandes los combatientes que aceptan la lucha con la esperanza de triunfar, más grandes tienen que ser aquellos a quienes no amilana ni paraliza la seguridad de la derrota!

El poeta Salvador Díaz Mirón escribió en su juventud esta fulgurante estrofa llena de optimismo y de orgullo:

> "Erguido bajo el golpe en la porfía,
> Me siento superior a la victoria........
> Tengo fe en mí: la adversidad podría
> Quitarme el triunfo, pero no la gloria!".

La estrofa es impecable, sus cuatro versos parecen cuatro flechas rutilantes salidas del carcaj de Moctezuma Ilhuicamina, aquél que desde la tierra cazaba las más luminosas estrellas; pero......... ¿fué superior al triunfo el prócer máximo de nuestra poesía lírica? Con toda pena tengo que con-

testar negativamente, sin que esto signifique una censura porque los poetas cumplen su misión trovando cantos celestiales y consiguientemente, sería un exceso pedirles que su acción se levantara hasta el nivel de su verbo prodigioso. Por otra parte, son unos cuantos, aquellos héroes que no necesitaron de la victoria para comprobar su grandeza. Por lo general, es dicha victoria el índice de la superioridad. Alejandro de Macedonia se destaca fácilmente sobre el rey Darío de Persia porque lo venció; y de igual manera, se impone Aquiles sobre Héctor, y Escipión sobre Aníbal, y César sobre Vercingetorix.... Esa es la ley general; pero de lejos en lejos, aparece en la historia, un vencido sublime que al caer, le dà una lección de grandeza a sus vencedores. Ese es el caso de Leónidas en el Desfiladero de las Termópilas; el de Mucio Scévola que por su propio impulso colocó su mano sobre la lumbre para que fuera carbonizada; el de Juana de Arco ardiendo en la hoguera de Rouen....... Esas contadísimas figuras son las que se colocan arriba de la victoria.

En la historia de México, todos los mártires se han elevado a ese plano sublime en dónde el éxito y el fracaso tienen un valor secundario e incidental; pero sobre todos ellos, esplende un episodio excelso que prueba en forma evidente, cómo un vencido puede derrotar a sus triunfadores. El mejor elogio de la defensa de Tenochtitlán, lo hizo el propio Hernán Cortés en este párrafo de una carta que le dirigió el Emperador Carlos V:

"Yo, viendo como éstos de la ciudad estaban tan rebeldes y con la mayor muestra y determinación de morir que nunca generación tuvo, no sabía qué medio tener con ellos para quitarnos a nosotros de tantos peligros y trabajos, y a ellos y a su ciudad no los acabara de destruír, porque era la cosa más hermosa del mundo".

Aquellos hombres luchaban sin esperanza, que es como luchan los semidioses. Cuando Cuauhté-

moc fué llevado ante el Conquistador Cortés le pidió *encarecidamente que desenvainara el puñal* que llevaba en la cintura y se lo clavara en el corazón; y la forma patética en que Bernal Díaz del Castillo relata este episodio de epopeya, pone de relieve que la derrota estaba arriba, muy arriba de la victoria, puesto que en el momento en que el joven Emperador no pudo continuar la pelea, sólo reclamó el privilegio de morir.

Y esto lo hizo en plena juventud, enfrente de las promesas embriagadoras de una alborada, delante de todos los dones que ofrece la primavera. Tenía el derecho a la ilusión, al amor, a todos los espejismos del porvenir; y sin embargo, en vez de lanzar un grito de protesta, pidió el cadalso que se iba a convertir en pedestal. Delante de la guillotina el poeta André Chenier se llevó la mano a la frente y exclamó melancólicamente: ¡Aún hay algo aquí! Aquella queja no podía ser más justificada, porque no hay derecho a estrujar una flor que todavía está cargada de perfume; porque siembra un desaliento abrumador, cortar unas alas en el momento en que se sienten más ágiles y potentes para dominar el espacio y remontarse al cielo........En la frente de Cuauhtémoc, no había algo sino toda la existencia. Y por eso, porque renunció cuando lo humano y lógico era reclamar; porque consintió en apagarse cuando tenía mayor derecho a resplandecer; porque aceptó caer cuando era más irresistible la atracción de las estrellas, su trágico derrumbamiento es el más alto de nuestros símbolos, el más puro de nuestros paradigmas, la brújula que mejor orienta nuestra nacionalidad.

Dice don Justo Sierra que Hernán Cortés, temeroso de que se le creyera coludido con los reyes presos, para ocultar el fantástico tesoro de Axayacatl, y no repartirlo entre los soldados, cayó en la debilidad de consentir en que se atormentara a Cuauhtémoc, y aquel acto cruel sólo sirvió para probar que si el monarca había sido grande como soldado, fué más grande todavía como hombre,

Cuando el rey de Tacuba se quejaba del martirio, lo fulminó con estas palabras que son las más her mosas de nuestra historia, y tal vez las más hermosas de la historia humana: ¿"Acaso estoy en un baño o deleite"? Algunos retóricos han querido embellecer la expresión, y la han sustituído por esta otra: "¿Acaso estoy en un lecho de flores?" El esfuerzo es pueril porque lo grande del último Emperador azteca, no se encuentra en el corte lapidario de la frase, sino en haber dicho lo que dijo mientras sus pies se chamuscaban en la hoguera.

Si no se puede justificar el tormento, tampoco se puede negar que la ejecución del Emperador fué una atrocidad pues el propio Bernal Díaz del Castillo se expresó de la siguiente guisa: "Y fué esta muerte que les dieron muy justamente y pareció mal a todos los que íbamos". Así pues, el primer reproche no fué pronunciado por los indios vencidos sino por los propios conquistadores. El mismo Bernal escribió este párrafo que sugiere hondísimas meditaciones:

"También quiero decir que como Cortés andaba mal dispuesto y aún muy pensativo y descontento del trabajoso camino que llevábamos y como había mandado ahorcar a Guatemuz y a su primo el señor de Tacuba, y había cada día hambre, y que adolecían los españoles y morían muchos mexicanos, pareció ser que de noche no reposaba de pensar en ello y salíase de la cama donde dormía a pasear en una sala en donde había ídolos, que era aposento principal de aquel pueblezuelo, a donde tenían otros ídolos, y descuidóse y cayó más de dos estados abajo, y se descalabró en la cabeza; y calló, que no dijo cosa buena ni mala sobre ello, salvo curarse la descalabradura, y todo se lo pasaba y sufría".

Esta descripción indica que el alma del ejecutor se llenó de siniestras inquietudes; que no obstante el endurecimiento de su corazón, se conmovió con una sacudida brutal; que vibraron las fi-

bras de su conciencia, en una palabra, que sintió que la tragedia le había hecho más daño a él que al propio Emperador sacrificado. Este no pidió misericordia, se limitó a decir que ya tenía entendido que ese había de ser su final; y agregó estas palabras tremendas: "Me matas sin justicia".

¿Y qué más se puede decir de nuestro héroe? Unicamente eso, pero es bastante para iluminar toda nuestra historia. Cuauhtémoc dejó en nuestros anales, varias actitudes sublimes, y todo lo demás de su vida, se pierde en las nieblas doradas de la leyenda..........Los trece meses que reinó fueron de resistencia épica y sus cuatro años de cautiverio transcurrieron sin que los cronistas nos brinden detalles sobre la manera cómo sobrellevó su infor tunio; pero no se requiere mucha imaginación para inferir que quien vió arder sus pies sin exhalar un grito de dolor, tenía que mirar con un desdén superior las demás desventuras de la vida. Era de los irreductibles, de los que no se doblegan, de los que saben morir de pie, como decía Vespasiano que debían morir los Emperadores.

En resumen, la vida de Cuauhtémoc se puede narrar con unas cuantas palabras. Así también, la existencia de Prometeo se compendia de la siguiente guisa: le entregó el fuego de los dioses a los hombres y por esta dádiva sublime fué encadenado en una roca del Cáucaso, en donde su noble pecho fué desgarrado por los colmillos del cancerbero de Zeus. La vida de Rómulo cabe también en una sola frase: mamó en las ubres de la loba y fundó la ciudad de las Siete Colinas. ¿Quién fué Leónidas? Su lucha se condensa en el epitafio lacónico de Simonides: "Pasajero vé a Esparta y dí que aquí yacemos por obedecer sus santas leyes". Catorce palabras únicamente, pero que todavía se escuchan después de 25 siglos. ¡Parece increíble que las expresiones más cortas sean aquellas en donde se condensa mejor la inmensidad!

Tengo en mi biblioteca, una edición económi-

ca de la Biblia, y un día se me ocurrió medir la extensión del Evangelio de San Mateo, y con sorpresa ví que bastaban 36 páginas en octavo, para relatar la vida insuperable de Jesucristo. El Evangelio de San Lucas es más o menos de la misma dimensión, mientras que el de San Juan cubre apenas 29 páginas. El más corto es el de San Marcos que sólo llena 22 páginas. ¡Y pensar que con textos tan reducidos, se fundó una religión que transformó al género humano! De esos sencillos relatos emergieron las epístolas de San Pablo, la Ciudad de Dios de San Agustín, La Suma Teológica de Santo Tomás, La Divina Comedia de Dante, Las Catedrales Góticas, La Mística Española, La Maravilla del Renacimiento, en una palabra los monumentos más grandes de la cultura occidental.

Cuauhtémoc se limitó a decir unas cuantas palabras, pero sobre ellas imprimió el sello sublime de la Eternidad. ¿Y por qué, si soy tan devoto de su memoria, me inclino con tanta reverencia ante la obra de España en el Nuevo Mundo? Por la sencilla razón de que la conquista, con todas sus fallas, unificó los pueblos dispersos de Anáhuac y los empujó a nuevas y deslumbrantes transformaciones. Los aventureros del siglo XVI fueron hombres terribles; pero yo no les pido cualidades evangélicas a quienes no las pueden tener: los defectos de Hernán Cortés son los mismos de Alejandro el Grande y de Aníbal, de Escipión el Africano y de Julio César, de Oliverio Cromwell y de Carlo Magno. Todos ellos tuvieron un pasivo moral inmenso, que se equilibra con la obra portentosa que realizaron. Su contabilidad histórica es como la de un millonario, cuyo debe y haber se cuentan con cantidades astronómicas. A esos hombres no se les puede juzgar como a la generalidad de los mortales: para los insignificantes y los mediocres, hay que emplear el microscopio y la balanza de precisión; en cambio, para los gigantes, se necesita el telescopio con que se estudian las estrellas. Hay que conservar el sentido de la proporción y compren-

der que aquello que es apenas una arruga en la cara de la Esfinge, resultaría una hendedura mons truosa en cualquiera fisonomía humana. La línea que aparece como arista recta y cortante en las pi_ rámides de Egipto, se vería angulosa y escalonada en cualquier monumento pequeño. Por eso es ridículo reprochar las asperezas en los troncos de los árboles centenarios; y más ridículo aún es condenar a las águilas con el criterio mezquino con que se deturpa a los zancudos.

La conquista de Anáhuac fué tremenda, como lo han sido todas las conquistas, y no seré yo quien disculpe las matanzas de Cholula ni de Tenoxtitlán. Sin embargo, hay tragedias más horrendas que las realizadas en nombre de la guerra, y son aquellas que para su comisión, se invoca la misericordia falsa de una cultura superior. Mucho peor que ahorcar a Xicotencatl y quemarle las plantas a Cuauhtémoc, fué arrancar de cuajo y en forma irreparable a toda una raza, de una tierra que era suya, indiscutiblemente suya, para construir una civilización ajena, sobre el despojo y la muer_ te de los vencidos.

Y aunque se arguya mañosamente que los sol_ dados de Cortés vinieron a Anáhuac, con la espada tinta en sangre, mientras los tripulantes del Mayflower enarbolaban una bandera de concordia y de paz; aunque se pregone que México fué sometido a sangre y fuego, mientras que la Isla de Manhattan se obtuvo mediante una operación mercantil civilizada; aunque se pinte un claro obs_ curo impresionante cuyas sombras caen sobre Es_ paña, mientras las claridades se atribuyen a los otros pueblos europeos, la verdad es que por donde pasó Hernán Cortés, todavía hay indios que se cuentan por millones; y también por millones subsisten los nativos en las tierras conquistadas por Pizarro y por Almagro. En cambio, por donde pasa_ ron los otros, no quedan ya ni los huesos calcinados de las razas desaparecidas.

Estas razas desaparecieron porque los colonos que no fueron españoles, las privaron de todo estímulo de lucha y de toda esperanza de redención. En los dominios hispánicos, quedaron los indios sometidos pero no asfixiados. Y la mejor prueba de que la raza de bronce no fué estrangulada espiritualmente, la suministran los indios ilustres que desde el río Bravo hasta el Estrecho de Magallanes, se han colocado en primera fila, en el terreno del pensamiento y de la acción. El indio Altamirano llegó a ocupar el primer sitio de nuestra literatura y el indio Juárez se inmortalizó en la Presidencia de la República. Así pues, mientras en las colonias españolas, los indios quedaron con la posibilidad de futuros renacimientos, en las demás colonias fueron ahogados por una loza sepulcral que nulificó cualquier esfuerzo de resurrección. Por eso, mientras no veamos salir un piel roja de las reservaciones de Arizona y de Colorado, para instalarse en la Casa Blanca de Washington, tenemos que admitir que el régimen colonial de la Madre Patria fué muy superior a los demás regímenes europeos.

Pero no por eso podemos olvidarnos de lo autóctono, de lo que es exclusivamente nuestro, de las raíces que nos ligan a la tierra mexicana. El injerto de la España católica fué el más noble a que podíamos aspirar; pero el tronco en que se hizo dicho injerto, sigue y seguirá mereciendo nuestra veneración. Conozco de sobra los argumentos que esgrime una hispanidad desorientada para sostener que nuestra liga con el mundo precortesiano, es artificial: se dice y se vuelve a decir que no hablamos el idioma Nahuatl; que nuestra cultura no se liga con los cantos de Netzahualcoyotl sino con el Romancero y el Quijote; que nuestras instituciones actuales no tienen la menor relación con el Imperio de Moctezuma; que no adoramos a Huitzilopoxtli ni le rendimos sacrificios humanos; y sobre estas premisas —que son irreprochables— se trata de desprender la conclusión de

que el amor a los defensores de Tenochtitlán es teórico y puede ser un motivo lírico para inspirarles cantos a nuestros poetas, pero no como un elemento vigoroso de integración nacional.

Ah, señores, estas consideraciones nos prueban una vez más que los pueblos no se gobiernan con silogismos ni se dejan conducir por la dialéctica. Bastó hace 18 meses, que se anunciara el descubrimiento probable de los huesos de Cuauhtémoc, para que todo México temblara de emoción. ¿Demagogia indigenista? Probablemente hubo algo de eso; pero también hubo y sigue habiendo un estallido espontáneo de sinceridad. Llevo 50 años de observar a las muchedumbres de México, y el contacto continuo con ellas, me hace distinguir muy fácilmente los movimientos populares auténticos de los falsos. Vivimos en una época de escandalosa publicidad, y vemos todos los días, como se fabrican los prestigios apócrifos, las aureolas postizas, las popularidades artificiales: y hay que reconocer que nada de eso hubo cuando México se estremeció al enterarse de que el Emperador azteca dormía su último sueño en el templo de Ichcateopan. Delante de la posibilidad de que el hallazgo fuera cierto, circuló fuego por las arterias de nuestras multitudes, todos los corazones se ensancharon, y los nervios del país se estiraron y afinaron como si fueran las cuerdas de una lira inmensa. Se creía que Cuauhtémoc se encontraba lejos, muy lejos del México actual, y de pronto se advirtió que estaba con nosotros. Podrán sus huesos estar o no estar en Ichcateopan, pero lo que es evidente es que todos llevamos a Cuauhtémoc en nuestro corazón.

¡Y cómo no llevarlo si los mismos conquistadores se sintieron pasmados con el desplomamiento del Imperio azteca, que hace recordar la caída de los titanes en su lucha contra Zeus o el derrumbamiento de los Nibelungos! La crónica de Bernal Díaz del Castillo nos enseña cómo aquellos hombres de acero se sintieron atraídos hacia Cuauhté-

moc con el vértigo que palpita en todos los abismos. Los demás conquistadores no lo dijeron, pero quedaron atados al nuevo mundo, pues si Hernán Cortés nació en Medellín, quiso que sus huesos reposaran para siempre en México, con lo que significó que nuestro país era su tierra; y el Perú fué la tierra de Pizarro; y Guatemala fué la tierra de Alvarado; y Chile fué la tierra de Valdivia; y Yucatán fué la tierra de los Montejo. Y fué tan poderoso el sentimiento que los vinculó con el suelo de América, que de conquistadores, se convirtieron en conquistados.

A vosotros también, hermanos del Casino español, os ha conquistado el Emperador Cuaūhtémoc. Y esto os dignifica, os levanta, aunque no puede causar ninguna sorpresa, pues como lo dijo el poeta Marquina en endecasílabo inmortal, "España y yo, somos así señora".

* * *

México Colonial

EL MILAGRO DE LAS FLORES

No es cierto que la Virgen de Guadalupe se presentase por primera vez al indio Juan Diego, ordenándole que fuese a ver al Obispo Zumárraga, con el encargo de que le dedicase un templo. Fué mucho más bella y milagrosa la aparición de la Santa Madre de Dios, como podréis juzgar a través del siguiente relato que os juro me fué contado hace varios lustros por unas flores silvestres que tapizaban la falda del cerro del Tepeyac. Estas flores conservaban intacta la tradición gloriosa de lo que hicieran hace cuatro centurias sus divinas abuelas, es decir, las flores que abrieron sus corolas en el Año de Gracia de mil quinientos treinta y uno.

★ ★ ★

Erase un vergel maravilloso, y érase un indio lleno de fe que lo tenía consagrado a la Madre del Señor. Todos los días llegaba Juan Diego a recoger sus ofrenda, y las plantas del jardín palpitaban de emoción, como si quisieran salirle al encuentro: las corolas de las azucenas y las amapolas, de los pensamientos y los lirios, conscientes de que iban adornar el retablo de la Virgen, se alzaban presurosas de sus tallos como si todas a la vez anhelaran ser las primeras en ofrecerse en holocausto. Hasta las violetas que entonces como hoy, se escondían tímidamente para no ser vistas, al mirar a Juan Diego, se incorporaban para que el indio las advirtiera y las llevase a los pies de la Madre del Señor.

Las flores se disputaban la gloria de morir diluyendo su postrer aroma en el aroma inviolado de la Divinidad. Juan Diego cortaba las más hermosas y las ponía devotamente sobre el altar. Allí las corolas exhalaban su último perfume que, como el último canto del cisne, era el más bello de su vida.

Pero un día, las flores además de ofrendar sus fragancias, quisieron ofrendar sus matices, y se conjuraron para sorprender al indio creyente, con un holocausto que él no sospechaba que se pudiese realizar. Las amapolas que son las flores más audaces, tomaron la iniciativa para hacer el milagro, —¡el milagro!— una cosa natural y sencilla en las flores, pero que los humanos no saben comprender.

Juan Diego dejó las corolas cortadas sobre el ayate, y mientras se ausentó momentáneamente, las flores llevaron a cabo su divina confabulación: volcaron su virginidad inefable sobre el tosco lienzo, para retratar la virginidad celeste de la Madre de Dios:

Las amapolas pintaron con sangre encendida los labios y las mejillas de la Virgen; las azucenas dejaron caer su albura para retratar la frente inmaculada; con corolas de gardenias y alelíes se dibujaron los dedos de las manos arcangélicas; rosas pálidas tiñeron ténuemente sus úñas de nácar; con pétalos de heliotropos y no me olvides se trazaron apenas las venas azulosas; lirios morados dejaron su jugo doloroso en las ojeras para reflejar el martirio del Calvario; y con pétalos negros de pensamientos se pintaron las cejas arqueadas, los cabellos undosos y las pestañas inmensas de sus ojos entreabiertos. Y después, sobre la blancura de la frente, de la garganta y de las manos, las violetas dejaron caer un velo obscuro que produjo la tonalidad morena de la raza mexicana.

Había que ver a las flores exprimiéndose y

untándose sobre el ayate inmortal. Después de concluír la figura de la Virgen, se dedicaron a pintar el manto rosa y celeste; y finalmente con el polen que fulguraba en los estambres, se trazaron los rayos dorados que emergen del cuerpo aéreo de la Virgen. Hasta las gotas de rocío que temblaban sobre las corolas, colaboraron en aquella obra santa: se convirtieron en diamantes para recamar el manto suntuoso de la Reina. Y cuando el cuadro quedó terminado, exhalaba un perfume astral de Paraíso, un aroma igual al que emanara en vida del cuerpo celestial de la Madre del Señor.

Cuando Juan Diego regresó a recoger la ofrenda que había preparado, se encontró en lugar de las flores, a la Virgen misma que le sonreía. Se restregó los ojos asombrado, y la Virgen siguió sonriendo, como antes al pasar por el vergel, le sonreían las flores, prestas a sacrificarse sobre el ara.

Volvió el indio sus ojos al campo, como buscando un testigo del portento que acababa de presenciar, y sorprendió un milagro mayor: las flores que el no había cortado, balanceándose a la caricia de los vientos, parecían cantar una ave María. Y luego miró extasiado Juan Diego que las corolas se juntaban para repetir el retrato divino. ¡No, no era una ilusión mentirosa de sus ojos iluminados! El campo parecía un inmenso ayate en donde también se estampaba la imagen de la Virgen. Alzó la mirada al cielo, y allí vió Juan Diego otra revelación divina: el oro del sol, el rojo del poniente, el azul de la atmósfera, los matices pálidos de las nubes, todas las tonalidades espléndidas del crepúsculo se combinaron devotamente para retratar a la Madre de Dios.

¡La Virgen en todas partes! Quiso Juan Diego contar a los hombres el suceso extraordinario que acababa de presenciar, y se fué a la ciudad,

en donde se congregó la muchedumbre para oír el relato maravilloso. Y mientras exhibía ante las pupilas pasmadas del pueblo, el ayate santificado, vió proyectarse sobre la multitud, el milagro de los milagros. Parecióle que todas aquellas gentes formaban un extraño vergel, en donde cada individuo era una flor dispuesta al holocausto. Aquel corazón ingenuo se le antojó un liric nevado recién abierto; aquel espíritu apasionado e inquieto, una camelia roja; aquella alma delicada y exquisita, una orquídea de perfumes suaves y matices estelares; aquella voluntad poderosa y ardiente que volaba detrás de un ensueño, se le figuró un girasol que seguía ávidamente los resplandores solares. Y el pueblo entero, le pareció el mejor vergel que se podía ofrendar en los altares de María.

Después vió que se juntaban las flores del jardín humano, como antes se habían juntado las flores del campo y las flores crepusculares del cielo. Se repitió la conjuración divina y el milagro volvióse a realizar: Los corazones palpitantes se fueron combinando hasta trazar las facciones adorables de la Madre de Dios. Almas blancas y azules, almas rojas y doradas, almas violáceas y hasta negras, almas fuertes y almas mansas, almas dulces y ásperas, almas radiantes y almas llenas de dolor, todas colaboraron en el homenaje santo como las corolas votivas del Tepeyac.

Y así fué como la Virgen se incrustó en el corazón de todo el pueblo en donde aún vive y perdurará por los siglos de los siglos.

★ ★ ★

EN EL CONGRESO FRANCISCANO

Conferencia pronunciada el 15 de Enero de 1945, en el Congreso Franciscano que se reunió en la ciudad de Guadalajara.

Señoras y señores:

No me atrevo a solicitar vuestra indulgencia, pues aunque me cause mucha mortificación, estoy obligado a admitir que no la merezco. Los organizadores de este Congreso franciscano tuvieron la gentileza de invitarme desde hace un año, a fin de que tuviera tiempo para estudiar el tema fascinante que se me señaló: el de "los doce apóstoles" de la santa Custodia de Fray Martín de Valencia.

Desgraciadamente, he comprobado que los plazos largos son mucho más comprometedores que los cortos. Como el conferencista tiene muchos meses por delante, siente la impresión de que nunca acabarán de transcurrir y, como en el soneto inmortal de Lope de Vega, va dejando para mañana, lo que debería hacer inmediatamente. En un cuento de maravilla, dice León Tolstoy que el Señor le dio a un penitente cuarenta años de plazo para que arreglara una cuenta terrible que tenía con su conciencia. El pecador quedó encantado porque no sabía que, delante de la Eternidad, cuarenta años duran casi lo mismo que cuarenta minutos. Llega el momento del pago y entonces se advierte que la anchura del tiempo só-

lo sirvió para agravar el pecado del incumplimiento.

Eso fué lo que me pasó a mí: dejé pasar once meses y medio sin trabajar la conferencia que me había comprometido a sustentar, y cuando ya sólo faltaban unos días para que se reuniera este Congreso, comprendí que ya no me era posible escribirla. Por consiguiente, me limité a hojear la crónica siempre interesante de Mendieta, a reléer la biografía de Fray Martín de Valencia, que escribió Fray Francisco Jiménez, a colocar mi espíritu, hasta donde me fué posible, en el ambiente de fuego del siglo XVI; y con tan exiguo bagaje mental, aquí me tenéis, como esos malos estudiantes que dejaron pasar los meses sin aprender el curso y que, sin embargo, se presentan en el examen, con la esperanza de pasar de "panzada", como ellos mismos dicen en su pintoresco vocabulario.

Para apreciar la obra franciscana, en su grandeza angelical, voy a dividir esta plática en tres partes: en la primera, procuraré colocar al santo de Asís, en el centro del Renacimiento; en la segunda, trataré de diferenciar el concepto trunco que tuvieron del cristianismo los cruzados, del concepto íntegro de los evangelizadores; y en la tercera parte, sobre las premisas establecidas, intentaré definir la obra de "los doce apóstoles" de México, que solamente pudo ser superada por los once santos que rodearon a Jesucristo.

LA MEDULA DEL RENACIMIENTO

Francisco de Asís ha sido llamado frecuentemente "estrella matinal del Renacimiento". Esta calificación que podría aplicarse también a Fray Domingo de Guzmán, asombra a aquellos que están acostumbrados a considerar la llamada Edad Media, como un paréntesis de diez siglos, tras los cuales vino la aurora de la renovación espiritual.

Los clasificadores de la Historia han establecido convencionalmente que la referida Edad Media tuvo la misma duración del imperio bizantino. A fines del siglo IV, el Emperador Teodosio dividió sus extensos dominios entre sus hijos Arcadio y Honorio. Al primero le correspondió Constantinopla y al segundo, Roma. El Estado occidental se desmoronó a los cuantos años, ante las embestidas de los pueblos bárbaros, en tanto que el Imperio Oriental, en medio de azares y vicisitudes, logró sostenerse hasta el año de 1453 en que Constantino XIII fué vencido por el Sultán de los turcos, Mahomet II.

Se explica fácilmente que el desmembramiento del viejo imperio Romano sea considerado como el fin de la historia antigua; pero resulta muy caprichosa la tesis de ligar la Edad Media a un Estado decadente que estuvo muy lejos de ser el centro de la vida universal. Y más caprichoso aún es el criterio que atribuye a los humanistas que emigraron de Bizancio, y se establecieron en Italia a mediados del siglo XV, el estallido glorioso del Renacimiento.

La verdad es que la resurrección espiritual de Europa fué un fenómeno genuinamente occidental. Después de las violencias y brutalidades que sucedieron a la desintegración romana, se impuso el dominio de la fuerza bruta; pero el espíritu nunca se resigna a ser esclavo y empieza a abrirse paso en medio de las tinieblas. Por otra parte, la materia tiene que perder terreno si no acude en su auxilio el pensamiento. Carlomagno comprende que no basta triunfar por medio de las armas: necesita además, la consagración del Pontífice romano.

Esto no lo quiso entender el Emperador Enrique Cuarto, quien se atrevió a invadir la jurisdicción de la Iglesia, en el siglo XI. El Papa Gregorio Séptimo contestó excomulgando al Emperador. El primero disponía de los elementos bélicos;

el segundo sólo contaba con las fuerzas del espíritu. La lucha tuvo lugar en los siglos XI y XII y con ella, debería considerarse terminada la Edad Media, porque con el triunfo final de los herederos de San Pedro, se inició un nuevo período en la historia humana.

A principio del siglo XIII, aparece el condensador más glorioso de la nueva edad: San Francisco de Asís renuncia a todos los bienes terrenales para disfrutar mejor del reinado de Jesucristo. Entretanto, Santo Domingo comprende que no basta que Simón de Montfort someta a sangre y fuego a los albigenses, y les predica el Evangelio, para atraerlos. En el mismo siglo XIII, San Luis, Rey de Francia, fué hecho prisionero por los infieles; pero en su cautiverio hizo más por el Cristianismo que los propios cruzados que habían entrado triunfalmente en Jerusalem.

Esta resurrección del espíritu que florece luego en los frescos del Giotto, en los sonetos idealistas del Petrarca y en "La Divina Comedia" del Dante, es lo que constituye la médula del Renacimiento. Ahora bien, este despertar glorioso no guarda la menor relación con el Imperio del Oriente. Y como la cultura de Bizancio no presenta valores mentales tan altos como los citados, resulta una puerilidad considerar el Renacimiento como artículo de importación.

Sin embargo, hay historiógrafos y críticos que, dominados por el prejuicio, sostienen que esta resurrección espiritual fué un retorno al helenismo. ¡Cuánto se ha hablado de la llamada "resurrección de los dioses"! El propio Hipólito Taine habla de los paganos de los siglos XV y XVI; pero se cuida bien de agregar que tenían miedo de condenarse. No obstante la respetabilidad y grandeza del inspirado crítico. Pero Grullo podría contestarle que los paganos que le tienen miedo al Infierno, no pueden ser paganos.

La literatura y el arte bizantinos influyeron

poderosamente en el desenvolvimiento de la civilización occidental; pero no hay que exagerar la influencia, hasta el extremo de considerar los códices que fueron llevados de Constantinopla a Roma como el eje necesario de aquella milagrosa renovación. Dichos códices valen mucho, como valen todos los documentos en donde el espíritu humano deja su huella inconfundible; pero no pueden valer lo que vale la obra de los grandes transformadores de la cultura occidental.

En cuanto a la llamada resurrección del Olimpo, sólo tuvo lugar en el campo siempre libre de las fantasías estéticas. Se burilaron muchas estatuas de Zeus, de Apolo y de Afrodita; pero ni Juan de Bolonia creía en Mercurio, ni Miguel Angel podía tomar en serio el idilio de Leda con el cisne. El paganismo era un pasatiempo, una diversión, un pretexto para jugar con la belleza; pero no fué ni pudo ser la médula del Renacimiento. Por el contrario, aquella formidable resurrección espiritual, en vez de negar el Cristianismo, lo consagró de manera definitiva.

¿Qué todos los artistas buscaron su inspiración en los modelos clásicos? Sí; pero para ello no fué menester que llegasen a Italia los humanistas bizantinos, pues siglo y medio antes de la caída de Constantinopla, el Dante había reconocido como señor y maestro a Virgilio. Y la misma veneración que tuvo el autor de "La Divina Comedia" por el poeta del Lacio, la sentía en el campo filosófico, por Aristóteles, Santo Tomás de Aquino. Así, pues, los dos cerebros más fuertes del siglo XIII no necesitaron el eslabón de Bizancio, para rendir a la cultura clásica, la reverencia debida.

Si el Renacimiento hubiera nacido en Constantinopla, allí se encontrarían las raíces de la renovación, unas raíces tan vigorosas, cuando menos, como las de la Europa Occidental. Y la verdad es que en el Imperio Bizantino, sólo ha-

bía retóricos más o menos hábiles, pero que no se pueden comparar con los intelectos formidables del siglo XIII. Es, por consiguiente, en esta centuria y no en el año de 1453, en donde hay que buscar los primeros resplandores de aquel magnífico amanecer.

San Francisco de Asís fué, sin duda alguna, el celaje más delicado y hermoso en aquella riquísima aurora. Restauró la humildad y la sencillez; por la vía de la pobreza, alcanzó los dones máximos, y con el desprecio de sí mismo, volvió a darle dignidad y grandeza al espíritu humano.

CRUZADOS Y EVANGELIZADORES

Mucho se critica a los cruzados por no haber confirmado con actos de mansedumbre y de dulzura la religión que pregonaban. Los censores querían ver en Federico Barbarroja y en Ricardo Corazón de León las virtudes seráficas del Maestro de Asís. Les indignan las matanzas, sin querer comprender que en toda guerra tiene que derramarse sangre. ¡Y las Cruzadas fueron una guerra; la guerra entre el Oriente y el Occidente!

Y aunque los críticos de Godofredo de Bouillon digan que Europa se lanzó a agredir al Asia, la verdad es que quienes tomaron la ofensiva inicial fueron los pueblos musulmanes. En efecto, durante el último tercio del siglo XI los turcos se apoderaron sucesivamente de Jerusalem y de Antioquía. Al mismo tiempo se hizo sentir en España, con más fuerza que nunca, la garra de los Almorávides; y finalmente en los inicios del siglo XII, los sarracenos llevaron su osadía hasta invadir Sicilia, Calabria y el mediodía de Francia.

Contra aquella amenaza creciente, los pueblos occidentales resolvieron lanzarse en contra del Islam. Se trataba de una lucha bélica y no de una prédica idealista. Y aunque la guerra se hiciese "porque Dios lo quiere", como decía Pedro

el Ermitaño, no por eso cambiaba de carácter. Los cruzados fueron violentos en sus actos, más violentos en sus desahogos pasionales, y todavía más violentos en sus actos de contrición. Eran ante todo hombres de armas y, por lo mismo, su propósito era destruír al enemigo. ¡Imposible que Godofredo de Bouillon y Felipe Augusto pensaran en evangelizar a los prosélitos de Mahoma!

Sin embargo, el deseo de cristianizar a los infieles lo sintió un siglo después, San Francisco de Asís, cuando en medio de las violencias de la Cuarta Cruzada, tuvo la ocurrencia sublime de meterse en la tienda de campaña del Sultán de Egipto, para atraerlo a la Cruz. Naturalmente, fracasó en sus seráficos empeños; pero repitió el milagro de Daniel, que salió ileso de la cueva de los leones.

Más práctico que el santo de la pobreza fué Fray Domingo de Guzmán, cuando resolvió completar la Cruzada contra los albigenses con una prédica evangelizadora. Después de que el Conde le Leicester ganaba las batallas, Santo Domingo sembraba la Doctrina Cristiana. Detrás del hombre de hierro, iba el hombre de cristal. Simón de Montfort, como buen cruzado, sólo pensaba en conquistar y en someter, mientras que el maestro predicador procuraba atraerse las almas.

Un fenómeno histórico parecido se efectuó en nuestro país después de la Conquista. Hernán Cortés fué un Simón de Montfort amplificado por el genio, con visiones más claras y extensas que el cruzado de Languedoc, pero igualmente incapacitado para extender el reinado de Jesucristo. El lo comprendió muy juiciosamente y por eso, en las cartas que le dirigió a Carlos V, le pidió el envío de misioneros.

En las referidas cartas, el conquistador de Anáhuac le comunicaba al soberano de España que, en sus entrevistas con los grandes de Tlaxcala y el Emperador Moctezuma, los había invi-

tado para que abandonasen la idolatría y se adhirieran a la religión cristiana; pero.......¿cómo podían aquellos hombres entender la santidad de los Evangelios, cuando quien los invocaba, los contradecía con los actos terribles de la Conquista? Cortés aconsejaba la suavidad y la ternura, y andaba vestido de hierro; predicaba el amor, y esgrimía la espada; se decía adorar a un Dios de paz, y autorizaba matanzas tan espeluznantes como la de Cholula; recomendaba el perdón, mientras sus soldados herraban a los indios vencidos y se los repartían como si fueran bestias de ganado.

Es inconcuso que el Conquistador era católico; pero lo era a la manera de los cruzados, es decir, sin renunciar a la violencia. Para convencer a los indios de la bondad de los Evangelios, lo primero que se necesitaba era practicarlos, y eso no lo podían hacer quienes por sus actos parecían ser también devotos de Huitzilopoxtli.

La conclusión es obvia: los cruzados, aunque fuesen cristianos, exhibían una notoria ineptitud para cristianizar. Para convertir a los indios, se requería apuntalar la doctrina con el ejemplo. Y esto fué lo que hicieron los frailes franciscanos, cuya llegada a México fué para los vencidos una aurora parecida a la del Renacimiento. No surgieron los Leonardos ni los Donatellos; pero sí se empezó a ver el reinado del espíritu sobre las imposiciones salvajes de la fuerza bruta.

En la historia poética de la Orden Franciscana, la conversión del trovador Guillermo de Lisciano resulta alegórica y aplicable a todos los discípulos del maestro de Asís. Era un distinguido hombre de letras que se había destacado en el siglo XIII, por la inspiración de sus cantos y la donosura de su estilo. Lo llamaban el "rey de los versos" y había sido coronado con gran esplendor en la Corte de Palermo. Como todos los troveros y juglares de aquel tiempo, la mayoría

de sus composiciones ensalzaban idilios mundanos o lances de guerra. Pero un día se fatigó de estos éxitos y se acercó al pobrecito de Asís, pidiéndole la cuerda y el sayal de los franciscanos y un nombre de paz que sepultara para siempre sus entusiasmos bélicos. San Francisco lo recibió con ternura y le dio el nombre de Fray Pacífico, ese nombre que por sí solo le marcaba la orientación luminosa de su nueva vida.

Fray Martín de Valencia y los demás misioneros de la Custodia podían haber llevado el nombre de Fray Pacífico, con la misma dignidad y pulcritud con que lo llevó Guillermo de Lisciano. Ellos sí tenían aptitud para ser entendidos por los indios; ellos sí podían hablar con autoridad moral en contra de los ritos sanguinarios; ellos sí presentaban todas las garantías éticas necesarias para la prédica gloriosa de la Cruz.

LOS APOSTOLES FRANCISCANOS

Bernal Díaz del Castillo, en una de las páginas más conmovedoras de su crónica inmortal, nos cuenta que, al enterarse Cortés de que los frailes franciscanos habían arribado a Veracruz, ordenó que "se les barriesen los caminos y que los naturales llevasen velas encendidas y que los españoles doblasen las rodillas y besaran sus hábitos. En las puertas de la vieja Tenoxtitlán, el propio conquistador salió a recibirlos y poniéndose de hinojos ante el jefe de la misión, le quiso besar la mano, y como Fray Martín de Valencia no lo consintiese, Cortés besó devotamente el tosco sayal del franciscano. El mismo Bernal Díaz describe el pasmo con que los indios vieron al hombre de hierro —a quien tenían como ídolo o cosa parecida a sus dioses—, se prosternaba humillado delante de frailes "descalzos, flacos y amarillos que caminaban a pie". Ante este cuadro singular, que es la antítesis de la Conquista, los habitantes de Anáhuac tuvieron que sentir la fascinación de algo nuevo.

Tenían delante la majestad desarmada de Fray Martín de Valencia; la pobreza de Fray Toribio de Benavente; la ternura desbordante de Fray Francisco Jiménez; y sobre todo, la fuerza de Cortés que les había parecido incontrastable, inclinándose sumisa a quienes parecían carecer de todo. Entonces advirtieron que había algo superior a las armas, algo que valía más que el oro, en síntesis, habían percibido por primera vez los resplandores auténticos de Jesucristo.

Los misioneros que integraron la Custodia presidida por Fray Martín de Valencia, fueron doce; pero como antes llegaron a México, Fray Juan de Tecto, Fray Juan de Aora y el insuperable Fray Pedro de Gante, se debe elevar hasta quince la cifra de los primeros evangelizadores de México.

¿Cómo fueron estos apóstoles? Fray Francisco Jiménez nos describe de la siguiente guisa al jefe de la misión: "Luego que llegó a la portería del dicho convento de San Francisco, y le abrí la puerta, me dio un no sé qué que mi espíritu en verlo, me fué una gran represión interior, así en pobreza como en la aspereza de su hábito y lo que me pareció, que veía otro San Francisco, y se me representó su cara como de un apóstol. Y como por algunos días estuviese en aquel monasterio, dio mucho ejemplo de santidad a los frailes".

Lo más singular del párrafo transcrito es que lo merece tanto el biografiado como el biógrafo, porque Fray Francisco de Jiménez fué otro santo de Asís. Y lo mismo puede decirse de Fray Toribio de Motolinia, de Fray Luis de Fuensalida y demás miembros de la Custodia. El retrato de Valencia es igual al de sus ejemplares compañeros.

Esta similitud de caracteres es propia de la virtud. Todos los santos se parecen y son de muy fácil definición. En cambio, ¡qué difícil es preci-

sar los rasgos de los espíritus llenos de entrantes y salientes, que junto a cualidades excelsas, exhibie ron defectos monstruosos! Pueden compararse estos últimos con los polígonos irregulares, que para ser medidos, requieren una previa triangulación. ¡Y cuántas triangulaciones mentales se necesitan, para valorizar con exactitud, al Emperador Augusto, a Juliano el Apóstata, a don Pedro el Cruel, a Ni colás Maquiavelo o a Catalina de Médicis! En cam bio, no se requiere gran esfuerzo para comprender la grandeza de Sócrates, o de Cincinato, o de Juana de Arco. Para valuar una piedra que se recoge de la veta de una mina, se hace menester el dictamen de un químico analista que determine los metales de que está compuesta. Por el contrario, no se necesita pericia científica ni técnica, para advertir la transparencia de un diamante o los jardi nes de una esmeralda.

La tersura espiritual de los franciscanos no puede ser grata a aquellos que andan en pos de dramas y claro-obscuros psicológicos. No hubo entre ellos, esa diversidad de caracteres que se encuentran en las tragedias de Shakespeare o en la Comedia Humana de Balzac. ¡Es natural! El Arte se nutre de conflictos y contrastes, en tanto que la santidad es armonía y sencillez. No hay ni puede haber una gran variedad entre las espumas del mar ni entre las estrellas del cielo.

Espíritus tan ajenos a la complicación y a la retórica, tenían que caminar por las rutas más claras y seguir los procedimientos más simples. Cuando Fray Martín de Valencia se encontró en México con los tres misioneros flamencos que le habían precedido, les perguntó: —¿Qué es lo que habéis hecho, hermanos, en todo este año? —Ah —contestó Fray Juan de Tecto—, hemos aprendido la teo logía que nunca aprendió San Agustín. —¿Qué teo logía es esa? —preguntó el Custodio—. La lengua de los indios —respondió llanamente el angélico sacerdote—. Y efectivamente, para cristianizar a los pueblos de Anáhuac era más importante el idio

ma náhuatl que "La Ciudad de Dios". Ante todo, había que entender y ser entendidos por los indígenas. Y una vez construído el puente de la comprensión, hacer pasar por él la ternura que conquista los corazones.

Para dominar los dialectos aborígenes, los franciscanos buscaron el contacto de los niños, y de esta guisa, a la par de conseguir la comunicación espiritual que buscaban, se atrajeron la confianza y el afecto de los padres de las criaturas. Con este método saturado de amor, iniciaron la prédica de los Evangelios. ¿Cómo fué esa prédica? Debe haber sido muy semejante a la que hizo San Pablo para convertir a los gentiles.

"No buscamos vanos ornamentos —decía el apóstol de Tarso—, para este Dios que rechaza los resplandores del Mundo. Si nuestra simplicidad desagrada a los soberbios, que ellos sepan que los queremos desagradar. Abatámonos, pues, ante los humildes, hagamos prédicas cuya bajeza tenga algo de la humillación de la Cruz, para que sean dignas de un Dios que no quiere vencer más que por la humildad".

Así hablaba el apóstol de los gentiles y así también deben haber hablado Motolinía, Jiménez y Fuensalida. Asperidad en las palabras, pero tersura en el sentimiento; retórica defectuosa, pero palpitante de emoción; estilo irregular pero lleno de fuego. ¡Y esta oratoria es la que genera los milagros! ¡Con cuánta razón dice Bossuet que San Pablo fundó en Grecia más templos que Platón academias; y que Roma se consideraba más honrada con una de sus epístolas, que con todas las arengas perfectas de Cicerón!

El sublime converso del camino de Damasco atrajo hacia Cristo más prosélitos que nadie; pero después de él vienen los franciscanos que iniciaron la evangelización de México. Motolinia calculaba haber bautizado a 400,000 indios, y asignaba a los primeros misioneros un promedio de cien mil bau-

tizos. En el año de 1536 —doce años después de establecida la Custodia—, los católicos de Anáhuac sumaban cinco millones, y en 1540 el número de los iniciados ascendía a nueve millones. Bastan estas cifras, que parecen inverosímiles, para admitir que la obra realizada por aquellos humildes misioneros, es la más vasta que registra la historia del Cristianismo, con la excepción lógica de aquella que realizaron, después del drama del Gólgota, los propios apóstoles de Jesucristo.

Hernán Cortés y sus férreos soldados quemaron los teocallis aztecas y echaron a rodar los ídolos sanguinarios; pero fueron Fray Pedro de Gante, Fray Martín de Valencia y demás sacerdotes de la benemérita Custodia, quienes desterraron a Huitzilopoxtli del corazón atormentado de Anáhuac.

Ellos vinieron a enseñar que la proeza definitiva no consiste en vencer, sino en convencer; que las únicas conquistas sólidas son las que se fincan sobre el amor; que la fuerza máxima radica en la debilidad; que el mayor tesoro es la pobreza; que las cadenas de hierro son frágiles, mientras que las de cristal son indestructibles; que pasan velozmente las llamaradas del odio, en tanto que la misericordia es como la gota de agua que perfora las cordilleras; que, en una palabra, por el espíritu y sólo por el espíritu se puede llegar al milagro de la perennidad.

Durante los dos mil años que han transcurrido desde la crucifixión de Cristo, ningún mortal ha conseguido estar tan cerca de él, como el seráfico San Francisco. ¡Nadie tampoco, como los quince misioneros que vinieron a México, se ha aproximado tanto al pobrecito de Asís!

* * *

Y ahora, gentiles oyentes, sólo me resta daros las más expresivas gracias, por la paciencia con que habéis escuchado esta plática deshilvanada e

incoherente. Nunca fué depositada una ofrenda tan pobre sobre un altar tan luminoso, pero vosotros sois franciscanos, enamorados de la pobreza y, espero que no os será muy difícil perdonar la pobreza de mi pensamiento y de mi expresión.

México fué una fundación franciscana y ninguna ciudad lo puede entender mejor que Guadalajara, porque es la que mejor condensa el espíritu nacional. Es posible que en la Capital de la República sea en donde irradie con más vivas fulguraciones el pensamiento mexicano; que en Monterrey se manifieste con mayor fuerza, el carácter; que en Guanajuato, en Cuautla y en Puebla, por el recuerdo de Hidalgo, de Morelos y de Zaragoza, se cultive más la nota heroica; que en Querétaro se venere con más respeto la tradición; pero es en Jalisco en donde se han reunido los atributos esenciales de nuestro pueblo, y por eso vosotros no sóis un pedazo sino un compendio de la Patria. La Capital puede decir: "soy el cerebro director de la nación"; Dolores Hidalgo puede reclamar: "soy la cuna". Monterrey puede decir: "soy el brazo vigoroso"; otras ciudades pueden presentar otros títulos de gloria; pero a Guadalajara le corresponde el privilegio de ser el corazón de México. Y eso —¡el corazón! —es lo que se necesita para entender a San Francisco y a los franciscanos.

* * *

BARTOLOME DE LAS CASAS

Discurso que se pronunció en el Teatro Iris de la Capital de la República, durante la velada con que se conmemoró el 50o. Aniversario de la reorganización de la Orden Dominica en México.

Cuando el Padre Navarro tuvo la gentileza de convidarme a tomar parte en esta velada, me manifestó el deseo de que disertara sobre la vida de Fray Domingo de Betanzos, y puso a mi disposición varios libros a fin de que yo completara el concepto que tenía de aquel ejemplar evangelizador. Yo le contesté que tratándose de frailes dominicos, el que se acercaba más a mi temperamento y a mi comprensión, era el azaroso y aventurero Fray Bartolomé de las Casas.

Difícilmente se encuentran dos figuras históricas que menos se parezcan entre sí: Fray Domingo fué el jefe de la primera misión que vino a nuestro país y refleja mejor que nadie la obra colectiva de su orden; Fray Bartolomé tuvo un espíritu original, originalísimo, y por consiguiente, imprimió en su labor gigantesca el sello inconfundible de su manera de ser. El primero fué como el río manso que corre sosegadamente, fecundando la tierra, copiando el firmamento y que, al llegar al océano, completa su obra, endulzando las ondas salobres. El segundo fué como el torrente que, al descender de la cumbre, va despeñándose de catarata en catarata Betanzos

era la ponderación y la mesura, el equilibrio y la armonía, en tanto que Las Casas, todo agresividad y beligerancia, hizo de su amor a Jesucristo un grito perenne de protesta contra la explotación y la injusticia.

Las almas quietas y apacibles son de muy fácil comprensión, en tanto que los espíritus turbulentos suscitan en su derredor controversias interminables. En tal virtud, Fray Domingo no ha constituído ningún problema para los historiadores: algunos le atribuyeron posturas y actos contrarios a su carácter. Alberto Carreño hizo en un libro las rectificaciones consiguientes y el asunto quedó terminado. En cambio, Fray Bartolomé ha provocado en torno suyo, infinidad de polémicas y varían mucho los pareceres, cada vez que se intenta definir su interesantísima personalidad.

Sería una audacia imperdonable, hablar ante sacerdotes de la orden predicadora, del dominico que hizo más ruido en el siglo XVI, si no se tratara de rendir un homenaje. Conste, pues, que este discurso es un tributo y no una cátedra. Lo único que me propongo, es presentaros al defensor por antonomasia de los indios, tal como lo tengo grabado en mi cerebro y en mi corazón. Hace algunos años, un escritor colombiano escribió un libro sobre el Libertador, que intituló "Mi Simón Bolívar". Pues bien, en esta noche, yo voy a hablar de "mi Bartolomé de las Casas".

Para la mayoría de los mexicanos, el formidable dominico se proyecta en la historia, tal como lo pintó el Maestro Félix Parra, en su lienzo inmortal. Todos vosotros conocéis ese cuadro de nuestra época romántica. En el fondo, aparece una arquitectura precortesiana, que puede ser un teocali, pues en sus paredes, se vé un ídolo meshica. Una columna rota sugiere el derrumbamiento del imperio azteca. En la gradería se yergue Fray Bartolomé en actitud majestuosa y pro-

tectora: su calva es de apóstol y los mechones blancos de sus sienes parecen de profeta. Cruzando sus muñecas sobre el pecho, empuña con la diestra un crucifijo que apoya sobre su corazón, mientras la mano izquierda, dibujada tiernamente con rasgos doloridos, sugiere una tragedia de Sófocles o de Esquilo. Abajo se halla un indio muerto, entre cuajarones de sangre, y una mujer que se adivina ser la viuda, se abraza convulsivamente al sayal del monje, como un náufrago a la única roca en donde se puede salvar. Fray Bartolomé parece murmurar una plegaria y clava sus pupilas en el cielo, como si sólo de allí esperara la redención de los vencidos......

¿Es esta la verdadera imagen del defensor de los indios? Parcialmente, sí, porque nunca desconfió del cielo; pero la impresión que nos deja el Maestro Parra, es trunca, porque Fray Bartolomé no se conformó con la salud espiritual de la raza de bronce, sino que también procuró ¡y gastó en ello, su vida entera! conseguir para los indios, la libertad terrena. Nadie ha encarnado mejor que él, la famosa expresión: "a Dios rogando y con el mazo dando". En 1514, dió el primer martillazo, y 52 años más tarde, al borde de la sepultura, seguía martilleando tenazmente, sin que su brazo exhibiera la señal más leve de cansancio.

Fray Bartolomé de las Casas vivió los primeros 40 años de su vida sin que lo conociera el mundo; sin que él mismo tuviera la revelación prodigiosa de su extraordinaria personalidad. El caso no es tan extraño como parece, pues abundan las gentes que mueren sin haber visto frente a frente su corazón. Un individuo vive pacíficamente y se considera inofensivo, cuando de pronto, ante la contemplación de una injusticia, siente que su sangre arde y se ponen todos sus nervios en tensión; y formula un grito de protesta; y la protesta lo impele a combatir; y ya en la palestra, enardecido por el furor de la pelea, advierte

asombrado que su agresividad no tiene límites y que su beligerancia es tal, que puede romper lanzas con el Mundo entero. ¡Creía ser de porcelana quebradiza y ve pasmado que tiene la consistencia del bronce! ¡Vivía con la ilusión de ser un cirio de llama trémula y parpadeante y descubre ser un volcán capaz de las más terribles erupciones!

Eso fué lo que le pasó a Fray Bartolomé de las Casas "en la mitad del camino de su vida", como dijo Dante. Y como aquel hombre era leal a su idiosincracia y a su conciencia, aceptó sin vacilar todos los deberes que le impuso la vocación ardiente que acababa de descubrir. Y la lucha que se había iniciado por un impulso de misericordia, se convirtió en una guerra intensa y sin cuartel; y no le arredraron ni la estatura ni el número de los enemigos que tenía por delante; ni suavizó el ímpetu de su brazo por la razón parcial que pudieran tener dichos enemigos. Perdió la visión integral de la Naturaleza y de la vida, para no mirar sino lo que pasaba en la palestra del combate; y no le preocupó la complejidad de los fenómenos sociales que provocaba con su lucha, porque estaba encadenado a un solo propósito, porque lo monopolizaba una sóla idea, porque había colocado sobre todo el Universo, la obsesión de su Ideal sublime!

Así fueron Demóstenes, Catón el censor y Jerónimo de Savonarola. Catón se pasó la vida diciendo "delenda est Cartago", y acabó por contagiar a sus oyentes y Cartago desapareció del mapa. El tribuno de Tebas atribuía a Filipo todas las desventuras helénicas: el rey de Macedonia tenía la culpa de la pobreza de los atenienses, de su apatía y desorganización, y hasta de las calamidades de la Naturaleza. En el cerebro de Demóstenes, Filipo dejó de ser un hombre para convertirse en una pesadilla. Fray Bartolomé también tuvo una pesadilla: la crueldad de los conquistadores. Y como nada más en eso pensa-

ba, consagró todas sus energías a defender a los indios; y como al igual que Bonaparte, juzgaba que la mejor defensiva es la ofensiva, definió que la mejor manera de proteger a los aborígenes consistía en agredir a los encomenderos y a aquellos que los sostenían.

Bien sabido es que lo que se pierde en amplitud se gana en intensidad. Por eso los espíritus reconcentrados han sido siempre los más vigorosos. Platón y Goethe, por derramar sus almas generosas sobre toda la Humanidad, no podían tener el ímpetu formidable de los seres unilaterales que hacen converger todos sus pensamientos a un solo punto, y luego dejan caer sobre ese punto el peso aplastante de su arrolladora energía.

La expulsión de los mercaderes del templo a latigazos, fué tan sólo un episodio en la vida luminosa de Jesucristo. Para el Padre Las Casas, fué toda su existencia.

Desde 1502 hasta 1510, Fray Bartolomé de las Casas vió las cosas que pasaban en la Isla Española, sin alterarse ni descomponerse; el dominio absoluto de los españoles sobre los indios, le parecía lógico e inevitable. De pronto escuchó la palabra piadosa del dominico Fray Diego de Córdoba, "un sermón alto e divino, y lo oyó y por haberlo oído, se tuvo por felice". Aquel sermón fué el torrente de luz que lo empujó a tomar el camino de Damasco. Comenzó Las Casas por ofrecerse a Fray Diego como intérprete y fué desde entonces, el conducto por el cual llegaba a los indios, el mensaje divino del Evangelio.

A medida que avanzaba en la nueva senda, se fué convenciendo de que la explotación de los aborígenes no armonizaba con la religión que tanto lo seducía; y tras de cuatro años de vacilaciones, acabó por entregar al Gobernador de Cuba Diego de Velázquez, los indios que éste le tenía encomendados, y se dedicó en cuerpo y alma, a fustigar a todos los encomenderos. Inició su campa-

ña negándoles la absolución en artículo de muerte y recomendando a los demás sacerdotes que hicieran lo mismo; y como viera que su prédica no era atendida, emprendió su primer viaje a España, para continuar en la Corte la lucha que había empezado en el Nuevo Mundo. Desde entonces su voz, que se había perdido entre los estruendos y clamores de la Conquista, comenzó a tener resonancia universal.

Muy elocuente debe haber sido el agresivo dominico, puesto que impresionó sucesivamente a los mejores gobernantes de España: Fernando de Aragón, el Cardenal Jiménez de Cisneros, Carlos V y Felipe II. ¡Si hubiese vivido doña Isabel la Católica, también sobre ella habría impreso su irresistible fascinación.

Lo grave es que, aunque los soberanos y el Regente quisieran atenderlo, el desenvolvimiento de los fenómenos americanos se estaba llevando a cabo, casi sin la intervención del gobierno peninsular. Doña Isabel había iniciado la formidable aventura colonizadora; pero una vez iniciada, miles de españoles la habían tomado por su propia cuenta, sin obedecer otros dictados que los de su férrea voluntad. De esta guisa, las autoridades, en vez de ejercer dominio, producían la impresión de ser pedazos de corcho flotando inciertamente sobre los oleajes encontrados de miles de voluntades incontenibles. Para convencerse de ello, basta recordar que la proeza máxima, o sea la Conquista de los pueblos de Anáhuac, la realizó Hernán Cortés sin conocimiento de la Corona de Castilla, y en abierta rebeldía contra las autoridades reales de Cuba.

En respuesta a las gestiones de Las Casas, el Cardenal Cisneros nombró a tres monjes jerónimos para que se encargaran de lo que él mismo llamó "la reformación de las Indias". Pero los tres frailes fracasaron como habrían fracasado igualmente los mejores estadistas del planeta. Aquella

no era una obra gubernamental, sino de toda España.

Esto no lo veía Fray Bartolomé, porque ya estaba poseído por su ensueño redentor. Por lo mismo, acusó a los monjes —como iba a acusar de allí en adelante, a todos los que no secundaban sus propósitos—, de haberse puesto de acuerdo con los seglares "para dorar y excusar la tiranía y para infamar, vituperar y aniquilar a los indios inocentes". El quería que los demás sacerdotes fueran como él; que todas las almas se convirtieran en cráteres candentes; que todas las conciencias ardieran con su misma indignación; que el régimen de las encomiendas fuese cortado de cuajo. costara lo que costara y aunque se desquiciase todo el sistema colonial.

Como no lo consiguió, se puso a escribir contra la Conquista, libros y panfletos que parecen incendios. La "Brevísima Relación de la Destrucción de las Indias" —¡cómo sería si hubiera sido larga!—, constituye la más tremenda requisitoria, no tan sólo contra aquella genial epopeya sino también contra la obra entera de España en el Nuevo Mundo. El severo dominico se enfrentó con los gobernadores, con los virreyes, con los monarcas y, lo que parece una temeridad inconcebible, con la furia desencadenada de los conquistadores.

Para poder medir semejante audacia, hay que tener presente como fueron los indomables cruzados de la Conquista, más impulsivos y voluntariosos aún que los cruzados que, siglos antes, se lanzaron sobre Jerusalem. Sin reconocer más autoridad que la de Dios, imponían su absoluto albedrío sobre la tierra y cortaban todos los obstáculos con el filo de su espada. Hernán Cortés se insubordinó para venirse a Anáhuac, y de igual guisa se insubordinaron los demás capitanes para abrirles paso a sus ilimitadas ambiciones. Los Pizarro y los Almagro acabaron matándose los

unos a los otros; y también de manera violenta, llegaron a su ocaso, Cristóbal de Olid, Hernández de Córdoba, etc., etc. Mal podían compadecerse de los indios aquellos hombres endurecidos, que no sentían un átomo de piedad por ellos mismos.

Se lanzaban a la aventura, en embarcaciones frágiles sobre los mares que parecían no tener riberas; penetraban en selvas vírgenes que ninguna planta humana había hollado; atravesaban desiertos por donde nadie se había aventurado; escalaban cumbres que nunca habían sido subidas; y se vestían propiamente de hierro, porque de hierro eran su brazo, su pensamiento y su corazón. Solamente con esta contextura heroica y con este exceso de virilidad pudieron realizar empresas que nos parecen inverosímiles, y conquistas que se nos antojan quiméricas.

El Padre Las Casas se colocó delante de aquellos tipos enérgicos y arrolladores, para llamarles asesinos y ladrones. Denunció las crueldades, divulgó las infamias, le dió publicidad a los crímenes, no con pluma ecuánime y moderada, sino abultando los hechos, exagerando las tragedias, dándole mayor relieve a la barbarie, provocando francamente a los conquistadores con sus relatos sombríos. ¡Esto prueba que era más temerario y resuelto que todos ellos juntos!

Con sus libros apasionados y sus panfletos ardientes, podía Las Casas perjudicar el prestigio de España, como en efecto lo perjudicó; podía incurrir en el desagrado y en la desaprobación de los reyes; podía darles armas morales a los enemigos de su patria; podía ser execrado y maldito por sus hermanos de sangre y de raza; pero todas estas consideraciones le parecían nimias, ante el deber de amparar a los infelices y a los desheredados. Y es que Fray Bartolomé era de una pieza, leal a su conciencia; y una vez trazada la trayectoria de fuego, la tenía que seguir impertérrito, seguro de que los errores y faltas

parciales en que podía incurrir, nada significaban junto a la redención sublime que con tanto empeño perseguía.

Lo que pasma es que los reyes españoles permitieran que el Padre Las Casas fulminara tamaños anatemas contra las instituciones que se estaban formando y contra los intereses que se acababan de crear. El dominico llevaba a cabo una oposición fulgurante y devastadora, una oposición junto a la cual resultan juego de niños las protestas que se escuchan en los Parlamentos modernos.

¿En dónde estaba pues el despotismo del Cardenal Cisneros, dónde la tiranía de Felipe Segundo, dónde el sistema cruel y absolutista de Carlos V? Jeremías Bentham dijo en el siglo XIX, que no concebía la libertad sin la publicidad; pero los monarcas peninsulares pusieron en práctica la sentencia, trescientos años antes de que fuera formulada. El Gobierno de Castilla permitió al obcecado dominico que dijera todo lo que quiso decir, con lo que probó no temer a la crítica. Por eso aunque los tinterillos de la Historia quieran utilizar los libros de Fray Bartolomé de Las Casas para maldecir y vilipendiar a España, dichos libros resultan el pedestal más firme y sólido de su grandeza.

Demóstenes no concebía que el rey Filipo tuviese una buena cualidad, ni Catón podía advertir un solo punto de luz en Cartago. Tan unilateral como el tribuno de Tebas y el Censor de Roma, Fray Bartolomé de Las Casas se negaba a ver el lado bueno de la Conquista y de la colonización españolas. La condenación global era muy grave, porque abarcaba con sus tremendos veredictos a los mismos soldados de Jesucristo que estaban cristianizando la América. Y así, aunque Fray Pedro de Gante hubiera fundado nuestras primeras escuelas; aunque el Obispo Zumárraga sólo diera ejemplos de piedad y de ternura; aunque la

Custodia de Fray Martín de Valencia bautizara a millones de indios; aunque su propio hermano, Fray Domingo de Betanzos compitiera gloriosamente con los franciscanos en la divulgación divina de los Evangelios, Fray Bartolomé insistía tercamente en lanzar sobre la obra en conjunto, sus requisitorias y anatemas.

El defensor de los indios no quería enterarse de que don Antonio de Mendoza era un Virrey intachable y ejemplar; pasaba inadvertida la obra gigantesca y sublime que realizaba en Michoacán, el santo don Vasco de Quiroga; cerraba los ojos ante los nuevos horizontes de Anáhuac, que se empezaban a decorar con el encanto inefable de las cúpulas y las torres; y se tapaba los oídos para no escuchar el tañido sonoro de las primeras campanas..... ¡Todo era inútil: el Padre Las Casas seguía sosteniendo obstinadamente que el claro obscuro de la Conquista era un obscuro completo!

Esta obsesión unilateral acabó por provocar la desesperación de un varón tan santo y tan dulce como Fray Toribio de Motolinía. El apacible franciscano salió de su habitual mansedumbre para escribir al Emperador Carlos V, defender a los constructores de la Colonia y presentar al Obispo de Chiapas como "hombre pesado, inquieto, importuno, bullicioso, desasosegado, injuriador y pleitista en hábito de religión". No cabe duda que Fray Bartolomé realizaba cosas inverosímiles y la más inverosímil de todas ellas fué la de transformar a aquella alma de Dios, en un apasionado polemista. Naturalmente, Motolinía no podía entender a Las Casas, como tampoco pueden entender las palomas torcaces a las águilas. Eran diferentes, tan diferentes como lo son los celajes de oro que decoran los crepúsculos, de las nubes cargadas de electricidad que descargan sobre la tierra los latigazos de sus rayos

Sin embargo, a pesar de que ningún obstácu-

lo humano era capaz de detener aquella voluntad imperiosa y arrolladora; a pesar de que ni los mismos huracanes podían apagar el incendio de su corazón, Fray Bartolomé supo siempre respetar la jurisdicción divina. Se rebelaba contra lo mundano, no contra lo celestial y lo eterno. Esto fué extraordinario y único, porque casi todos los que rompen lanzas en contra de una situación injusta, se dejan arrastrar por sus pasiones, hasta rodar hacia el abismo de una negación completa.

Mientras el fogoso dominico se batía como un cruzado contra la tiranía de los encomenderos, un fraile agustino levantaba en el corazón de Alemania, un grito airado de indignación y de protesta. Pero en tanto que Martín Lutero perdió el dominio de sí mismo, para despeñarse en el precipicio de la apostasía, Fray Bartolomé siguió corriendo por los cauces estrictos que había señalado el austero Santo Domingo. El insurrecto de Wittemberg se dejó carbonizar por sus propias llamaradas, mientras que el defensor de los indios ardió únicamente para iluminar los senderos. Era un Niágara caudaloso que hacía trepidar al mundo entero con su ímpetu colosal; pero ninguna de las gotas de aquella catarata épica salpicaba sacrílegamente sobre sus votos ni sobre sus juramentos. ¡En medio de la prédica candente, que podía conducir a una completa desintegración política, conservaba intacta la integración moral!

En vista de todo lo expuesto, casi resulta superfluo añadir que la pintura romántica del maestro Félix Parra no exhibe más que una de las facetas de aquella singularísima personalidad. Si yo fuera un artista del pincel, no lo dibujaría en actitud de plegaria, sino enardecido por todos los furores del combate. Pondría en su frente la inspiración huracanada de Ezequiel; y en sus ojos, aquellos resplandores que deben haber irradiado de las pupilas de Moisés al recibir el Decálogo en la cumbre del Sinaí; y en sus labios tremantes, aquel fervor encendido con que San Juan Bau-

tista exclamaba: "Soy la voz que repite en el desierto lo que dijo el profeta Isaías: "Enderezad el camino del Señor". Y pondría también en todo su ser, una majestad y una omnipotencia todavía mayores que las de Daniel, pues si éste subyugó unos cuantos leones de las cuevas reales, a donde fué llevado, ¡el Padre Las Casas se introdujo voluntariamente en todas las espeluncas de la América, no para apaciguar las fieras, sino para provocarlas y enardecerlas con su verbo demoledor!

Tal fué en síntesis, el dominico que más ha conmovido al mundo, con la excepción de su padre, Santo Domingo y del poseído de Florencia, Fray Jerónimo de Savonarola. Por haber cruzado 14 veces el océano, animado siempre del mismo Ideal; porque en el Obispado de Chiapas demostró que la jerarquía se encontraba debajo de su apostolado; porque abrasaba a todo el Continente con su fuego, pues se le veía aparecer, indistintamente en la Española y en Cuba, en Nicaragua y en Guatemala, en México y en el Perú; porque hizo de su vida una línea recta y esa línea fué la de la virtud; porque jamás aceptó la más leve componenda ni la más insignificante transacción; porque no supo lo que era el miedo, ni mucho menos la conveniencia; y finalmente porque su amor a los indios no le detuvo ni ante los valladares que le marcaba su propia Patria, ¡Fray Bartolomé de las Casas tiene y tendrá por los siglos de los siglos, toda la América a sus pies!

Y por haber realizado todas estas maravillas sin apostatar; porque habiendo sido un rebelde nato, no se dejó dominar por la rebelión; porque en medio de las tempestades que él mismo provocaba, no perdió nunca la brújula divina; porque habiendo sido el polo opuesto de la ecuanimidad, supo, sin embargo, ser ecuánime en lo que es inmutable y esencial; porque enmedio de trepidaciones volcánicas, conservó milagrosamente el equilibrio espiritual y, sobre todo, porque sus

exageraciones y desbordamientos no lo empujaron a negar el ritmo divino de su religión, Fray Bartolomé de las Casas, con su hábito blanco como su conciencia, se proyecta en la Historia, como uno de los hijos más originales y desconcertantes, pero a la vez, más auténticos de Santo Domingo de Guzmán.

* * *

LA DECIMA MUSA

Palabras dichas en la Velada que se efectuó el 14 de Noviembre de 1951, en la Sala Manuel M. Ponce del Palacio de las Bellas Artes, con el objeto de entregar los premios del torneo literario que organizó el diario "Novedades", para conmemorar el tercer Centenario del natalicio de Sor Juana Inés de la Cruz.

El gran diario "Novedades", atento siempre al desarrollo de la cultura, quiso celebrar el tercer Centenario del nacimiento de Sor Juana Inés de la Cruz, con un certamen que contribuyese a comprender y a aquilatar mejor la obra de la inspirada virgen de San Miguel Nepantla. Muchos escritores acudieron a la justa literaria y la velada de esta noche tiene por objeto repartir los trofeos. "Novedades" cumple con alegría la promesa empeñada, y espera que los vencedores se sientan obligados a seguir estudiando la personalidad seductora de Sor Juana y consiguientemente, a perpetuar su gloria. Mucho se ha hablado en contra de los concursos de Arte; pero fué en un torneo lírico donde sonó por primera vez el nombre de Voltaire; y en otro torneo empezó a brillar la estrella luminosa de Chateaubriand; y también con una poesía premiada, se asomó a las letras, el genio omnipotente de Víctor Hugo. Yo espero que este certamen sea para los vencedores, el punto de partida de una peregrinación hacia la gloria pura; pero para que eso

sea posible, debo advertirles que el estímulo que van a recibir, lejos de significar una consagración definitiva, no es mas que el primer paso en una ruta larga, accidentada y llena de abrojos: la victoria completa todavía se encuentra lejos, muy lejos, pues exige la devoción de toda la existencia.

Han comenzado con Sor Juana y quedan comprometidos a seguir con ella, lo que no entraña un sacrificio, sino todo lo contrario, el más alto de los privilegios. Décima musa la llamaron sus contemporáneos y fué porque en ella vieron una fuente inagotable de inspiración. Los griegos decían que los pájaros que se posaban sobre la tumba de Orfeo, aprendían a cantar mejor. Lo mismo pasa con la jerónima ilustre: su recuerdo afina la garganta, clarea el entendimiento y ennoblece los latidos del corazón.

Inmune a la aspereza, a la disonancia y a la estridencia, no fué como el diamante que a fuerza de golpes, adquiere su luminosidad, sino como la perla que, al crecer dentro de su cárcel de nácar, va adquiriendo como atributo natural su forma simétrica y perfecta. Todo fué en ella armonía y limpidez, equilibrio y dulzura; lejos de parecerse a las grandiosas cataratas que caen con estruendo, fué una corriente que se deslizó en un declive suave y que nunca se cansó de reflejar el cielo. Antítesis del volcán, que sacude la tierra con sus trepidaciones, Sor Juana pensaba con método, era elocuente sin desbordarse, cincelaba el estilo con paciencia, exploraba sin hacer ruido las profundidades del alma. Un siglo antes de que el Duque de Rivas formulara su credo estético, la monja excelsa sabía "pensar alto, sentir hondo y hablar claro". Y todo esto lo hacía con facilidad, con milagrosa facilidad porque en ella se juntaron en una comunión angélica, la belleza y la rectitud, la inteligencia y la bondad, todos los esplendores de la gracia y todos los heroísmos del deber.

Tal como emerge de las descripciones entusiastas de su tiempo que le permitieron a Cabrera trazar su tela inmortal, Sor Juana debe haber fascinado con la curva limpia de su blanca frente, reveladora de poéticas meditaciones; con sus ojos vivos y penetrantes que donde se clavaban, ponían el temblor de una caricia; con sus mejillas que parecían matizadas con rosas del paraíso terrenal; con su cautivadora sonrisa que ahuyentaba cualquiera preocupación; con su voz toda música y arrullo y con su cuerpecito que Dios hizo pequeño como si se propusiera probar que dentro de la más leve dimensión puede caber la seducción perfecta.

¡Y qué decir de sus atributos espirituales! Tenía lo que Gutiérrez Nájera llamaba una inteligencia simpática que no se limitaba a ser lúcida, sino que además esparcía caritativamente la lucidez en su derredor. A su lado no podía haber incomprensiones ni dudas, y por eso, en donde quiera que se presentaba, las gentes adquirían el aspecto de girasoles que por seguir la luz solar, no podían dejar de contemplarla. Así la vieron en la cuna sus padres, hace 300 años; así la vieron los doctores de la Universidad cuando el Virrey Mancera los reunió para que pusiesen a prueba sus conocimientos y su inteligencia; así la siguió viendo la sociedad de la Colonia en el Convento de las Jerónimas, y así la vemos hoy después de tres siglos de aquel día venturoso en que nos hizo el don supremo de venir al mundo. Novio de la Cristiandad, llamó Chesterton a don Juan de Austria, el héroe de la batalla de Lepanto; y novia de todo México podemos llamar a la flor inmarcesible de San Miguel Nepantla.

Nada parecía costarle el menor esfuerzo. Aprendió a leer cuando tenía tres años de edad, casi sin la intervención de la maestra; después, le bastaron 20 lecciones para dominar la lengua de Horacio y de Cicerón; Sabía muchas ciencias y "ninguna enseñada", como dijo el padre Diego

de Heredia; embriagaba a los oyentes con el opio del Arte, que es el único que clarifica los cerebros en vez de mutilarlos y embrutecerlos; amarraba las almas con las únicas cadenas que dignifican en lugar de envilecer, es decir, con las cadenas de cristal que son más firmes y resistentes que las cadenas de hierro: embelesaba con la hechicería que no hace daño, con el sortilegio que anima el miserable barro de la tierra hasta darle aspecto de firmamento. Por ser el compendio de tan excepcionales cualidades, después de tres centurias sigue siendo el valor femenino más alto de las letras mexicanas y también lo sería de las letras españolas, si no hubiera escrito versos sublimes Santa Teresa de Jesús.

Mucho han discutido los sorjuanistas sobre las causas que determinaron a aquella mujer extraordinaria, a encerrarse en un claustro a los 17 años de edad cuando era dama de honor de la marquesa de Mancera y el mundo intelectual de la Colonia, se inclinaba ante ella con fervorosa admiración. Yo no soy crítico literario ni analista psicológico, pero me dejo conducir por el sentido de Pero Grullo que es el sentido común; y este sentido me hace palpar que Juana de Asbaje era tan superior a sus contemporáneos que ninguno de ellos la podía satisfacer. "Mi reino no es de este mundo", dijo Jesucristo, y como Juana Inés tampoco podía encontrar en la tierra la cristalización de sus aspiraciones, se abrazó al único Esposo que no la podía desilusionar.

Si en lugar de haber nacido en México, su cuna se hubiera mecido en Toledo o en Madrid, tampoco la habrían satisfecho los ingenios de la Corte Española. Porque cuando nació Sor Juana Inés de la Cruz, ya el Siglo de Oro de la literatura hispánica se encontraba muy cerca del ocaso. Ya habían muerto Miguel de Cervantes Saavedra, Lope de Vega, Luis de Góngora, Juan Ruiz de Alarcón y Francisco de Quevedo; y ya habían producido sus mejores comedias don Pedro Calde

rón de la Barca y don Agustín de Moreto. Terminaba aquel capítulo radiante como terminan fatalmente todas las glorias de este mundo. Cuando pasó el último de los inmensos o sea Calderón de la Barca, Sor Juana Inés de la Cruz quedó sin rival en el imperio de las letras españolas. Como era natural, no podía sustraerse a las consecuencias de aquel desmoronamiento gigantesco de valores; pero a pesar de ello fué el celaje más espléndido del crepúsculo del Siglo de Oro. Sor Juana Inés de la Cruz murió casi con el siglo XVII y después de su partida, se acentuó más en la Madre Patria y en sus colonias la mediocridad melancólica del siglo XVIII. Pero nuestra divina compatriota pudo cerrar con elegancia y con pulcritud la mejor etapa de la poesía en nuestro idioma; fué la última fulguración grandiosa y con ella se cumplió la expresión de que "nunca una luz brilla más que cuando antes de extinguirse".

Don Juan Ruiz de Alarcón y la monja excelsa son los dos valores más altos de los tres siglos de nuestra vida colonial; pero si tenemos que compartir con la Madre Patria la gloria del autor de "La Verdad Sospechosa", Sor Juana nos pertenece por completo. Fué mexicana en el sentido completo de la palabra y además porque se encuentra en el centro cronológico de nuestra historia. Nació 130 años después de consumada la Conquista y murió 115 antes del grito redentor del 16 de Septiembre de 1810. Así pues, su vida floreció en el momento en que se transformaba la Colonia, para preparar el nacimiento de una nueva nacionalidad.

Y con ser tantos sus merecimientos intelectuales, supo colocar arriba de ellos, la llamarada celeste de su ideal. Porque cuando el Arzobispo Fernández Santa Cruz le dijo veladamente que "Debía aplicarse más a las letras divinas y menos a las humanas", calló con ejemplar humildad, a pesar de que pudo haber probado muy facil

mente que eran el padre Vieyra y sus apasionados defensores, y no ella, quienes habían desbordado los cauces sosegados de la religión. Tuvo la inte ligencia más luminosa de su siglo, pero no vaciló en abatirla y hasta en nulificarla para que sus ideas también ardieran en las llamaradas sublimes de sus creencias.

Señoras y Señores: En una pieza teatral de Sacha Guitry que se intitula "Historias de Francia" se desenvuelve una escena conmovedora del siglo XV, sobre un andamio de la Catedral de Reims, entonces en construcción. Mientras dos escultores cincelaban las figuras de unos ángeles, departían sobre los hechos portentosos que se estaban realizando. Un ejército extranjero había in vadido el suelo nacional y se encontraba a punto de conquistarlo, porque el pueblo francés se mostraba escéptico, desganado e inerte. De pronto apareció una virgen de 18 años que alegaba haber oído voces celestiales que la empujaban a empuñar las armas en defensa de su patria. Y en un momento se operó el milagro: los apáticos del día anterior entraron en acción; las almas apagadas comenzaron a arder, se fueron detrás de Juana de Arco para rechazar al invasor. El mismo rey que no se había atrevido a ceñir la corona de sus antepasados, sintió el contagio que la virgen de Orleáns desparramaba en su derredor, y se resolvió a ir a la Catedral de Reims para cum plir el rito que lo consagraba como monarca.

Mientras los dos escultores conversaban de esta guisa, se mira el cortejo real que se aproxima. Uno de ellos tira los utensilios de su oficio y le dice a su compañero: "Vamos al interior del templo para ver la coronación; hoy no se trabaja porque es día de fiesta". El otro escultor persiste en su labor, y ante el asombro de su colega, le explica: "Desde hace varios días me vengo preguntando cómo es la sonrisa de un ángel, y acabo de encontrar la respuesta mientras Juana sonreía", y continuó dibujando sobre la piedra, la

expresión seráfica que había sorprendido en el rostro de la santa.

De igual manera nos sonríe Sor Juana Inés de la Cruz y México tiene que contestar a esa sonrisa poniéndose de hinojos. Antenoche, al asistir en el Palacio de las Bellas Artes, a la representación de la graciosa comedia "Los Empeños de una Casa", vi conmovido que los artistas tuvieron el gesto elegante de colocar en el fondo del escenario, el retrato de la inmortal jerónima, para que ella recibiera en primer lugar, la evocación atronadora del público. Y lo mismo debe pasar en esta velada; la ovación más cálida no debe ser para el diario NOVEDADES ni para los escritores que triunfaron en el torneo literario, sino para la gloria imperecedera de Sor Juana Inés de la Cruz.

* * *

MEXICO COLONIAL

Este discurso que fué de recepción académica, parece estar fuera de lugar, pues su sitio lógico debería encontrarse al lado de las piezas oratorias que el autor ha dedicado a la cultura. Sin embargo, se incluye en esta colección, por que en él se sostiene la tesis de que también los 300 años de dominación española, deben ser venerados por los mexicanos.

La oración constituye un homenaje para don Luis González Obregón cuyo libro "México Viejo" desbarató la conseja de que la vida colonial había sido merecedora de oprobio. Este libro trata de propalar las glorias de nuestro país, y su autor, se permite incluir en ellas, la estela imborrable que nos dejó nuestra Madre Patria.

Señor Director, señores Académicos, señoras y señores:—

Hace 15 años, cuando esta docta Academia me dispensó el honor de llamarme, para llenar el vacío que dejaba la muerte del exquisito poeta y sabio humanista don Francisco A. de Icaza, creí erróneamente que debía pronunciar un discurso de recepción y así lo hice en la primera sesión a que tuve el gusto de concurrir. Los académicos de entonces deben haber quedado sorprendidos al

verme llegar, resuelto a sentarme en un sitial que yo suponía vacante; y aunque tuvieron la gentileza de no decirme que los 18 sillones disponibles estaban ocupados por los académicos de número, no tardé yo mucho en comprender que los individuos supernumerarios teníamos que esperar de pié (cuando menos figuradamente) hasta que la Parca se llevase a los que estaban sentados. Desde 1925 hasta la fecha el tiempo ha realizado su obra desvastadora y, por mi mala fortuna, he necesitado ver morir a Luis González Obregón, para ocupar el sillón anhelado. Si hubiera sabido este doloroso requisito, habría elevado mil plegarias al cielo, para que nunca me llegase el alto honor; más ya que no se puede reparar lo irreparable, considero un deber consagrar este nuevo discurso de recepción, a la memoria de mi venerable antecesor, aunque el relato de sus grandes merecimientos y virtudes ponga de relieve la pobreza de la sustitución.

El divertido comediógrafo Eugenio María Labiche, al pronunciar su discurso de recepción en la Academia Francesa, dijo estas palabras graciosas; "Esta es la primera vez que llevo una espada en el cinto, y sin embargo, nunca he tenido tanto miedo". Por fortuna, nuestra corporación no tiene un uniforme suntuoso con espada que haría más ridículo el temor; pero de cualquier modo, me explico el miedo del autor francés, por el miedo que siento en estos instantes; y este miedo me lo infunden, no tan solo mis cultísimos oyentes, sino los prejuicios que existen contra todas las academias del mundo; pues así como se juzga de plano, que todas las poesías deben ser malas, así también se considera que todos los discursos académicos son forzosamente aburridos.

Hace alrededor de 30 años que Le Flers y Cavaillet escribieron la preciosa comedia "El Traje Verde", para reirse sanamente de los 40 inmortales. Cuando se hacía el ensayo general de esta pieza, en el teatro "Varietes", llegó el momento

en que el académico Latour-Latour pronunciaba su discurso, entonces el Director Samuel interrumpió el ensayo e increpó al autor Le Flers, de esta manera: Roberto, el discurso de tu comedia es tan malo como los que se pronuncian en la propia Academia! El Conde de le Flers, en vez de ofenderse, contestó que su teatro era un reflejo de la realidad y que si ponía un discurso brillante en los labios de un académico, la escena resultaría inverosímil. A lo que replicó el Director del Teatro; "No, Roberto, no hay que llevar el realismo a esos extremos radicales, porque los asiduos al Palacio de Mazarino van resignados a pasar las horas de aburrimiento, mientras que los que compran su billete de entrada, en la taquilla del coliseo, vienen con el propósito de divertirse". Yo confío en que vosotros hayáis venido esta noche con esa resignación indulgente que presumía el Director Samuel en todos los que concurren a fiestas académicas..........

Nuestro reglamento interior prescribe que todo discurso de recepción debe escribirse y entregarse al Secretario perpetuo de la Academia, para que él lo pase al individuo encargado de contestarlo, que en esta ocasión es el benemérito educador y eminente polígrafo don Ezequiel A. Chávez. En cumplimiento con este precepto, he escrito mi discurso. Aquí está; pero sólo de pensar que voy a leer ese enorme cartapacio, resucita el pánico que sentí al abordar esta tribuna, porque yo leo tan mal como los diputados que saben leer. Por eso, con el perdón de mi querido y respetado don Ezequiel, voy a prescindir del mamotreto, para decir más o menos lo que escribí, pero en la forma que me lo vaya dictando el entendimiento, estimulado por esta generosa colaboración que prestan los auditorios cultos a todos los oradores.

Cuando don José Zorrilla fué recibido en la Real Academia Española, rompió todos los precedentes y habló en verso, significando de esta

guisa que no era la prosa su medio más afortunado de expresión. Yo me acojo a tan glorioso antecedente para hablar en esta noche, como orador, por más que no se me oculta que nuestra Academia no es muy entusiasta por los hombres de tribuna, pues aunque recibió en su seno a don Sebastián Lerdo de Tejada, a don Justo Sierra y al Obispo Montes de Oca, no formaron parte de ella Altamirano ni Zamacona, ni Bulnes ni Urueta, ni Lozano ni Moheno. Tal vez piensen mis colegas, como el terrible Swift, que la abundancia de palabras es un indicio de escasez de ideas, o como Bunge, que decía que la oratoria es un arte parecido al de pintar telones. Yo me consuelo de estas apreciaciones hostiles, recordando que el dios Apolo — más respetable que todas las academias habidas y por haber— colocó a la oratoria entre las Nueve Musas del Parnaso, con lo que demostró que la gloria del verbo puede escalar las excelsitudes de la tragedia y de la poesía lírica.

★ ★ ★

Pero ya es tiempo de entrar en materia. Luis González Obregón se inició en el cultivo de las Letras, allá por los ochentas del siglo pasado, en unión de otros muchachos entusiastas que debieron haber sido discípulos de don Justo Sierra. ¿Por qué no lo fueron? El año de 1884 fué muy agitado y turbulento para los estudiantes de México. El Ejecutivo envió al Congreso una iniciativa de ley, por la cual se reanudaba el servicio de la Deuda Inglesa, interrumpido desde 1860. La gente moza de las escuelas protestó ruidosamente contra esta iniciativa y como don Justo, en su calidad de diputado, sostuvo en el Congreso que la reanudación de los pagos era el cimiento necesario del crédito nacional, los estudiantes, en apasionada represalia, resolvieron prescindir de su elocuentísima cátedra de Historia. Faltos de aquella protección espiritual, los muchachos se arrimaron a la sombra venerable del Maestro Al-

tamirano que, cronológicamente, no era el padre sino el abuelo de aquella entusiasta generación.

Don Ezequiel A. Chávez podrá deciros con más autoridad que yo, cómo Altamirano, en unas cuantas clases de Historia Patria, sembró en su espiritu y en el de sus compañeros, el amor al estudio de nuestro pasado. Don Justo habría hecho lo mismo y, por consiguiente, la sustitución de un maestro esclarecido por el otro, no tuvo mucha trascendencia en la formación espiritual de aquellos estudiantes. Sierra y Altamirano eran fundamentalmente sugeridores de vocaciones y no especialistas en determinada técnica; los dos eran contemplativos, artistas, y el servicio, el inmenso servicio que rendían, era el de penetrar en los espíritus juveniles y mostrarles algún rincón de sus almas, en el que ellos jamás habían fijado su atención. Al dedicarle un ejemplar de su Manual de Historia General, don Justo llamó a Ezequiel Chávez futuro historiador, desde 1892, y la prueba evidente de que el Maestro había observado bien, nos la suministran las excelentes biografías que el discípulo ha hecho de Sor Juana Inés de la Cruz y de Fray Pedro de Gante.

Altamirano era un indio noble, nunca rencoroso, pero siempre resentido que miraba con disfavor el régimen colonial; por consiguiente, imprimió en sus discípulos el concepto de que la era precortesiana había sido esplendorosa y heroica; y la conquista, una gran catástrofe; y el Virreynato, un estancamiento lóbrego; y la Independencia, una resurrección triunfal. Bajo el poder hipnó tico y avasallador de aquel espíritu extraordinario, González Obregón comenzó por creer sinceramente que se encontraba más cerca de las tribus aborígenes de Anáhuac, que de la cultura de nuestra madre España. En uno de sus primeros artículos de estudiante, hace un relato patético de la jornada de la Noche Triste, en el que se regocija por el descalabro dramático de Cortés; y luego, en su primera monografía sobre el Pensa-

dor Mexicano, en vez de ligarlo espiritualmente con Cervantes, Hurtado de Mendoza, Alemán y demás autores de la novela picaresca, subraya sus ideas liberales y, aunque no lo dice, lo deja vinculado con los enciclopedistas franceses del siglo XVIII. Tan poseído se encontraba por el prejuicio del atraso colonial, que encuentra más interesantes las tendencias reformadoras y dizque avanzadas de Fernández de Lizardi, que la descripción pintoresca de aquel mundo de hampones y de truhanes, en que se movió el Periquillo Sarniento.

Todavía bajo el predominio mental de Altamirano, González Obregón escribió las biografías de algunos próceres del Partido Liberal. Sus primeros ídolos —¡parece increíble!— fueron don Juan Alvarez y don Manuel Doblado. Nuestro colega Carlos González Peña, en el prólogo que escribió para "Las Calles de México", dice donosamente que Luis se interesaba más "por el chapín de terciopelo verde que calzó el pie de una dama, que por la vida solemne de un virrey;" pero eso fué después, cuando el historiador se había depurado, pues en sus juicios primeros, González Obregón hacía relatos solemnes y hasta con ribetes de jacobinismo.

Era que en aquel entonces, pesaba sobre su espíritu, no tan sólo el prestigio del maestro indio, sino la convicción liberal que había penetrado en todos los recovecos del alma mexicana. Cuando él hacía sus primeros tanteos de historiógrafo, apenas habían transcurrido 20 años de la tragedia del Cerro de las Campanas y aún resonaban en todos los oidos, los gritos beligerantes de la Reforma. Eran los tiempos retóricos en que, para hacer alguna referencia al régimen del Archiduque, había que decir despectivamente; "el llamado imperio". Miramón y Marquez eran los llamados generales del llamado ejército de la llamada monarquía. Y eran tan solemnes y teatrales estas expresiones, que el mismo Altamira-

no, a pesar de su republicanismo austero y de sus pasiones legítimas de indio, tenía que reírse, en su interior, de aquella retórica vacía. Por eso, en cierta ocasión, al señalar en la Camara de Diputados, un precioso candil traído de Miramar, dijo sarcásticamente: "esas llamadas luces de ese llamado candil del llamado Emperador Maximiliano".

Debe de haber sido en la niñez de González Obregón, cuando se efectuó en el Teatro Hidalgo, de esta ciudad, un escándalo mayúsculo que ojalá él hubiera relatado con su verba graciosa y cintilante, porque es alégorico de la época y, además, una síntesis perfecta de nuestra historia. Se representaba un drama histórico construído en derredor de la conquista de Anáhuac, cuya escena culminante era la del tormento de Cuauhtémoc. Cuando los pies del último emperador azteca iban a ser colocados encima del fuego, un espectador que era profesor de la Escuela de Jurisprudencia y que se llamaba don Blas Gutiérrez y Flores Alatorre, se levantó de su asiento e interrumpió la representación teatral con un discurso colérico, en el que dijo que ya era tiempo de castigar la enorme injusticia cometida por los conquistadores en 1521, por lo que proponía que, en vez de martirizar a Cuauhtémoc, se quemasen las plantas de Hernán Cortés.

Aquella iniciativa provocó una trapatiesta fenomenal. Parte de los espectadores se adhirió a la proposición, en tanto que los demás pedían que continuase el drama, tal como lo había escrito el autor. Los actores desconcertados no sabían que hacer y el director de escena, para calmar el alboroto, salió de las bambalinas, y trató de explicar que el episodio del tormento, en vez de perjudicar a Cuauhtémoc, lo enaltecía gloriosamente. Aquella argumentación resultó inútil, porque don Blas, desde su butaca insistía con acento terrible: "¡Que se quemen las plantas del verdugo!" Y el público de galería coreaba rabiosa-

mente: "¡Sí, que arda el gachupín!" Y no hubo remedio que valiese; aquella representación peregrina terminó con el suplicio del conquistador, porque así lo exigió una turba enardecida que ahora se nos antoja precursora del artículo tercero constitucional.

Ya vemos pues, que, si en España se escribió el Quijote, aquí lo hemos vivido intensamente, pues la forma en que nuestro don Blas arremetió contra Hernán Cortés, nada tiene que pedir a la terrible embestida del Caballero de la Triste Figura, contra los títeres moros, para proteger la fuga del valiente Gaiferos y de la bella Melisandra...........

¡Cómo sería aquel ambiente de apasionado, para que un espíritu tan armonioso y sereno como el de Luis González Obregón estallase también, si no con trepidaciones de volcán, cuando menos, en una forma que ahora nos parece inverosímil! Don Justo Sierra dijo en una de aquellas expresiones sintéticas que le eran tan familiares, "El Partido Liberal es toda la Nación". Y don Francisco Bulnes, con su palabra siempre cáustica, bautizó aquel momento histórico, llamándolo graciosamente "la era de los poetas desmelenados del 18 de julio".

* * *

No tardó mucho González Obregón en salirse de las veredas estrechas y faccionales, para adentrarse en los itinerarios amplios y despejados, hacía donde lo empujaba su auténtica vocación. Al libertarse de la obsesión jacobina, se trasladó a la época colonial e inició las beneméritas investigaciones que habían de conquistarle un puesto único en nuestras letras; el de pintor fidedigno de nuestro pasado, en su aspecto social. Dejó de interesarse —como dice González Peña—, por las figuras hinchadas y los acontecimientos campanudos, para reconstruír escenas que los espíritus li-

geros califican de baladíes, pero que reflejan mejor que las epopeyas, la idiosincrasia de las sociedades muertas.

Su primer libro trascendental "México Viejo", apareció en 1895, y sus lectores sintieron la impresión de que se descorría una cortina, para dejar ver la vida real de nuestros antepasados. No era la historia de un puñado de héroes, sino la historia del pueblo. Allí no había labor de retoque, para disimular arrugas; tampoco se advertían esas actitudes postizas en que los fotógrafos colocan a sus clientes, para que se vean interesantes y solemnes. Los cuadros históricos, completamente desinteresados, se apoyaban en documentos, y en algo que vale más aún que la prueba documental: en las tradiciones populares que se trasmiten de generación en generación, como tesoros inapreciables. Aunque Luis González Obregón fué un devoto constante de los cronistas más ilustres, creyó que el narrador anónimo es el más venerable de todos los autores.

Al verter luz sobre el régimen colonial, restauró el prestigio de España. Antes de él y a pesar de las doctas investigaciones de don Joaquín García Icazbalceta, se creía que el régimen peninsular en México, había sido una especie de losa funeraria, que tuvo aplastadas, durante 300 años, las más nobles aspiraciones de la vida. Don Ignacio Ramírez, maestro de Altamirano, trazó este cuadro sombrío de la existencia colonial, que varias generaciones aceptaron como definitivo:

"La raza dominadora, la raza privilegiada, despojándose de su inteligencia como de una arma prohibida, se entregaba a movimientos automáticos, dirigidos por el reloj de la parroquia más cercana; el primer repique del campanario prescribía las prolongadas oraciones de la mañana; el segundo llamaba a misa y después, de hora en hora, hasta entre los placeres del lecho, continuaban los ejercicios piadosos; y la siesta y las repe-

tidas comidas y el juego no dejaban a las ocupaciones del hombre laborioso, sino cuatro horas al día. Así vivía la nobleza, pero la turba, sin contar con otro capital que con su trabajo, no sabía dónde colocarlo; tras de las horas consagradas a la devoción y tras las falanges de días festivos, encontraba cerrados los puertos por el sistema prohibitivo, incendiada la viña, el tabaco y la morera absorbidos por el monopolio, ocupados los primeros puestos por los extraños, y la inteligencia, recogidas sus alas y palpitando azorada entre las manos de la Inquisición".

Delante de ese cuadro tétrico, a cualquiera se le ocurre preguntar: si no trabajaban los de arriba ni los de abajo, entonces ¿quiénes construyeron los templos suntuosos, los palacios magníficos, los acueductos que suministraban el agua potable, las carreteras que unieron las diversas comarcas, en una palabra todas las obras que nos dejó el genio de España? De ser cierto el ocio de todo el mundo, pintado por don Ignacio Ramírez, tendríamos que acudir a la hermosa leyenda de Puebla que atribuye a los ángeles la construcción de las torres esbeltas de su luminosa catedral. Y más aún, para explicarnos tanto monumento glorioso, tenemos que aceptar la curiosísima paradoja de que fueron esos mismos ángeles, los artífices de estas tierras de demonios, como las llamara el libertador Simón Bolívar.

Desgraciadamente, las multitudes no analizan las afirmaciones categóricas de los espíritus unilaterales, especialmente cuando dichos espíritus tienen el prestigio de una honradez indiscutible. Francia aceptó los postulados de Juan Jacobo Rousseauu, como dogmas indiscutibles y México consideró la tesis anti-española de los hombres de la Reforma, como una ejecutoria concluyente y definitiva. Y se aceptó por la inmensa mayoría de nuestro pueblo que el régimen colonial había sido opaco, hermético y paralizador de todas las actividades sociales. Las generaciones

que nos antecedieron, se doblegaron sumisamente delante de este concepto artificial y supusieron que, durante 300 años, el único color que se destacó fué el negro; y la única música que se escuchó, fué la del órgano; y la única disciplina que reinó, fué la del convento; y la única enseñanza impartida, fué la del latín, y no para penetrar en el alma radiante de Virgilio ni para saborear la elocuencia arrolladora de Cicerón, sino exclusivamente para entender mejor el sacrificio de la misa. Ya con esta hipótesis temeraria metida en todos los cerebros, se propaló que España no nos trajo sino rezos monótonos, miseres llorosos y letanías interminables; que no sembró en América otros árboles que los cipreses de los cementerios ni dejó otros resplandores, que los trágicos y lívidos de las hogueras de la Inquisición.

El citado don Ignacio Ramírez decía que en los conventos, llamados por él, alcázares de corrupción, "entraba el sol con miedo; y la luna tropezaba con fantasmas; y hasta el céfiro, asustado por la rusticidad y el desaseo, no se atrevía a acariciar a la juventud ni a la hermosura".

Para cualquier espíritu que no esté dominado por la superstición, la vida humana, con más o menos variantes, es la misma en todos los países y en todas las edades: en ella se mezclan necesariamente las alegrías y las tristezas, los ensueños y las desilusiones, los triunfos y las derrotas. Como quiera que sean los marcos de un pueblo o de una época, el cuadro permanece inmutable, porque no hay manera de alterar los eternos claro-obscuros de la Naturaleza. Por eso sería absurdo suponer que en Grecia, todo fué devoción por la Belleza y el Arte; y en Roma, todo fué arquitectura del Derecho; y en Jerusalem, todo abstracción religiosa, y en Fenicia, todo especulación mercantil. Sin embargo, esa vida unilateral y monótona, que no se concibe en ningún país, fué la que se atribuyó a España y especialmente a sus colonias en el Nuevo Mundo. Los oradores del 16

de Septiembre, llevan un siglo de pregonar que sobre la infeliz Anáhuac cayó una noche de 300 años que felizmente terminó con la alborada de Dolores. Y aunque los cronistas verídicos se hayan visto obligados a confesar que los virreyes y los oidores, en su inmensa mayoría, fueron respetables e incorruptibles, no por eso los aureolaron de simpatía, pues los presentaron como seres rígidos y fríos, incapaces de una sonrisa, completamente desposeídos de los dones de la dulzura y la cordialidad.

Solamente con una obsesión metida en el cráneo, se podía suponer que España, alegre en Cervantes y en Quevedo, no enviase a América, sino la hosquedad, la momificación y la tiesura; que la égloga fresca de Garcilaso, aquí se convirtiera en elegía; que el país que es todo luz y color en el pincel milagroso de Velázquez, solo trajese a México sombras tétricas; que los querubines radiantes que revolotean en derredor de las madonas de Murillo, al cruzar el océano, se transformasen en muñecos inertes; que mientras Carlos V se jactaba de que en sus dominios, nunca se ponía el sol, sus representantes de este lado del Atlántico lo contradijesen con un reinado de tinieblas. A pesar de que la contradicción es evidente, se creyó por años y años, que los hombres de la Colonia, en todos los momentos de su vida, eran como los personajes del estupendo cuadro del Greco. "El Entierro del Conde de Orgaz", quienes por sus miradas extáticas, sus posturas recogidas, y sus frentes luminosas, parecen desprenderse completamente de la tierra. ¡Ah, pero hay que ver que el Greco pintó un entierro y que delante de una fosa abierta, no hay manera de que suenen los cascabeles ni las castañuelas!

Luis González Obregón ha contribuído más que ningún otro historiador a desbaratar este concepto falso de la vida colonial. Y no destruyó el error con refutaciones encendidas ni con polémicas ruidosas, sino exhibiendo la parte humana y

alegre de aquellas generaciones incomprendidas. El nos puso en contacto con los festines de los conquistadores, con los saraos de la aristocracia virreinal y con los júbilos de las muchedumbres. El hizo ver que aquellos hombres— considerados por el vulgo, en perpetuo estado de catalepsia— se podían mover con agilidad y ligereza; que no eran de piedra, sino de carne y hueso; que Hernán Cortés podia desarrugar el entrecejo, para perdonar al enamorado Juan Cancino; que el Conde de Salvatierra podía ser burlado por el ingenioso Martín Garatuza; que el austero Revillagigedo era accesible a las hábiles explotaciones de su mañoso barbero; que Bucareli era capaz de sonreir, que Fuenclara podia llorar, que todos, en fin, habían sido tan humanos como nosotros y que solamente a fuerza de la repetición de un prejuicio, se pudo haber creído que tenían la insensibilidad de la esfinge.

A semejanza de los excavadores que limpian los mármoles soterrados, de la escoria que los envuelve, para hacerlos de nuevo sonreír, González Obregón removió arenas, barrió cenizas, sacudió el polvo acumulado, para presentarnos una cultura intensa y magnífica, que el prejuicio y el error habían envuelto en fúnebres crespones. El puso palpitaciones de vida, en un régimen que se suponía tan helado como el polo y tan hierático y sombrío como un sepulcro faraónico. Por eso sus obras son como festones de mirtos en una decoración escueta de piedras tombales; como los siete colores del iris, sobre un cielo de tonalidades plomizas; como gotas de rocío sobre corolas que se creían disecadas; como brisas vigorizantes que nos obligan a pensar que la España de entonces, tuvo como tiene la España de hoy y la de siembre, todas las capacidades gloriosas de la primavera.

★ ★ ★

Para realizar esta tarea benemérita, poseía todas las cualidades que se requieren para ser un

historiógrafo completo; cultura de libros, de documentos y tradiciones; estilo fácil y donoso que da un sabor singular a cualquier relato; imaginación cálida, que permite, con unos cuantos datos fríos, reconstruir las situaciones desaparecidas y ponerlas en movimiento; y el don insuperable de escoger los episodios que, al parecer triviales, resultan sintéticos de la vida social.

De todos estos atributos, el que más lo singularizaba era el de la imaginación, porque lejos de alejarlo de la verdad, le servía para completarla. El gobierno de la fantasía es peligrosísimo y, por eso, la mayoría de los maestros de historia prescinden de ella. Cuando don Genaro García era Profesor del Museo Nacional pensó en que sus discípulos escribiesen la Historia de la Conquista, en forma colectiva, y sin dejar en el relato el menor trasunto de sus individualidades. Como los dos únicos testigos de aquella gesta singular, que escribieron sus impresiones, fueron Hernán Cortés y Bernal Díaz del Castillo, don Genaro nos recomendó que nos atuviéramos exclusivamente a sus relatos, desdeñando las demás informaciones de segunda mano. Yo me permití observarle que, aunque Gómara no había presenciado la epopeya, ni siquiera había estado en América, podía haber recogido en su calidad de confesor de Cortés, muchos detalles interesantes que el formidable conquistador había omitido en sus cartas a Carlos Quinto. Don Genaro aceptó a Gómara como fuente original, aunque no de muy buena gana, porque Bernal Díaz del Castillo le había trasmitido algo de su personal aversión contra el primer rápsoda que tuvo la Conquista.

Una vez escogidos los tres autores, los discípulos fueron divididos en tres grupos que deberían procurar, cada uno por su lado, revivir la personalidad de uno de los cronistas. Los miembros del grupo número uno, debían ver con los ojos de Bernal; los del segundo grupo, deberían pensar y sentir como Cortés; y los del tercero, de-

bían encarnar la personalidad de Gómara. El objeto del maestro, con este procedimiento, era el de provocar discusiones entre los alumnos de los tres grupos, y figurarse como habrían podido discutir Bernal, Gómara y Cortés. Los discípulos debían prescindir de sus personalidades, para representar mejor las de los cronistas del siglo XVI.

Luis González Obregón jamás habría aceptado este procedimiento para hacer historia, porque la fusión de su individualidad en los hechos relatados, constituye el encanto mayor de sus obras. Conste que, al exponer estos dos sistemas para resucitar el pasado, no trato de insinuar que uno sea superior al otro, porque ambos me parecen respetables. Tito Livio era un historiógrafo impersonal; Tácito por lo contrario, era singular y personalísimo. Pues bien, Luis González Obregón, por sus perfiles particulares se acercaba mucho más a Tácito que a Tito Livio.

Y no se limitaba a recoger las crónicas verídicas: también aceptaba los relatos fantásticos, pues aunque no dijesen la verdad, servían para definir la psicología del pueblo que creía en ellos. La mitología griega es tan mentirosa como la mitología escandinava; pero ambas mentiras nos sirven para reconstruír el alma de los países que adoraban los mitos. Así también las leyendas recogidas por González Obregón, son un fiel trasunto del espíritu de nuestros antepasados.

Sin embargo, su amor a la verdad lo obliga a decir que las consejas más cautivadoras, se fincaban exclusivamente en la tradición, y que, un estudio concienzudo de ellas obligaba a desecharlas. Tras de referir el salto prodigioso de Alvarado, la vida misteriosa de don Juan Manuel o el milagro de la Virgen del Perdón, Luis Gonzáles Obregón agregaba: "todo esto es leyenda"; y procedía a contar la verdad. El procedimiento era ingenuo, porque tras la narración de lo fantásti-

co, únicamente los eruditos aceptan los hechos de certidumbre comprobada; el pueblo prefería seguir creyendo las leyendas inverosímiles.

Eso de mezclar la verdad con la fantasía me recuerda una dolora de Campoamor, que vale tanto como una novela de Balzac:

"Porque lleno de amor, te mandé un día
una rosa entre fresas, Juana mía,
tu boca con que a todos embelesas,
besó la rosa, sin comer las fresas.

Al mes de tu pasión, una mañana,
te envié otra rosa, entre las fresas, Juana
mas tu boca con ansia no amorosa,
comió las fresas, sin besar la rosa".

Aquellas crónicas de González Obregón, en donde junta lo real con lo ideal, son como los envíos del poeta que, revolviendo rosas y fresas, colocaba a su amada en la posición difícil de escoger entre aromas celestiales y sabores mundanos. Los enamorados pierden la ilusión, al mes de idilio, y prefieren el fruto a la flor; pero el pueblo es inaccesible al desencanto y aunque los eruditos le digan y le vuelvan a decir que las fresas nutren y las rosas no dejan nada, esto es, que la verdad comprobada es mejor que la leyenda, las multitudes seguirán adhiriéndose a sus tradiciones con una devoción que se multiplica a medida que mejor satisfacen esa necesidad ingente que todos tenemos de lo irreal.

Oscar Wilde nos habla de un viejo castillo británico en el que, según rumores populares se aparecían fantasmas. Los criados se negaron a seguir viviendo en aquel recinto, poblado de espantos, y los dueños no pudiendo vivir solos, en la inmensa mansión, se mudaron a una residencia de la ciudad, menos poética, pero mucho más habitable. El castillo corrió la suerte de todas las fincas abandonadas; se cubrió de polvo y moho, los muros se cuartearon, los pisos se llenaron de

grietas y, al poco tiempo, era una melancólica ruina. Naturalmente, los dueños no cesaban de lamentar la conseja de los aparecidos, que privaba de todo valor a la mejor de sus propiedades. Por su fortuna, se presentó a poco tiempo, en forma insólita un millonario norteamericano que se interesó por comprar el castillo abandonado. El dueño, en su afán de vender la finca, alabó la fertilidad de las tierras, la belleza del paisaje, y, para que el comprador no se desanimara, le juró que la leyenda de los espectros no era más que una superchería invertida por gentes supersticiosas e ignorantes. Aquí fué donde protestó indignado el millonario americano: "—No, señor, —replicó enérgicamente—, yo compro el castillo porque tiene fantasmas, y hágame el favor de no desacreditarlo, diciendo que se han mudado a otro lugar.

Los pueblos también, como aquel rico estrafalario, se enamoran de las almas en pena, de los espíritus errantes, de los espectros misteriosos y no consienten que los eruditos los expulsen de su solar. Adoran los hechos extraordinarios, las proezas inverosímiles, todo lo que se sale de la realidad, sin que eso quiera decir que adoren la mentira y el error, pues en toda leyenda hay un significado alegórico que la convierte en verdad. Rómulo y Remo mamando las ubres de la loba, nos pintan mejor que nada el origen vigoroso del pueblo latino; el Cid ganando batallas después de muerto, nos hace ver la innegable supervivencia de los héroes; el águila azteca luchando con la serpiente, sobre un nopal erizado de espinas, refleja nuestro destino atormentado; el grito de Dolores nos hace ver plásticamente, a todo un pueblo despertando al llamado de una voz titánica...... Todos estos son cuentos, nos dicen los verificadores estrictos de la realidad; pero esos cuentos, como decía Anatole France, son más verdaderos que la verdad.

Por eso resulta inútil detener el fuego de la

leyenda, con datos fríos y números exactos. En la República de Venezuela, por muchos años, se celebró oficialmente el día de San Simón, como el del natalicio del Libertador Bolívar. Luego, un investigador registró archivos y comprobó que el héroe no había venido al mundo el 27 de octubre, como se creía erróneamente, sino el 24 de julio, como lo evidenciaban documentos irrefutables. Frente a esta rectificación, un enamorado de la leyenda, el Padre Carlos Borges exclamó lleno de fe radiante; "el pueblo nunca se equivoca y lo que celebraba el día de San Simón, era un acontecimiento tan glorioso y tan trascendental como el nacimiento de Bolívar; y ese acontecimiento fué la encarnación del genio de la Libertad, en el seno de una mujer venezolana".

Por otra parte, las leyendas suelen ser anticipos de proezas milagrosas. Cuando el general Bonaparte avanzaba en Italia, en un estruendo que recordaba los fragores de las rapsodias homéricas, el pueblo de París, al recibir la noticia de las victorias, las engrandecía con su entusiasmo y las magnificaba con su imaginación. Los primeros en hacer el relato de la batalla de Lodi, contaban en estilo fulgurante que, en el momento supremo del combate, Bonaparte había descendido de su caballo, para quitar a un oficial la bandera tricolor; y que tremolándola gallardamente, al frente de una columna de ataque, había encabezado la carga triunfal que determinó la victoria. El pueblo recogió hipnotizado este episodio de romance, y lo esparció con esa rapidez con que sólo se propagan los incendios. Los testigos de Lodi sabían que aquella era una mentira y así lo pregonaban, con el ánimo de establecer la verdad histórica; pero lo que no sospechaban aquellos amantes de la exactitud era que, lo que había sido una conseja en la batalla de Lodi, iba a ser unos meses después, una realidad triunfal, en el puente gloriosísimo de Arcola. Y es que la

leyenda empuja a los pueblos y a los héroes, para que sea más grande y luminoso su destino!

La obra entera de González Obregón contribuye a empujar a México hacia adelante siempre hacia adelante. De sus primeros años de historiógrafo liberal, le quedó en el espíritu una ansia insaciable de progreso, y se entregó por completo a iluminar nuestro pasado, que es la mejor manera de iluminar el futuro. Sus crónicas, aunque desprendidas de los acontecimientos centrales del país, nos explican mejor que las historias campanudas, el misterio de las edades pretéritas, pues, como lo advirtió Pascal, muchas veces los destinos humanos han dependido del perfil de una mujer hermosa. Por eso, mientras la mayoría de los investigadores se dedican a estudiar los doce trabajos de Hércules, González Obregón prefirió examinar la rueca de Onfalia, en cuyos hilos finísimos se enredan los vencedores.

Como todo su trabajo se inspiraba en el amor, las únicas dudas que deja en pie son aquellas que resultan preferibles a una realidad nihilista y devastadora. Al analizar por ejemplo la muerte insólita de doña Catalina Juárez, llega a la conclusión de que no hay motivos para suponer un crimen ni mucho menos, que dicho crimen sea imputable a Hernán Cortés. Es que el férreo conquistador tuvo contornos terribles, pero no perfiles miserables. Era un personaje de tragedia y ésta no es sucia; atormenta, pero no envilece; estruja las almas, pero con la garra tremenda de la divinidad. A semejanza de César, Carlomagno y demás constructores de pueblos, Cortés tenía capacidad para el crimen; pero siempre que dicho crimen se irguiera sobre un pedestal de grandeza indiscutible.

Para muestra de su espiritualidad y donosura, voy a recordar la forma elegante con que rectificó uno de sus poquísimos errores. El dijo en la primera edición de "México Viejo", que Mateo Alemán, al visitar la Nueva España, en 1608, había

traído consigo el primer ejemplar de don Quijote que vino al nuevo mundo. Una monografía erudita de Rodríguez Marín lo convenció de que se habían enviado a América más de 200 ejemplares de la obra cervantina desde 1605, y González Obregón se puso a revisar los papeles de nuestro Archivo Nacional, hasta encontrar la curiosa confesión de los tripulantes de la nave, en donde vinieron los primeros volúmenes de la obra inmortal. Dichos tripulantes dijeron que, durante la travesía del océano, "se venían entreteniendo con Don Quijote de la Mancha y el pícaro", lo que permitió a Luis enmendar su yerro, en esta graciosísima forma: "Si don Quijote no vino por primera vez a México con el celebrado Mateo Alemán, sí llegó con la popular obra de éste, "El Pícaro Guzmán de Alfarache". ¡Qué tema de cuadro para un pintor! El caballero y el pícaro navegando en la misma barca, y entreteniendo a las mismas gentes y arribando juntos a la misma playa, forman una alegoría, una maravillosa alegoría de la existencia humana.

En el último capítulo de su libro "Vetusteces", describe el arca de cedro rojo de su abuela, primorosamente tallada por los artistas del siglo XVI. Al abrir la tapa del mueble, con una llave mohosa que rechina en una chapa cincelada a mano, percibe el perfume combinado del linálоe, la alhucema y el alcanfor, pero sobre todo, el aroma fascinante de las cosas viejas. Allí se encuentran las prendas adoradas de una estirpe irreprochable; libros encuadernados en rugoso pergamino, novenas y jaculatorias, mantillas de seda, peinetas de carey, sombrillas de China y reliquias de Santos traídas de Jerusalem. De pronto, descubre los objetos más íntimos y que más hondamente lo conmueven; el retrato de su madre, en un precioso medallón; su traje blanco de desposada, y los chapines de raso que todavía estaban intactos, porque no mas fueron usados el día de la boda. Y en el fondo del arcón, pudorosamente

ocultos, en un paquete atado con el mayor aliño, las cartas de novios que se cruzaron sus abuelos.

Pues bien, la vida de González Ortega es como esa arca primorosa que tanto lo emocionaba, con la diferencia, de que no encierra la historia de una familia, sino el pasado de todo un pueblo. Allí están las prendas queridas, los retratos amados, los objetos representativos y sintéticos de nuestra nacionalidad. Al pasar revista por ese museo delicioso, se siente el aroma embriagador de la leyenda y el sortilegio divino de la tradición, de esa tradición gloriosa que los fanáticos tratan de destruír, haciendo pensar en un árbol absurdo que quisiera precindir de las raíces que lo sostienen y lo nutren. Las vetusteces de González Obregón son de rigurosa actualidad y lo seguirán siendo dentro de 100 años; sus naderías son inmensas; sus ligerezas tienen honduras de océano.........

No fué un forjador espectacular del hierro, sino el artista que, en silencio, cincela filigranas, o modela el barro que, aunque frágil, desafía el embate de los siglos. ¡Cuántas cosas de bronce perecen todos los días, mientras las terracotas de la época de los ramásidas permanecen inalterables, en las vitrinas de los museos! Es que, en el terreno espiritual, la arcilla suele ser más resistente que la roca, y las cadenas de cristal, más seguras que los eslabones de acero. Para fijar una acuarela sobre un muro, no se necesitan clavos de hierro ni martillos de titanes: bastan cuatro alfileres fijados por manos amorosas. Así también, los alfileres de oro de las leyendas y tradiciones de González Obregón han clavado el cuadro de México en nuestros conmovidos corazones.

★ ★ ★

Basta este esbozo deficiente para comprender que es un inmortal, en el significado completo del vocablo, y no en el sentido burlón que

daba a esta palabra Maurice Barrés, cuando decía graciosamente que es más fácil ser inmortal en vida, que después de muerto. Por eso me mortifica mucho ir a sentarme en su lugar, pues aparte de las fallas intelectuales que me impiden llegar a su altura, los accidentes de la vida me han llevado por itinerarios distintos de los que él trazó, y en vez de continuar su obra, parece que estoy condenado a contrastarla. El vivió en un dulce remanso y yo en una continua catarata; él fué sereno y armonioso y yo, desordenado y hasta estridente; él se mantuvo siempre en un recato pudoroso, mientras que el destino contra mi voluntad, ciertamente, me ha colocado en vistosos escaparates. Yo he luchado siempre, en medio del escándalo y del ruido, mientras que él no hubo menester de gritos, para llamar la atención, ni de gestos teatrales para destacarse, en este país nuestro, de apasionados y de violentos.

Este contraste espiritual, tan mortificante para mí como honroso para él, me hace sentirme casi un intruso, al ocupar el sitio que él tanto prestigió. Sin embargo, a guisa de disculpa, puedo decir que si me encuentro aquí, se debe en parte principal a Luis González Obregón, porque fueron él, mi nunca bien llorado amigo Victoriano Salado Alvarez y mi siempre querido colega Darío Rubio, quienes lanzaron y sostuvieron mi candidatura académica en el año de 1925. Así pues, en estos instantes solemnes, me parece que estoy cumpliendo su mandato. Me cabe el altísimo honor de sustituirlo en nuestra Academia; pero nada más aquí, porque en la jurisdicción de las Letras, Luis González Obregón es único e insustituible......

* * *

La Epopeya de la Independencia

EN HONOR DE LOS HEROES

Discurso pronunciado por el Licenciado Nemesio García Naranjo la noche del 16 de Septiembre de 1934, en la velada que organizó la Junta Patriótica de los Angeles, Calif., para celebrar el 124o. Aniversario de la Independencia de México.

Señoras y Señores:—

La liturgia cívica de esta noche tiene por objeto glorificar a los iniciadores de 1810, es decir, a los héroes máximos de la Independencia de México. Ellos decoran el altar mayor de la República. Los demás paladines se pierden en los tabernáculos menores, porque todo se esfuma y diluye delante del milagro de la creación. El Génesis es el primer libro de la Escritura; y el Génesis debe ser también el primer capítulo de la Biblia de la Patria. Por más noble y trascendental que sea una reforma, no puede compararse con la gloria de un alumbramiento. Por eso Lincoln, aunque inmenso, jamás será tan grande como Washington; por eso Juárez, aunque de bronce, nunca será tan firme ni tan fuerte como Hidalgo.

La proeza del 16 de Septiembre, siempre ocupará el vértice insuperable de nuestra historia. Antes del Grito de Dolores, la noción de Patria estaba indefinida y confusa, como las vetas rojas de hierro, que se confunden y revuelven con el barro de la tierra virgen. Hidalgo y Allende perci-

bieron ese hierro con pupilas clarividentes; lo sacaron de las entrañas de la madre tierra y con su acción incansable, lo fundieron con las llamaradas de su genio; lo depuraron con el soplete avivador de su fé; le dieron forma, a martillazos, sobre el yunque heroico de sus caracteres de bronce; y por último, lo templaron épicamente con la sangre cálida de su martirio.

Antes de hacer el panegírico del Padre de la Patria, quiero rendir un tributo especial a don Ignacio Allende, que fué el Bautista de la Revolución de 1810. El fué quien concibió la idea de Independencia y se dedicó a conquistar prosélitos para la nueva causa; él fué el animador infatigable de las juntas secretas, en donde el pueblo empezó a sacudirse la modorra de una rutina secular; él organizó y acaudilló la Conjuración de Querétaro y comprometió al Cura Hidalgo en la cruzada santa que se iba a emprender; y si las denuncias y traiciones no hubieran hecho abortar sus planes, Allende habría sido la figura central de nuestra historia. De cualquier modo, y aunque un momento de vacilación lo relegara a segunda fila, Allende será siempre en nuestros anales, el explorador atrevido que marcó los nuevos rumbos y trazó los nuevos itinerarios; el profeta inspirado que vislumbró las auroras del porvenir; el operador audaz que removió la placenta y preparó la natividad de la Patria.

En la vida intensa y apasionada de este hombre de acero, solo hubo un instante de desaliento y de duda; aquel en que se enteró de que la conjuración de Querétaro había sido descubierta. No es dificil explicarse este destanteo espiritual, si se considera que Allende era ante todo y sobre todo, un soldado profesional. Educado desde niño en la disciplina del cuartel, todo lo veía a través del prisma militar. Su vida estaba regulada por toques de clarín, por redobles de tambor, y sobre todo, por la costumbre de que sus actos se realizaran al compás de la marcha de su Re-

gimiento. Por eso, su puesto lógico estaba en el escalafón del Ejército; y si por un accidente quedaba desprendido de dicho Regimiento, tenía que sentirse incompleto, como si le hubieran amputado un pedazo de su vida. En vista de esta preparación moral, no había organizado levantamientos populares, sino una revolución metódica que debía girar mecánicamente en derredor del eje de las jerarquías. Allende no podía imaginarse, ni en calidad de pesadilla, una insurrección como la de Espartaco, de chusmas sueltas e irredentas.

El Capitán Aldama también era soldado de carrera y no creía en la eficacia de la plebe; por consiguiente, y al igual de Allende, al verse descubierto, se sintió con las manos atadas. Ambos se reputaban invencibles, dentro de la institución militar, e inútiles fuera de ella, a semejanza de los pistones de un motor, que desarrollan fuerza cuando se mueven dentro de los cilindros, pero que fuera de las máquinas son piezas sueltas que no sirven para nada.

Invadidos por un frío pesimismo y sin vislumbrar la más remota probabilidad de éxito, los capitanes Allende y Aldama exhortaron al Cura de Dolores para que abandonara el lecho y procurara ponerse a salvo. Y entonces sucedió algo grande e inesperado: que el Padre Hidalgo, en vez de aturdirse con la desgracia y espantarse con la persecución de que iba a ser víctima, se irguió en actitud gallarda y manifestó su propósito de iniciar la rebelión.

¿Pronunciarse sin soldados? ¿Luchar sin carabinas? ¿Desafiar al Virreinato sin elementos de guerra? Todo esto era algo que no podían concebir los militares profesionales. El Cura Hidalgo sí lo concebía facilmente porque había visto al pueblo mexicano, no a través de la claraboya de un cuartel, sino bajo la bóveda paternal de un templo. El pastor espiritual del pueblo de Dolo-

res conocía a fondo, las inquietudes, fatigas y dolencias de su rebaño, y sabía que las sufridas ovejas habían llegado al punto de convertirse, por cualquier accidente en tigres implacables. El había escuchado, a través de la reja del confesionario, las quejas de los humildes, los lamentos de los menesterosos, las protestas apagadas de los débiles y los rugidos de rabia de los impotentes; y en esas diáfanas confidencias que el creyente tiene con su Dios, Hidalgo había medido las palpitaciones auténticas de una sociedad desesperada, resuelta a conquistar en cualquier forma su independencia.

Yo me imagino al Cura Párroco de Dolores recogiendo de los labios que nunca mienten, es decir, de los labios de los moribundos, la confesión suprema de sus vidas. Y allí, oyendo plegarias que se truncan en balbuceos agónicos, bajo la guadaña afilada de la Muerte y ante la esperanza resplandeciente del más allá, pudo ver que la angustia mexicana, era un cráter agrietado próximo a reventar y a desbordarse. Por eso, cuando Allende, y Aldama languidecían porque ya no contaban con las unidades militares que habían tenido bajo su comando, Hidalgo se irguió con arrogancia porque estaba seguro de contar con el pueblo. Para los capitanes Allende y Aldama, la independencia era un problema militar; para Hidalgo, la independencia era una fatalidad social.

Aquel momento fué uno de los más conmovedores y grandiosos de la historia humana. Mientras los jóvenes dudaban, y pretendían ponerse a salvo, un anciano de cabellos blanquecinos, galvanizado por la fe, tomaba serenamente el camino del holocausto: mientras los diestros en el manejo de las armas, vacilaban en iniciar la pelea, un hombre de paz, que había envejecido levantando el cáliz delante del altar, se aventuraba épicamente por el desfiladero rojo de las sangrientas reinvindicaciones.

Esta inversión de actitudes bastaría para ha-

cer de la Indepenencia de México, la proeza más fascinante de los siglos. El heroismo es por lo general, una flor de juventud. Aquiles era un adolescente; y adolescentes fueron también Héctor y Patroclo, Ayax y Diomedes. Alejandro era casi un niño cuando invadió la Persia y venció a los pueblos del Oriente; y Bonaparte se hallaba también en el amanecer de su vida, cuando atravesó el puente de Arcola, con paso de semidiós y bajo una lluvia nutrida de proyectiles. El Mariscal Sucre tenia apenas 29 años cuando puso fin al régimen español en América con la batalla magistral de Ayacucho; y el invicto Zaragoza no llegaba a la edad de Jesucristo, cuando detuvo el vuelo de las águilas napoleónicas, en los muros de Puebla y bajo el esplendor del 5 de Mayo...Los laureles reverdecen en la primavera y por esto es lógico que los adolescentes injerten sus ambiciones legitimas en sus sueños de gloria, y luego afronten los mayores peligros para imponer esas ambiciones y realizar dichos sueños. Lo extraño y anormal es que se inviertan los fenómenos de la vida, y que un anciano, en vez de inclinarse hacia la tumba, se incorpore a contemplar las auroras. El Padre Hidalgo fué el ejemplo más seductor de esa anormaldal divina, y su heroísmo en la vejez hace pensar en un cisne que de pronto se trans formara en águila caudal; en el milagro de un sol que bajara hacia el Poniente, pero que, al tocar la linea del horizonte, en vez de seguirse hundiendo, rebotara de súbito hacia el zenit, para continuar iluminando el cielo!

Una vez en la rampa aguda de la acción heroica, Hidalgo no perdió el tiempo en la redacción de manifiestos sonoros y programas irrealizables. Se fué al templo en donde empezó a tañer la que, hasta ese momento, había sido campana humilde de la parroquia, pero que se transformó desde entónces, en el bronce despertador de México. Los feligreses que se presentaron en aquella madrugada a oír el sacrificio de la misa,

se encontraron con un sacerdote de palabra llameante que convertía el púlpito en tribuna revolucionaria, y que superaba el gesto de Pedro el Ermitaño, porque no se constreñía a predicar una cruzada, sino que además afrontaba la responsabilidad de dirigirla........Y allí, ante el Cordero Inmaculado, que aconsejaba mansedumbre, Hidalgo hizo el panegírico de la rebelión; frente a la blancura de la hostia, empuñó la espada; delante de la Cruz, que es un símbolo de paz, proclamó la guerra..........Y este acto viril, señoras y señores, fué la piedra angular sobre la que se empezó a construir la nueva Patria Mexicana.

¿Cómo sería de trepidante y magnético, el verbo del Cura Hidalgo, para que, al influjo de su prédica demoledora, se insurreccionaran pueblos enteros sin pedirle lo menos que una tropa revolucionaria puede pedir a su jefe; armas y municiones para enfrentarse a su enemigo? En aquella erupción formidable, cualquiera tenía que reflexionar que embestir con masas caóticas e inermes sobre regimientos bien pertrechados, era un acto de ciega temeridad. Y sin embargo, a pesar de que el instinto de conservación aconsejaba eludir una pelea tan desigual, las muchedumbres enloquecidas siguieron a Hidalgo con una devoción y un ardor, que no han tenido antecedentes ni consecuentes en el discurso de la historia humana. El pastor dé almas, convertido en jefe de tropas, empezó a dar órdenes con tal aplomo y seguridad, que cualquiera habría dicho que el mando había sido el ejercicio de toda su vida. Allende fué el primero en acatar su autoridad, aquella autoridad que apenas acababa de nacer, pero que se hacía sentir con la majestad que irradian todos los conductores de pueblos.

Grande asombro deben haber sentido Allende y Aldama, al ver que Hidalgo pretendía echar abajo al Régimen español con aquellas chusmas enardecidas; pero más asombro aún sintieron varios días después, cuando vieron que detrás del

caudillo improvisado, iban cien mil insurgentes, a cuyo paso se desplomaban las autoridades coloniales, casi sin hacer la más leve resistencia. Al pasar por el pueblo de Atotonilco, Hidalgo tuvo una inspiración celeste: arrancó del altar mayor de la parroquia una imagen de la Virgen de Guadalupe; y colocándola sobre una asta, la convirtió en bandera de Libertad. Los insurgentes respondieron a aquel acto poniéndose de rodillas. Y desde entonces se juntó en ellos, en un injerto de milagro, el sentimiento religioso con el anhelo de tener una Patria; y ese injerto de ideales fué tan cabal, que no se podía saber, al disecar aquellos corazones, cuales eran los latidos que les inspiraba el sueño de la independencia, y cuales eran los que consagraban a la Santa Madre de Dios!

Nunca se ha propagado un incendio social en tan vastas proporciones. Las autoridades realistas fueron arrolladas en San Miguel y en Celaya, y la resistencia que hizo el intendente Riaño, en la Alhóndiga de Granaditas, fué barrida al cabo de unas cuantas horas. La estructura colonial, que parecía inconmovible, osciló llena de grietas y cuarteaduras, y la Capital del Virreinato, se estremeció al enterarse de que los soldados del Rey, capitaneados por Trujillo, habían sido rechazados en el Monte de las Cruces.

Esta sublevación de pueblos fué la obra del Cura de Dolores. La facilidad pasmosa con que hizo arder la colonia, en unas cuantas semanas, prueba que las instituciones españolas en el nuevo mundo, habían envejecido. Con este incendio social cumplió Hidalgo su misión histórica y quizá habría sido mejor para su prestigio de caudillo y para la causa de la independencia, que después de envolver al país en llamaradas, le hubiera transferido la jefatura de los insurgentes a otro caudillo de facultades organizadoras. Es casi seguro que Allende al heredar el mando, habría disciplinado a las turbas y conducídolas a la victoria.

Hidalgo no fué a la victoria sino a la muer_ te. Después de la batalla del Monte de las Cruces, retrocedió en vez de avanzar; y como todas las revoluciones que pierden su ímpetu y se colo can desconcertadas a la defensiva, quedan condenadas a un fracaso inevitable, el Padre de la Patria inició con aquella retirada, su marcha me lancólica al cadalso. Los posteriores descalabros y derrotas no reducen su grandeza ni neutralizan su obra que quedó integramente consumada. Esa obra consistió en sacudir las conciencias, que pa_ recían petrificadas; en remover los bajos fondos sociales, que no tenian conciencia de su derecho, ni menos aún de su poder; en ponerle fín a la catalepsia secular de un pueblo. Durante los meses que estuvo en Guadalajara, Hidalgo mandó publicar el primer periódico insurgente, que se llamó "El Despertador Americano". Jamás periódico alguno ha sido bautizado con mayor acier_ to. ¡El Despertador! ¡Qué bien refleja este nom_ bre, la obra del Padre de la Independencia! Ningún otro caudillo ha sido tan apto como él, para despertar y enardecer a las glebas que nadie tomaba en cuenta porque se las suponía muertas pa_ ra la civilización.

No fué el libertador de México un técnico de batallas, como el general San Martín; ni un crea_ dor de instituciones, como Bolivar; ni el fundador de un Estado, como Washington. ¡No! El se limitó a prender el incendio cuando todos vacilaban, y luego en el crepúsculo doliente de la de_ rrota, consagró su acción magnánima con la san_ gre devota de su holocausto. Los héroes que lo acompañaron en la estupenda aventura, y los que recogieron la bandera, después de su sacrificio, fueron todos de estatura gigantesca. En ese desfile rutilante de leyenda, se destacan Allende, el precursor; Aldama, el fiel; Jiménez, el austero; Matamoros, el abnegado; Bravo, el noble: Galeana, el incontenible; Guerrero, el pertinaz; Itur_ bide, el converso; y sobre todos ellos el titán Mo_

relos, que resultó el genio más fulgurante de nuestra historia; pero ni ese genio de cantar de gesta, multiplicado por el de los demás adalides de la Independencia, igualan la actitud épica del iniciador, en la madrugada del 16 de Septiembre. Su resolución de bronce enfrente del general desaliento; su fé radiante enmedio de la zozobra y de la duda; y sobre todo, su acometividad heroica en medio del desconcierto y de la inercia, son pruebas de tanta virilidad, que nadie le puede ni le debe discutir el título de Padre de los Mexicanos.

Y nosotros, que nacimos como pueblo, en aquel momento sublime, tenemos que sentir orgullo de que nuestra Patria emergiera de tamaña masculinidad. Porque Hidalgo, en unas cuantas horas, recorrió el itinerario más áspero y accidentado que pueda recorrer el corazón humano. Miles de leguas tuvo que caminar el Libertador Bolívar para conducir sus centauros de bronce, desde los caños del Orinoco hasta los montes nevados que presenciaron la epopeya de Junín; miles de leguas recorrió también el héroe de Chacabuco y de Maipo, para ir desde la pampa argentina, y pasando por las cumbres de los Andes, hasta la capital del virreinato del Perú; pero ni Bolívar ni San Martín tuvieron que pisar las espinas de la senda que va desde un altar de Jesucristo hasta un campo de batalla. Ellos no arrostraron la prueba de abandonar la custodia del Señor por una espada; no conocieron la magna responsabilidad que se siente al convertir los rebaños de creyentes en mesnadas de rebeldes; no dejaron las humaredas del incienso por las humaredas del comba te; no desgarraron su pasado, no contradijeron sus costumbres ni torcieron el río de su vida. Hidalgo, en cambio, al pasar por encima de las páginas ardientes del Evangelio, para revivir una rapsodia homérica, tuvo que recorrer distancias mentales inmensas; avanzar por las veredas más tortuosas, que bordean los precipicios más negros de la conciencia; saltar victoriosamente por arri-

ba de los más hondos abismos del pensamiento. Y todo esto lo hizo Hidalgo sin que palideciera su frente, sin que temblara su pulso ni vacilara su paso, con esa serenidad estoica que sólo tienen los gigantes que saben construir naciones.

En el mismo conflicto moral se vieron Morelos, Matamoros y demás sacerdotes que se transfiguraron en caudillos. Y todavía después de realizar el heroismo de vencerse a sí mismos, tuvieron que enfrentarse con obstáculos mayores que los que obstruyeron la ruta de los capitanes de la América del Sur. México era la colonia predilecta de España, y por lo mismo, en ella reconcentró el Régimen monárquico sus mejores elementos de resistencia. Por otra parte, nuestro país no tiene fáciles contactos con las demás naciones, y los próceres de nuestra Independencia, en los momentos agudos de crisis, no pudieron cambiar de escenario, para continuar la lucha en condiciones menos adversas. Después de que Bolívar fué derrotado en Puerto Cabello, pudo resucitar en Cartagena y preparar la fulminante campaña de 1813; ante la desoladora inundación de las hordas de Boves, Urdaneta pudo trasladar su división íntegra a Colombia, en donde siguió tremolando el lábaro de la Independencia. En México no se pudieron realizar estas maniobras, porque nuestro territorio se encuentra aislado del resto del mundo. Al Norte, desiertos vastos y sin oasis; al Sur, montañas bravías, selvas impenetrables y lejanías de vértigo; y dentro de este cerco inexpugnable, los adalides de nuestra libertad quedaron atados como Prometeo a la roca de la Patria, y tuvieron la conciencia esquiliana de que estaba circunscrito su destino.

En el resto de la América, por lo contrario, el contacto recíproco hizo que todos los pueblos se ayudaran con mutuas colaboraciones, Bolívar en 1813 liberta a Venezuela con un ejército cuyo núcleo inicial estuvo integrado por colombianos; y seis años después en el puente de Boyacá, liber-

ta a Colombia con soldados de Venezuela. El general San Martín no libra sus mejores batallas en la pampa argentina, sino en territorio chileno. El colombiano Córdoba no da la carga homérica que lo lleva a la inmortalidad, en defensa de su Patria, sino en servicio de la libertad de Perú. Los héroes de unos pueblos colaboran con los de otros, y la guerra adquiere aspectos cosmopolitas. En la sabana de Carabobo, junto con los llaneros de Páez, se baten briosamente los legionarios de Inglaterra; en Ayacucho, el venezolano Sucre, secundado por el argentino Necoechea, y el ecuatoriano Lamar, y el peruano Latorre, y el colombiano Córdoba, libra una batalla ejemplar que, como la de Leipzick, debería llamarse la batalla de las naciones, porque en ella tomaron parte todos los pueblos de América. Y el Libertador Bolívar, que cinceló sus epopeyas en las cinco repúblicas que emergieron de su aliento de titán, más que la condensación de una Patria, parece un genio tutelar que ampara a todo el Continente.

Los artífices de nuestra Patria no contaron con estas salvadoras colaboraciones, ni menos con los auxilios del exterior. Con la ligera excepción del episodio relámpagueante de Mina, rico en poesía, pero de escasa trascendencia en el desarrollo de la guerra, nuestros héroes tuvieron que batirse solos. Nadie brindó elementos materiales a Hidalgo, como el Presidente Petión de Haití, se los brindó generosamente al Libertador Bolívar; jamás llegaron a nuestras playas, a luchar por la redención de México los veteranos ingleses de Waterloo, como fueron a la cuenca del Orinoco, a bregar por la libertad de Venezuela; para nuestro gran Morelos, no hubo una Francia protectora, como la hubo para Washington. Separados del resto del Continente, por la cadena de países que forma la América Central, nuestros padres tuvieron que atenerse exclusivamente a sus propias fuerzas. Y ese aislamiento heroico dictado por una Naturaleza avara, los obligó a reconcentrarse dentro de ellos mismos. Y así fué como se empezó a formar

ese nacionalismo fiero e intransigente, que constituye la médula del alma mexicana.

Absorbidos íntegramente por nuestro suelo, los paladines adquirieron esos perfiles cortantes y esa pátina de bronce, que los distingue fácilmente de los otros próceres del nuevo mundo. Miranda fue un General de la Revolución Francesa por cuyos principios luchó al lado de Domouriez y de Kleber; San Martín fue un oficial del Ejército español; y de haberse quedado en la península, quizás habría sido otro Espartero u otro O'Donnell; Sucre habría sido un buen Mariscal en las legiones de Bonaparte. Nada de esto puede decirse de nuestros caudillos: carecientes de perfiles cosmopolitas, son de México y únicamente para México. No se les puede arrancar de nuestra Historia, porque están empotrados en el suelo de la Patria con más firmeza que los volcanes. Ningún otro pueblo ha sido tan autóctono ni tan original en sus máximas culminaciones; ninguno ha producido esos valores extraños, como Hidalgo y Morelos que, a la inversa de los Godofredos y Barbarrojas, que ponían sus patrias al servicio de la Religión, pusieron su Religión al servicio de la Patria.

Cuando Blasco Ibáñez pretendió ofendernos diciendo que México era el país menos español del nuevo mundo, no se dió cuenta de que nos rendía la más preciada de las alabanzas. En efecto, los mexicanos tenemos a orgullo descender de España; pero con un orgullo mayor proclamamos que no somos ni queremos ser españoles. España es nuestra madre, sí, y mucho la admiramos y veneramos; pero no tenemos ni ambicionamos tener esa llamada "pureza de raza" de que se vanaglorian los rastacueros que quieren parecerse a Europa. Por eso proclamamos con arrogancia nuestro abolengo indio, y no admitimos el genio español dentro de nosotros mismos, sino cuando lo hemos revestido con la capa broncínea de los primeros pobladores de Anáhuac. No queremos que Morelos se

parezca al Cid, ni que la virgen de Guadalupe se parezca a la Macarena. Y si por obra de un milagro, naciera en México otro Velazquez, que pintara lienzos exáctamente iguales a las maravillas que se exhiben en el Museo del Prado, reputaríamos esa obra plástica como superflua; si repitieramos el Quijote, nos parecería el duplicado, un eco insípido de inspiraciones ajenas. Mucho queremos a España, pero no queremos ser sus serviles copistas ni sus rutinarios calcadores, sino los determinantes de algo nuevo, algo que aunque sea bárbaro y brutal, no se parezca en nada a las producciones de otros pueblos. Y la mejor prueba de nuestra autonomía espiritual, la dieron nuestros padres, cuando al declarar la independencia política, rechazaron el nombre de la Nueva España, que nos había dado la Madre Patria con infinita ternura, y que nosotros habríamos conservado con filial amor; si no fuera porque varios siglos antes de este nombre postizo, teníamos un nombre autóctono y nuestro, el santo nombre de México, que es él único que queremos tener.

Este afán orgulloso de originalidad es lo que nos dá prestigio y fuerza moral en el nuevo mundo. Cada pueblo de América es un laboratorio en donde se está modelando el porvenir. Todas las Repúblicas quieren conservar su idiosincrasia, y el ejemplo de México es un estímulo generoso que se extiende desde la tierra del Quetzal hasta la tierra del Fuego. Y como al lado de las 18 naciones ibéricas, se halla en el corazón de la América, un pueblo joven y vigoroso y absorbente, que al través de una centuria, no ha dejado un sólo día de crecer; como ese coloso se ha extendido desde las islas del Mar Caribe hasta el archipiélago malayo, en el extremo oriente, y desde las esclusas del canal de Panamá hasta los témpanos del Polo Norte, la persistencia nacionalista de México y su rebeldía a asimilarse conceptos importados y costumbres extranjeras, resultan el vigoroso antemural que protege a todo el Continente.

Ese antemural es inconmovible porque la argamasa que junta sus bloques de granito fué amasada con lágrimas y con sangre. El mérito máximo de nuestros padres fué que no recibieron la más leve recompensa por su acción magnánima. Los demás varones de la Independencia de la América asistieron a la consumación de su obra y cobraron el saldo de su heroísmo. Washington, el gran repúblico del Norte, fué el primer Presidente de los Estados Unidos; Sucre el semidios de Ayacucho, fué el primer Presidente de Bolivia; Páez, el titán de Carabobo, fué el primer Presidente de Venezuela. La bravura del general Flores encontró recompensa en la primera magistratura del Ecuador; y la lealtad espartana de Urdaneta recibió como premio, la presidencia de la Gran Colombia. El general San Martín, héroe de Chacabuco y de Maipo, fué venerado con el título de protector del Perú; y el general Bolívar, en pago de doce años de una vida de leyenda, recibió la adoración de las repúblicas redimidas que lo aclamaron como Libertador.

La victoria fué pródiga con todos ellos, pues les dió a manos llenas, poder ,honores, riqueza y gloria. Sólo para los padres de la Independencia mexicana no hubo sino derrotas melancólicas, crueles cautiverios y suplicios infamantes. En tanto que los atridas de la Gran Colombia coronaron la cruzada heróica, en las crestas de los Andes, con las victorias esplendentes de Ayacucho y de Junín, los cráneos de Hidalgo y Allende, de Aldama y Jiménez fueron profanados y expuestos con escarnio en las almenas del viejo caserón de Granaditas. La Providencia, al negar a nuestros padres, recompensas terrenales, los colmó de dones divinos, y les dió lo mismo que a Jesucristo en el Calvario: un cáliz lleno de amargura para sus labios resecos y una aureola para sus frentes de mártires. Y al otorgarles la gracia suprema de que ofrendaran sus vidas en aras de sus ideales, les permitió consolidar su obra por los siglos de los siglos, pues sin son grandes y firmes

los pueblos que emergen de la espada rutilante de los héroes, más firmes y grandes son aquellos que brotan como México, de la sangre noble de los mártires y de los blancas osamentas de los santos!

★ ★ ★

EL HEROE DE CUAUTLA

Arenga pronunciada en el Teatro de la ciudad de Cuautla, Morelos, el 30 de Septiembre de 1907.

Señor Gobernador,

Señoras y señores:

Morelos engarzó en la historia épica de México las siete letras de la palabra Cuautla, como quien engarza siete diamantes en una diadema, y la ciudad agradecida y orgullosa, dedica los tres últimos días de septiembre a recordar el natalicio del héroe legendario. Las fiestas responden a un sentimiento comunal unánime y por lo mismo, participan en ellas todas las clases sociales. Una semana antes comienza la Feria, y del 28 en adelante, se suceden todas las manifestaciones del júbilo colectivo: serenatas, bailes populares, carreras de caballos, ejercicios de jaripeo, fuegos artificiales, peleas de gallos y corridas de toros. El ambiente es de verbena y de alegría, y con éste regocijo contagioso, se celebra el aniversario del más fulgurante de nuestros héroes.

Asistiendo a éste risueño gaudeamus que se prolonga durante 72 horas, sentimos la impresión de que ninguna otra ciudad mexicana comulga tan íntimamente con su patrono tutelar, como Cuautla con Morelos. El fenómeno se explica fácilmente porque si fué en Valladolid en donde vino al mundo el impar adalid, fué aquí en donde

se templó su férrea voluntad, se dilató su inspiración, se diafanizó su espíritu y se magnificó su genio. Aquí le crecieron las alas y aprendió a volar más alto, aquí fué donde recibió por vez primera el beso de la inmortalidad.

Por eso, sobre el Morelos del Veladero y el Morelos de Chilpancingo y el Morelos de Apatzin gán, resplandecerá siempre el Morelos de Cuautla. Los 58 días que pasó en esta ciudad fueron como 58 peldaños luminosos de una escalinata triunfal que lo llevaron a ese plano sublime en donde pudo alternar con David, el que derrumba ba gigantes, y con Josué, el que detenía la carrera del sol.

Muchas veces, pensando en este hombre singular, me he figurado la entrevista que celebró con su maestro Hidalgo, cuando los insurgentes avanzaban de Guanajuato a Valladolid; y me he preguntado: ¿Por qué no lo retuvo a su lado el padre de la Patria? ¿por qué prefirió encomendarle la tarea de que fuese a desparramar el incendio en los pueblos del sur? Y al imaginarme que Hidalgo hubiese optado por lo primero, mi fantasía traza un cuadro muy diferente del primer capítulo de la lucha de Independencia. Porque Morelos con su genio, tal vez habría convencido al Párroco de Dolores, de la conveniencia de aprovechar la victoria desordenada del Monte de las Cruces, para tomar la capital del Virreinato; quizás hubiera convertido en triunfo, el descalabro de Aculco; probablemente habría conjurado la derrota y detenido la desbandada del Puente de Calderón.

Pero........¿quién podía adivinar el futuro en octubre de 1810, cuando todo parecía indicar que la victoria insurgente era cuestión de unas cuantas semanas por no decir unos cuántos días? A las doce horas de iniciada, la insurrección de Dolores, el movimiento social se puso en marcha con caracteres de río que se sale de su cauce e inun-

da los lugares por donde va avanzando. A los tres días, eran cincuenta mil los insurgentes; a la semana, pasaban de cien mil; y el torrente popular seguía adelante sin necesidad de que se libraran combates, pues no debe considerarse como tal, la barredura del dique frágil que el intendente Riaño trató de poner en la ciudad de Guanajuato, a aquel irresistible desbordamiento.

Frente a aquel fenómeno insólito, el mando que ejercía Hidalgo no podía tener el vigor que la situación demandaba, porque nadie gobierna una marejada, ni una erupción de volcán, ni el estallido de una tempestad. Las chusmas se movían sin orden ni concierto arrollando los débiles obstáculos con que se pretendía detenerlas. Los caudillos conducían a medias -tal vez a tercias o a cuartas- aquel movimiento frenético e ingobernable. Todo era torbellino y desorden y por lo mismo, la condescendencia y la tolerancia para la plebe, que tanto se ha criticado a Hidalgo, eran cosas inevitables. Ningún jefe le dió á Pípila la orden de que incendiara las puertas de la Alhóndiga de Granaditas. Y de manera parecida, cada quien obraba conforme a su desencadenado albedrío. Desfilaban los acontecimientos vertiginosamente como los relámpagos cegadores de una borrasca.

Frente a aquel estallido brutal, el régimen de la colonia tenía que defenderse y oponer resistencias, y entonces fué cuando se vió que no bastaba insurreccionar muchedumbres; era preciso organizarlas. Y allí fué cuando Hidalgo y Allende no pudieron ponerse de acuerdo, por la sencilla razón de que sus espíritus giraban en órbitas distintas y en torno de conceptos diferentes. Lo que para uno era verdad indiscutible, para el otro era un error garrafal y palmario. El sacerdote y el soldado no podían coincidir y se determinó una confusión que terminó faltalmente en el desastre.

De cualquier modo, el venerable cura de Dolores cumplió su destino despertando a la nación, y sus errores resultan insignificantes cuando se

les compara con la gloria del despertamiento. En cuanto a Morelos, aprovechó la experiencia amarga de los iniciadores. El no hablaba en nombre de un ideal abstracto como el ex-Rector del Colegio de San Nicolás, ni tampoco invocaba la Ordenanza, como Allende, para recomendar la eficacia de la disciplina: Morelos conocía como nadie a nuestras muchedumbres porque había nacido de ellas y sintetizaba sus esperanzas de redención. Por eso se convirtió en el centauro épico que necesitaba la nación; por eso incrustó en sus subordinados, el concepto del orden, de un orden que no era un instrumento de la tiranía sino un camino limpio que conduce a la libertad.

Y se inició la epopeya del sur que no ha sido superada. En Morelos se efectuó la conjunción del sacerdocio con el heroísmo; brazo de hierro para el mando; dedos que desgranan las cuentas de un rosario; rodilla que se dobla ante el altar; labios temblorosos siempre dispuestos a la plegaria........ Plebeyo robusto que entendía y era entendido por su pueblo, sueños seráficos aunados a la acción práctica que no vacila ni titubea, delirios de profeta, y al mismo tiempo, cálculos exactos que le permitían avanzar con paso seguro de león, un león que siempre estaba dispuesto a ofrendarse como cordero. No dialogaba con los ángeles, como Juana de Arco, pero al igual de ella, parecía obedecer en todos sus actos, las consignas luminosas del firmamento. ¡La Hostia y la espada! Lleno de Jesucristo y de Patria, Morelos es el santo número dos que como San Pablo, se convierte frecuentemente en el santo número uno de la religión cívica de México.

Antes de Cuautla, Morelos había sido grande entre los grandes; pero después de Cuautla, comenzó a avanzar de milagro en milagro. A su lado, sus compañeros de lucha se agigantaban, las familias de los Bravos y los Galeanas se transformaban en constelaciones. Aquí fué pues, donde se clarificaron sus videncias de profeta y aprendió a

realizar imposibles. Sucede a veces que un titán de la inteligencia o del carácter, camina por el mundo sin darse cuenta cabal de la inmensidad de su d e s t i n o. En su itinerario, siempre accidentado, pasa por muchos lugares que, aunque espléndidos, no le revelan el mensaje que trae, y por consiguiente, continúa sin encontrar la orientación definitiva de su existencia. De pronto, llega a un sitio de privilegio en donde todos los seres y las cosas armonizan con su altísima vocación.. Voy a poner un ejemplo que no guarda la menor relación con la epopeya. Domenico Theotocópulos nació en la Isla de Creta, y sintió desde sus primeros años, una inclinación definida hacia las artes plásticas. El amor por la línea y el color lo empujó a ir a Italia que con tanta razón ha sido considerada, la Patria del Arte. Llegó a Venecia en su momento de oro, esto es, cuando brillaban con más intensidad los genios de Tiziano, el Tintoretto y el Veroneso. Los tuvo que admirar con reverencia, pero no encontró en ellos los rumbos que buscaba su alma. Pasó a Roma en donde Julio Clovio quiso ligarlo con la técnica del Correggio, sin que el pintor cretense se sintiera vinculado con las delicadezas y finuras que, aunque impecables, no coincidían con su temperamento excepcional. Vivió como ocho años en la Ciudad Eterna, sin vislumbrar lo que buscaba; y cuando ya era un hombre maduro, pues pasaba de los 30 años, llegó a Toledo y allí palpó inmediatamente el milagro de haberse descubierto a sí mismo. Lo maravilloso fué que en la ciudad del Tajo, no había por aquel entonces ningún maestro del pincel que pudiera enseñarle algo; pero en cambio, el Greco recibió la lección del paisaje austero, de las construcciones religiosas, de las costumbres inflexibles, de los caballeros vestidos de negro, del ambiente místico, de la fascinación irresistible de la ciudad. Y fué en Toledo donde se afinó su conciencia estética y la Naturaleza se le apareció llena de insospechadas revelaciones.

Pues bien, sacad este episodio del proscenio estético y llevadlo al escenario de la epopeya, y podréis decir que fué en Cuautla donde Morelos tuvo la conciencia completa de su destino.- ¡Aquí fué donde Dios lo citó para hacer de él uno de sus elegidos! ¿Qué fué lo que le enseñó vuestra ciudad? ¿Qué aprendió de esta Naturaleza. de estas calles y de éstas casas? Esa es cosa que a vosotros, cuautlenses, os incumbe. Corresponde a vuestra gratitud averiguarlo; corresponde a vuestro orgullo definirlo.

Comenzó por burlar el cerco estrecho y hermético en donde el General Calleja creía tenerlo prisionerc, y de allí en adelante, todo fué subir y subir. El prodigio del rompimiento del sitio lo condujo a escribir con hechos refulgentes, el capítulo más bello de nuestra historia. Entremezclando las proezas militares con las hazañas cívicas, se destacó como guerrero del tipo de Bayardo y el Cid, de Godofredo y del gran Condestable de Aljubarrota; y al mismo tiempo, fué un legislador de la estirpe de Moisés y de Licurgo. Ganó batallas en Orizaba y en Tehuacán, en Oaxaca y en Acapulco, y con igual prestancia y diligencia, reunió el Congreso de Chilpancingo para hacer allí lo que el cura Hidalgo no se había atrevido a hacer: romper radicalmente con la Península Ibérica y declarar sin ambajes la Independencia de México.

Pero.... ni el mismo sol puede permanecer indefinidamente en el zenit. Por eso llegamos al último esfuerzo del titán, cuando la epopeya se convirtió en tragedia. Morelos era invencible en el Sur de México, pero allá no trascendían sus victorias sino indirctamente, no se conmovía el centro del país. Había pues que jugarse el todo por el todo y trasladar la campaña a nuestra Mesa Central. Consciente de la necesidad de esta maniobra, emprendió la arriesgada aventura de lanzarse sobre Valladolid; pero fué detenido y más tarde, fué derrotado en Puruapán. No por eso se doblegó su carácter, pues respondió al régimen virreinal, promul-

gando en Apatzingán, la primera Constitución de México. Después de esta gallardía, procedió a volver al sur con la resolución de recobrar las energías militares que habían disminuído en el nuevo teatro de operaciones. En la marcha de Apatzingán a Tehuacán, fué alcanzado por los realistas en el pueblo de Texmalaca, en donde se planteó esta grave disyuntiva: o Morelos se retiraba con rapidez de rayo como sabía hacerlo, y en ese caso, corría riesgo de dispersarse el Congreso que acababa de confeccionar la Constitución, o aceptaba un combate desigual, a fin de que los constituyentes tuvieran tiempo de colocarse fuera de peligro. Para su desgracia y también para su gloria, Morelos escogió lo segundo que fué lo mismo que aceptar el sacrificio. Prefirió perderse, a fin de darle a su pueblo la lección sublime de que sobre los destinos fugaces de los hombres, debe colocarse siempre la inmutabilidad de las Instituciones.

Dios lo puso a prueba: lo había colmado de gloria, de una gloria que consiguió permanecer en el zenit durante tres años. El último acto de su vida militar fué preferir a una retirada estratégica, una derrota nimbada por el ideal. Arriba de los laureles, solamente pueden estar las espinas. Y bien, de Texmalaca a San Cristóbal Ecatepec, como de Acatita de Baján a Chihuahua, se repitió una vez más el drama del Calvario.

Por eso, ciudadanos de Cuautla, debéis seguir cuidando el culto de Morelos que tanto os levanta y os dignifica. ¡Que no se suspenda el perfume de los incensarios, que no se apague ninguno de los cirios del altar! Morelos es vuestro, tan vuestro como de la noble ciudad de Morelia que tuvo el privilegio de mecer su cuna. Cuautla no le dió la vida al titán, pero si le dió la cinceladura maravillosa de su genio.

EL UNIFORME DE MORELOS

A mediados de agosto de 1910, la Secretaría de Gobernación solicitó del licenciado Genaro García, que se encargara de tomar nota de todas las ceremonias que se iban a efectuar en el mes siguiente, a fin de publicar después "La Crónica del Centenario" Don Genaro repartió el trabajo entre varios hombres de letras y me hizo el favor de incluírme en el grupo redactor. Con el carácter de cronista, hice el reportaje de dos actos muy importantes: el de lo devolución, por parte de Francia, de las llaves de la Ciudad de México, y el de la restitución que hizo España del uniforme y el retrato de Morelos. La segunda ceremonia fué la más emocionante y así lo hice, constar en mi crónica, que apareció en el libro mencionado. Jamás había visto al General Díaz tan profundamente conmovido, pues recibió llorando el traje del héroe. Por eso fué que 20 años después, al escribir mi libro sobre el gran gobernante, consideré que aquel acto fué "el momento de oro" de su vida, la culminación de su apoteosis.

Reproduzco, pues, de mi libro "Porfirio Díaz", aquel capítulo, como el mejor homenaje que se me puede ocurrir para glorificar a Morelos.

"EL MOMENTO DE ORO."

Poco despuếs de las elecciones, se celebraron las fiestas con que la República conmemoró el pri-

mer centenario de su independencia. Se colocó la primera piedra de grandes monumentos; se inau guraron obras beneméritas; se fundó la Universidad Nacional.......... La personalidad del General Díaz dió a aquellas fiestas un aspecto cesáreo que hizo olvidar el escándalo de las luchas políticas.

Vinieron embajadores de todos los pueblos de la tierra, a felicitar al país que, en plena paz y orientado hacia el progreso, cumplía el primer siglo de su existencia. Todos le rindieron fervorosos homenajes al extraordinario estadista y lo pro clamaron como el reconstructor indiscutible de su Patria. Aquella fué la apoteosis del héroe.

En la imposibilidad de describir todas las ceremonias que se efectuaron en septiembre de 1910, bueno es evocar la más conmovedora y significativa, aquella en que se rompieron los témpanos del protocolo, mientras se fundían por última vez el alma de Porfirio Díaz y el alma del pueblo de México.

Fué el día 17 de aquel mes inolvidable. España devolvió a México en esa fecha el uniforme de don José María Morelos, perdido en la acción de las Animas, en Febrero de 1814. Este uniforme se con servó en el Museo de Artillería de Madrid, hasta que varios españoles residentes en México pidieron al Rey Alfonso XIII que lo obsequiara a nuestro país en el primer centenario de su independencia. El joven monarca accedió a la solicitud de sus súbditos y consintió en ceder el uniforme, que era propiedad indiscutible de España, ya que había sido ganado en una acción de guerra. La Madre Patria hizo a su hija predilecta el mejor de los obsequios, y a la vez dió un ejemplo noble de hidalguía, al no recordar las hondas heridas que le causara aquel valiente soldado a quien don Lucas Alamán llamó el hombre más extraordinario de la revolución de Nueva España.

Fué encargado de entregar el uniforme el Ge neral don Camilo García de Polavieja, quien tenía para México dos méritos sobresalientes: era hijo de una dama mexicana, y había servido a las órdenes de don Juan Prim, aquel pundonoroso Ge neral que, en lugar de esgrimir sus armas contra nuestra Patria, prefirió reconciliarla con la Madre España.

La mañana del 17 de septiembre, salió el desfile que llevaba el uniforme de Morelos, de la Secretaría de Relaciones Exteriores. Una amplia valla colocada desde las puertas de ese edificio hasta la entrada del Palacio Nacional, marcaba la ruta que se debía seguir. En el momento en que se ofreció un carruaje al General Polavieja, manifestó que prefería ir a pie, para honrar mejor al héroe mexicano.

Y se inició el desfile. Precedía el cortejo triunfal un descubierta de gendarmes montados que portaban traje de gala; luego iba una compañía de la Escuela de Aspirantes; después aparecía la cureña de cañón sobre la cual iban colocados el retrato y las prendas de Morelos. Esta cureña iba tirada por dos troncos de caballos que conducían cuatro artilleros, y la flanqueaban dos Sargentos del Colegio Militar, dos de Infantería, dos de Caballería y dos de Artillería, que representaban las armas distintas del Ejército, que hacían guardia de honor al soldado más grande de México. A continuación, desfilaba la Embajada Española; el General Polavieja caminaba en medio de los señores Federico Gamboa y General Ignacio Salamanca, subsecretarios de Relaciones Exteriores y de Guerra; el Ministro Cólogan y Cólogan iba entre el Introductor de Embajadores y el Director del Colegio Militar. Después seguían los Secretarios de la Embajada, los miembros de la Delegación Militar, y los jefes y oficiales nombrados para atender a los huéspedes hispanos. También marchaban allí, en representación del Presidente, el Jefe de su Estado Mayor Teniente Coronel Samuel García Cué-

llar y el Teniente Coronel Porfirio Díaz. La mezcla de casacas diplomáticas y de uniformes guerreros, daba a esta sección del desfile un aspecto, si bien pintoresco, sobremanera imponente y suntuoso.

Después venían las banderas, las sagradas banderas de la Independencia. El primer pendón que apareció fué el de don Miguel Hidalgo y Costilla, que es una imagen de la Virgen de Guadalupe, la Patrona de la Patria, la capitana que guiaba a los insurgentes al combate. Tras de este pendón, pasaron cubiertos por el polvo amarillento de un siglo, el estandarte de Morelos, la bandera del Batallón de Tepic, el gonfalón del cuerpo de Caballería de Valladolid, y el girón desgarrado que se conoce con el nombre de "Doliente Hidalgo."

Al paso de estos estandartes, palpitaban aceleradamente todos los pechos. Los soldados presentaban armas, los civiles se descubrían, las banderas de los batallones bajaban hasta el suelo, y la multitud conmovida arrojaba flores. Eran los pendones de hacía cien años, destrozados por las balas realistas, que salían de la Historia, para recibir dignamente las prendas del héroe de Cuautla. Al moverse en el aire, las oriflamas desgarradas, parecían decir al uniforme de Morelos: "Nosotros presenciamos la epopeya, vivimos aquellos heroísmos y somos testigos de su gloria."

La muchedumbre que contemplaba el desfile, retrocedía con la imaginación una centuria y se embriagaba con los mismos delirios de libertad que sacudieron a los padres de la Patria. El grito de "Viva la Virgen de Guadalupe" volvió a atronar el espacio; varias veces la gente del pueblo rompió la valla para acercarse a las banderas venerables y tocarlas con la mano; y los soldados que, conforme el deber militar estricto, deberían haberla rechazado, autorizaban aquella irregularidad con lágrimas en los ojos, porque comprendían que en ella se consagraba el mayor homenaje que ha recibido el Ejército.

Después de las banderas, desfilaron representantes de las Cámaras y los Estados. Y cerraban el cortejo dos compañías del bravo y arrogante Colegio Militar y una brigada mixta, al mando del Brigadier José Refugio Velasco. Como las gentes que ocupaban los balcones en la calle de Plateros, arrojaban flores, el uniforme llegó blanqueando a la plaza de la Constitución, en donde un coro angélico de niñas se agregó a la procesión y acabó de cubrir las reliquias de Morelos, con azucenas que llevaban en sus canastillas.

La llegada al Palacio Nacional fué indescriptible. Las bandas batieron marcha de honor, las músicas tocaron el himno nacional; las campanas de la catedral repicaron a gloria; y cien mil gargantas prorrumpieron en hossanas y aleluyas. Y mientras los hombres alborozados movían sus sombreros y las damas agitaban sus pañuelos, la bandera del Palacio bajaba lentamente y volvía a subir en un saludo triunfal. Ante ese espectáculo grandioso, no hubo corazón que no temblara de santo júbilo ni comulgara con la Patria que vibraba en los toques de los clarines, en los repiques de las esquilas y en las ondulaciones de la bandera tricolor!

El General Díaz, vestido con el uniforme de General de División -aquel uniforme que llevaba con tan legítimo orgullo- y rodeado por los miembros de su gabinete, esperaba en el salón de embajadores al General Polavieja y a su brillante acompañamiento. Cuando entraron, todo el mundo se puso de pié, ante las reliquias, y un silencio religioso se extendió por el recinto.

Y habló Polavieja. Abandonando los formulismos de la etiqueta, se refirió a la fraternidad de los pueblos con frases entusiastas y rindió un homenaje a nuestro gran Morelos a quien con alto espíritu de justicia llamó gran ciudadano y gran soldado, y de quien España, como madre, se sentía orgullosa.

Don Porfirio estaba transfigurado. Parecía darse cuenta de que había llegado al culmen de su carrera, y que de allí en adelante, tendría forzosamente que descender. Aquél era el momento de oro de su existencia, el resplandor más claro de su apoteosis............ Contestó con voz temblorosa que recibía las reliquias en nombre de la República entera y que aquellas constituían un obsequio de la hidalguía española y no una justa devolución, porque habían sido perdidas por el inmortal caudillo en buena lid. Y terminó con las siguientes palabras que causaron la más honda de todas las emociones del Centenario:

"Yo no pensé que mi buena fortuna me reservara este día memorable en que mis manos de viejo soldado son ungidas con el contacto del uniforme que cubrió el pecho de un valiente, que oyó palpitar el corazón de un héroe y prestó íntimo abrigo a un altísimo espíritu que peleó contra españoles, no porque fuesen españoles. sino porque eran los opositores de sus ideales; que persiguió no a España precisamente, sino la realización de una quimera para entonces y dulce realidad después para nosotros: crear una nación soberana y libre."

Las últimas palabras del caudillo fueron ahogadas por una ovación estruendosa. La rigidez del protocolo desapareció completamente. El General Polavieja, rompiendo el círculo de hierro del rigorismo oficial, gritó estentóreamente: "Viva México, viva nuestro gran Presidente!" Y el General Díaz exclamó conmovido: "¡Viva España, viva nuestra madre grande!" Después, se fueron apagando los ruidos, pero los pechos seguían temblando y los ojos, por largo rato, continuaron humedecidos.

Afuera, en las calles y en las plazas, el pueblo también lloraba de júbilo, como si presintiera que era uno de últimos que le deparaba el Destino."

LA CONSUMACION DE LA INDEPENDENCIA

Discurso pronunciado en el Liberty Hall, de El Paso, Texas, la noche del 27 de Septiembre de 1921.

Señoras y señores:

¡Que gloriosa sería la fiesta del Centenario de la Consumación de nuestra Independencia si significara que los mexicanos, cansados de tanta lucha estéril, cancelaban sus odios y se unían como los padres de la Patria en Acatempan, en un abrazo apretado y fraternal. El libertador Iturbide al estrechar junto a su corazón al indomable general Guerrero, debe haber vislumbrado en sueños una era de concordia y fraternidad, digna de ser representada en nuestra bandera con el color seráfico que condensa todos los colores. Desgraciadamente, el sueño evangélico del héroe se convirtió en pesadilla trágica, y lo que parecía ser una aurora radiante de amor, fué un preludio siniestro de rencores. A través de un siglo, y con excepción de la etapa constructora de Porfirio Díaz, México se ha balanceado perpetuamente sobre oleajes encrespados de odios. Se detestan los individuos, se aborrecen las clases sociales, se execran mutuamente las facciones políticas, antagonizan héroes contra héroes, los credos se destruyen entre sí, y en un paroxismo de aniquilamiento, hasta los muertos poseídos de vértigo demoledor, parecen sa

lir de sus criptas para hacer chocar unos contra otros, sus fémures y sus tibias, en una batalla ma cabra e infernal!

¡Tal ha sido la historia dolorosa de nuestras luchas intestinas: en otros países las deudas de los héroes se saldan al borde de las sepulturas. En México, no: la muerte no es el fín de la lucha sino el principio de su recrudecimiento. Hace cincuenta años que murió Juárez, y, Juárez sigue siendo el blanco favorito de las invectivas conservadoras; hace un siglo que fué fusilado Iturbide, y aún la jacobinería frenética se ensaña rabiosamente con tra el cadáver del Libertador. Las balas asesinas de Padilla no solamente marcan el epílogo de una tragedia sino el prólogo de una gran injusticia.

El paladín de Iguala fué expulsado del templo de la Patria y su nombre se borró sacrílegamente de las listas de nuestros inmortales. ¿Qué crimen pudo haber cometido para que México, olvidándose de la merced inmensa, lo haya arrojado de las fies tas cívicas y convertídolo en alma errante de nues tra historia? Iturbide ha sido durante un siglo la víctima principal del odio que se profesan las facciones mexicanas. El fanatismo jacobino quizás habría acabado por glorificar al Jefe del Ejército Trigarante sino fuera por el fanatismo conservador que ha pretendido a su vez, hacer añicos la gloria de los insurgentes. En Francia, frente a uno de los arcos de triunfo de Napoleón el Grande, la gratitud nacional ha levantado un monumento a León Gambetta. Y así, en una divina fraternidad ultraterrena, se miran caminar juntas por los campos Eliseos, las sombras gigantescas del Padre de la República y el Aguila Imperial. Nosotros no comprendemos, no queremos comprender la simultánea glorificación de los ideales opuestos. El culto a Cuauhtémoc significa odio a Cortés; los homenajes a Hidalgo se traducen en maldiciones a Iturbide; y la adoración de Iturbide lleva imbíbita la condenación del Partido Liberal. La estatua de un héroe ha de construírse precisamente sobre el pedestal

ruinoso de otra estatua derrumbada. No basta hon rar a los penates propicios: hay que destruir también a los idolos del enemigo. Y en esa fiebre de acabar con el adversario, cada ceremonia de homenaje va acompañada de un indispensable juramen- to de odio; las conmemoraciones resultan autos de fe para los paladines derrotados; y nuestra his- toria, en vez de ostentar un conjunto armonioso de altares, presenta el aspecto lúgubre de un mon tón de ruinas.

Para liquidar esta existencia de inquinas y rencores se necesita ampliar el espíritu de la República y juzgar a los héroes muertos, no con el propósito deliberado de utilizar su culto en las con tiendas fratricidas, sino con la intención nobilísima de emplear el pasado para depurar el presen- te y mejorar el porvenir.

Nuestra historia hasta hoy se ha hecho exclu sivamente para favorecer a un partido político.. Si es Alamán quien la escribe, resultan fulminados los caudillos insurgentes; si por lo contrario, el his toriador se llama Riva Palacio, Vigil o Zárate, el anatema se clava en los conservadores. El panfletista liberal ha de poner de relieve la traición de Picaluga y el asesinato de médicos en Tacubaya; y el escritor ultramontano por su parte no puede prescindir de enterrar su bisturí afilado en el tra tado McLane-Ocampo, para luego dardear tremen- das requisitorias sobre el Reformador Juárez.. Es preciso abandonar este criterio destructor por un espíritu ecléctico que busque la verdad desinteresadamente, ampare los credos antagónicos y ponga término a la etapa pueril de las glorificaciones fac cionales. Hay que extraer de nuestro pasado co- mo del corazón de una mina, no puñados de cie- no sino granos de oro; hay que buscar en cada hé roe, el detalle genial, el episodio conmovedor, el fragmento divino que sirva en la construcción mo- ral de la nación. El concepto de patria pertenece a todos los partidos, pues México se ha formado y sigue formándose no sólo con el embate de los

vencedores sino también con el esfuerzo de los ven cidos. El alma nacional es el producto del conjunto, y por eso no habrá concordia espiritual mientras no se repartan equitativamente las ofrendas cívicas en los altares de los héroes que fueron rivales en vida, pero que al morir se deben reconciliar para siempre en el regazo de la madre Tierra.

★ ★ ★

Por eso, al restaurar la gloria de Iturbide, no debéis pretender, oh herederos del viejo Partido Con servador, que se cancelen los homenajes tributados por el pueblo a los dioses penates del Partido Liberal. Iturbide no fué la víctima de una facción sino de todas juntas. Vosotros no os limitásteis a desear su gloria sino que intentásteis construirla sobre los terrones desmoronados de los tabernáculos del Padre Hidalgo, y eso fué lo que determinó la represalia de los liberales en contra del héroe de Iguala. Y no, no podremos renegar nunca de los caudillos insurgentes; somos hijos de la revolución de 1810, y si nuestros sufrimientos se deben en parte muy principal a las herencias de caudillaje y anarquía que nos legara aquel movimiento, nadie puede negar que con él nacimos ni que grabó con rasgos indelebles, los perfiles más característicos de nuestro espíritu. ¡Pase Iturbide al altar de los héroes; pero siga siendo Hidalgo el Padre de la Patria!

Hidalgo e Iturbide representan tendencias opuestas si se analizan sus personalidades desde un punto de vista político; pero si se las examina desde la cima augusta de la nacionalidad, se tiene que convenir en que México surgió a la vida de la pugna tremenda que los dos adalides sostuvieron. El nombre de Hidalgo es un símbolo de redención como el de Iturbide es un símbolo de orden; pero ambos son símbolos de Patria y por eso se deben unir en las aras cívicas. El movimiento de Dolores Hidalgo fué de libertad y el de Iguala de unión,

pero de cualquier modo el segundo completó al primero, y ambas convulsiones han pasado a la historia como actos de un mismo drama, relámpagos de una misma tormenta, episodios aparentemente contradictorios de un mismo ciclo revolucionario.

Además, tened presente, oh vástagos del partido destrozado en el Cerro de las Campanas, que no fueron insurgentes ni liberales, sino conservadores quienes sacrificaron a Iturbide. No fueron los Guerreros ni los Bravo quienes se pronunciaron en contra suya, ni quienes lo derrocaron del solio, ni quienes le arrancaron la vida. Un oficial realista, don Antonio López de Santa Anna fué el primero en desconocer la autoridad del Libertador; otro jefe realista, don José Echávarri, fué quien lo traicionó en Casa-Mata y lo obligó a abdicar; y por último, otro realista, don Felipe de la Garza, fué quien ejecutó la bárbara sentencia de su muerte.

★ ★ ★

En cuanto a vosotros, descendientes de la Vieja Guardia Liberal, adoradores de Juárez y Ocampo, caballeros guardianes del Santo Graal de la Reforma, también debéis honrar al consumador de nuestra Independencia. La generación liberal anterior proscribió su culto, y quizás nosotros habríamos hecho lo mismo si nos hubiera envuelto el torbellino glorioso de Ayutla. El Partido Liberal creyó ser la Patria y lo fué de hecho en la guerra contra los invasores franceses. Hizo bien en imponer su credo, sin distingos ni restricciones, porque en la salvación del partido estuvo fincada la salvación de la República.

Pasado el peligro, no hay motivo para que impere otro criterio que el sereno e imparcial, de la Historia. El hecho de que los conservadores tomasen el nombre de Iturbide como bandera, pudo ser motivo de recelo y desconfianza hace medio siglo; hoy no, porque la reforma quedó consumada y ni

los más fanáticos ultramontanos de ayer desean volver a unir la Iglesia y el Estado.

El primer cargo que hacen al héroe de Iguala sus detractores es el de haber alzado sus armas contra el Gobierno Español que las había puesto en sus manos; pero con una parcialidad notoria, los impugnadores de Iturbide no reprochan igual acto en Allende, Aldama y Abasolo que también fueron soldados del Rey y se insubordinaron con grave quebranto del deber militar. Esos fanáticos que encuentran laudable la defección de Allende y reprobable la de Iturbide, llegan en sus apreciaciones injustas a alabar al español Mina por haber combatido contra España, y no perdonan igual cosa al Jefe del Ejército Trigarante que era mexicano, y por lo mismo, tenía menos vínculos morales con la Madre Patria. Pero...... ¿qué derecho tenemos nosotros para condenar a nuestros héroes? ¿Cómo nos atrevemos a censurar las defecciones que sombrean nuestro pasado? Dejemos que pronuncien el tremendo veredicto generaciones más puras y más limpias, ya que la nuestra, por desgracia ha visto que sólo se llega al poder por el triste camino de las revueltas y los cuartelazos.

Otro cargo que suele enderezarse contra Iturbide es su coronación como Emperador de México. Algunos llegan a decir que traicionó a la República, suponiendo cándidamente que ésta se había establecido al terminar la dominación española.- Nada más falso. El plan de Iguala, proclamado en febrero de 1821, aceptado por don Vicente Guerrero, y recibido con júbilo por toda la Nación, dijo claramente que México adoptaba una constitución monárquica, bajo el reinado de Fernando VII, algún príncipe de la familia Borbón, o el Archiduque Carlos de la casa reinante de Austria. En vista de estos antecedentes, el pronunciamiento de Pío Marcha, no hizo sino sustituir el rey extranjero propuesto en Iguala por un monarca mexicano. Este cambio significó una ventaja indiscutible para nuestro país, pues sólo un espíritu estre-

cho, cegado por la pasión, podría sostener que le brindaba más beneficios a México, el gobierno de un príncipe extraño, desconocedor de nuestro medio, que el de un valiente soldado, de reconoci da inteligencia y actividad, nacido en el patrio suelo, y que por haber realizado la independencia, estaba vinculado mejor que nadie con la nueva nacionalidad.

Si hubiera estado ya establecida la República, y se hubiese derogado para dar vida al Imperio, po dría considerarse la exaltación de Iturbide, como una traición política o un golpe de Estado; pero lejos de ello, el país tenía en 1822, ideas monárquicas, y lo único que se discutía era el rey que iba a ocupar el trono. Desgraciamente, la inexpe_ riencia política de Iturbide, dió a su coronación la forma desordenada y áspera de una asonada militar: el populacho y el Ejército hicieron presión innecesaria sobre el Congreso para sacar a_ vante una medida que habría venido sin obstáculos por el camino recto de la Ley. El Jefe del Ejér cito Trigarante, era el ídolo del país y nadie se habría opuesto a su proclamación imperial, pues hasta los diputados que votaron en contra de la coronación, no lo hicieron poseídos de animosidad, sino porque presentían los males que iba a provocar una medida violenta, dictada en medio del aturdimiento de la multitud.

Pero el error distó mucho de constituir una usurpación, pues a pesar de las deficiencias lega_ les con que Iturbide fué exaltado, el país recibió con aclamaciones la iniciación de la nueva dinas tía. Basta recordar que don Valentín Gómez Farías, el gran precursor del Partido Liberal, fué quien presentó en el Congreso la moción tendien_ te a proclamar emperador al caudillo de Iguala, para que quede comprobado que en 1822, ni los espíritus más avanzados se oponían al establecimiento del Imperio. En cuanto a los antiguos in_ surgentes que algunos consideran burlados por la asonada de Pío Marcha, no hay mejor manera de

patentizar su adhesión al Imperio, que recordando aquellas palabras memorables que el General Guerrero dirigió al Libertador, para participarle como había celebrado en Tixtla la coronación:- "Nada faltó a nuestro regocijo sino la presencia de Vuestra Majestad Imperial; resta echarme a vuestras imperiales plantas y el honor de besar su mano; pero no será muy tarde cuando logre esta satisfacción si Vuestra Majestad Imperial me lo permite; bien querría marchar en este momento a cumplir con mi deber; pero no lo hago interin no tenga el permiso para ello; y si Vuestra Majestad llevase a bien que con este objeto pase a su Corte, lo ejecutaré en obteniendo su licencia que espero a vuelta de correo. Esta es contestación a la muy apreciable carta de Vuestra Majestad Imperial del veintinueve del próximo pasado mayo, con que me honró, presentándole pruebas de estas verdades y me congratulo de merecer la estimación de Vuestra Majestad Imperial, en quien reconoceré toda mi vida a mi único protector."

Este lenguaje sumiso del más representativo de los caudillos de la Independencia, desbarata la leyenda de que Iturbide traicionó los ideales insurgentes. El error del caudillo trigarante consistió en creer que se podía improvisar fácilmente un trono; lo expió con su vida; pero allí debe detenerse la sanción brutal, pues no violó las leyes establecidas, ni burló los principios republicanos ni hizo nada que merezca no digamos la execración, pero ni siquiera el reproche de la posteridad.

El último cargo que suele hacerse a Iturbide, es el de haberse identificado con las clases altas y privilegiadas para convertir un movimiento que era emancipador, en fuerza reaccionaria y conservadora .Este cargo es el más grave porque lo hace aparecer como retrógrado y enemigo irreconciliable de la libertad.

Iturbide al integrar su gobierno, tenía que elegir entre los elementos realistas y los insurgentes, y

nada tiene de particular que mostrase predilección por los primeros, cuando el mismo don Guadalupe Victoria, que había sido soldado de Morelos, le dio el puesto de Primer Ministro a don Lucas Alamán y se rodeó de consejeros como D. José Ignacio Esteva y don Manuel Gómez Pedraza, defensores apasionados de España y del Rey, hasta que estalló la revolución de Iguala. Cuando los mismos insurgentes escogían a los realistas para gobernar, ¿qué tiene de extraño que hiciera lo mismo el soldado impulsivo y tenaz que había for mado su carrera militar combatiendo contra la revolución de 1810?

Quienes censuran a Iturbide haberse rodeado de realistas, debieran enderezar igual cargo a Gue rrero, y a Victoria, que estaban más obligados que él a formar un gobierno insurgente y popular. No lo hicieron porque era imposible hacerlo; realistas eran en aquel entonces, las clases altas y bajas del país, realista la intelectualidad, realistas los hombres de armas y administración. Realista fué don Valentín Gómez Farías, realista don José Joaquín Herrera, realista don Antonio León, realista don Mariano Arista, realistas los demás espíritus inquietos que formaron las avanzadas de lo que había de ser a través de los tiempos el Gran Partido Liberal. Realista en una palabra era toda la Nación, y la mejor prueba de ello estriba en q' nuestra Independencia se inició con el grito de "Viva Fernando VII" y no se consumó sino hasta que los soldados de ese Rey enarbolaron el estandarte de rebelión.

Para juzgar a un héroe hay que colocarse an te todo, en el medio en que vivió. Claro está que aquellos campeones como Hidalgo y Morelos que se adelantaron a su época y entrevistaron el porvenir, merecen el homenaje ferviente, y cálido de la posteridad. Fueron profetas de una edad de oro, y el cadalso, al cortar sus vidas, los libertó del compromiso de convertir su programa redentor en realidad. Iturbide por lo contrario, se tuvo que en-

frentar con los hechos y procedió a construír, no obedeciendo a consideraciones fantásticas, sino de acuerdo con las leyes naturales de la vida. Y no es lo mismo enarbolar una bandera de combate que crear una administración; no es igual encender una revolución que organizar un gobierno.- Pueden argüir los teóricos que Morelos promulgó una Constitución e instaló un Congreso; pero tanto el Congreso de Chilpancingo, como la Constitución de Apatzingán, fueron meramente virtuales y nunca condensaron las energías ni las actividades del país. En cambio, Iturbide si creó algo tangible y real: bueno o malo, construyó un Estado que después de cien años, vive todavía.

★ ★ ★

He procurado destruír los cargos más usuales que se lanzan contra el Libertador; pero aún cuando fuese reo de culpas mayores, aún cuando no hubiera consumado nuestra Independencia, tendremos siempre con él un saldo pendiente que no se paga ni con la más ferviente de las adoraciones. El nos dio la bandera de la Patria, es decir, la más hermosa de las banderas. Basta verla para amarla. Verde, blanca y roja.......... y en medio de esa opulencia de colorido, el águila indomable de las profecías aztecas, esa águila tan brava como los leones de Castilla y tan arrogante como el gallo de Francia .Decora nuestro pabellón con la misma sencillez con que lucen en otros emblemas, la Cruz Blanca de Suiza, el Dragón fantástico de China y la Media Luna de Stambul. Y esa águila rompiendo con sus garras la penca de un nopal, y con la otra estrangulando una serpiente, presenta un espectáculo grandioso que parece compendiar no sólo la existencia dolorida de nuestro pueblo, sino todo el sufrimiento humano.

Al contemplar nuestra oriflama no puedo imaginarme que la abstracción que encierran las tres garantías de Iguala, sugirieran a Iturbide los tres sagrados colores. Son tan bellos, y concuerdan tan

to unos con otros, que Iturbide debe haberlos vis-
to armonizados en un cuadro sublime de la Natu
raleza, que luego reprodujo en nuestra bandera.-
Ella se le apareció como la Virgen a los elegidos,
a veces me imagino al paladín sobre una roca en-
hiesta, contemplando el mar hacia el Poniente, a
la hora en que el sol va a sepultarse bajo las olas.
En primer término, mira el héroe la inmensidad
verde del océano, que remata en la lejanía en una
línea vaga de ensueño. Encima de la esmeralda
grandiosa del mar, fulgura un cielo vespertino,
donde las nubes estratus se acuestan sobre las
olas difundiendo una blanca claridad de paraíso.
Y arriba de éstas, nubes encendidas, nubes empa-
padas en la sangre del sol moribundo, nubes escar
latas que parecen simbolizar nuestras tragedias.
El Libertador siente que se le van los ojos hacia
esta fiesta de colores, y pronto llega al éxtasis, al
contemplar en el fondo del cuadro divino a una
águila caudal que vuela majestuosamente, casi
rozando con sus alas el mar y contribuye sin dar-
se cuenta a formar el más bello de los emblemas.

Otras veces me imagino a Iturbide contemplan
do uno de nuestros volcanes. Abajo la falda ver-
decida por los verdes más variados; verde claro de
las yerbas, verde pálido de los álamos, verde en-
cendido de las palmeras, verde azuloso de los pi-
nos, verde negro de los cipreses y los cedros........ y
todos estos verdes, al combinarse gloriosamente
forman un verde sintético e inmortal, un verde
grandioso y sinfónico digno de decorar el pedes-
tal de la montaña. Encima del verde, el blanco de
las nieves nunca holladas, ese blanco que en el
Popocatepetl semeja la cimera de un dios, y en el
Ixtlacihuatl, el túmulo de una virgen que acaba
de morir. Y arriba del blanco un cráter rojo, con
llamaradas rojas destacándose sobre nubes rojas,
en un cielo crepuscular lleno todo de tonalidades
rojas. Y una águila completa aquella visión de
milagro, una águila que parece surgir del abismo
en ascención triunfal como si pugnase por llegar

hasta el cráter para arrojar en él la serpiente que lleva entre sus garras.

En otras ocasiones, me imagino a Iturbide des pués de una tempestad, en una mañana de oro. Mientras el sol, en el oriente vuelve a parecer envuelto en celajes de nácar, en el ocaso, a trechos sobre el azul espacio, se tienden los matices pálidos del iris, son siete colores; pero el héroe quizá abstraído por sus visions pretéritas, sólo mira tres tonalidades que se destacan con fuerza y cru zan el cielo como faja tricolor. Verde, claro y rojo: los otros cuatro colores se esfuman para que el lis tón trigarante resalte en una alegoría épica.

El libertador se arrodilla ante aquella bandera que le brinda la Naturaleza, la misma bandera que hace miles de años se extendió sobre la devas tación de una humanidad corrompida, como signo de paz entre Dios y sus creaturas. Y vuelve a aparecérsele el símbolo sacro; una águila vuela sobre el iris y condensa toda nuestra historia; la fiereza sobre la esperanza, la lucha nimbada por la ilusión, el aleteo de un pueblo bravo que sueña con la libertad.

* * *

Así debe haber nacido hace cien años esa bandera nuestra que hoy luce gallardamente en todas nuestras torres. Pero ...... hagamos examen de conciencia; ¿Acaso flamea del mismo modo nuestro estandarte en lo alto de nuestras almas? ¿Corresponde la realidad a la belleza del símbolo? ¿Las garantías que triunfan en los colores de nues tro pabellón, triunfan en la conciencia nacional?

El verde, desde luego, tiene derecho a ostentarse con arrogancia en el espacio porque somos independientes. A través de las vicisitudes de una centuria, y dejando girones en las zarzas del camino, llega nuestra Patria al año mil novecientos veintiuno, libre y soberana. Apenas tenía México un cuarto de siglo de edad cuando perdió la

mitad de su territorio, y después estuvo a punto de perder su autonomía bajo la púrpura imperial de Maximiliano; pero sobreponiéndose a las catás trofes y emergiendo del mismo caos, nuestra na- cionalidad, cumple sus primeros cien años, dueña de sus destinos. El verde está bien en el lábaro por que proclama un hecho indiscutible. Estamos de pie y podemos celebrar el centenario con el grito tradicional de "¡Viva México Libre e Independien te!"

El color rojo también lo ha ratificado la República con hechos: quiso Iturbide representar en él la religión católica, y ella sigue imperando de un extremo al otro de la República. Hace dos ter- cios de siglo que México se dividió como de costumbre, en dos bandos políticos, y que la Iglesia, cometió el error de unirse a uno de ellos; pero la Iglesia no es la Religión, y por lo mismo, aquella lucha no afectó para nada la unidad espiritual del país. Por eso, el rojo del pabellón trigarante, al extenderse a los cuatro vientos, sigue proclamando como hace cien años, que México vive bajo la Cruz de Cristo y abrasado en el fuego purificador de los Evangelios.

¿Y el blanco? En él se quiso simbolizar la unión entre España y su antigua colonia, la unión entre insurgentes y realistas, la unión entre me- xicanos y mexicanos. Era la garantía más difícil de conservarse porque la albura con cualquier co- sa se puede macular. Y desgraciadamente, el blan co no tardó mucho en empeñarse; las primeras manchas fueron ocasionadas por la sangre del pro pio Libertador. ¿Y después? Preguntádselo a cien años de inquinas y de odios, de discordias y de re- vueltas, y ellos os dirán que los armiños del lien- zo inmortal, se han revolcado en las ambiciones más bastardas y en las más vergonzosas concupis- cencias. El blanco está en la bandera; pero en la realidad sólo hemos tenido el negro de nuestras desventuras, el negro de las guerras civiles, ese

negro maldito que un populacho ebrio tuvo la avi lantez de enarbolar en el Pabellón Nacional.

El verde y el rojo representan verdades tangi_ bles que nadie puede desconocer, mientras que el blanco continúa viviendo la vida consoladora de la esperanza. Por eso, si queremos merecer la ban_ dera que tenemos, estamos en la obligación de lim piar nuestros corazones y clarificar nuestras almas! Si somos noches, tachonémonos de estrellas; si somos pantanos, cubrámonos de lirios... ¡Que sobre el abismo de los rencores, caiga la nieve piadosa del olvido, que tapa los precipicios, nivela los planos, y traza las líneas suaves y onduladas que dulcifican los perfiles rugosos de las cordilleras._ Hay que blanquear las conciencias, hay que ser hermanos, hay que estrangular la serpiente, para que podamos lucir enfrente el color verde que ex_ hibe la soberanía de la Patria, y el rojo que pro_ clama la Religión de Cristo, y el blanco glorioso que anuncia la fraternidad soñada por el Libertador!

★ ★ ★

LA COLONIA ESPAÑOLA Y EL AÑO DE HIDALGO

Conferencia pronunciada la noche del 5 de julio último en la velada que organizó la Dirección de Acción Cultural del Casino Español de México para solemnizar el Año de Hidalgo. (Reconstrucción del autor, licenciado Nemesio García Naranjo).

GRANDEZA DEL HOMENAJE

Esta velada que le dedica la Comisión de Acción Cultural del Casino Español de México, al prócer máximo de nuestra Independencia, tiene que ser el homenaje más significativo y elocuente entre todos los que se han rendido y se pueden rendir en este año venturoso de Hidalgo. Que nosotros los mexicanos doblemos la rodilla ante la sagrada memoria del Libertador, nada tiene de particular; pero que la doblen también los españoles, sí es algo conmovedor y grande, porque revela en ellos espíritu caballeresco, y para nuestro héroe constituye una auténtica consagración. Porque al aquilatar la estatura de un hombre extraordinario, no basta lo que dicen de él sus compatriotas, sus correligionarios y sus amigos: tiene mayor fuerza el veredicto que formulan aquellos que durante la lucha, estuvieron del otro lado de la barricada.

Las proezas de Héctor deben haber sido casi inverosímiles, porque no las conocemos a través

de los relatos de los cronistas troyanos —pues todos ellos sucumbieron en el derrumbamiento estruendoso de Ilion— sino por los acentos sublimes de las rapsodias homéricas. Tampoco quedó el más leve rastro de lo que dijeron los cartagineses sobre la personalidad fascinante de Aníbal: la información que tenemos del ilustre capitán es toda grecoromana. Por eso el panegírico se encuentra arriba de toda sospecha. Y lo mismo se puede decir de nuestro Emperador Cuauhtémoc, cuya gloria no se finca en códices aztecas, sino en la historia del padre Gómara, en la crónica de acero de Bernal Díaz del Castillo y en las cartas relaciones del propio conquistador Cortés.

Y no hay, no puede haber un veredicto glorificador tan emocionante como el que rinden los adversarios, o aquellos que creyeron serlo en el momento apasionante de la pelea. Cuando el Presidente Harry S. Truman colocó una corona de flores en el monumento de los aguiluchos de Chapultepec, su ofrenda fué mayor que cualquiera oblación que podamos tributar los mexicanos. Y eso mismo es lo que habéis hecho, queridos españoles, con nuestro Padre Hidalgo en esta noche inolvidable: le habéis erigido un pedestal más alto que el que nosotros le podamos construir.

¿Cómo corresponder a vuestra gentileza y a vuestra hidalguía? Unicamente con la palabra "gracias". El verdadero premio por vuestro noble acto no lo podemos discernir nosotros: os lo dá Dios llenando de resplandores vuestra conciencia. Don Carlos Prieto os ha recordado que el Presidente Porfirio Díaz al recibir de manos del General Polavieja el uniforme de Morelos le dijo textualmente: "Estas cosas grandes no las hacen sino los pueblos superiores como España".

¿PADRE DE LA PATRIA?

Después de esta debida reverencia hacia los organizadores de la velada, paso a situar la per-

sonalidad del párroco de Dolores en nuestra historia. Si a usted, mi querido Rubio y Siliceo (dirigiéndose al honorable juez que se encontraba entre los oyentes) le preguntan ¿quién fué Hidalgo? contestará seguramente: es el Padre de la Patria; y si a usted, mi querido Julio (dirigiéndose al señor Jiménez Rueda) le formulan la misma interrogación, la respuesta será idéntica. Y lo mismo la de usted, la de usted y la de los que se encuentran más allá. Bueno, ¿y qué cosa es la Patria? el Diccionario nos dice que es el país en donde se nace. Entonces, es obvio que para nosotros, Patria es sinónimo de México. ¿Podemos aceptar que un sacerdote que nació en 1753, sea el padre de un pueblo que llevaba varios siglos de existir? No, porque entonces tendríamos que suponer que México repitió el milagro de Merlín, aquel taumaturgo legendario de la Edad Media que por obra de magia, nació antes que sus propios padres.

¿Cuándo nació México? Muy conocida es la querella suscitada en torno de esta interrogación. Los hispanistas aseguran que nuestro país actual se comenzó a formar con el beso simbólico de Hernán Cortés y la Malinche, es decir, cuando se fundieron la sangre india y la sangre española para producir al mestizo, o sea al mexicano definitivo del porvenir. A esta consideración contestan los indigenistas que México empezó antes, mucho antes, es decir, cuando sobre un nopal que emergía de un islote colocado en el centro de la laguna de Texcoco, se puso a devorar una serpiente, el águila de los oráculos aztecas... Pero los arqueólogos no están conformes porque fincan el origen de nuestra Nación todavía más atrás, esto es, en las construcciones gigantescas de Teotihuacán y de Mitla, de Palenque, Uxmal y Chichén-Itzá. ¿Cuál de las tres tesis es la más aceptable? Probablemente ninguna porque yo conocí un mexicano ilustre que señalaba el principio en las convulsiones del planeta que determinaron la orografía nacional.

Para don Ezequiel Ordóñez, nuestro máximo geólogo, esta Patria nuestra no tenía ciento y pico de años de edad, como debería tener si fuera la hija del Cura Hidalgo; ni un poco más de cuatrocientos años si prevaleciera el criterio de la fusión de las sangres y la importación de la cultura europea; ni 630 años si se tomase como génesis, la fundación de Tenochtitlán. No, para don Ezequiel que leía en nuestras montañas y en nuestros valles, en nuestros ríos y en nuestras selvas como en un libro abierto, México tenía centenares de miles y tal vez millones de años. Para él, la erupción de un volcán era tan importante, más importante aún que cualquiera crisis política o estallido revolucionario.

Al pasar revista a los anteriores postulados, me quedo con el último o sea el del ingeniero Ordóñez: son evidentes las ligas que brindan la identidad de la sangre, del idioma, de la religión y de la cultura; pero la vinculación mayor nos la dá este suelo nuestro por donde peregrinaron las tribus nahuatlacas, donde lucharon los hombres blancos con los hombres de bronce, donde cayeron las lágrimas de Cortés y las costras carbonizadas de las plantas de Cuauhtémoc, donde se revolcaron agonizantes los cuerpos sacrificados de Hidalgo y de Morelos, este suelo bendito en donde se mecieron nuestras cunas y en donde algún día, se habrán de clavar las cruces de nuestras sepulturas!

Es evidente que Hidalgo no es el padre del México multimilenario que abarcaba con sus pupilas absortas de geólogo, nuestro gran Ezequiel Ordóñez. Tampoco pudo ser el padre del México de Tenoch que tuvo floraciones tan gloriosas como Netzahualcóyotl y Motecuhzoma Ilhuicamina; ni del México Colonial que produjo entre algunas otras eminencias, a don Juan Ruiz de Alarcón y a Sor Juana Inés de la Cruz; pero sí es el Padre del capítulo de historia con el cual se inició nuestro país como entidad internacional independiente.

EL FRACASO DE ALLENDE

Al evocar la gesta magna de nuestra Independencia, tengo que referirme al hombre extraordinario que antes del mismo Hidalgo, pensó en conquistar la autonomía política de la Nueva España. Don Ignacio Allende fué el Bautista de la revolución de 1810; el que concibió la idea de un movimiento armado y se dedicó a reclutar prosélitos para la nueva causa; el animador de las juntas secretas en donde el pueblo comenzó a sacudirse la modorra de una rutina tres veces secular; el organizador de la conjuración de Querétaro y más todavía, el que comprometió al Cura Hidalgo en la cruzada heroica que se iba a emprender. ¡Ah, si las denuncias y traiciones no hubieran hecho abortar sus planes, Allende sería hoy la figura central de nuestra historia moderna! De cualquier modo y aunque el 15 de septiembre se desconcertara con el derrumbamiento de sus preparativos militares, Allende será siempre en nuestros anales el explorador atrevido que vislumbró los nuevos rumbos y trazó los nuevos itinerarios; el profeta inspirado que sorprendió con pupilas clarividentes las alboradas del porvenir; el operador audaz que removió la placenta y determinó la natividad de una Patria independiente.

¿Qué Allende se destanteó y procuró evadirse de la aventura en el momento decisivo? Sí, era natural que dudase como también dudaron los Aldamas, Jiménez y Abasolo, por la sencilla razón de que eran soldados profesionales. Educados desde la adolescencia en el cuartel, todo lo veían a través de la organización militar: estaban acostumbrados a despertar con el toque de diana, a comer con el toque de rancho y a reposar con el toque de silencio; su paso se marcaba con el redoble del tambor y procuraban que sus actos se realizaran al compás de la marcha de sus regimientos. Por eso fué que al sentirse separados de dichos regimientos, se sintieron incompletos, como si les hubieran amputado un pedazo de su

vida. Allende no podía imaginarse ni en calidad de pesadilla, una insubordinación como la de Espartaco, de chusmas levantiscas e irredentas. Aquellos soldados se sentían fuertes dentro de las instituciones en donde se habían moldeado sus caracteres, pero débiles, más aún, impotentes fuera del engranaje del Ejército. Hacen pensar en los pistones de un motor que desarrollan una energía inmensa dentro de los cilindros, pero que fuera de la maquinaria, son piezas sueltas, frías e inanimadas.

Frustrada la rebelión militar, el cura Hidalgo que no se había asustado por la persecución de que iba a ser víctima, pasó a ocupar el centro de la acción heróica. ¡Qué paradoja tan singular y única! Un clérigo, es decir, un hombre de paz demostró tener más enjundia y temple que los hombres de armas. ¿Por qué? ¡Ah, porque Allende y Aldama, Jiménez y Abasolo no concebían un pronunciamiento sin soldados ni una pelea sin carabinas! Hidalgo sí concebía aquello que parece un absurdo porque el Evangelio de Cristo le había enseñado que los que no tienen nada son los únicos que pueden tenerlo todo.

LA RESOLUCION HEROICA

Ya una vez en la rampa dramática de las resoluciones irreparables, el que hasta el día anterior había sido un sacerdote sosegado y afable, se dió cuenta cabal de la transformación de su vida y no dió la más leve señal de aturdimiento ni destanteo. El Destino tocó a su puerta y él estuvo a la altura del Destino. Se fué al templo y comenzó a tañer la que hasta ese momento había sido campana humilde de la parroquia; pero que fué desde entonces el bronce despertador de México. Los feligreses que se presentaron en aquella madrugada memorable, a oír el sacrificio de la Misa, se encontraron con un cura de palabra llameante que transfiguraba el púlpito en una barricada revolucionaria, y que superaba el gesto

de Pedro el Ermitaño, puesto que no se constreñía a predicar una cruzada sino que además afrontaba la responsabilidad titánica de dirigirla. Y allí,... ante el Cordero inmaculado que aconseja la servidumbre y la humildad, Hidalgo hizo el panegírico de la rebelión; allí, delante de la Hostia y el Cáliz, Hidalgo empuñó la espada; allí, frente a la Cruz que es un símbolo de sacrificio y de amor, Hidalgo declaró la guerra; y este acto viril, señoras y señores, fué la piedra angular sobre la que se comenzó a construir la nueva Patria mexicana!

LAS RESISTENCIAS DE ESPAÑA

Con el grito de Dolores, se planteó fatal e inevitablemente el conflicto con España. Al llegar a este punto, tengo que referirme a la disertación maciza y enjundiosa de don Mauricio Magdaleno, por cuyo contenido lo felicito muy sinceramente. Sin embargo, no estoy de acuerdo con algunas de sus apreciaciones, lo que no puede causar sorpresa, ya que aquellos que tienen el privilegio de leer sus artículos y me hacen el favor de leer los míos, saben que nuestros idearios son diferentes. Nos encontramos en la casa de España y considero un deber explicar porqué nuestra madre Patria se opuso a nuestra independencia.

Tributa usted, mi querido Mauricio, grandes alabanzas al Conde de Aranda y yo, no solamente las subrayo, sino que las multiplico con entusiasmo porque me fascina la clarividencia sin paralelo de aquel genial hombre de Estado; sin embargo, no me atrevo a condenar al Rey Carlos III por no haber seguido los consejos sapientísimos que le daba su Ministro, porque a mi juicio, ningún gobernante de ningún país en ningún tiempo los hubiera seguido. No tengo noticia de un solo Rey o Presidente que haya consentido en desprenderse espontáneamente de las posesiones coloniales de su país. Si yo no he recogido mal sus conceptos, España no aceptó el proyecto de Aranda porque vivía en plena llamarada de la Edad Media.

Coincido con usted, señor Magdaleno, en lo de la llamarada, pero no para criticarla sino para enaltecerla. Fernando de Brunetiere nos dice que la conservación de algunas virtudes medioevales en España, ha servido para que no se pierda el espíritu caballeresco en el mundo. Por otra parte, el poeta Kliping hablando de aquel tiempo, dice: "When men were men," cuando los hombres eran hombres. Pero para bien o para mal, el carácter del Medievo nada tiene que ver en la resistencia de los países colonizadores, para reconocer la autonomía de los países colonizados. Inglaterra, en el último cuarto del siglo XVIII no tenía nada de medieval y sin embargo, no quiso soltar por la buena, las trece colonias de América cuya independencia le reclamaba el Libertador Jorge Washington. Era la campeona del liberalismo en el mundo, pero tratándose de sus posesiones territoriales, su resolución fué retenerlas y por ello peleó cinco años, hasta que fué derrotada en Yorktown en 1781. Pero no necesitamos remontarnos al pasado, en busca de casos similares, porque el momento actual nos suministra ejemplos vivos y palpitantes. ¿Por qué la Gran Bretaña cuando tuvo que aguantarse la autonomía de la India, no se salió también de Pakistán? ¿Por qué no se sale de Egipto, ni de Hong Kong ni de Belice que colinda con nuestro territorio? ¿Por qué Francia ha invertido los millones que le han prestado los Estados Unidos, en sostener su lucha en Asia para no perder la Indochina? ¿Por qué hasta los países relativamente débiles, como Holanda y Bélgica no se desprenden de Java ni del Congo? ¡Ah, señoras y señores, porque como nuestro gran don Benito Juárez le dijo a don Manuel Ruiz, hablando de la presidencia: "estas cosas no se sueltan"!

Yo ya soy viejo y no lo veré, pero casi estoy seguro de que vosotros, no obstante vuestra juventud, tampoco veréis que Rusia se salga por la buena de los pueblos infelices que se encuentran acorralados detrás de la cortina de hierro. Y es

que en esta resolución de "no soltar", la Edad Media es igual a la edad paleolítica y a la edad contemporánea.

Y conste, mi querido Mauricio, que mis observaciones no pretenden restarle méritos a su jugosa conferencia. Escuché su tesis y sentí la necesidad imperiosa de contestarla. Se me salió el orador parlamentario que traigo adentro a pesar de no haber frecuentado ningún parlamento durante los últimos cuarenta años. Si no hubiera dicho lo que acabo de decir, lo habría tenido ante mi sensorio como obsesión, y no habría podido seguir el hilo de mi discurso. Claro está que no deseo plantear una dscusión ni mucho menos sostenerla, porque en caso de polémica, esta terminaría como la de don Emilio Castelar con don Ignacio Ramírez: "el vencido al vencedor".

Y basta de digresión. Quedamos en que Hidalgo se declaró en rebelión y el régimen virreinal español se preparó a combatirlo que fué lo mismo que hizo el Imperio Británico con Washington. No fué cuestión de liberalismo contra conservatismo, sino choque de una potencia que trata de conservar su poder colonial contra una colonia que quiere ser independiente.

HIDALGO NO FUE ANTIESPAÑOL

¿Cómo planteó y desarrolló su campaña el sacerdote convertido en soldado? Desde luego no voy a sostener la tesis de que nuestro Libertador fué un general tan eficaz y competente como Gustavo Adolfo o Federico II de Prusia. Si yo pregonara tamaña temeridad, se encargarían de refutar mi tesis el descalabro de Aculco y la derrota del puente de Calderón; pero sí voy a procurar desvanecer los cargos que frecuentemente se hacen contra don Miguel Hidalgo y Costilla.

Se le señala como un enemigo de la hispanidad, como un alterador de la unidad de la raza, como un concitador de odios, y se aduce como

prueba que inició la lucha con el grito de "mueran los gachupines". Sería pueril negar las palabras ásperas que se dijeron, pero lo que sí me atrevo a negar es que el grito de Dolors haya ido contra los valores intelectuales y morales de España. No concibo en el Rector del Colegio de San Nicolás ese sentimiento hostil e irreconciliable que va a la lucha por la lucha misma. Hombre de la cultura: así nos lo ha presentado el historiador Aranaiz y Freg, y como tal, no fué posible que su espíritu superior desdeñara Las Siete Partidas de don Alfonso el Sabio, ni el Romancero del Cid, ni los Fueros de Aragón, ni el Reinado de Isabel la Católica, ni El Descubrimiento de América, ni la Mistica de Santa Teresa, ni el símbolo siempre seductor de don Quijote. Si Hidalgo hubiera sido antiespañol, se habría encontrado entre sus papeles, alguna carta o nota o documento cualquiera que revelase desamor o cuando menos indiferencia hacia la tierra de los conquistadores y los misioneros. Y no, nada existe que pueda testificar un odio como el que sentía Aníbal hacia Roma o Adolfo Hitler contra los judíos.

Es cierto que dijo "mueran los gachupines", y por tanto se impone la exégesis de la palabra Los diccionarios españoles no dan señales de conocer bien el vocablo puesto que lo escriben con "c" y no con "g", y dicen que gachupín es el español establecido en la América del Norte. ¿Cree usted, señor mío, que Bernal Díaz del Castillo, establecido en Guatemala, fué un gachupín? ¿Y usted, considera como gachupines a don José de la Borda que construyó la Parroquia bellísima de Taxco, o a don Pedro Romero de Terreros, nacido en Cartagena y que fundó múltiples obras de beneficencia? ¿Puede haber alguien que nos diga que fueron gachupines Fray Pedro de Gante y don Vasco de Quiroga? Como todas las respuestas que se den a estas preguntas, tienen que ser negativas, queda probado que en el sentir de nuestro pueblo, los términos español y gachupín nunca fueron sinónimos. Por eso en 1810, el grito de

Hidalgo fué de muera a la opresión y a la injusticia, y de ningún modo a la alta calidad hispánica que se encuentra arriba de toda discusión. Los mexicanos protestaron contra el gobierno colonial, como los españoles mismos en los motines de Aranjuez, protestaron también contra el gobierno degenerado de la Península. Por eso sería insensato considerar el estallido de Dolores como una prueba de antiespañolismo.

¿Que todo esto es indefinido y algo confuso? Si lo es, como lo es también un episodio que os voy a relatar de mi adolescencia, pero que expresa con claridad el sentir de la juventud mexicana a fines del siglo XIX. Estudiaba en 1897, el primer año de preparatoria en el Colegio Civil de Monterrey, y las noticias extranjeras que más conmovían a los colegiales eran las de la guerra de independencia de Cuba. Todo el alumnado era partidario de la autonomía cubana. Maceo, que había caído en el año anterior, nos parecía un titán de epopeya, y en cuanto a Martí caído en 1895, lo mirábamos como uno de los apóstoles máximos de la redención humana. En cambio, el general Valeriano Weyler nos parecía un verdugo de perfiles siniestros. Pero sucedió que a principios de 1898, fué hundido en la Bahía de La Habana el acorazado "Maine" y entonces la querella española, que había sido contra los cubanos, se convirtió en un conflicto con los Estados Unidos. Y se efectuó un fenómeno digno de recordarse porque estoy seguro de que se repitió en todas las juventudes de este continente: aquellos que habíamos estado del lado de Cuba en su pelea contra la dominación de ultramar, comenzamos a fulminar anatemas en contra de la agresión norteamericana sobre España. Mientras la querella fué de familia nuestra simpatía fué para los hermanos oprimidos; pero cuando entró un extraño en la contienda nos pusimos resueltamente del lado de nuestra Madre. Y esta actitud no nos fué dictada por la Lógica de Stuart Mill, enton-

ces en boga, sino por el latido espontáneo de nuestros sinceros corazones.

¿NOS CONVENIA LA VINCULACION POLITICA CON ESPAÑA?

También se acusa al párroco de Dolores de haber prendido el incendio cuando México no estaba preparado todavía para la libertad, y consiguientemente, se arguye que habría sido mejor retrasar la independencia durante medio siglo o un siglo entero para que el movimiento resultara más fecundo y generoso. Esta apreciación es la más seria porque la prohijan hombres tan respetables y tan probos como don Toribio Esquivel Obregón, don Carlos Pereyra y don José Vasconcelos. ¿Qué México no estaba maduro para la vida institucional? Por supuesto que no lo estaba como lo demuestran las trepidaciones volcánicas que sacudieron al país, desde 1821 en que se consumó la Independencia hasta 1876 en que se inició la etapa porfirista.

Muy mal nos fué en el primer medio siglo de nuestra vida autónoma; pero ¿quién es el que puede garantizar que nos habría ido mejor bajo la férula colonial? Ante todo, hay que tener presente que de haber seguido ligados con la Península, nuestra vinculación no habría sido con la España inspirada y heróica de Isabel la Católica, ni con la España Imperial de Carlos V, ni con la España austera de Felipe II. No, la España de la cual nos separamos fué la que se disputaban Napoleón y los liberales románticos de la Regencia de Cádiz, y la verdad es que ninguno de los dos daba garantías de orden ni de estabilidad. Pasemos revista de las oscilaciones españolas a partir de 1810. En 1814 volvió el régimen absolutista de Fernando VII, que nada tenía de ejemplar ni de envidiable; en 1820, con el pronunciamiento de don Rafael del Riego se desbordó tal anarquía, que provocó la reacción despótica hasta 1833. En este año se inició la primera guerra car-

lista, y dentro del bando isabelino se registraron los motines de la Granja, los pronunciamientos militares, el desfile inquietante de Espartero, Narváez, O'Donell, Prim, Serrano, el destronamiento de doña Isabel II, el reinado efímero de don Amadeo de Saboya, la primera República y finalmente, el advenimiento de don Alfonso XII que por una coincidencia del Destino, se efectuó en 1876, el mismo año en que Díaz en México iniciaba una era de paz y de construcción.

Frente a esa caravana multicolora y contradictoria, vincularse con España equivalía a pactar con la inseguridad, con la incertidumbre y con el desorden. Fué muy lamentable lo que nos sucedió desde el Imperio de Iturbide hasta el despertar de Ayutla; pero ¿qué habríamos ganado con adherirnos a instituciones fugaces que pasaban con rapidez de vértigo. Todos los ensayos delirantes que llenan el siglo XIX en España, habrían repercutido fatalmente sobre México. Ahora bien, a cualquiera se le ocurre que si fueron igualmente malas las convulsiones de aquí y las de allá, las primeras podían dejarnos como en efecto nos dejaron, el beneficio de la experiencia. Por lo mismo, si nos causaron muchos males los fandangos domésticos, peor aún habría sido importar fandangos de Europa.

REVOLUCION ANARQUICA

Analicemos ahora el tercer cargo que se formula contra don Miguel Hidalgo, el de haber aventado a chusmas salvajes contra una sociedad civilizada, y por consiguiente, el de haber provocado en las clases cultas de la Nueva España, una reacción tremenda en contra del ideal de independencia. Los censores suponen que con una revolución metódica, ordenada y sistemática, se habrían evitado infinidad de males. A esta acusación se puede responder que los conjurados de Querétaro preparaban un movimiento a gusto de los críticos de hogaño, es decir, un pronunciamiento por el

estilo del de Riego en España, el año de 1820, y el de don Agustín Iturbide en 1821. Allende y Aldama, Jiménez y Abasolo iban a levantarse en armas con los soldados que tenían bajo su comando, y enderredor de aquellos núcleos militares, se proyectaba agrupar a todos los descontentos. El cura Hidalgo había aprobado este plan conforme al cual no podía él figurar como jefe sino como un consejero o cuando más como un asesor.

Pero todo esto fracasó y entonces, sólo entonces fué cuando el párroco de Dolores asumió la gigantesca responsabilidad de acaudillar una revolución parecida a la de Espartaco. El había aceptado los itinerarios trazados por Allende y solamente cuando se cerraron, tomó la única ruta que quedaba por delante. Para no hacer lo que hizo, tenía que retroceder y aquel sacerdote formidable no era de los que dan un paso hacia atrás, ni esconden la bandera ni toman la fuga como una solución. En síntesis, Hidalgo no planteó una lucha sanguinaria y cruel: la aceptó con valentía y eso es muy diferente. Por otra parte, cuando se comparan los excesos de México con los que acaecieron en Venezuela, resultan juegos de niños aquellos acontecimientos de Guanajuato que pusieron de punta los cabellos de don Lucas Alamán. Me bastan un ejemplo de doctrina terrible y otro de acción tremenda. En la proclama de Trujillo, Bolívar anunció que mataría a todos los españoles aunque no tomaran parte en la pelea; y mandó matar a 800 peninsulares en La Guayra, y de aquella espantosa carnicería no se salvaron ni los infelices que estaban recluídos en los hospitales. Conste que ni en Guanajuato ni en Morelia ni en Guadalajara se consumó una hecatombe de tan espeluznantes proporciones. ¿Qué de todos modos la tragedia fué brutal? Sí, pero no tanto como los dramas que se registraron 25 años después en la guerra carlista.

¿DEBILIDAD DE CARACTER?

Al recordar la anarquia de los meses de sep-

tiembre y octubre, algunos críticos han dicho que el jefe de la insurgencia no tuvo el carácter que se requería para disciplinar la horda, someterla a la obediencia, frenar sus excesos y de ese modo, utilizar aquella energía colectiva en servicio de la libertad. Esta censura queda ya contestada con mis apreciaciones anteriores, pues desde el momento en que fracasó la revolución organizada, se fincó el triunfo de la empresa en la corriente desencadenada de la gleba. Por tanto, habría sido ilógico dejar caer sobre dicha gleba las sanciones draconianas que eran menester para restaurar el método y el orden. No era lícito levantar las compuertas para luego asustarse con la inundación. Una vez que Hidalgo se hubo embarcado en la temeraria aventura, su deber era permitir que corriese el torrente desbocado de los acontecimientos. Aquello fué cruel y feroz porque no podía ser pulcro ni civilizado.

De cualquier modo, es posible que haya habido falta de juicio y de discernimiento, pero sería insensato acusar a Hidalgo de falta de carácter. Ya en otra ocasión y comparando al iniciador de México con los héroes máximos de la América del Sur, me expresé de esta manera:

Miles de leguas tuvo que caminar el Libertador Bolívar para llevar sus legiones desde las márgenes ardientes del Orinoco hasta la meseta cercada de montañas Andinas en donde se libró la batalla de Junín; miles de leguas también recorrió el general San Martín para ir desde el río de la Plata, y pasando sobre las crestas de los Andes y los campamentos de Chacabuco y de Maypo, hasta la capital del virreinato del Perú; pero ni el capitán argentino ni el semidiós venezolano tuvieron que avanzar por esa senda de espinas que va desde un altar de Jesucristo hasta un campo de batalla. Las distancias materiales aunque sean inmensas, nunca se pueden comparar con las distancias espirituales.

Ni San Martín ni Bolívar sufrieron jamás con

las dudas, los destanteos ni las zozobras que se sienten al contradecir las rutinas y las costumbres de toda una vida. Hidalgo brincó por encima de abismos que parecían infranqueables; recorrió itinerarios mentales y morales llenos de inquietudes y sobresaltos; saltó arriba de todos los prejuicios y los convencionalismos; se salió de los cauces de su existencia anterior, y para hacer todo ésto —¡y hacerlo en la vejez!— tuvo que ser un varón íntegro y cabal, uno de los varones más cabales e íntegros no solo de México sino de todo el género humano.

LA RETIRADA DEL MONTE DE LAS CRUCES

Y ahora vale la pena de analizar el cargo que con tanta frecuencia formulan los técnicos de la guerra: ellos dicen que Hidalgo después de la batalla del Monte de las Cruces, no supo aprovechar la victoria para tomar la ciudad de México y concluír en dos semanas, una guerra que se prolongó estérilmente durante once años. Comienzo por aceptar que la maniobra de la retirada fué errónea; pero es absurdo suponer que con la captura de la capital del virreinato se habría terminado la guerra. Unicamente un niño de Kindergarten puede creer que en tres meses se pueda liquidar un régimen de 300 años.

En los "Episodios Nacionales", de Galdós, figura un historiador singularísimo que en vez de narrar lo que sucedió, se dedicaba a relatar lo que debió haber sucedido. ¿Qué habría pasado en España si los moros ganan la batalla de Tolosa de las Navas? ¿Y qué en Inglaterra si los sajones matan en Hastings a Guillermo el Conquistador? ¿Cuál habría sido la suerte de Europa si Napoleón aplasta a Wellington y Blucher en Waterloo? Dentro del grupo de los que conjugan el verbo suceder en modo subjuntivo y en tiempo pluscuamperfecto (lo que hubiera, habría o hubiese sucedido) se encuentran aquellos que dicen que Hidalgo detuvo lo que nadie puede detener: el curso inexorable de la historia.

¿Qué habría sucedido si los insurgentes ocupan la capital de México en noviembre de 1810? Yo no lo sé; pero sí sé lo que pasó en Venezuela después de que el Libertador Bolívar, tras la "campaña admirable", tomó la ciudad de Caracas en agosto de 1813. ¿Se acabó con ello la guerra? ¡Que vá! Aún no se apagaban las notas de los clarines que pregonaban las dianas de la victoria, cuando se efectuó la reacción tremenda acaudillada por Boves y que barrió en unos cuantos meses a todos los libertadores. El mismo Bolívar fué arrojado como un guiñapo al destierro. Y si eso le pasó a quien había comprobado una competencia militar indiscutible en Niquitao y en Teguanes, en San Mateo y en la primera batalla de Carabobo, ¿cómo suponer que Hidalgo hubiese arrancado con un solo impulso y de cuajo, las raíces que habían penetrado y extendídose durante tres siglos en nuestro suelo? ¡Que me contesten esta pregunta los que se divierten conjugando el verbo suceder en tiempo pluscuamperfecto!

HIDALGO Y MORELOS

Y viene el último capítulo de cargos que es el de mayor cuidado porque no se formula con una acusación concreta sino con la manía de comparar la triste odisea de Hidalgo desde el Monte de las Cruces hasta Acatita de Baján, con los cuatro años fulgurantes de Morelos que son sin duda alguna, los más bellos de nuestra historia. El paralelo se hace con el objeto preconcebido de otorgarle al segundo, el primer lugar. La verdad es que Morelos era tan grande que nunca se le ocurrió suplantar a su maestro del Colegio de San Nicolás, en la cruzada de la Independencia. El sabía que el Génesis es el primer libro de la Sagrada Escritura, y tenía que inferir que el Génesis debe ser también el primer libro de la Biblia de la Patria. Y bien, dicho Génesis no se encuentra en el Veladero ni en Cuautla, ni en Chilpancingo ni en Apatzingán sino en la Parroquia del pueblo de Dolores.

Hacer el parangón de los dos caudillos es tarea inútil, porque aunque los dos fueron sacerdotes y héroes, sus vidas no fueron paralelas como habría dicho Plutarco. Después de la iniciación de milagro, vino lo que debía venir: la conjunción afortunada del sacerdocio con el heroísmo. Morelos fué el centauro épico que México necesitaba en 1811. Brazo de hierro para el mando, rodilla que se empolva ante el altar, dedos que desgranan las cuentas de un rosario, labios temblorosos murmurando siempre una plegaria... plebeyo robusto que entendía y era entendido por su pueblo, y que aunaba sus sueños seráficos con la acción práctica que no vacila ni titubea; que ayuntaba sus delirios de profeta con los cálculos exactos que le permitían avanzar con paso seguro de león, un león que siempre estaba dispuesto a ofrendarse como cordero... ¡la Hostia y la espada! No dialogaba con los ángeles como Juana de Arco, pero al igual de ella, parecía obedecer en todos sus actos las consignas luminosas del firmamento.

Al compararlo con el despertador titánico del 16 de Septiembre, viene a la mente el paralelo que se suele hacer entre los dos fundadores de la religión cristiana. ¿A quién le corresponde el primer sitio, a San Pedro o a San Pablo? El Evangelio nos dice que Jesucristo quiso que Simón, el humilde pescador fuese el centro de la Iglesia. "Tú te llamarás Pedro, serás la piedra angular y lo que atares en la tierra será atado en el cielo y lo que desatares, será desatado". Por consiguiente, si esa fué la voluntad del Redentor, los creyentes deben acatarla con reverencia.

Sin embargo, ¿cómo sorprendernos de que muchos creyentes le den el primer lugar a San Pablo, cuando es obvio que él conquistó para Jesucristo más prosélitos que los once discípulos que tuvieron el privilegio de oír directamente sus sublimes enseñanzas? ¿Cómo olvidar que fué San Pablo quien puso fin a los ritos mosaicos, para sustituírlos con la liturgia de la Hostia y el Vino?

Basta asistir a cualquiera Misa para ver que siempre está presente una Epístola del Apóstol, casi a la altura de los mismos Evangelios.

Entonces, ¿en qué quedamos? Quedamos en que a pesar de todo, San Pedro es el centro de la cristiandad. Su Basílica es y seguirá siendo para todos los fieles el templo máximo de Cristo. ¿Y San Pablo? ¡Ah, es el número dos, un número dos que a cada instante se nos presenta como el número uno, porque supera con su personalidad portentosa, al mismo jefe de la grey. Y algo parecido nos pasa con los dos héroes supremos de la Patria: Hidalgo es el número uno, pero Morelos es un número dos cuyos resplandores están reclamando a cada momento el primer lugar. Imposible negar que su genio fué el mayor no solo en aquella lucha, sino en todo nuestro pasado; pero Hidalgo es y seguirá siendo el Padre de la Independencia.

SUBLIMIDAD DEL HOLOCAUSTO

Espero, señoras y señores, que mi análisis de las críticas enderezadas contra el jefe de la insurgencia, haya contribuido aunque sea en parte mínima, a confirmar el culto que por él sentimos. Alguien dijo que no hay elocuencia más pueril ni más inútil que aquella que tiende a convencer a los que ya se encuentran convencidos. Y yo estoy seguro de que todos vosotros no podéis poner en duda la grandeza de un héroe que compró con su sangre la libertad de su Patria. Los anatomistas de la historia clavan sus bisturíes afilados en todos los muertos, sin excepción; pero cuando tropiezan con el sacrificio, que es lo más noble y lo más digno de la vida humana, se tienen que quebrar los escalpelos. Basta mencionar el final de los hombres de 1810 para comprender que nadie puede estar arriba de ellos.

Mientras Washington y los Libertadores de la América del Sur vieron consumada su obra y lle-

garon al poder, las cabezas de Hidalgo, Allende, Aldama y Jiménez fueron exhibidas con baldón y escarnio en la Alhóndiga de Granaditas. El contraste no puede ser más impresionante. El General Jorge Washington fué el primer Presidente de los Estados Unidos; y el General José Antonio Páez fué el primer Presidente de Venezuela; y el Mariscal Sucre fué el primer Presidente de Bolivia; y el General Flores fué el primer Presidente del Ecuador; y el General Urdaneta fué Presidente de la gran Colombia; y el General San Martín fué proclamado como Protector del Perú. En cuanto a Bolívar, recibió el homenaje rayano en apoteosis de tener a sus pies en actitud reverente, a todas las Repúblicas libertadas. En cambio de estas exaltaciones merecidas, Hidalgo, Allende, Morelos, Matamoros y demás caudillos mexicanos murieron en el cadalso.

Por eso, al comparar a nuestros libertadores con los de los otros pueblos, reclamamos para los de México el honor supremo, pues si son grandes los que saben ganar batallas, más grandes aún son los maestros de la abnegación y el holocausto. El campo de Marathón es venerable; pero más venerable aún es la cumbre árida del Gólgota. ¡Qué vivan pues, en la perennidad de su gloria, todos los que cayeron en la lucha por la libertad! ¡Arriba los triunfadores; pero todavía más arriba aquellos que murieron por un ideal!

★ ★ ★

Bolívar y Martí

Los dos Estuvieron en México y sus ideales coincidieron con los de nuestras libertades. Por eso incluyo sus panegíricos en este libro.

EN HONOR DE BOLIVAR

Arenga pronunciada en el momento en que las delegaciones de Bolivia, Colombia, Ecuador, Perú y Venezuela, depositaron una ofrenda floral, ante el busto del Libertador, en la Unión Panamericana de Washington. Esta ceremonia se efectuó durante el Primer Congreso de Periodistas del Continente, en abril de 1926.

Señores:

Siempre ha sido para mí una alegría hablar de las proezas de Simón Bolívar; pero esa alegría se intensifica más en estos instantes en que el Destino me ha deparado el inolvidable honor de ser oído por representantes eximios de todo el Continente. Así es como se debe hablar del Libertador: teniendo por auditorio a toda la América. Es de los héroes máximos que rompen el círculo limitado de las Patrias, e imponen su culto en tierras extrañas y remotas. La bandera que él enclavó sobre las crestas de los Andes, ha crecido fabulosamente, y hoy protege con su orgulloso flamear a veinte pueblos que se disputan la gloria de rendirle reverencia. En los pocos momentos de que dispongo para distraer vuestra atención, sería imposible, referir, pero ni siquiera enumerar las hazañas estupendas del héroe magno de Junín y Boyacá. Bolívar fué guerrero, tribuno, legislador y artista, y su espíritu multiforme parece

una de esas plazas estrelladas a donde convergieran como a un foco de vida, las avenidas de la acción y el pensamiento contemporáneos. El elogio de cualquiera de las facetas de aquella alma poliédrica no puede caber dentro de las proporciones exiguas de un discurso; requiere el molde recio de la epopeya.

Por eso me limitaré a trazaros los contornos fundamentales del héroe; y puesto que nos encontramos en un Congreso integrado por iberos y anglo-sajones, la mejor manera que encuentro de trazar los perfiles del Paladín de Venezuela, es colocar su figura junto a la de Jorge Washington y conseguir con el contraste de sus cualidades raciales, la mejor definición de los dos adalides de la Libertad.

Bolívar es el representante más genuino y perfecto que ha tenido el genio latino en el nuevo mundo, como Washington es la condensación más acabada del espíritu anglo-sajón.— Washington es el héroe equilibrado y armónico, con sus virtudes bien repartidas y con sus ímpetus perfectamente canalizados; Bolívar, por lo contrario, es el genio exaltado y fogoso, lleno de rugosidades épicas y con lineamientos divinamente desiguales. Washington es uniforme y simétrico como un triángulo equilátero; Bolívar es irregular y caprichoso, como los figuras que trazan las estrellas al integrar las constelaciones celestes.- Washington es un "english gentleman"; Bolívar es un hidalgo rezagado de la gloriosa caballería andante de la vieja España. Washington es la realidad; Bolívar es el ensueño; Washington tiene los dos pies clavados en la tierra; Bolívar perfora con su frente visionaria las nubes doradas de las auroras y pierde sus miradas quiméricas en los éxtasis divinos de las estrellas........

Héroe bello, héroe romántico, héroe todo ideal. Derramó su genio con la generosidad paternal con que el Nilo se desborda de su cauce, y con el ím-

petu caritativo con que el Amazonas endulza las amarguras del mar. Todo en Bolívar fué ofrenda; su corazón, su espíritu, su vida...

Los demás héroes hispanoamericanos se suman en él; Hidalgo es la abnegación; San Martín es la gloria; Morelos es el genio militar; Juárez es el carácter; Sucre es un gran ciudadano; Martí lleva su inspiración poética al campo de la acción; pero Bolívar sintetiza maravillosamente estos variados atributos, en él convergen milagrosamente las más opuestas cualidades, y por eso se puede decir que es el héroe latino por excelencia, el producto más noble y depurado de nuestra raza.

Está hecho el Libertador de nuestro mismo barro, de nuestras mismas quimeras, de nuestras mismas fantasías, de nuestras mismas audacias, y ¡ay!........ de nuestras mismas locuras. Parece un fragmento heroico de nuestra naturaleza, bella y desigual, llena de entrantes y salientes, pródiga en precipicios negros y en cimas albas. Es como una de esas cordilleras nuestras que sintetizan todas las floras, porque tienen a sus pies la lujuria exuberante de la zona tórrida y en las cumbres desoladas, la austeridad astringente de las regiones polares......... Por eso su gloria es la síntesis de toda la América, y en ella se combinan sinfónicamente ímpetus de Orinocos, trepidaciones de Popocatepetls, cantos de Tenquedamas y excelsitudes de Chimborazos....!

La obra de Jorge Washington ha resultado grandiosa; sobre los cimientos de acero que él construyó, se levanta hoy el pueblo más poderoso y rico de la tierra. Las repúblicas nacidas del hálito redentor de Simón Bolívar aún no llegan a su pleno desarrollo y por lo mismo, su apoteosis íntegra, está reservada todavía a la posteridad. Los cinco nidos que el tejiera y colocara sobre cinco picachos de los Andes, aún le dan calor a los polluelos que no han tenido la ventura de crecer;

pero esos polluelos serán mañana cóndores, que al remontarse al espacio, dibujarán con su vuelo gigantesco la gloria completa del Libertador.

Entretanto, y mientras que la América española llega a lo que debe llegar, permitidme que levante mis palabras a la altura de mi corazón y os hable románticamente de este divino romántico de nuestra Libertad, que fué grande a la hora del triunfo, y más grande aún en el Calvario.

Bolívar fue un poeta inmenso que rimó una estrofa de cinco versos inmortales que se llaman Colombia, Venezuela, Perú, Ecuador y Bolivia; fue un profeta inspirado que escribió una Biblia con cinco Evangelios de redención: las cinco Constituciones de cinco nuevas nacionalidades; fue un caballero andante que le arrebató a España cinco esclavas resentidas y le devolvió cinco hijas amorosas; fué un clarividente visionario, que al realizar cinco sueños, los transformó en límpidas perlas, que montó en la diadema de la Libertad; fue, por último, un semidios, que arrancó del firmamento una estrella y la incrustó gloriosamente sobre los Andes, en donde brilla y brillará por los siglos de los siglos, llevando en sus cinco estiletes rutilantes, el alma de cinco naciones independientes...........!

★ ★ ★

EL HOMBRE DE AMERICA

En el año de 1936, la señora Luz González Cosío de López fundó la Asociación Femenina Ibero Americana y señaló el 24 de julio de aquel año como punto de partida de los trabajos que se iban a emprender en pro de la unidad del Continente. Este fué el discurso que se pronunció en la velada de inauguración.

Señoras y Señores:

Las distinguidas damas que integran la unión Femenina Ibero Americana han tenido la gentileza de pedirme que inicie la serie de sus conferencias públicas, con una plática sobre el Libertador Bolívar. Con todo gusto acepté el honroso encargo, por que el héroe caraqueño compendia mejor que nadie los altísimos ideales que ellas persiguen. Acción, pertinacia, ensueño y desprendimiento fueron los artibutos salientes de Simón Bolívar, y esas mismas virtudes irradian de las almas femeninas que hoy glorifican al Libertador. Ellas pugnan por la mejor comprensión entre los países hispanoamericanos, y hacia dicha comprensión también tendió el héroe en su manifiesto luminoso de Cartagena, en su epístola profética de Jamaica y en su discurso clarividente de Angostura. Ellas sueñan con horizontes ilimitados y Bolívar también, pasando por encima de las fronteras convencionales de los pueblos, extendió su

obra redentora por todos los ámbitos de América.

Hacen pues, bien, las madreselvas de la gracia en crecer junto al árbol venerable y trepar en su tronco vigoroso, las enredaderas de sus ilusiones. Con nadie están en mejor compañía que con Bolívar. El Libertador, a su vez, no pudo soñar nunca con más gallardas pregoneras de su nombre y de su gloria. En un cuadro opulento de Guido Reni, un enjambre de mujeres hermosísimas va arrastrando el carro del día, mientras la aurora por delante, "abre con sus dedos de rosa las puertas del oriente. Este cuadro, tomado de una rapsodia homérica, se volvió real en 1813, cuando Bolívar después de su campaña admirable, entró en Caracas anunciando la emancipación de América. Un coro de vírgenes venezolanas vestidas de blanco arrastró la carroza del héroe; y vosotras, damas gentiles, después de una centuria, seguís arrastrando la carroza del Libertador.

Aquel super-hombre no cabe dentro de los límites estrechos de una conferencia. Guerrero, legislador, artista y hombre de Estado, su espíritu hace pensar en una plaza estrellada a donde convergieran como a un foco de vida, todas las avenidas de la acción y del pensamiento contemporáneo. ¡Con cuánto placer dedicaría una conferencia íntegra a hablaros de sus campañas militares, que grabaron en la historia con caracteres rutilantes, los nombres de Araure y Bomboná, de San Mateo y Carabobo, de Boyacá y Junín; y otra conferencia a su obra gigantesca de estadista, que iba dando forma a las Repúblicas libertadas; y otra conferencia a sus éxtasis de profeta que penetran en las nieblas del porvenir; y otra conferencia a su mundanalidad y elegancia, a aquella personalidad romancesca de la cual se enamoraron perdidamente Teresa del Toro y Fanny Trobriand, Anita Lenoix y Pepa Madrid, Isabel Soublette y Manuelita Sáenz y que todavía, a través de un siglo y cuarto de distancia, arranca muchos suspiros a miles de vírgenes

americanas; y otra conferencia a su estilo literario, aquel estilo suntuoso y oriental que por cuatro lustros, tuvo hipnoptizados y suspensos a todos los pueblos del Nuevo Mundo!

Era de una estirpe ilustre, pertenecía a una de las familias más rancias y linajudas de la Colonia, y de haberlo querido, hubiese ocupado un puesto de consideración y de confianza en los Ejércitos del rey; pero él rompió sus pergaminos heráldicos, para conquistar en el campo plebeyo, el título insuperable de Libertador. Era rico, fantásticamente rico pues sus dominios abarcaban los fértiles Valles de Aragua y se extendían hasta la cuenca del Orinoco; pero él, en vez de emplear sus millones para llevar una vida hueca de fausto y de molicie, los gastó íntegramente en la aventura, en la estupenda aventura de la emancipación americana. Poseía una vasta cultura clásica que le permitía encerrarse, lejos de los clamores del mundo, en la paz armoniosa de las bibliotecas y las academias; pero él prefirió vivir como un centauro libre en las márgenes ardientes del Orinoco, en los páramos helados de los Andes y en los llanos interminables de Venezuela. Era un gran señor, un completo hombre de mundo que tenía entrada libre en las cortes fastuosas de Madrid y de Londres, de París y de Viena; pero él prefirió incrustar su espíritu en el alma revuelta de muchedumbres ignaras, sentir como ellas, vivir como ellas y arrastrarlas fascinadas a las más inverosímiles proezas. Nació con todos los dones: el de la alcurnia, el de riqueza y sobre todo, el del genio; pero él los fué entregando uno a uno, en aras de su pasión divina por la libertad. Por eso tuvo fuerza de huracán, ímpetus de alud y desbordamientos de catarata. Sus defectos fueron defectos de raza; sus errores son errores de América. Más que un héroe, parece el compendio de dieciocho nacionalidades. El 24 de julio no es una efeméride exclusiva de Venezuela, sino una fiesta del Nuevo Mundo que celebra el advenimiento del Santo laico, del patrono tutelar por cuya glo

ria deben arder las lámparas votivas de todo el Continente.

Hidalgo y San Martín, Washington y O'Higgins, Morelos y Artigas se iniciaron como guerreros. Bolívar, por lo contrario, entró a servir a su Patria en el campo diplomático. Era su porte tan distinguido y tan refinados sus modales, que cuan do el Ayuntamiento de Caracas asumió el gobierno de Venezuela en 1810, en vez de asignarle un puesto en el Ejército, lo nombró embajador en Londres, con el fin de que gestionara en Inglaterra, el reconocimiento de la República que acababa de nacer. Lo acompañaron en aquella misión don Luis López Méndez. en calidad de co-embajador y el poeta Andrés Bello como secretario.

¿Cómo pues, con aquellos antecedentes de hombre de Corte, pudo luego curtirse y encallecerse hasta el extremo de transformarse en el dinámico capitán cuyas jornadas rendían de fatiga a los lanceros de bronce de los Llanos y a los montañeses hercúleos de los Andes? ¿Cómo, con aquel cuerpo endeble y aquel espíritu aristocrático, llegó a entender a fondo el alma de la gleba, hasta formar parte de ella misma y llegar a ser uno de tantos centauros que se nutren de aire, de sol y de desierto?

Todo se debió a su prodigiosa voluntad y a la conciencia que tenía de su propio genio. Mal po día resignarse a ser un astro de salones, cuando sentía dentro de sí mismo, el fuego sagrado que ilumina los itinerarios de los pueblos. No podía aceptar ser un orfebre que cincela el platino, cuan do una fragua ardiente estaba esperando a un for jador de naciones. Por eso, aunque pudo haber sido el primer poeta de América, desdeñó la lira armoniosa de los Aedas. Hizo bien, porque luchar es más bello que cantar. Homero es grande, pero más grande aún es Aquiles el inspirador. Por eso Bolívar, en vez de seguir el laurel de Apolo y par

tir hacia la Isla de Cytheres vistió la armadura épica y se embarcó en la canoa trágica de Flegyas que conduce a las moradas infernales......

A las cuatro semanas de encontrarse en Londres, Bolívar se dio cuenta de que su embajada no iba a tener éxito, y decidió regresar a Caracas para tomar parte activa en los acontecimientos gigantescos que se iban a desarrollar. Dejó la representación diplomática en manos de López Méndez y de Bello, y volvió a Venezuela, atraído por los torbellinos de la revolución.

Pero antes de dejar el viejo mundo, comprometió al General don Francisco de Miranda, para que pusiera su prestigio y su espada al servicio de la libertad americana. Era Miranda un tipo romancesco que llevaba 40 años de andar peregrinando por Africa, Europa y América del Norte, en una Odisea que rivaliza ventajosamente con la del astuto rey de Ithaca. Miranda si fué deveras un Ulises criollo. Amigo íntimo de Vergniaud y de Brissot, de Madame Roland y demás diputados de la Gironda, había sido el segundo en jefe, en la batalla de Valmy, donde los soldados de la gran revolución francesa rechazaron a los ejércitos coligados de los reyes de Europa. Además había tratado a Washington y a Franklin, y Napoleón había dicho que él se parecía en todo a don Quijote, salvo en la locura. Por último, se contaba que Miranda, con su viril hermosura, había fascinado a la gran Catalina de Rusia; y aunque esta conquista no le diera mucho prestigio de galanteador, pues bien sabido es que la insaciable Zarina, como el Tenorio, se enredaba en amoríos lo mismo en los palacios que en las cabañas, aquel idilio imperial ,auténtico o ficticio, envolvía a Miranda en una aureola de leyenda, y se le veía pasar como una especie de Duque de Buckingham, que en vez de ir desparramando perlas, caminaba deshojando sus laureles de soldado de la libertad!

Bolívar, que era pasional y romántico, fué

sensible a la fascinación de aquel hombre extraordinario, y consagró sus actividades en Londres, a convencerlo de que debía venir al Nuevo Mundo para fortalecer el movimiento de Independencia. No sospechaba estar arrojando a Miranda a un abismo de tragedia. El soldado girondino que había luchado en Europa con brillantez, iba a tener en Venezuela, un crepúsculo doliente. Después de vivir 40 años lejos de la tierra natal, iba a vagar por ella como un fantasma: ni entendió ni fué entendido por sus compatriotas. El resultado de ésta mutua incomprensión fué para la causa de la libertad un fracaso completo y para Miranda, un calvario lento y cruel que debe haberle hecho recordar con envidia, el martirio de sus compañeros de la Gironda, cuando fueron llevados a la guillotina, en las carretas infamantes del Terror!

La reacción realista encabezada por Monteverde se adueñó de Venezuela. En aquel desastre, Bolívar desempeñó un papel opaco y borroso. Nombrado jefe de la guarnición de Puerto Cabello, fué depuesto del mando por uno de sus subalternos, lo que es más triste aún que ser derrotado por el enemigo. Así pues, mientras los demás capitanes de la Independencia de América, iniciaron su vida militar con victorias, Bolívar comenzó la suya con una derrota humillante.

Pero no era el paladín caraqueño de los que se dejan aplastar por el infortunio. Mientas Miranda salía para siempre de la historia, con paso de mártir, Bolívar iba a entrar en ella con actitudes de semidiós. Trasladose a Cartagena, y con un puñado de héroes que le dio el Presidente Rodríguez Torices, se trepó audazmente sobre los Andes, y desde las cumbres, emprendió su primer vuelo de cóndor. Fueron tres meses de jornadas fatigosísimas y hazañas inverosímiles. Lo acompañaron en aquella aventura fantástica los venezolanos Ribas y Urdaneta y los granadinos Ricaur

te y Girardot. Cuando llegó a Caracas, el pueblo entero le otorgó el título de Libertador.

Pero no tuvo tiempo de embriagarse con aquella apoteosis porque mientras las dianas de los clarines pregonaban la victoria, se iniciaba en los Llanos de Venezuela una reacción salvaje en contra de la causa de la Independencia. El asturiano José Tomás Boves, al grito de "Viva Fernando VII" levantó en armas a la gleba de los campos y la arrojó contra las clases cultas de la ciudad. Su sistema de reclutamiento fué el mismo de Tamerlán y de Atila. Excitaba a los campesinos para que se robaran las cosechas de las haciendas; sugería a los vaqueros que dispusieran de los ganados de sus señores; invitaba a los esclavos para que degollasen a sus amos: Para formar un cuerpo de caballería se apoderaba de las jacas de la pampa, para armar a su gente de lanzas, arrancaba los enrejados de las viejas ventanas coloniales; y para alimentar a aquellas tropas caóticas e informes, lo único que hacía era arrojarlas sobre las poblaciones indefensas. A través de nuestra historia tumultuosa, solo Pancho Villa se medio aproxima a aquel caudillo feroz que como el guerrillero duranguеño, sabía remover los bajos fondos sociales, para soltarlos luego, como torrentes desbordados e incontenibles........

Bolívar tuvo que enfrentarse con aquella pavorosa inundación de instintos cavernarios y bestiales apetitos. Después de una lucha titánica en la que culmina con vértice de fuego, la epopeya de San Mateo, el Libertador fué completamente aniquilado en La Puerta. Allí quedó destruído el ejército de la Independencia y algo más aún: allí se acabó el viejo patriciado de Venezuela. Las hordas sueltas de Boves quedaron dueñas de la situación, mientras Bolívar convertido en guiñapo social, era arrojado al destierro. La Puerta fué algo más lastimoso que Zama, que Waterloo y que Sedán. No fué una derrota militar, sino

uno de esos naufragios absolutos tras de los cuales no se miran ni siquiera las tablas rotas flotando sobre las olas. Después del desastre, Bolívar no parecía un guerrero vencido sino un espectro que vaga errante sobre un cementerio profanado.

Allí se inició el calvario del Libertador. Quiso prestar sus servicios en Nueva Granada, pero tras de conseguir la liberación de Bogotá, tropezó en Cartagena con la incomprensión y la envidia de los otros caudillos. Se trasladó a Jamaica en donde halló la más glacial indiferencia del Gobierno Británico. En Haití, el generoso Presidente Petion le dio elementos para organizar una expedición militar; pero esta expedición fué derrotada en Ocumare de la Costa, y cuando Bolívar se trasladó al Oriente de Venezuela para proseguir la pelea, sus viejos compañeros de armas Mariño y Bermúdez arrojaron en su contra, una soldadesca ebria que estuvo a punto de asesinarlo.

Proscrito de su tierra natal, derrotado por el enemigo y desconocido por sus correligionarios, Bolívar debe haber pasado por grandes horas, como las llamara Lavedan, horas interminables de angustia en las que, como el condenado del Caúcaso, no podía defenderse de los buitres que lo picoteaban; horas desoladas que deben haberle hecho comprender porque Mario lloró sobre las ruinas de Cartago, y porqué Bruto murió blasfemando con los divinos versos de Eurípides......

Imaginaos al caballero Parsifal, tocando con su lanza luminosa el palacio de Klingsor y que el alcázar del vicio permanece intacto; pensad en que David dispara su honda sobre Goliat, pero que el monstruo resiste el golpe de la piedra y continúa de pie; figuraos que la espada de Alejandro se quiebra al intentar romper el nudo gordiano; que César es derrotado al cruzar el Rubicón; que las Carabelas de Colón naufragan antes de llegar a la América; que Cristo le dice a Lázaro:

"Levántate y anda" y que el muerto continúa yerto dentro de su tumba...... Sí, pensad en las derrotas más melancólicas, en los más lúgubres hundimientos, y entonces os daréis cuenta de lo que sufrió al ver que fallaban todos los cálculos y fracasaban todas las inferencias, mientras sus pupilas escrutaban y volvían a escrutar los horizontes, en busca del primer lampo de aurora que viniese a disipar las tinieblas de aquella pesadilla infernal!

Unicamente Bólívar podía emerger de tamaño desconsuelo. En eso se diferencia de los demás caudillos de la Independencia americana, que no tuvieron resurrecciones. Mientras el Cura Hidalgo, al ser vencido en el Puente de Calderón se hunde para siempre; mientras la estrella de Morelos, al llegar al ocaso de Puruarán, no vuelve a asomar en ningún oriente; mientras San Martín, decepcionado de la anarquía peruana, se aleja de la pelea en forma definitiva, Bolívar, por lo contrario, gusta de luchar con el destino para convertir los abismos en cumbres y los ponientes en auroras. Por eso decía con tanta exactitud el Conde de Cartagena: Es más terrible derrotado que victorioso En tanto que la vida de los otros héroes se puede trazar con una línea ascensional que de pronto cae verticalmente, en forma irreparable, la existencia de Bolívar es un zig zag lleno de entrantes y salientes, de remontes de águila y de descensos que producen vértigo. Vida extraña y única que se eleva triunfalmente como un Salmo de David, para caer luego hasta los sollozos de Jeremías; que sigue hundiéndose hasta las amarguras de Job, para levantarse otra vez de repente y en un orto de gloria, hasta los éxtasis del Cantar de los Cantares......

Aquellos años de destierro fueron el yunque donde tomó nueva forma el alma de Bolívar. El había hecho tres viajes por Europa; pero no es lo mismo vagar de pueblo en pueblo en excursiones de placer, que peregrinar desterrado, bajo

el peso de la derrota y marcado por las cicatrices de la adversidad. El viajero de primera clase se va divirtiendo con los panoramas nuevos y amplificando su cultura netamente intelectual. En cambio el exiliado tiene que perforar el alma de los otros pueblos y meterse en el corazón de las otras razas. Por eso, las pobres islas del mar Caribe enseñaron a Bolívar mucho más que las opulentas capitales del Viejo Mundo. Cuando salió de Caracas en 1814, era un venezolano superior; cuando regresó a principios de 1817, había adquirido esos perfiles cosmopolitas que sólo se obtienen al cruzar las fronteras de los países, para entrar en el corazón de la humanidad.

Al pisar nuevamente el terreno de la acción, puso todos sus empeños en apoderarse de la Cuenca del Orinoco. Basta pasar los ojos por un mapa de Venezuela, para comprender que quien domina el río gigantesco, se adueña de toda la República. El Delta se encuentra en el oriente; pero por las aguas del Orinoco, se puede navegar hasta el centro de los Llanos y luego, hasta los primeros escalones de los Andes. Más de dos años pasó el Libertador en aquella región hostil y allí adquirió el único aprendizaje que no tenía: el de los bajos fondos venezolanos. Hasta entonces se había distinguido por sus dotes estupendas de conductor de Ejércitos y sus claras intuiciones de hombre de Estado: le faltaba el injerto plebeyo, el conocimiento de aquellas montoneras salvajes que años antes, bajo la jefatura de Boves, habían destrozado su obra de Libertador.

Bolívar, en vez de procurar vengarse de sus antiguos adversarios, se metió dentro de ellos porque comprendió que, con el rodar de los años, iban a ser la médula de la Patria en formación. Y esa adaptación de su genio a las realidades brutales de su pueblo, hace pensar en Julio César que se transformó en un plebeyo de las Galias, y que utilizó a las tribus conquistadas, para hacer añicos las Instituciones aristocráticas de Roma.

El hombre de Estado no es el idealista que se desprende en lo absoluto de la tierra, ni el materialista excesivo que se adhiere a ella demasiado. Un Sucre, por ejemplo, por su albura inmaculada no puede comprender ni ser comprendido por la gleba. Un Páez, por lo contrario, se halla tan fundido con la multitud, que no puede remontarse a alturas que abarquen vastos horizontes. Bolívar vuela tan alto como Sucre, pero sin perder de vista los panoramas de la tierra. Entra en el alma popular tan hondo como Páez, pero sin llegar a ser un instrumento de pasiones tumultuarias. El fué la combinación afortunada del cristal y el barro, el injerto glorioso de lo real con lo ideal, el maridaje perfecto del cielo con la tierra.

Cincelado por un destierro amargo y con la asimilación plena de la gleba venezolana, Bolívar se colocó en el año de 1819, en el plano firme de las celestes afirmaciones. Seguro de sí mismo y sobre el plinto de sus pasadas derrotas, preparó las campañas inmortales que echaron abajo los últimos virreinatos del Nuevo Mundo. Después de pronunciar ante el Congreso de Angostura un discurso clarividente que se debiera saber de memoria toda la América, atravesó los llanos de Venezuela, se encaramó sobre los Andes y dió en el puente de Boyacá, la batalla inmortal que libertó a Nueva Granada. En seguida, en un vuelo de águila, retornó a Angostura, y puso los cimientos de la gran Colombia. Luego, vuela de nuevo hacia los Andes y pacta con el Conde de Cartagena, el armisticio de Trujillo que significa tácitamente de parte de la Corona de España, el reconocimiento de la soberanía de los pueblos Americanos. Roto aquel armisticio, libra en la sabana de Carabobo la batalla magistral que puso fin a la dominación Ibérica en Venezuela. En seguida, se traslada a Nueva Granada, pacifica la provincia realista del Pasto, y proyecta incluír la Presidencia de Quito, dentro de la gran Colombia. Para desarrollar este proyecto, fleta una expedición militar con rumbo a Guayaquil, bajo el mando del General Sucre;

y él mismo, al frente de otra columna baja hacia el sur por las escarpaduras de los Andes. Mientras Sucre gana la batalla de Pichincha, Bolívar derrota a los realista en Bomboná y los dos vencedores se estrechan la mano en la capital de Ecuador.

Pero la independencia de Colombia no podía estar firme mientras subsistiera el virreinato del Perú. El General San Martín había ocupado la ciudad de Lima y el Virrey La Serna se había remontado al Cuzco, en donde guardaba una actitud amenazante. El prócer argentino se daba cuenta de su posición incierta, y al advertir síntomas de disolución política entre sus subordinados, entregó el mando y se fué para Europa. Entonces, Perú pidió ayuda a Bolívar, quien envió a Sucre y luego se fué el mismo a consolidar una República que apenas acababa de nacer y ya era sacudida por convulsiones de muerte. En vez de aguardar el ataque de los realistas en la tierra baja, escaló por última vez los Andes y libró su última batalla en la meseta de Junín, a doce mil pies de altura, como si al envainar su espada quisiera encontrarse más cerca de las constelaciones. Entregó entonces el mando supremo del Ejército al General Sucre quien puso fin al régimen colonial en América con la batalla magistral de Ayacucho.

Toda esta cadena de victorias no se debió al capricho ni a la buena fortuna. Fué por lo contrario, el fruto de una acción metódica y pertinaz que se armonizaba con la imaginación más rica que ha iluminado el Continente. Porque Bolívar juntaba en su cerebro excepcional las cualidades más antagónicas y las virtudes que por lo general, se excluyen las unas a las otras. Calculaba con la exactitud de un geómetra, y al mismo tiempo se dejaba arrebatar por sus visiones de profeta. Maestro de la deducción y señor de la quimera, tenía una inteligencia que parecía de hielo y un corazón que parecía de fuego. Y luego, junto al carácter más firme y autoritario, exhibía la

ternura más acendrada; a la voluntad más enérgica, adunaba un espíritu de renunciación propio de apóstoles y de santos.

Y precisamente por reunir los atributos más contradictorios, pudo ser durante veinte años, el centro obligado de una tempestad, en la que solo participaban los otros héroes, por breves e intermitentes relampagueos. Y a semejanza del Orinoco que acrece su caudal, lo mismo con la linfa transparente de los manantiales que con el agua insalubre de los ríos turbios, Bolívar reunió en sus legiones lo mismo a los Bayardos sin miedo y sin tacha como Urdaneta y Sucre, que a las hordas desenfrenadas que, bajo el mando de Boves, habían arrollado la cultura de Venezuela. El fué el gigantesco crisol donde se fundieron los arcángeles con los demonios, para formar aquel ejército de milagro que según sus propias palabras, llevó el estandarte de la libertad desde las márge nes del Orinoco hasta la cumbre del Potosí que como él dijo, era el asombro del Universo. ¡Héroe complejo y singular que depura una revolución, que transforma a los foragidos en capitanes de le yenda y que hace pensar en esos dioses de la Mitología escandinava que hunden sus pies descalzos en inmundos lodazales, pero que horadan con sus frentes inspiradas, la bóveda celeste, para empapar sus melenas en el polvo de oro de las estrellas........

Su espíritu de desprendimiento no se limitó a gastar su fortuna, sino que también repartió pródigamente entre sus subalternos, los laureles de su epopeya, con una munificencia que no ha tenido precedentes ni imitadores en la historia mi litar del mundo. El mérito máximo de la batalla de Boyacá se lo atribuyó al General Anzoátegui; y los laureles de Carabobo se los dio al General Páez; y las preseas de Bomboná se las entregó al General Torres; y los blasones de Junín fueron para el General Miller; y para el gran Sucre fué toda la gloria de Ayacucho. Julio César fué magná-

nimo con sus lugartenientes, pero reservó para él mismo los esplendores de Farsalia. Napoleón hizo duques a sus mariscales, pero a ninguno de ellos colocó sobre el zócalo triunfal de Marengo y Austerlitz. ¡Sólo Bolívar practicaba la caridad de Gloria que es la más difícil de todas las caridades!

Tal fué, señoras y señores, el hombre de Amé rica. Y así lo llamo porque el mismo no se concebía sin proyectar su sombra sobre todo el Nuevo Mundo. En una carta que escribió al General Páez, desde Oruro en 1825, vienen estas palabras elocuentes: "Ya me tiene usted comprometido a defender a Bolivia hasta la muerte, como a una segunda Colombia; de la primera, soy padre, de la gunda soy hijo. Así, mi derecha estará en las bocas del Orinoco y mi izquierda llegará a las márgenes del río de la Plata. Mil leguas ocuparán mis brazos; pero mi corazón se hallará siempre en Caracas". Así es como se veía a sí mismo el gran Bolívar: abarcando en un estrecho abrazo a toda la América.

Pero la América no se quiso abrazar a su Libertador. Tan pronto como se vió que empezaba a declinar el titán, se abalanzaron a morderlo tolos los mastines que el había desencadenado. Un trabajo pertinaz y una acción continuada a través de cuatro lustros, minaron la salud de aquel hombre que a la edad de cuarenta años, parecía tener sesenta. En esas condiciones, una tuberculosis aguda clavó sus garras en el organismo debilitado y Bolívar quedó hecho un anciano. Entonces fué cuando la gran Colombia se llenó de irreverentes alaridos. Páez en Valencia y Santander en Bogotá se deshonraron para todos los siglos, organizando cada quien por su lado, miserables conjuraciones de enanos. Bermúdez y Mariño vieron casi con placer, aquella erupción de envidias y de infamias. Arizmendi se convirtió en un esclavo de Páez y también le volvió la espada a su antiguo protector.- Los matarifes López y Obando

mandaron asesinar al inmaculado Mariscal Su_cre, y aquel panorama de vilezas llegó a su culmen cuando el Congreso Venezolano de Valencia pidió oficialmente al gobierno de Colombia que Simón Bolívar fuese arrojado de los países que él había redimido. No hubo necesidad de que se con sumara aquel horrendo parricidio porque la muer te se apiadó del héroe y se lo llevó a su reino, antes de que los pueblos libertados se acabasen de hundir en el oprobio y en la vergüenza.

En aquel cuadro pavoroso de traiciones, hubo sin embargo, algunos seres de excepción que per manecieron leales. El General Montilla acompa_ñó al Libertador en su calvario, estuvo a su lado en el lecho de muerte y le cerró sus párpados al morir. El General Urdaneta por su parte, trató en los últimos instantes de instalar nuevamente a Bolívar en la Presidencia de la gran Colombia. Y como en la Legación que tiene Venezuela en nues tro país, el Ministro se apellida Montilla, y el Secretario es nieto del ilustre General Urdaneta, yo me complazco en pedir un aplauso de homenaje para aquellos dos próceres de la Independencia que en los días aciagos, emergieron del naufragio moral, como representativos augustos de la gra_titud y del honor.

Damas distinguidas de la Unión Femenina Ibe ro Americana:

Permitidme que os felicite de todo corazón, por haber tomado la recia personalidad de Simón Bolívar como punto de partida de vuestros traba_jos en pro de la unidad espiritual del Continente. El exhibió las realidades americanas en su dramática desnudez; adivinó los riesgos del futuro, y con el objeto de esquivarlos, predicó las doctrinas apropiadas, marcó las orientaciones debidas y di bujó los itinerarios posibles. Los países del Nuevo Mundo se quisieron salir de las rutas trazadas por el profeta, y en merecida expiación, han ido a través de una centuria, de tumbo en tumbo y de convulsión en convulsión. Y así como el pueblo de

Israel, por haber estrujado la flor más excelsa de sus jardines, ha vagado errante por todos los rincones del Planeta, sin encontrar en veinte siglos, la anhelada estabilidad, así también la América nuestra seguirá oscilando entre el despotismo y la anarquía, mientras no vuelva el Evangelio insubstituible del Libertador.

Arrastrad, pues, su corazón hacia las alboradas del futuro. El os enseñará a mover las montañas; a extraer agua fresca de las rocas; a fertilizar las arenas del desierto; a encender estrellas en los cauces de las noches más impenetrables; a realizar proezas imposibles. Ya casi al borde de la sepultura, Bolívar dijo estas palabras inmensas: "Hemos arado en el mar." Recoged ese glorioso resumen de su vida de leyenda y aprended de él a sembrar ensueños sobre el vaivén perpetuo de las olas. Tened presente que los que aran la tierra y dejan caer el grano sobre los surcos, recogen la cosecha del año; en cambio, los que aran en el mar y siembran ilusiones celestiales, recogen la cosecha eterna de los siglos.

* * *

DE PROFUNDIS

.El 17 de diciembre de 1930, centenario de la muerte de Bolívar me encontraba yo en Venezuela, y varios amigos entre los cuales se destacaban el doctor Rafael Requena, el padre Carlos Borges y Alejandro Fernández García, me invitaron a una cena íntima, durante la cual, el tema de las pláticas tenía que ser la evocación del Libertador. Ese mismo día "El Nuevo Diario de Caracas" había publicado en primera plana el último capítulo "De profundis" de mi libro "Simón Bolívar", que se estaba imprimiendo en New York. Uno de los comensales hizo alusión a ese tributo que yo le había rendido al héroe; y como varios comensales no lo habían leído, me pidieron que se los leyera. Y así fué como aquel capítulo se convirtió en discurso. El padre Borges tuvo la gentileza de exclamar: ¡La oración fúnebre del Centenario!

Bolívar no murió en un combate, como José Martí y Antonio Maceo, ni fué fusilado como Hidalgo y Morelos; pero su agonía fué mucho más dolorosa. Un año antes de irse de este mundo o sea en noviembre de 1829, los vecinos de Valencia, respaldados por el General Páez, iniciaron el movimiento separatista de Venezuela, que fué secundado por los pueblos de Caracas y Puerto Cabello. Esta gota de acíbar vino a hacer rebalsar una copa de dolor que se había estado llenando durante luengos

años; pero no fué una novedad para el Libertador ni lo empujó a cometer perjurios y apostasías. ¡No! El ocaso de Bolívar no fué de melodrama; su caída estaba prevista por él mismo y tiene los caracteres grandiosos de una tragedia de Sofocles, en donde los héroes saben que está circunscrito su destino, y sin embargo, continúan impasibles delante del dolor y de la muerte!

El desmembramiento de la gran Colombia era fatal. Imaginaos a un titán que en la boca del Orinoco, se pusiera a trabajar porque el río concentrara las doce corrientes de su delta en una sola, y llegara unido hasta el mar Caribe. Figuraos a ese hombre luchando desesperadamente por conseguir la unidad de las aguas, sobreponiéndose a los caprichosos declives del terreno, levantando diques que impiden desbordamientos, encerrando torrentes desencadenados dentro de un sólo cauce gigantesco. Esa fué la obra del Libertador durante diez años seguidos: él era el Orinoco... Páez era sólo el brazo de Imataca que se disgrega y arrastra la mayor cantidad posible de agua; Santander era como el brazo de Araguao; Flores era un Sacupana; y así los demás caudillos, cada cual era un brazo que obedeciendo las rugosidades terrestres, cumplía la misión de fraccionarse para que se pudieran constituir las nuevas nacionalidades. Mucho se ha censurado a Páez y a Santander la obra de desmembramiento, de la cual se les supone autores. ¡Yo no! ellos fueron los agentes del un fenómeno histórico inevitable.

El 20 de enero de 1830 se reunió el Congreso que debía poner fin a la dictadura nominal del Libertador. Sí, dictadura nominal, porque en medio de las pasiones terribles que se desencadenaron el año anterior, no pudo Bolívar reconcentrar todo el poder que era necesario para impedir la agonía de la República de Colombia. El aire estaba lleno de gérmenes levantiscos, y hasta los héroes excelsos recibían el contagio ma-

ligno de la sedición; Córdoba, que merecía una muerte y unos funerales como los de Patroclo, cayó tristemente en una negra encrucijada de la guerra civil. Habia ya pasado el tiempo en que el Libertador transfiguraba a los bandoleros en capitanes de leyenda; ahora, los héroes auténticos parecían empeñados en convertirse en facinerosos ....

Bolívar anunció el fin de su dictadura con una proclama que comenzaba de esta manera:

"¡Conciudadanos! Hoy he dejado de mandaros. Veinte años ha que os he servido en calidad de soldado y magistrado. En este largo período hemos reconquistado la patria, libertado tres Repúblicas, conjurado muchas guerras civiles, y cuatro veces he devuelto al pueblo su omnipotencia, reuniendo espontáneamente cuatro congresos constituyentes."

El mismo 20 de Enero presentó la renuncia de su cargo. He aquí sus palabras que no parecen de un funcionario que se aleja de la vida pública, sino de un padre dolorido, que abdica la jefatura de unos hijos irredentos:

"Libradme, os ruego, del baldón que me espera si continúo ocupando un destino que nunca podrá alejar de sí el vituperio de la ambición. Creédme, un nuevo magistrado es ya indispensable para la República. El pueblo quiere saber si dejaré alguna vez de mandarlo. Los Estados americanos se consideran con cierta inquietud, que puede atraer algún día a Colombia males semejantes a los de la guerra del Perú. En Europa mismo no faltarán quienes teman que yo desacredite con mi conducta la hermosa causa de la libertad."

Esta renuncia no le fué aceptada, sino hasta el 30 de Abril, cuando ya se había elaborado la nueva constitución, y los diputados tenían preparada la elección del sucesor. Dos meses antes

había pretendido organizar el gobierno de acuer do con el Congreso; más como éste, lo dejase en libertad para constituir su gabinete, designó Bolívar al General Domingo Caicedo como Presidente del Consejo, y se retiró a la Quinta Fucha, en donde quedó apartado de la vida pública.

Cuando ya no era sino un gran ciudadano, desprovisto de poder político, recibió una mañana la visita del Coronel Posada Gutiérrez, que tuvo el privilegio de mantenerse digno y puro en la atsmósfera envenenada que parecía envol ver a Bogotá. Después de que hubieron almorzado, salieron a dar unos pasos bajo la fresca som bra de unos árboles gigantescos. Bolívar no había cumplido aún cuarenta y siete años de edad; pero parecía tener más de sesenta. Su paso era lento y vacilante; su pulso, tembloroso; su mirada- ¡aquella fulgurante mirada que había encen dido los campos de Carabobo y de Junín!_ brillaba opacamente como un cirio moribundo; su voz aquella voz trepidante y magnética con la cual había sacudido a todo el Continente- se había apagado y sólo con grandes esfuerzos conseguía hacerse inteligible. De pronto, el Libertador se detuvo delante de un riachuelo que cruzaba la Quin ta Fucha, y se puso a contemplar con los brazos cruzados aquella corriente que le pareció simbólica de la vida. Y exclamó con profundo pesar:

"¿Cuánto tiempo tardará esta agua en confundirse con el inmenso Océano, como se confunde el hombre, en la podredumbre del sepulcro, con la tierra de donde salió? Una gran parte se evapora y sutiliza, como la gloria humana, como la fama...... ¿No es verdad, Coronel?"

-Sí, mi General- contestó tristemente el Coronel Posada Gutiérrez, casi sin saber lo que decía, conmovido con el anonadamiento con que miraba caer al gigante. De repente, Bolívar se apretó la sienes con las manos, y exclamó con voz trémula:

"¡Mi gloria, mi gloria! ¿Por qué me la arre-
batan? ¿porqué me calumnian? ¡Páez, Páez! Ber
múdez fué como Mariño, siempre mi enemigo;
fuí injusto con él en 1826. Santander se hizo mi
rival para suplantarme, quiso asesinarme des-
pués de haberme hecho una guerra cruel de di-
famación calumniosa."

El recuerdo de aquel jefe granadino era el
que hacia sangrar más el alma del Libertador,
porque había soñado que fuese su lugarteniente
en el campo de las luchas cívicas, tal como Sucre
lo había sido en el terreno de la guerra........ Le
había entregado el gobierno de Colombia; por
eso, al recordarlo, tenía que sentir lo que sintió
César, al advertir la silueta de su amigo Bruto,
entre los conjurados que le dieron muerte.

Mientras aquel espíritu inmenso, llegaba a su
ocaso, envuelto en celajes de melancolía, una beo-
cia desatada recorría las calles de Bogotá llenan-
do el aire de gritos estridentes. Miserables foli-
cularios que redactaban un pasquín que para col
mo de sarcasmo se llamaba "La Aurora", se pro-
pusieron amargar la agonía del Padre de la Pa-
tria. Aquella canalla escritora no se conformó
con injuriar soezmente al hombre más gran-
de que ha producido el nuevo mundo: quiso tam-
bién deshonrarse con el asesinato del héroe más
puro del Continente. Y con un descaro que ins-
pirara el asco de todas las generaciones, azuzó
a los matarifes Obando y López, para que corta-
ran la vida luminosa del Gran Mariscal de Aya-
cucho.

Delante de aquella catarata de pasiones vi
les e ingobernables, el Libertador comprendió
que el mayor bien que podía hacer a su Patria era
alejarse de ella. Vendió su vajilla de plata y al-
gunos otros objetos de uso personal, y con el exi-
guo producto, se dirigió a la costa con el propósi-
to de embarcarse rumbo a Europa. Pronto, sin
embargo, advirtió que su escarcela estaba vacía;

pues aparte de los gastos de su viaje, había repartido su dinero entre viudas y huérfanos de antiguos compañeros de armas. Siempre fué el Libertador un pródigo incorregible que dejó a su paso, una doble estela de caridades y magnificencias. Hasta el último día de su existencia fué un triple injerto de héroe, de apóstol y de gran señor.

Mientras iba en aquella dolorosa peregrinación, recibió una comunicación del Gobierno de Bogotá, por la cual se enteró de que el Congreso constituyente de Valencia, había solicitado oficialmente que no se le permitiera residir en el territorio de Nueva Granada. Bolívar, como el rey Lear, era empujado hacia el destierro por la ingratitud de sus hijas; más ¡ay¡ no tenía como el héroe de Sha kespeare, una Cordelia piadosa que aligerase un poquito su infortunio.

¿Por qué se empeñó el General Páez en arro jar al Libertador de su Patria? ¡ah! es que se sentía aplastado por aquella indiscutible superioridad. Cuando el caudillo de los Llanos se dio cuenta de que encarnaba el anhelo separatista de Venezuela, y se perfiló como futuro dictador, comprendió que el único obstáculo que podía detenerlo en el desarrollo de sus ambiciones era Bo lívar. El dictador debe estar arriba de todos los caudillos, y nadie en Venezuela ni en Nueva Granada podía sentirse arriba, mientras se dibujase en el horizonte la noble silueta del Libertador.- Páez, delante de los otros capitanes de la Independencia, era él "león del Apure"; pero compren día que enfrente de Bolívar apenas si llegaba a la categoría de gato montés de los llanos. El formidable lancero de las Queseras del Medio tenía miedo de ver la frente amplia de su antiguo jefe, sus ojos tranquilos y soberanos, su continente severo y majestuoso; tenía miedo de escuchar su voz porque sabía que al oir una orden del Libertador, no podía dejar de obedecer; y también tenía miedo de su silencio porque lo consideraba lleno de

reproches........ Por este motivo, Páez quería ver lejos a Bolívar, pues de otra suerte no se sentía jefe. El Mariscal Ney salió de París en marzo de 1815, dispuesto a cruzar sus armas con Napoleón; pero tan pronto como tuvo cerca a su antiguo Emperador, no pudo resistir a su magnetismo irresistible y entró nuevamente bajo la férula de sus órdenes. Lo mismo le hubiera sucedido a Páez; si de repente se le hubiera presentado Bolívar, habría bajado la cabeza.

Sucre no tuvo miedo de inclinarse delante del genio, y por eso fué que se colocó arriba de todos los capitanes de su tiempo. Páez prefirió las pequeñas vanidades del poder, y dejó caer sobre su vida una mancha que como las que llevaba Lady Macbeth en sus manos asesinas, no se podría lavar con todas las aguas del Océano ni con todos los perfumes de la Arabia......

Cuando Bolívar se enteró de que el gobierno de Venezuela pedía su ostracismo, y que el gobierno de Bogotá -depositado entonces en su amigo don Joaquín Mosquera- no se atrevía a contestar la solicitud parricida con una negativa fulminadora, se irguió altivamente y abandonó el proyecto de su viaje a Europa. 'No puedo admitir que me echen -decía con el alma saturada de amargura- porque Venezuela y Colombia se deshonrarían." Además,-, ya comenzaba a sentir en su derredor el aleteo trágico de la muerte y quería prepararse para la última jornada. Con esa sublime serenidad que sólo se siente en las cumbres, dijo entonces a los pocos amigos que le quedaban:

"Me siento morir; mi plazo se cumple, Dios me llama; tengo que prepararme a darle cuenta, y una cuenta terrible como terrible ha sido la agitación de mi vida; y quiero exhalar mi último suspiro en los brazos de mis antiguos compañeros, rodeado de sacerdotes cristianos de mi país y con el Crucifijo en las manos".

El deseo del reposo eterno se acentuó en él, cuando supo que el General Sucre había sido asesinado en Berruecos por los sicarios de Obando: aquel crimen resultó simbólico de una época nefanda en que se crucificaba a la virtud. La muerte del Mariscal, como la del Bautista, anun ciaba un próximo calvario: después de tan inicuo holocausto, el único sitio decoroso que quedaba en Colombia era el cementerio: hacia allá se encaminó Bolívar con estoica serenidad.........

El gobierno de Mosquera, que apenas se había iniciado en el mes de junio, fué derribado en septiembre por el pronunciamiento del Coronel Jiménez. El General Urdaneta, al recoger el man do -es decir los vestigios del mando- pretendió iniciar una reacción bolivariana; pero.... ¡ya era tarde! El Libertador estaba al borde de su sepultura y habría sido insensato que intentara contener aquella anarquía, que hacía pensar en una pústula que revienta por diferentes partes a la vez. Ya Bolívar, con el corazón torturado había emitido su tremenda profecía: "estos pueblos caerán infaliblemente en manos de la multitud desenfrenada, para caer después en las de tiranuelos casi imperceptibles de todos colores y razas."

'La llama aún ardía, pero ya se había acabado el aceite" ese fué el cuadro tremendo que se presentó a los acompañantes de Bolívar, al ver que se aproximaba el último momento en forma irreparable. Ya no se podía revivir a aquel hombre, que tantas veces había resucitado: ahora sí se miraba en sus ojos tristes el fulgor de las despedidas eternas. Producía la impresión de un árbol venerable, que se desprende de las últimas ho jas amarillentas, con la amarga convicción de que no serán sustituídas en la próxima primave ra.

Sin embargo, los canes de la política se atre vieron a insinuar que el Libertador se fingía en-

fermo para reconquistar el poder. ¡Qué triste es ver tanta pequeñez enfrente de tanta grandeza! ¡Cómo son dignos de compasión los que no pueden admirar al sol, ni siquiera en su agonía! Bolívar, como Laocoonte, moría extrangulado por serpientes; pero éstas serpientes cuchicheaban que no era la agonía sino el cálculo, quien ponía una máscara de tragedia sobre el rostro del gigante! Ya estas miserias no llegaron al alma del Libertador: se estaba muriendo de veras........ Ya había columbrado el más allá y comprendía que sus llagas se iban a transformar en rosas.

El primero de diciembre llegó a Santa Marta, y seis días después fué llevado a la Quinta de San Pedro Alejandrino, en donde el caballero español don Joaquín de Mier le brindó generosa hospitalidad, y suavizó hasta donde pudo los últimos momentos de aquella existencia luminosa. !Qué contrastes tiene la vida! El signatario de la proclama roja de Trujillo ,antes de entrar en la eternidad, pasó por los umbrales de la tradicional hidalguía castellana.

La esposa de don Joaquín había oído hablar muchísimo del Libertador y quería pasar a la alcoba en donde estaba recostado, para verlo.- El señor Mier no la dejaba pasar, alegando que el viajero estaba fatigado y quebrantadísimo. Bolívar se enteró de aquel diálogo e incorporándose penosamente, dijo: "Entre usted, señora, que aún tengo alientos para besar sus manos". No cabe duda de que era un hijo de la caballeresca España.

-¿Qué obras tiene Ud. aquí, señor Mier- preguntó el Libertador, quien hasta en las antesalas de la muerte sentía la necesidad de leer.- Mi Biblioteca es muy pobre, General -le contestó don Joaquín. Pero Bolivar, que con una rápida mirada se había dado cuenta de lo que contenían los anaqueles, contestó vivamente: -¡Cómo! aqui tiene usted la historia de toda la humanidad;

aquí está Gil Blas, el hombre tal como es; y aquí está don Quijote, el hombre como debería ser.

A propósito del hidalgo de Cervantes, se ha repetido frecuentemente que Bolívar en los últimos días de su existencia, exclamó lleno de des pecho, que los tres grandes majaderos del mundo habían sido Jesucristo, don Quijote y él. En realidad, no hay dato serio que compruebe esta exclamación sacrílega, que contradice los demás actos armoniosos de aquellos días impecables.- El héroe que había blandido victoriosamente la espada de Carabobo y de Junín, al vislumbrar él "más allá" sólo esgrimió la espada arcangélica con que se dominan las tinieblas: su camino fué el de Santo Santiago, cuyo corcel se pasea por el firmamento, levantando a su paso una polvadera de astros........

El 10 de diciembre dedicó sus últimas miradas a la tierra. Al advertir que el tramonto de su vida era cuestión de unos cuantos días, dirigió la siguiente exhortación a sus compatriotas:

"Al desaparecer de en medio de vosotros, mi cariño me dice que debo hacer la manifestación de mis últimos deseos. No aspiro a otro que a la consolidación de Colombia. Todos debéis trabajar por el bien inestimable de la unión: los pueblos, obedeciendo al actual gobierno, para libertarse de la anarquía; los ministros del Santuario, dirigiendo sus oraciones al cielo; y los militares, usando su espada en defensa de las garantías sociales.

"Colombianos, mis últimos votos son por la felicidad de la Patria. Si mi muerte contribuye a que cesen los partidos y se consolide la unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro."

En seguida, se puso a redactar su testamento que comenzó con estas palabras rituales: "Creo en el alto y soberano misterio de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres perso

nas distintas y un solo Dios Verdadero y en todos los demás misterios que cree y predica y enseña nuestra Santa Madre, la Iglesia Católica, Apostólica Romana, bajo cuya fe y creencia he vivido y protesto vivir hasta la muerte." Antes de enumerar sus bienes terrenales, dispuso de su espíritu y de su cuerpo de la manera que sigue: "Encomiendo mi alma a Dios Nuestro Señor, que de la nada la crió, y el cuerpo a la tierra de que fué formado." Bolívar como los guerreros medioevales, se desprendía del mundo besando un Crucifijo y acaricando las cuentas de un rosario. Aquel antepasado de su estirpe que terminó su vida en un convento, debe haber revivido en el alma centelleante del paladín, que después de haber cosechado en la tierra palmas y laureles, solo aspiraba en sus últimos instantes a que su báculo floreciera con los nardos del sacrificio y del perdón.........

El 17 de diciembre, el doctor Reverend que lo atendía, anunció al General Montilla que el Libertador iba a morir en unas cuantas horas. Cuando advirtió que la respiración se ponía estertorosa, y el pulso casi insensible llamó a los Generales y Edecanes para que presenciaran aquel crepúsculo conmovedor: el sol de Colombia había llegado a su ocaso. Aquellos hombres que habían comprobado su lealtad hacia Bolívar, deben haber sentido un descanso infinito cuando el héroe cerró los párpados para siempre. ¡Sí! Ya era tiempo de que aquellos ojos clarividentes no presenciaran más horrores; que sus oídos no se lastimaran con palabras de ingratitud ni de abandono; que su alma no se desgarrara al sentir nuevos perjurios y apostasías........

Hay existencias que duele verlas cortadas en flor, como la de Alejandro, como la de Marceau, como la de Sucre, como la de Zaragoza. Las vidas completas, por lo contrario, cuando se apagan, aunque nos hagan llorar nos hacen sentir que era

indispensable el funesto desenlace. Son como las corolas que se desgarran para dar nacimiento al fruto: deben morir porque cumplieron la sagra da misión que tenían sobre la tierra.

Ninguna misión más alta que la de Bolívar: Libertar a los oprimidos, educar a los ignoran_ tes; enriquecer a su Patria con un tesoro de epo peyas; ennoblecer la vida humana con hechos que reducen la distancia entre la tierra y el cielo........ En vista de que fué una existencia perfecta, Dios le permitió terminarla como una pira cuyas humaredas azules se levantan hacia el firmamento.

Vida compleja y fascinante en la que armo_ nizan gloriosamente los toques de los clarines con la salmodia imponente del órgano; que palpita con hurras guerreros y con plegarias devotas; que arde al mismo tiempo como volcán y como incensario; que fulgura como un relámpago y parpadea como un cirio; que se inicia con las luces ofuscantes y los colores vivísimos de una fiesta dionisiaca, y termina con la penumbra majestuosa de un templo gótico; que pasa de las dianas heróicas a los dobles funerales; que tiene algo de TeDeum, algo de De Profundis y algo de Miserere, que hace pensar en una epopeya cuyo primer episodio se escribiera con gotas de san_ gre, como rubíes, y cuyo último canto se rubricara con lágrimas que parecen estrellas!

Otros capitanes de la historia tuvieron sus Marathones y sus Zamas, sus Farsalias y sus Bai lenes, sus Otumbas y su Waterloos. Bolívar tuvo también su Calvario, lo que prueba que además de ser héroe fué un hijo predilecto de la Divini_ dad.

EL POETA LIBERTADOR

Discurso pronunciado por el Lic. Nemesio García Naranjo, el 13 de junio de 1953, en la velada que celebraron las Academias de Cuba y México, correspon dientes de la Real Española, para conmemorar el primer centenario del nata licio de José Martí.

Señor Embajador de Cuba,
Distinguido huésped, don Miguel Angel Carbonell,

Sr. Director de la Academia Mexicana,
Señoras y Señores:

La Academia Mexicana correspondiente de la Española me ha conferido la honrosa comisión de expresar en su nombre, el entusiasmo y la convicción con que se ha unido en esta noche memorable a la ilustre Academia de Cuba para celebrar el primer centenario de Martí. Sin afinidades económicas vitales, sin un comercio vivo y floreciente que congregue, sin una red de comunicaciones que establezca un perpetuo contacto, los pueblos del Nuevo Mundo parecen marcados por el destino para vivir en perpetua lejanía; pero esta dispersión melancólica que se ha prolongado durante más de un siglo, se interrumpe consoladoramente cada vez que se pronuncia un nombre ilustre y magnético. Bolívar, Hidalgo, San Martín, Morazán, O'Higgins y demás buriladores de la América realizan el milagro de hacernos sentir que no es-

tamos tan lejos los unos de los otros. El nombre de José Martí es como un toque de clarín que nos hace recordar la unidad de sangre, de verbo, de ideal, de ilusiones y de esperanzas. Por eso, aunque nadie dispute a Cuba la gloria del portentoso alumbramiento que en este año se rememora, todas las Repúblicas del Continente se ponen de pie para aclamar al poeta libertador.

LAS ARMAS Y LAS LETRAS

¡Un poeta! Aunque los prestigios líricos de José Martí fueron sobrepasados por sus clarividencias de profeta, y más todavía, por su infatigable acción heroica, quedan sin embargo los primeros como los eslabones que mejor lo vinculan con nuestra venerable tradición académica. Claro está que el sublime holocausto de Dos Ríos lo colocó arriba de cualquiera consagración literaria; pero no por eso amengua la obligación de los académicos de destacar al cultivador egregio del idioma. El libertador Bolívar nos deslumbra con las epopeyas de Araure y de Boyacá, de Carabobo y de Junín; pero es obvio que en nuestra Academia, debemos preferir el análisis devoto de su carta sibilina de Jamaica, de su excelso delirio sobre el Chimborazo y de su discurso profético en el Congreso constituyente de Angostura. Por eso, cuando nuestra corporación celebre —como sin duda celebrará— una velada en honor de Hidalgo, tendrá que anteponer al conductor taumatúrgico de muchedumbres, la figura austera del Rector del Colegio de San Nicolás. Por supuesto que la cátedra más elocuente de su vida, la dió en Chihuahua al recibir en su noble pecho, las balas que lo fusilaron; pero... dentro de la Academia, seríamos desleales con la Cultura, si no colocáramos al maestro en el altar mayor.

Y cosa idéntica nos pasa con Martí: antes que todo, hay que subrayar su jerarquía de hombre de letras, el papel luminoso que representó en la renovación lírica del Continente, durante las dos

últimas décadas del siglo XIX. Es muy probable que si él viviera, no estuviese de acuerdo en colocar el pensamiento arriba de la misma epopeya, porque Martí se pareció a don Quijote hasta en el detalle de preferir las armas a las letras; pero nosotros, sin dejar de doblar la rodilla ante el caballero de la Mancha ni ante el libertador de Cuba, debemos seguir prefiriendo las letras a las armas.

EL OCASO DEL ROMANTICISMO

Entremos en materia. Martí debe haberse asomado a la estética del Nuevo Mundo, cuando terminaba la década de los sesentas, y sus pupilas pasmadas, deben haber columbrado horizontes azules, tal vez ultravioletas. Eran los buenos tiempos de Guillermo Prieto y de Olegario Andrade, de Rafael Pombo y José Pérez Bonalde, de Juan Clemente Zenea y de Manuel Acuña. La super-emotividad estaba en todo su apogeo. Los temas obligatorios eran el beso apasionado, la contemplación del crepúsculo vespertino, el llanto que debía ser tan puro como amargo, el sufrimiento que se consideraba como pedestal indispensable de la Belleza. Había que llorar porque el que no lloraba no podía ser considerado como poeta. En síntesis, y como lo definió lapidariamente Remy de Gourmont, el Romanticismo fué el predominio de la sensibilidad sobre el pensamiento.

Aquel coro de plañideras había comenzado en la última mitad del siglo XVIII, con Goethe y Schiller en Alemania, con Walter Scott en Inglaterra, con Rousseau y Saint Pierre en Francia. Juan Jacobo era el principal prosélito del sollozo: dice en sus "Confesiones", que cuando vagaba siguiendo el curso del río Vevey, se entregaba a la más dulce melancolía. Y añade textualmente: "yo me enternecía, yo suspiraba y lloraba como un niño. ¡Cuántas veces deteniéndome para llorar a gusto (a mon aise) sentado sobre una piedra gruesa, me he divertido al ver caer mis lágrimas

en el agua!" Como se vé, para Rousseau como para muchos otros románticos, el lloro llegó a la categoría de entretenimiento y diversión. El llamado "mal de Werther" no parecía una desventura sino un altísimo privilegio. ¡Así fueron los trovadores de hace ochenta años!

Aquella fué la hora del desbordamiento apasionado, del frenesí amoroso, del gesto teatral, de las erupciones volcánicas, de las frases sonoras que se remataban con puntos de exclamación. Los madrigales se saturaban con promesas de fidelidad eterna, y como éstas no se cumplían, brotaban las imprecaciones contra las ingratas e irrumpían las blasfemias. Los poetas heroicos se sentían Tirteos, y los oradores tronaban como nuevos Isaías. Estuvieron de moda las noches de luna y los sauces llorones. Alfredo de Musset pidió un sauce para su tumba y también habría pedido la caricia perpetua de Selene, si hubiera tenido como Josué, el poder sobrenatural de detener la marcha de los astros . . .

Pero (¿por qué habrá peros en este mundo?) ninguna romanza se sostiene con puros "dos de pecho"; nadie puede permanecer indefinidamente en el pico más alto del Himalaya; resulta ilusorio querer vivir "en sublime". Hubo pues necesidad de bajar de aquella exaltación delirante. Y fué Teófilo Gautier —nada menos que el catecúmeno más apasionado de la religión Huguiana— quien comprendió la puerilidad de vestir perpetuamente el chaleco rojo de 1830. No renegó de su juventud ni le declaró la guerra al Romanticismo, pero tomó otro camino y lo siguieron aquellos que con el tiempo habrían de constituir la capilla parnasiana. Baudelaire fué más preciso en abrir nuevas rutas, pues les probó a los adoradores del color azul que también las carroñas de los muertos pueden inspirar versos inmortales.

La fatiga de aquella sensibilidad que estaba siempre en el escenario, la sintieron los mismos románticos, pues Alfredo de Musset se permitió

la travesura de burlarse de la escuela literaria, en su divertida obra "Cartas de Dupuis y Cotonet". En ella presenta a estos dos personajes intrigados por saber que cosa es el romanticismo. ¿Es la tendencia de imitar a los alemanes y a los ingleses? ¿Es la manía de llamar a los héroes de las novelas, Carlo Magno y Francisco I en vez de Amadís de Gaula y Orente? ¿Son románticos acaso, los que no se rasuran y llevan chalecos de solapas anchas y muy tiesos? ¿Se deben suicidar como Werther, y concebir el heroísmo, a la manera de Byron? Cotonet y Dupuis, hacen todas estas preguntas a un escribano de Notaría quien, después de reprenderlos por no hablar de silfos ni de ojivas, les define la nueva escuela de la siguiente guisa:

"El Romanticismo es la estrella que llora, el viento que gime, la noche que tiembla, la flor que vuela y el pájaro que embalsama; es el trazo inesperado, el éxtasis lánguido, la cisterna bajo las palmeras, la esperanza bermeja y sus mil amores, el ángel y la perla, la túnica pálida de los sauces, toda cosa bella, señores! Es lo infinito y lo estrellado, lo cálido, lo exangiie, lo que desembriaga y, por tanto y al mismo tiempo, lo lleno, lo redondo, lo diametral, lo piramidal, lo desnudo a lo vivo, lo oriental, lo inflamado, lo turbulento, ¡oh, que ciencia nueva! es la filosofía providencial que geometriza los hechos consumados, para lanzarse después en la ola de las experiencias y cincelar las fibras secretas . . . "

Las palabras anteriores sugieren esta consideración: ¿Cómo sería la lumbre para que también quemara a los que atizaban el fuego? En la América se sintió también el cansancio de las exageraciones románticas, cosa lógica porque se había confundido la forma con el fondo, lo temático con lo esencial, la rutina con la gracia y la espontaneidad, lo decorativo con lo eterno. Algunos espíritus superiores sintieron la necesidad de salirse de los senderos trillados y, sin previo acuerdo,

Manuel Gutiérrez Nájera en México, José Asunción Silva en Colombia, Julián del Casal en Cuba, y Rubén Darío en Nicaragua, en Chile y en Argentina, abrieron nuevos itinerarios. Tras de ellos siguieron Leopoldo Lugones, Amado Nervo, Guillermo Valencia, José Juan Tablada y los demás que hace medio siglo, fueron llamados modernistas.

¿FUE MODERNISTA JOSE MARTI?

¿Formó parte nuestro héroe de aquella legión innovadora? Sí y no; sí, porque siendo sus versos dechados de ingenuidad y de transparencia, tenían que contrastar con las formas caducas, con los ritmos mecánicos, con los estilos gastados y las retóricas envejecidas. Y no, porque Martí no era hombre de cofradías literarias ni le consagraba a Apolo más que los momentos esporádicos que le dejaba libres su acción infatigable de propagandista de la libertad. Sin embargo, cuando de lejos en lejos pulsaba la lira, su amor a la verdad lo alejaba de las metáforas bombásticas, de las hipérboles de mal gusto, de las antítesis ultradramáticas, de los madrigales de turrón, de los clisés aburridos que habían caracterizado a las generaciones anteriores.

Antes de seguir adelante, conviene aclarar que no estoy formulando una requisitoria contra el romanticismo. Ninguna escuela estética tiene la culpa de las vulgaridades y ramplonerías que se amontonan en su derredor. No todas las noches son como las de Musset; no todos los lagos son como el de Lamartine; no todas las rimas son como las de Bécquer. Una cosa es Schubert con su maravillosa obra sinfónica, y otra muy distinta es el recitador empalagoso que nos espeta una melopeya mientras un pianista quejumbroso toca en el piano la Serenata. No hay que confundir el romanticismo auténtico con la confitería. ¡No por Dios! Siglos antes de que se librara la batalla de Hernani, Moliére escribió "Las Preciosas Ridículas" y eso prueba que los román-

ticos no fueron los inventores de la poesía de caramelo, pues para desgracia de la Belleza inmortal, siempre ha habido cursis en todas las edades.

¿Y cuál fué la hora romántica verdadera? Aunque parezca paradójico, no encuentro entre los herederos de Hugo ni de Byron ni de Heine ni de Leopardi, una respuesta más precisa y completa que la que me suministra una estrofa del rebelde del siglo XIX, del más destacado enterrador del romanticismo americano. Oíd este cuarteto lapidario de Rubén Darío:

> Hora de ocaso y de discreto beso,
> hora crepuscular y de retiro,
> hora de madrigal y de embeleso,
> de "te adoro", de "ay" y de suspiro.

En lo único en que no voy de acuerdo con Rubén Darío, es en la discreción de los besos, pues bien sabido es que los besos de Lord Byron no solamente fueron indiscretos, sino escandalosos. Sin embargo basta la estrofa citada para sentir que el romanticismo fué algo muy grande, que se fué para siempre... ¡y también para siempre se quedó!

POETA DE CRISTAL

Pero... volvamos a Martí. Aunque algunos críticos lo involucran en la falange modernista, la verdad es que no formó parte de aquel grupo literario ni de ningún otro. Mientras Gutiérrez Nájera castigaba su estilo para producir el milagro de las "Odas Breves"; mientras Rubén Darío ensayaba audazmente todos los ritmos, para terminar con los casi exámetros de su "Salutación Optimista"; mientras Julián del Casal se entregaba a cinçeladuras parnasianas tan impecables como las de Leconte de l'Isle, José Martí dejaba correr su númen transparente por los cauces de la sencillez.

Hace un poco más de medio siglo, Amado Nervo escribió esta quintilla:

—"Bardo, ¿cuál es tu estandarte?
— Muchos son los que enarbolo
— ¿Qué pendón ha de guiarte?
— Ninguno, en Amor y en Arte
acostumbro viajar solo".

A la primera pregunta, Martí habría contestado que su estandarte era el de la redención humana; y a la segunda pregunta habría respondido que él también viajaba sin compañía. ¡Y conste que tenía más títulos que nuestro gran Amado para decirlo! Y no se replique que la niña de Guatemala es hermana de la Elvira de Espronceda, que también murió de amor, como acostumbraban morir entonces todas las musas de carne y hueso, porque en los versos de Martí asoman tal ingenuidad y tal dulzura, que es imposible sospechar que el poeta mató a la heroína para seguir los caprichos de la moda. Todo lo contrario, la inspiración del gran cubano fluye como agua fresca de manantial, sin que intervengan para nada el afeite ni el acicalamiento. Poesía que trasciende a rapsodia primitiva, a cantilena medioeval, a romance que era a la vez moderno y antiguo, como aspiraba Rubén Darío a que fuesen sus versos. Solamente en la Mireya de Federico Mistral se encuentra esa simplicidad luminosa que hizo exclamar a Lamartine: ¡esto es Homero!

Pero no, Martí no pretendía ser un Homero sino un libertador; por eso resulta muy forzado el afán de involucrarlo en la legión de los poetas modernistas. El cantor antillano sintió la misma fatiga que empujó a Rubén Darío y a José Asunción Silva a tomar nuevas orientaciones; pero Martí no hizo el menor esfuerzo por construir una nueva literatura; no buscaba con paciencia benedictina los adjetivos más adecuados; no lo atormentó la obsesión del verso perfecto como a Salvador Díaz Mirón; no fué un cincelador del estilo como Paco Olaguíbel y Efrén Rebolledo: el procedimiento de José Martí (él mismo lo ha dicho) era de depuración interior. Traía los filtros mila-

grosos dentro del alma, porque estaba convencido de que limpiando el fondo, se limpiaba forzosamente la forma que sin esfuerzo, resultaba cristalina. Un inspirado poeta de México, Joaquín Méndez Rivas lo ha dicho en estos dos endecasílabos lapidarios:

El verso surge ya cristalizado
y no bien hecho sino bien nacido.

¡Y así surgió la obra lírica de José Martí, no buriladura de taller, no producto de fábrica, no paciencia de Benvenuto, no trabajo infatigable de Heredia. En síntesis, aquella poesía no fué bien hecha, sino bien nacida.

TESTIMONIO CONMOVEDOR

Y ahora, llego a la parte más espinosa de mi discurso, porque tengo que elogiar al apóstol de la redención que selló su apostolado con la sangre prócer de su martirio. Estaba preparando este panegírico cuando llegó a mis manos un discurso que pronunció recientemente en La Habana, José Manuel Carbonell que conoció en la intimidad, al héroe inmaculado; y claro está, todo lo que voy a decir resultará artificioso frente a lo que cuenta este testigo insospechable. Su relato ha puesto mis nervios en tensión, ha hecho latir más aceleradamnte mi corazón, y enmudecería mi palabra si no hubiese contraído el compromiso de pronunciar este discurso. ¡Y como no, si Carbonell tuvo el privilegio de escuchar la palabra del libertador; y lo escuchó no solo en la tribuna de la propaganda revolucionaria, sino lo que vale más aún, en la cordialidad de un banquete. Lo vió de cerca, captó el resplandor de sus pupilas, la elocuencia de su ademán, el temblor de sus labios y la música de su voz; en resumen, lo escuchó como Platón a Sócrates, como los apóstoles a Jesucristo en la Cena del Jueves Santo! Por eso, si Carbonell fuese menos modesto, habría comenzado su discurso fulgurante como comenzó San Juan el Evangelio: "En el principio, era el Verbo, y el Verbo era con Dios".

CESPEDES

A mí me ha llegado el verbo de reflejo y por eso me cuesta tanto trabajo bruñir frases después de haber oído las palpitaciones del corazón de Carbonell; pero estoy obligado a seguir adelante, y para hablar de Martí, debo referirme a su glorioso antecesor, don Carlos Manuel de Céspedes que, por su nacimiento y educación, parecía destinado a vivir en un ambiente armonioso y austero de ateneos y de academias. En su adolescencia, se distinguió en las aulas como estudiante, y por lo mismo, nadie podía pensar que encarnase rapsodias homéricas ni tragedias de Sófocles. Pero un día, el Destino llamó a su puerta y lo citó en el campo de la acción heroica; y Céspedes acudió a la cita, no obstante de que, por falta de preparación técnica, aquella peligrosa aventura implicaba su sacrificio. Había que dejar las aguas inspiradoras de la Fuente Castalia por los oleajes negros de la Laguna Estigia; había que salir del huerto académico para ir a la barricada; había que desprenderse de la lira armoniosa para ceñir la armadura épica; había que convertir el alma en un yunque para forjar sobre él, a martillazos, las clavas del combate; y Céspedes, sin el menor titubeo, aceptó en aquel día rojo, las responsabilidades titánicas de su nueva existencia y marchó estoicamente al cumplimiento de su destino.

Cuando le llegó el momento de morir, se encontraba en una choza humilde, enseñando a leer a un niño. Este acto sencillo entraña una alegoría sublime, pues mientras encendía un espíritu infantil, se apagaba la lámpara ideal que llevaba sobre su frente. Cayó en el momento en que echaba a volar un espíritu redimido; murió dándole vida mental a un futuro ciudadano de Cuba. Con aquel acto excelso revivió el sacrificio del alcatraz de las leyendas medioevales que se destrozaba las entrañas para nutrir con ellas a los pájaros del nido.

MARTI HEROE

Cuando murió Céspedes, Martí tenía apenas 21 años de edad, pero ya se había iniciado un lustro antes en las luchas periodísticas de "El Diablo Cojuelo" y "La Patria Libre". Salía apenas de la infancia y ya sabía de consejos de guerra, de cautiverios, de deportaciones y de ostracismos. Sin haber tenido una niñez tan rígida como la de Aníbal ni una adolescencia tan áspera como la de Alejandro, fué un cancionero errante que anduvo de patria en patria, anunciando el sursum de la República de Cuba. Era muy difícil colocarse a la altura de Céspedes; pero Martí no se conformaba con lauros literarios: quiso ser un héroe y pasó del verbo de cristal a la acción heroica, una acción que desembocaba fatalmente en el incendio: la independencia de Cuba, como la Walkiria de las leyendas escandinavas, se encontraba dormida y envuelta en llamaradas, aguardando al intrépido paladín que la fuese a derpertar; y Martí como Sigfrido, sin ponerse a analizar la eficacia o la esterilidad de su proeza, sin vacilar un segundo, y tal vez guiado como el héroe wagneriano, por los murmurios de las selvas y los trinos de los pájaros, se lanzó épicamente sobre la hoguera para besar a aquella Walkiria sitiada por el fuego, y volverla con un beso, a la vida y a la libertad!

El había dicho en sus ',Versos Sencillos", que "el que se resuelve a morir, se baña en luz". La frase que es muy bella en el terreno lírico, al ser rubricada por la acción, se convirtió en un apotegma santo. Eso pasa con todas las sentencias que llevan la promesa de un deber. Si Cuauhtémoc, al reprender al rey de Tacuba con la pregunta ¿Acaso estoy en un lecho de flores? se hubiese encontrado lejos del dolor, sus palabras se habrían perdido en los aluviones de la literatura erudita; pero como las dijo mientras las llamas carbonizaban la costra de sus pies, el verbo del monarca Azteca adquirió ese ritmo acelerado que

rasga las nieblas del olvido, esos acentos de apocalipsis que se hacen oir en todas las edades...

Y lo mismo le pasó a Martí: sus hechos estuvieron a la altura de sus palabras y eso le bastó para sentirse "superior a la victoria" como dijo nuestro gran lírico Salvador Díaz Mirón. ¡Estar arriba del triunfo! ¡Marchar serenamente al cumplimiento del destino! ¡Obedecer los mandatos inexorables de la vocación! En eso estriba la fuerza incontenible de los inmortales. El héroe cree cuando todos dudan, avanza cuando los demás retroceden; persiste y se multiplica cuando los otros desfallecen: No lo desarman ni detienen las probabilidades contrarias: Insiste en su ideal y cuando recibe golpes, los utiliza para fortalecerse; las mismas derrotas se convierten en premisas de ensueño para el porvenir; y sobre la paradoja perpetua de que lo que hoy es perjudicial, será favorable el día de mañana, se va depurando y sublimando su espíritu, hasta convertirse en el espíritu mismo de la Patria.

Con la resolución abnegada de morir, Martí se bañó en luz y ya no le fué difícil entregar su alma para que ardiera como cirio propiciatorio; hizo de su pecho un tabernáculo y de su corazón una custodia de oro; y desde entonces, con su aliento, ozonizó la atmósfera envenenada; y en los desiertos calcinados por el odio, hizo florecer los nardos del sacrificio y del perdón; y sus cantos, como alondras, se levantaron de los surcos fatigados para saludar con gorjeos celestiales, el despertar inevitable de la aurora . . . Y así fué como por aquella bienaventurada ablución, la caída dolorosa de Dos Ríos se transfiguró inmediatamente en la más radiante de las ascenciones!

Conste, señoras y señores, que no estoy haciendo frases, estoy diciendo la verdad y os voy a suministrar una prueba convincente. Mientras se libraba la guerra de la independencia de Cuba, el eminente director del "Diario de la Marina" don

Nicolás Rivero, que era español, siempre estuvo defendiendo la causa de su país. Llegó el momento de su derrota, y en el año de 1898, cuando fué arriada de todos los edificios públicos, la bandera roja y gualda, escribió un artículo patético que se intitulaba: "Viendo Caer los Colores de mi Patria". Acababa de triunfar una revolución, las pasiones se encontraban revueltas y agitadas, y por lo mismo, todos los españoles de La Habana se pusieron a temblar. El día en que apareció este artículo, se presentó en el periódico el General Máximo Gómez, jefe supremo de las tropas de la independencia; manifestó su deseo de ver al director y todos los redactores quedaron llenos de sobresalto. Don Nicolás Rivero abrió la puerta para recibirlo y todo el mundo quedó en éxtasis, cuando el General Gómez abriendo los brazos le dijo: "ha obrado usted como un hombre completo y quiero tener el privilegio de estrecharlo junto a mi corazón". Así pues, no fuí yo un artífice de frases, cuando dije que habían florecido los nardos del sacrificio y del perdón.

CUBA

El pueblo, consciente del milagro, dobló la rodilla frente a la memoria de Martí, como la había doblado antes frente a los altares de Céspedes. Los dos se habían sublimado; los dos habrían merecido frente a los muros de Troya, unos funerales como los de Patroclo; y en el desfiladero de las Termópilas, los dos se habrían hecho dignos del epitafio de Simonides.

Y la Patria que emergió de aquellos númenes inspirados, tenía que resultar alegre, risueña, armoniosa y fecunda. Los dos hombres de la cultura imprimieron sobre la Nación cubana, el sello de sus espíritus impecables. El heroísmo cubano no fué áspero ni brutal, sino orlado por la poesía. ¡Qué distinto es México! Para palpar la diferencia, basta comparar los escudos de los dos países: el cubano es espiritual, lleno de gracia, mientras que el

nuestro es duro, cortante, sugeridor de luchas interminables. El blasón vuestro, señor Carbonell, lleva como símbolo una palmera esbelta y una llave que se ofrenda para abrir las puertas del futuro y también el Golfo de México. El emblema azteca presenta una águila —la más agresiva de las aves— posada sobre un nopal —la más agresiva de las plantas— estrangulando una serpiente —el más agresivo de los reptiles—. ¡Así es México! Cuba en cambio, es como la palmera de su insignia: airosa, gentil, siempre lista a brindarles hospitalidad a los zenzontles, a cantar con la caricia de los vientos y a ofrecer la pulpa y el agua de sus cocos, para apagar la sed de los peregrinos... Patria que se formó con sangre prócer; pero que resucitó de todas sus amarguras con una sonrisa y que, por encontrarse en medio del mar, recuerda la concha marina donde boga la diosa griega de la hermosura y del amor . . .

GRATITUD

Señor Embajador de Cuba,
Cubanos que asistís a esta ceremonia:

La Academia Mexicana cumple jubilosamente la obligación de aclamar al más noble, al más inspirado y al más puro de vuestros héroes, y aprovecha esta ocasión para manifestar la imperecedera gratitud que siente por vuestra Patria. Hace cerca de cuarenta años y con motivo de las convulsiones que sacudían a nuestro país, cuatro miembros ilustres de esta corporación —don Federico Gamboa, don Salvador Díaz Mirón, don Francisco M. de Olaguíbel y don Antonio de la Peña y Reyes— tuvieron que abandonar el territorio de México y tocaron a vuestra puerta, en busca de hospitalidad. Los cuatro fueron recibidos con la palabra paz y ungidos con el óleo de vuestro amor. Federico y Paco, al evocar su penosa peregrinación, me decían que fué tan acogedora la recepción que les hicisteis, que nunca sintieron la impresión de encontrarse en país extranjero.

Cuando se apaciguaron las pasiones políticas, los cuatro académicos regresaron a México, pero se trajeron el recuerdo de Cuba en el sagrario de sus corazones.

Aparte de este tributo en nombre de la Academia, aceptad también un tributo especial mío, porque también recibisteis con los brazos abiertos, a José María Lozano y a Querido Moheno, compañeros míos de cuadrilátero, de aquel cuadrilátero que tanto ruido hizo hace cuarenta años en la historia parlamentaria de México. Los dos se unían a Olaguíbel para dar testimonio de vuestra gentileza y de vuestra hidalguía; pero quiero recordar en esta noche, un capítulo de la vida de Moheno que él contaba con voz ahogada por la emoción. El gran tribuno fué admitido como colaborador de planta en el "Diario de la Marina", y con la remuneración que cobraba por sus artículos, podía sostener a su esposa y a sus hijos. Como todos los desterrados de aquel tiempo, Moheno estaba profundamente resentido por las intromisiones del Departamento de Estado de Washington en los destinos de México, y algunos de sus artículos resultaban candentes requisitorias en contra del Presidente Woodrow Wilson. Eso dió motivo para que el Embajador de los Estados Unidos se quejara, y aquella queja puso en situación muy delicada al periódico. Si don Nicolás Rivero hubiera sido cubano, se habría reído de las protestas diplomáticas; pero había conservado su nacionalidad española y por aquella adhesión romántica a la Península, era un extranjero que no quería causarle molestias ni dificultades al gobierno de Cuba. Así pues, no hubo más remedio que suspender las colaboraciones de Moheno.

Cundió la noticia del incidente por toda La Habana, y en la noche, no cabían en la casa del exiliado, los cientos de personas que acudieron a manifestarle simpatía y a ponerse a sus órdenes. Los visitantes eran tan numerosos que chocaban los unos contra los otros, pues la apretura no les

permitía dar un solo paso. Cuando se hubieron ido y quedó sola la familia, Moheno quiso secarse la frente que tenía empapada de sudor, y al sacar el pañuelo, vió sorprendido que saltaban de su bolsillo, algunos billetes de banco. Registró sus otros bolsillos y encontró billetes de cinco, de diez, de veinte y hasta uno de cincuenta dólares, que sin que él lo advirtiera, le habían deslizado sus bondadosos visitantes. Cuando el gran tribuno contaba este episodio, tanto él como su abnegada esposa Mercedes estallaban en sollozos incontenibles.

Contaron aquel dinero y calcularon que con las donaciones anónimas, podían vivir dos meses durante los cuales era factible trazar sin nerviosidades ni impaciencias, el programa de una nueva vida; pero a la mañana siguiente, a primera hora, recibió Moheno la visita de un enviado de don Nicolás Rivero que le mandaba decir que si las circunstancias lo habían obligado a cortar sus colaboraciones, la caja del Diario estaba abierta para pagar semana a semana los artículos que ya no se publicarían. De esta manera, aquel hidalgo entre los hidalgos proveía al sostenimiento de un luchador sitiado por la angustia, por esa angustia que ahoga hasta la asfixia, a todos los que peregrinan fuera de la Patria.

¡Así eres, Cuba maternal y amparadora! Más hospitalaria que la sombra de tus palmeras y más dulce que las cañas que crecen en tu suelo, la estrella de tu bandera se destaca sobre un fondo rojo y hace pensar en un perpetuo amanecer. ¡Bendita seas entre todas las Naciones, y bendito tu vientre del cual emergió la gloria perenne de José Martí!

★ ★ ★

México Independiente

EN HONOR DE LOS NIÑOS HEROES

Este discurso no fué nunca pronunciado. El gobierno no me invitó a la ceremonia de colocación de la primera piedra del monumento que se erigió en el bosque de Chapultepec; y si me hubiera invitado, no habría podido asistir, porque precisamente el 13 de Septiembre de 1947, salí en avión con rumbo a España, a participar en las fiestas del IV centenario de Cervantes. A bordo del aeroplano escribí la oración que me inspiraron los aguiluchos.

Delante de los Niños Héroes, nos viene a la memoria la celebérrima estrofa de Salvador Díaz Mirón, llena de optimismo y orgullo:

"Erguido bajo el golpe, en la porfía,
Me siento superior a la victoria . . .
Tengo fe en mí: la adversidad podría
Quitarme el triunfo, pero no la gloria"!

¿Fué realmente superior a la victoria, el poeta vigoroso de "Lascas"? La estrofa es impecable, sus cuatro versos parecen cuatro flechas fulgurantes disparadas por el mismo Apolo; pero es muy difícil que la vida de un bardo se mantenga a la altura de su celestial inspiración. No es lo mismo burilar frases bellísimas, que rubricarlas heroicamente con una acción ejemplar.

Muchos escritores han procurado embellecer la inmortal pregunta de Cuauhtémoc: "¿Acaso estoy en un baño o deleite?" Les ha parecido más

elegante y poética, en esta forma: "¿Acaso estoy en un lecho de flores?" El esfuerzo de hermosear las expresiones del titán resulta pueril, porque lo grande del último emperador azteca no se encuentra en el corte parnasiano de sus palabras. ¡No! Lo sublime está en haber dicho lo que dijo, mientras sus pies se chamuscaban en la hoguera... Abundan aquellos que cincelan palabras de perdón; pero únicamente Jesucristo es capaz de sentir piedad hacia aquellos que lo habían crucificado . . .

Por eso, no hay que ser muy exigentes con Salvador Díaz Mirón; el poeta cumple su misión forjando cantos celestiales y, por lo mismo, sería un exceso pedirle que su acción se halle en el mismo nivel de su verbo prodigioso. Por otra parte, son muy contados aquellos héroes que no necesitaron de la victoria para comprobar su grandeza. Por lo general, es dicha victoria el índice de la superioridad. Alejandro de Macedonia se destaca fácilmente sobre el rey Darío de Persia, porque lo venció; y de igual manera se impone la grandeza de Aquiles sobre Héctor, la de César sobre Vercingetorix, la de Luis XI sobre Carlos el Temerario, la de Pedro el Grande de Rusia, sobre Carlos XII de Suecia . . .

Esa es la ley general; pero muy de lejos en lejos, aparece en la historia un vencido sublime que, al caer, le da una lección de grandeza a su vencedor. Ese es el caso de Leónidas en el desfiladero de las Termópilas; el de Mucio Scévola que voluntariamente pone su mano sobre la lumbre, para que sea carbonizada; el de Juana de Arco, en su bárbaro suplicio de Rouen... Esas contadísimas figuras son las que se colocan arriba de la victoria.

El mariscal Pildzusky, que contribuyó más que ningún otro polaco en la resurrección de su patria, emitió una vez la siguiente frase, que coincide con la expresión fulgurante de Salvador Díaz Mirón: "Ser vencido y no someterse: ¡esa es la

victoria!" En el héroe de Polonia fué verdad lo que dijo, porque cuando los alemanes lo aprehendieron y encarcelaron, no se quiso someter. Prefirió ser encadenado personalmente a aceptar que su patria siguiera cargada de cadenas. Y esa terca rebelión determinó su triunfo final.

De todos los ditirambos que se pronunciaron en favor de Simón Bolívar, ninguno puede tener el vigor de aquel informe que envió el Conde de Cartagena a España, en el que dijo que el Libertador era más temible después de una derrota, que después de haber ganado una batalla. Y en efecto: después de haber perdido en forma desairada la plaza de Puerto Cabello, resucitó con los alientos titánicos que se necesitaban para emprender aquel vuelo de cóndor (la campaña admirable, como se llama a la de 1813) que lo llevó de triunfo en triunfo, desde las cumbres de los Andes hasta la ciudad de Caracas. Tampoco se dejó aplastar por el desastre absoluto en La Puerta, en donde todos los soldados de la libertad fueron aniquilados. Cinco años después, Bolívar se desquitaba con la campaña de 1819, que iniciada en las márgenes del Orinoco, se iba a rematar luminosamente en Boyacá. Por eso, porque no se dejaba arrollar ni aplastar por la adversidad, demostró el Libertador que había vivido la estrofa rutilante de Díaz Mirón: ¡fué superior a la victoria!

En la historia de México, todos los mártires se han colocado en ese plano sublime en donde el éxito y el fracaso tienen un valor incidental; pero sobre todos ellos esplenden dos episodios excelsos, en donde se ve en forma evidente que los vencidos supieron derrotar a sus vencedores. Cuando Cuauhtémoc es llevado ante el conquistador Cortés, le pide encarecidamente que desenvaine el puñal que lleva en la cintura y se lo clave en el corazón. No pudiendo ya luchar, sólo tenía anhelo de morir. La forma patética en que Bernal Díaz del Castillo relata este episodio, pone de mani-

fiesto cómo lo conmovió aquella cátedra de grandeza.

El otro capítulo de nuestra historia que demuestra que las victorias militares resultan insignificantes al lado de las victorias morales, fué aquel en que seis niños lavaron con su sangre generosa todas las miserias y las vergüenzas de una guerra infortunada. Perdimos la mitad de nuestro territorio; pero con aquel sublime holocausto la patria recobró la fe en sí misma y pudo seguir hacia adelante. De la Barrera, Escutia, Suárez, Melgar, Montes de Oca y Márquez, forman desde entonces la más hermosa constelación de nuestro firmamento.

Los niños dieron sus vidas; y las dieron cuando fué más meritorio darlas, es decir, enfrente de las promesas embriagadoras de una alborada, delante de todos los dones que ofrece la primavera. Tenían derecho al amor, a la ilusión, a todos los espejismos radiantes del porvenir, y sin embargo, no lanzaron el más leve grito de protesta. Delante de la guillotina, el poeta André Chenier se llevó la mano a la frente y exclamó dolorosamente: ¡aún hay algo aquí! Aquella queja no podía ser más justificada, pues no hay derecho a estrujar una flor que todavía está cargada de perfume; no tiene perdón el crimen de cortar unas alas, en el momento en que se sienten más ágiles y potentes para dominar el espacio y remontarse al cielo...

En las frentes de los aguiluchos de Chapultepec, no había algo, sino toda la existencia. Aquellas corolas no habían extendido aún sus pétalos: se marchitaron antes de salir de la categoría de capullos. Y por eso, porque renunciaron cuando lo humano y lógico es reclamar; porque consintieron en apagarse cuando se tiene mayor derecho a resplandecer; porque aceptaron caer, cuando era más irresistible la atracción de las estrellas; por todo eso, el martirio de los Niños Héroes de Chapultepec, es el más alto de nuestros símbolos, el

más puro de nuestros paradigmas, la brújula que mejor orienta nuestra nacionalidad.

México conmemora en estos días el primer centenario del glorioso sacrificio, inaugurando un magno monumento a la memoria de los héroes. Y particularmente Nayarit, que rinde tributo a su Juan Escutia —originario de Tepic— con un bello parque y un bronce de Olaguíbel, para perpetuar la epopeya.

Los Niños Héroes —ellos sí— fueron superiores a la victoria, como lo son únicamente aquellos que anhelan arder y consumirse en las llamaradas de su propio ideal. Cuando los Césares romanos quisieron apagar la antorcha del Cristianismo, desataron un huracán de persecuciones contra los discípulos de Jesús; pero las víctimas, en vez de amedrentarse, persistieron heroicamente en defender sus creencias. El gobierno imperial extremaba su rigor y ellos respondían extremando el milagro de su fe. Y llegó el momento conmovedor en que, al ansia estúpida de matar, contestaron los cristianos con el deseo sublime de morir. Lo que se esgrimía como una cruel amenaza, era recibido por los adoradores del Evangelio como la más dulce y consoladora de las recompensas.

El que se resuelve a morir, se baña en luz —dijo una vez José Martí, el poeta libertador—. Y los seis aguiluchos se resolvieron a morir, y con esa divina resolución, convirtieron lo que hoy sería un recuerdo penoso, en título legítimo de gloria.

Al ver la fulgurante constelación de las seis estrellas, no lamentamos la tragedia que mutiló nuestro territoric. Dejaron de ser nuestras las riquísimas zonas que quedaban al Norte del Río Bravo; pero adquirimos una canción de gesta, un pedazo de leyenda, que se irá trasmitiendo de generación en generación, a través de los siglos... Ahora bien, los tesoros espirituales valen más que los bienes materiales. El precio del Quijote es más

alto que el de las reservas monetarias del Banco de España. El franco se ha desvalorizado en forma trágica; pero ni Juana de Arco ni el Caballero Bayardo se pueden desvalorizar. Hemos visto en las últimas semanas cómo Inglaterra ha perdido el dominio de la India; pero lo que ningún inglés consentiría en perder, son las tumbas del Duque de Wellington ni del Almirante Nelson.

Por eso, los mexicanos no recordamos el año de 1847 con el dolor con que se recuerdan las bancarrotas sociales; y si por un milagro irrealizable alguien nos ofreciera una zona territorial como la que nos fué amputada hace un siglo, con la condición de que se borraran de nuestra historia los nombres rutilantes de De la Barrera y Suárez, Melgar y Escutia, Montes de Oca y Márquez, tenemos la seguridad de que nadie aceptaría el trato.

El día en que el presidente Truman depositó una ofrenda ante el monumento de los Niños Héroes, se purificó el culto que les rendimos. Desaparecido el resentimiento contra los vencedores de ayer, sólo queda la lección moral de los cadetes de Chapultepec, que transformaron su sangre en gloria y convirtieron su poniente en la más radiante de las alboradas . . .

* * *

EL VERDADERO JUAREZ

UN DIALOGO CON LA SOMBRA DEL REFORMADOR

Los renglones que siguen no son de un discurso, sino de una fantasía que publiqué en "LA PRENSA", de San Antonio, Texas, hace un tercio de siglo. En aquel tiempo, no era yo un católico practicante: ahora si lo soy, pero continúo creyendo que la Revolución de Ayutla fué salvadora y que Juárez es uno de los hombres más grandes de México.

Creí encontrarme con un ídolo y me encontré con un hombre. Esperé hallar un Juárez "frío como un cálculo algebraico, incomprensible como un dogma, indescifrable como un presentimiento"— que dijera lapidariamente José María Lozano. Y lo hallé con alma diáfana y riente, sin grandes complicaciones, y agitado por el soplo tempestuoso de las pasiones humanas.

—Vuestra generación —así me habló con tono de resentimiento el gran Reformador—, ha ido haciendo abstracción de mi personalidad, hasta convertirla en símbolo. Ya no se me considera como un simple mortal, con el corazón saturado de dudas, y el pensamiento lleno de ideas contradictorias. Figuro ante la posteridad, como un ser excepcional que consumió su existencia en un pro-

pósito único. Se me juzga insensible, inmune al halago, anestesiado para los más hondos afectos. Mis panegiristas me pintan falto de variantes y de matices, con la monotonía aburrida de un desierto... una vida recta, sin la más leve desviación; firme, sin la más insignificante debildad.

Y no fuí yo así. Fuí por lo contrario, humano en todos mis actos, pues mi alma estaba pletórica de ideas encontradas, y mi carácter sufrió el tormento de las vacilaciones y los destanteos. Pero no se quiere ver en mí a un hombre, sino una estatua. Las gentes han dado en decir que fuí de bronce y únicamente de bronce. De bronce se exhibe mi frente que jamás se arruga, mi pecho que nunca se ensancha, mis manos que no se han estremecido; y bajo una armadura metálica, se me ha condenado a no moverme, prisionero de mi carácter, encerrado siempre detrás de una mueca paralizada.

Tal como la mayoría de los jacobinos me concibe, no puede haber mayor monotonía en mi personalidad. Una figura hecha con trazos geométricos, que puede ser dibujada con escuadra, regla y compás.

Tres o cuatro episodios más o menos heroicos, en los que aparezco siempre en la misma actitud impasible, con el mismo gesto hierático y murmurando el consabido apotegma: "El respeto al derecho ajeno es la paz".

Aparte de que reclamo un poco más de vida y de ensueño, considero peligroso idealizar mi recuerdo con una ficción hecha artificialmente. Cualquier terco se puede plantar en tres o cuatro principios abstractos y reclamar de este modo la gloria de la posteridad. Eso no fué lo que hicimos en la lucha de la Reforma. Sin esclavizarnos a la multitud, tampoco le impusimos nuestros caprichos; poco a poco fuimos adaptándonos a las circunstancias, preparamos el terreno, con paciencia, y solo cuando sentimos la impresión de pisar te-

rreno firme, nos lanzamos a la aventura de darle Instituciones a México. Al principio, avanzamos muy lentamente para no provocar reacciones perjudiciales; pero luego, cuando ya no se podía retroceder, entonces, solo entonces dimos el paso definitivo hacia la libertad.

Clavé mis ojos sobre Juárez y sentí una honda emoción al ver en su bronce, la palpitación sagrada de la vida; y comprendí que ser hombre era superior a ser mito. Luego, le pregunté:

—De manera señor, que vos también supisteis de inquietudes...

—Con ellas se llenó mi vida.

—¿Y sufristeis dudas?

—En haberlas vencido estriba mi mayor orgullo. Dudé al renunciar a la carrera del sacerdocio; dudé luego al afiliarme en el Partido Liberal; dudé al entrar en la Revolución de Ayutla; dudé al recoger la bandera que cayó de las manos de Comonfort; y por último, dudé al separar a la Iglesia del Estado. Cada uno de estos pasos significó un horrible conflicto entre las rutinas sembradas en mi espíritu por una educación deficiente y el anhelo fervoroso de favorecer a mi pueblo. ¡Ah, si no hubiera dudado, qué fácil habría sido mi vida! Por lo contrario, fué un esfuerzo continuo, una lucha que no cesó un instante. Aquellos que pintan mi carácter como vaciado de un golpe en bronce, me hacen un flaco servicio porque me niegan la cualidad de que más me enorgullezco: la de haber sido el obrero de mí mismo en la depuración constante de mi vida. Mi carácter no fué el bloque inmenso de granito que incrusta Dios en una montaña para que nadie lo mueva. ¡No! mi formación moral fué la de todos los seres humanos: con infinidad de terrones sueltos colocados los unos sobre los otros, construí mi muro inexpugnable; con mil debilidades cincelé mi fortaleza; con las dudas, vacilaciones, enmiendas y

arrepentimientos de la vida diaria, edifiqué mi voluntad.

Al escuchar estas ingenuas confesiones me sentí más cerca del Reformador y lo admiré más que nunca. El siguió hablándome de la siguiente guisa:

—Otra de las cosas que me atribuyen es haber seguido servilmente la corriente popular; se ha dado en decir que fuí el instrumento ciego de masas violentas.

—Entonces, ¿No estuvo el pueblo mexicano de vuestro lado?

—Si lo estuvo, pero no espontáneamente sino urgido por circunstancias premiosas. Apoyó lo que hice, cuando ya el asunto no tenía remedio. En el momento de obrar —debo confesarlo sinceramente— no conté sino con una pequeña pero entusiasta minoría. Fuí demócrata en el sentido de trabajar por el pueblo, pero no en el de seguirlo en sus desorientaciones y extravíos. ¿Y qué mérito puede haber en el gobernante que se deja arrastrar por la corriente general? Eso sería facilísimo. En cambio, enfrentarse con la opinión pública cuando no tiene razón, combatirla cuando está en un error, quedarse aislado porque el deber así lo proclama, hacer todas estas cosas difíciles es lo que constituye el arte de gobernar.

Don Benito hizo una pausa y luego continuó sus reflexiones:

—¿Cómo suponer que el pueblo mexicano fanatizado por 300 años, iba a aceptar de pronto la separación entre la Iglesia y el Estado? Y sin embargo, fué necesario hacerlo, tan necesario que después de mi muerte, los mismos que siguen clamoreando contra las Leyes de Reforma, ya no se atreverían a derogarlas todas. Si al Clero se le ofreciese otra vez la unión con el Estado, no la aceptaría. Ese es mi triunfo, haber hecho una cosa que mereció la confirmación del futuro. ¡Qué

ardua fué la empresa! ¡Cuántas responsabilidades entrañó! ¡Qué temor llegué a sentir de que todo terminase en un colosal derrumbamiento! Siempre tuve fe en el éxito final; pero no la fe segura, y por segura escasa de méritos, sino la fe atormentadora que flota sobre un mar encrespado de dudas.

Yo oía la palabra del Benemérito cada vez más cálida y convincente; se iba volviendo más humano y temblaba milagrosamente el bronce de su faz, mientras que su frente esplendía con un tumulto de pensamientos.

Y agregó Juárez: —no fué la Guerra de Reforma una lucha de titanes, sino una contienda de hombres. Hombres puros, buenos y fuertes; pero hombres nada más. Se dice que fuimos "líneas rectas" y no es cierto, pues nos torturaron todas las sinuosidades de la vida. Solo tuvimos una cosa extraordinaria, que nos alegraba en los momentos tristes, que nos levantaba cuando caíamos, y que a la hora del triunfo, en vez de conformarnos con la victoria, nos arrojaba a nuevas luchas preñadas de peligros; era el Ideal. No había en mi derredor interés de medro material; se trataba únicamente de servir a la Patria, y quizás por ello, nuestras pupilas columbraron claramente el porvenir.

Bajo la forma idolátrica no debe persistir el culto juarista. Bien está que al principio, para contrarrestar la poderosa campaña de los tradicionalistas irreconciliables en mi contra, se haya acudido a la exageración. Enfrente del fanatismo ultramontano se tenía que poner el fanatismo rojo. Pero pasados los años y enfriadas las pasiones, no hay motivos para insistir en esos apasionamientos que evitan la congregación definitiva de la nacionalidad mexicana.

La Guerra de Reforma fué a muerte: uno de los bandos tenía que sucumbir. Yo sufrí intensamente con aquella campaña implacable, porque mi corazón no era de piedra, como suponen algunos

de mis admiradores, sino de carne que se encogía y estiraba con el dolor humano. Luché como un hombre y no como un dios, y por eso mis energías se tuvieron que centuplicar en los días de prueba.

Vencí... pero no es mi victoria lo que me ufana, sino verla ratificada unánimemente hasta por mis enemigos. Ellos siguen atacando el nombre de Juárez, porque lo consideran un símbolo adverso. Hacen bien. El día en que se quite a mi personalidad el carácter duro de la deidad enemiga, todos se inclinarán ante mi recuerdo, como se inclinan ya ante la Constitución de 1857, que fué mi oriflama de guerra.

¿Por qué odiar más al abanderado que a la bandera? ¿Verdad que eso es un contrasentido? Desde el momento en que los herederos del viejo Partido Conservador se sometieron al Código de 1857, ya no pueden tener motivo de querella con el Juárez auténtico. Odian, sí, al otro Juárez, al rígido, al inmutable, al Juárez legendario que tiene paralizados hasta los faldones de su frac.

Calló por un momento don Benito, y luego expresó su deseo vehemente de que se formase la historia verdadera de su tiempo. Yo querría —dijo con visible emoción— que desapareciera ese Juárez falso que alienta en tanto libro para dejar lugar al recuerdo exacto de lo que fuí. Anhelo que un historiador me desprenda de la coraza de bronce que me anonada, que ausculte mis pasiones y mis defectos, mis debilidades y mis pequeñeces, para que sobre ese marco humano, esplendan mejor mis trabajos y mis luchas por la libertad. Que me liberte de esa inamovilidad tradicional en que estoy enclaustrado desde hace medio siglo, y me eche a andar en la Historia, tal como Carlyle y Vandal han echado a andar, en sus páginas ardientes a Cromwell y a Napoleón.

Ya estoy hastiado de mi prestigio de bronce. Yo no quiero ser un ídolo sino un hombre. Durante 50 años he estado momificado, sin alteraciones

visibles, como los arenales del Sahara; sin rugosidades, como un mar congelado. Casi estoy por decir que entre el odio de los conservadores y la admiración fanática de mis panegiristas, me quedo con el primero.

Creí ser oportuno diciendo al Reformador:

—Ya Bulnes empezó la crítica de vuestra personalidad.

Sonrió don Benito, y dijo:

—El Juárez que Bulnes quiere hacer pasar por verdadero, es más falso que todos los falsos Juárez engendrados por la retórica jacobina. Así como a mis admiradores fanatizados, los mueve un amor imaginario, así también a Bulnes, lo mueve un odio netamente artificial. No hubo en él amor a la verdad ni afán de darle a mi personalidad histórica el lugar que le corresponde. Se limitó a arrojar lodo sobre mi estatua, a querer destruir mi bronce, no para sustituirlo por una figura humana, sino por un muñeco frágil de barro. Naturalmente, el pueblo en un momento, hizo añicos al Juárez quebradizo de Bulnes y siguió prosternado ante el Juárez monumental moldeado por la ciega admiración jacobina.

El odio puede perjudicar al Juárez auténtico, pero no al Juárez jacobino. Cada diatriba provocará una loa, y así en derredor de mi recuerdo seguirán bullendo el amor y el odio, en lucha irreconciliable. Se necesita que rectifiquen los liberales; pero que rectifiquen también los conservadores.

Así pues, quien humanice mi figura en la historia, no será un espíritu disolvente sino constructor. Enfrente de los que me atribuyen la insensibilidad heroica del bronce, es pueril intentar difundir la tesis de que fuí más quebradizo que el barro.

—Ni de barro ni de bronce, sino de carne y

hueso —concluyó Juárez,— mírame como soy, y dile a tus contemporáneos que así fuí en mi época, llena de azares y de tormentas.

Y lo ví humano, profundamente humano. Sus cabellos lacios que en todos los retratos aparecen planchados sobre su frente, se agitaban alterados e inquietos; temblaban la solapa y los faldones del frac al golpe de los vientos; y la banda presidencial, que en todas las estatuas, parece acorazar su pecho, se movía levemente con las sístoles y diástoles de su corazón.

Sentí confianza hacia él y quise estrecharlo sobre mi pecho en un abrazo de hombre a hombre; pero fué en vano; al pretender tocarlo, mis manos hirieron el vacío, y advertí que solo había hablado con una sombra.

* * *

IGNACIO ZARAGOZA

Panegírico pronunciado la noche del Cinco de Mayo de 1921 en la fiesta que organizó la Pan American Round Table, en la ciudad de San Antonio, Texas.

Señoras y Señores:

Esta conmemoración del Cinco de Mayo tiene para los mexicanos que vivimos lejos de la Patria, un encanto doble: ha sido organizada por damas y ellas son extranjeras. El templo cívico ha sido decorado por manos femeninas, y por eso el altar del paladín se yergue triunfalmente sobre el plinto marmóreo de la gracia. La evocación heroica, que siempre es conmovedora, al hacerse fuera de México y por elementos extranjeros, toma las proporciones austeras de un rito religioso. Ya lo dijo Alfonso Karr con palabras inmortales: "Sólo sabe lo que es Patria, el que ha vivido lejos de ella".

Rosas de vergeles extraños: ¡qué bién perfumais el pedestal de Zaragoza! Incensarios de templos que no son los nuestros; ¡qué dulcemente envolvéis con vuestra humareda azul los perfiles severos del capitán! Cirios destinados a quemarse en aras de Washington y Lincoln; ¡con cuánto placer os miro arder en honor de nuestro héroe! Clarines que no sois mexicanos: ¡qué bién vibra y retumba en vuestro metal extranjero la diana tremante que saluda al vencedor de los franceses!

Hace unos cuantos días que el Presidente Harding, en nombre de ciento diez millones de norteamericanos, se inclinaba reverentemente ante la estatua de Simón Bolívar. Y al ver este homenaje simbólico, se me figuró que la bandera enclavada hace cien años, sobre la nieve de los Andes, por el héroe de Boyacá, había crecido fabulosamente, hasta extender su orgulloso flamear por encima de la catarata del Niágara... ¡Cómo son bellos los héroes que se salen de sus patrias e imponen su culto en tierras extrañas! Así también se empieza a imponer, fuera de México, el culto de Zaragoza. Aún no lo recibe en el extranjero oficialmente un Jefe de Estado; pero en cambio, un coro de matronas gentiles tapiza su senda, con un holocausto de laureles y lo saluda golpeando el aire con la gloria de sus tirsos florecidos . . .

* * *

Nosotros, los mexicanos, agradecemos intensamente este agasajo porque Zaragoza fué el milagroso forjador de la epopeya que ha desparramado más júbilo sobre nuestro pueblo, y también porque es el más mexicano de nuestros héroes. Vino al mundo en la zona septentrional que fué arrancada de México hace tres cuartos de siglo. De seguir adherido a aquellas tierras desmembradas, tenía que extranjerizarse. Pero como estaba identificado con el alma nacional, al tener que elegir entre la Patria grande y la Patria chica, prefirió decirle adiós a las comarcas que lo vieron nacer, para seguir siendo mexicano. Fué como aquellos alsacianos, que después de 1871, se despidieron llorando de Alsacia, porque no querían dejar de ser franceses. Y procurando compensar a México, del dolor que le causara la amputación de su territorio, Zaragoza dedicó su vida entera a mantener la cohesión y la integridad de la República.

Y abrazó la carrera de las armas, como si fuera el más elevado sacerdocio. Parecía desprendido de la Corte legendaria del Rey Arturo, en donde le hubiese enseñado el culto de la hidalguía

el propio caballero Parsifal. No descendía de la estirpe de bronce de los Césares y Alejandros, que empapan sus laureles en la sangre de los pueblos subyugados, y hacen rodar sus carrozas triunfadoras sobre un dolorido pavimento de espaldas abatidas, Zaragoza, como Milciades y Guillermo, Tell, como Bolívar y Garibaldi, cumplía una misión más elevada: la de libertar. Jamás le asaltó la tentación de llegar al solio, y por eso no fué ducho en urdir tragedias sino en realizar epopeyas.

Precisamente porque Zaragoza fué un hombre puro, satisface verlo cruzar las fronteras mexicanas y llegar al exterior como un representativo de nuestra nacionalidad. Otros héroes, quizás de mayor relieve que Zaragoza, correrían el riesgo de no ser comprendidos en extrañas tierras, por que necesitan forzosamente de nuestro medio agitado y convulso, para que se disculpen sus defectos y se aquilaten sus cualidades. Hay montañas, que para destacarse con toda majestad, necesitan del contraste brusco del precipicio; hay plantas, que solo crecen en tierras áridas; y hay flores que solo en el encanto sombrío de la noche, saben perfumar... Así también hay héroes mexicanos que requieren los precipicios, las arideces y las tinieblas de nuestro pasado para verse grandes. Contemplados desde lejos, y sin tener en cuenta las rugosidades épicas de nuestra historia se miran tan desproporcionados como se verían Aquiles y Odiseo, si fuesen desprendidos de las rapsodias homéricas, y colocados en una sala del Renacimiento, o en uno de los jardines de Versalles. Ante el criterio trunco de los extranjeros, muchos de nuestros enérgicos parecen impulsivos; los metódicos pasan como rutinarios; los justos como crueles; los libertadores como demagogos; los fuertes como tiranos. Zaragoza es de los pocos que no corren peligro de ser mal comprendidos porque su figura inmaculada se perfila luminosamente en cualquier horizonte. El Destino lo ungió con el talismán de la Victoria, y se limitó en la vida a ser un triunfador de triunfadores. Su biografía

tiene la elocuencia magna de la síntesis, es breve como un canto, y cabe en las siguientes palabras: en Silao y Calpulalpam, al lado del bizarro González Ortega, derrotó a Miramón, el invencible de México, y en Puebla, el 5 de Mayo, derrotó a los franceses, los invencibles del mundo.

A eso se redujo su existencia: luchar por la libertad y vencer. Murió sin ser derrotado: esa es su aureola. Los demás héroes de México, después de embriagarse con la victoria, han llegado con paso doliente al ocaso y algunas veces al martirio. El Padre Hidalgo asistió al desmoronamiento de sus legiones en el Puente de Calderón; Morelos vió eclipsarse su estrella en Puruarán; y lo mismo Guerrero e Iturbide, Comonfort y Degollado, González Ortega y Porfirio Díaz: todos sufrieron amarguras y desesperanzas. ¡Héroes atormentados que como las cariátides de los templos góticos, sostienen con gesto dolorido el peso de la Patria! ¡Sólo Zaragoza, como cariátide griega, sonríe perennemente porque lo envuelve el éxtasis de la victoria. Cayó de pie, —como decía Vespasiano que debían caer los emperadores. Por eso es tan diáfano su prestigio; por eso es indestructible su leyenda!

★ ★ ★

Un francés me decía en alguna ocasión con cierto dejo de ironía agresiva: "Si nosotros fuéramos a celebrar los aniversarios de batallas como el Cinco de Mayo, no dejaríamos un solo día del calendario sin organizar una fiesta. ¿No cree Usted, —me preguntaba intencionadamente— que fueron más importantes que la victoria del General Zaragoza, los triunfos de Condé y Turenne en el siglo XVII? ¿Y los combates napoleónicos? ¿Cómo comparar el descalabro de Lorencez con la batalla clásica de Rívoli, o el episodio homérico del puente de Arcola? ¿Es usted tan apasionado que vea esplender más gloria de los cerros de Loreto y Guadalupe, que del campo nevado de Austerlitz?

Y sin embargo, —contesté entonces y ratifico

ahora— los franceses no recuerdan la epopeya napoleónica como algo vital para Francia, y los mexicanos sí rememoran el Cinco de Mayo como algo fundamental para México. La técnica militar no tiene nada que ver con el amor de las muchedumbres. La primera condición que debe llenar una fiesta nacional es merecer el nombre, es decir, ser nacional. Puede haber en la historia de México, batallas más bien meditadas que la del Cinco de Mayo; pero el pueblo no les hace caso, porque no se jugaron en ellas los destinos de la República.

En Francia, no se desarrolló ningún plan estratégico para tomar por asalto, la prisión de La Bastilla. Fué una jornada de escasa importancia, y tal vez un disparate, desde un punto de vista militar; pero... ¿cómo convencer a los franceses de que es más gloriosa la batalla de Marengo que el 14 de julio? La acción napoleónica es muy importante para los técnicos; pero la destrucción de La Bastilla, es algo que conmueve a toda Francia.

En la historia de México ha habido infinidad de ocasiones en que la inteligencia y la voluntad de la raza, han fulgurado con mayor intensidad que en el Cinco de Mayo y hasta que en el 16 de Septiembre. Allí está el suplicio de Cuauhtémoc como la manifestación más fuerte del carácter nacional; allí está el perdón de Bravo, como prueba sublime de hidalguía máxima; allí están los cadetes de Chapultepec, lavando con su sangre virgen una guerra pletórica de tristezas y vergüenzas; allí, por último está Leona Vicario, paseando como Andrómaca sus amores, por encima del estruendo de la guerra, y además embelleciéndolos con la pasión divina de la libertad. ¿Y acaso vamos a pretender celebrar los aniversarios de estos hechos bellos, en donde culminaron las cualidades de la Nación?

El pueblo admira a Cuauhtémoc, ama a Bravo y venera a los niños héroes; pero no les consagra un día nacional. ¿Por qué? Porque si todos

los heroísmos sirven para demostrar la grandeza de la Patria, el 5 de Mayo sirvió para algo más: para salvar su vida. El instinto de las multitudes siempre acierta. Parece, en ocasiones, que el pueblo es caprichoso al escoger sus ídolos y construir sus altares; pero si se examinan a fondo todos los cultos, se encuentra en ellos, la condensación de grandes ensueños, el vértice dorado de una sublime aspiración.

★ ★ ★

Hace apenas diez años, cuando vivíamos en plena paz, no podíamos comprender la situación de México en 1861; pero hoy, después de las convulsiones que han sacudido al país, sí es fácil reconstruir aquellos escepticismos. La revolución encendida en 1910, al desbaratar muchas ilusiones, nos ha puesto en contacto, con el México vacilante y desconfiado de las guerras intestinas. En 1861, como hoy, la República estaba destruida y desacreditada; hoy como entonces se afirma en el extranjero que estamos incapacitados para la vida civilizada; y entonces como ahora se habla de intervenciones políticas como único remedio para reorganizar el país. Pero la situación de nuestros abuelos era más triste aún que la nuestra, porque en medio siglo no habían logrado ver un gobierno institucional estable. Nosotros tenemos el recuerdo de los 30 años de Porfirio Díaz para probar que sí podemos gobernarnos sin intervenciones extrañas, y que sin ellas hemos sido buenos obreros de la civilización.

Entonces no había este recuerdo que es una consoladora esperanza. Por eso hubo altos pensadores y soldados de vida intachable que aceptaron el desastre mexicano como un hecho irremediable y se inclinaron ante el invasor. Gran parte de la sociedad los siguió en sus pasos extraviados y nuestro país estuvo a punto de morir entregado por sus propios hijos.

Atrás,... la guerra civil crónica, los cuartela-

zos constantes, la tristeza inenarrable de la guerra de 1847, en la que un ejército de diez mil hombres logró hacer capitular a todo un pueblo. Por eso, ante el anuncio de que los vencedores de Magenta y Solferino, "los primeros soldados del mundo," —como se decía entonces,— avanzaban sobre México, la generalidad se preparó a ver desaparecer la soberanía de la Patria.

El Presidente Juárez se mantuvo firme en su puesto, y se extendió por el país una gran expectación. ¿Quiénes eran los audaces que no se acordaban de los desastres de Cerro Gordo y Churubusco, de Padierna y Molino del Rey, que así se atrevían a enfrentarse con un ejército superior al del general Scott? La sola resistencia llenó de pasmo a la República que se incorporó para ver al héroe. Unos miraron a Zaragoza con curiosidad, otros con esperanzas, otros con miedo; pero todos lo miraron, y en su persona se concentró el carácter nacional. Un calosfrío grandioso sacudió al país que esperaba algo tremendo que cambiase el curso de los acontecimientos. Las gentes estaban conmovidas, suspensas, con los ojos clavados en Zaragoza, como si de él dependiera la marcha de los tiempos. Así también debe haber mirado toda Grecia a Milciades, en los días precursores de la batalla de Marathón!

El Cinco de Mayo empezó a circular por todo México la noticia inmensa: Zaragoza había derrotado a los franceses. En unas cuantas horas lo supo el país entero, y todos los mexicanos se pusieron de pie para celebrar el milagro. "Las armas nacionales se han cubierto de gloria", —dijo el héroe,— y al influjo de sus palabras, resucitaron las energías del pueblo. La victoria fué una inyección sublime de fe, la primera fe que entraba en el alma de la República desde la victoria sobre el general Barradas. Los mexicanos recogieron el triunfo como suyo, y gritaban llenos de júbilo: "no somos tan débiles, no estamos tan disgregados, somos algo en la vida del mundo". Es que

Zaragoza en Puebla no solamente derrotó a los franceses sino también a la apatía y a la desesperanza, que tenían estrangulada a la nación.

★ ★ ★

Aún vivían todos los protagonistas del Cinco de Mayo, y ya se relataba la epopeya como si fuese un episodio inverosímil de otra edad. Se ha grabado en mi memoria con caracteres rutilantes, la descripción de la batalla, hecho una vez sobre los cerros de Loreto y Guadalupe, por uno de los supervivientes de la vieja guardia. Era un veterano sencillo y de pocas palabras, que se limitaba a precisar los sitios memorables y las fases del combate... "Allí estuvo Zaragoza; en aquella planicie atacó la caballería del General Negrete; sobre aquel alto crestón dispararon los cañones de Santiago Tapia; desde aquella escarpadura se desprendió la brigada de Porfirio Díaz..." Todo esto lo decía pausadamente, sin alzar la voz; y sin embargo, algo grande bullía en el alma del veterano, que lo hacía desprenderse del mundo. A medida que hacía la evocación, se iba transfigurando prodigiosamente: sus ojos ardían con resplandores de incendio; su boca temblaba como la de un profeta; sus gestos parecían los de un homérida; y hasta su voz grave y monótona, de repente cobraba tonalidades sinfónicas, como si en ella se fundieran todos los ruidos de la batalla. Por obra de un milagro inmenso resucitaba el pasado, para hacernos comprender el milagro realizado por Zaragoza: el de la resurrección de la Patria.

Pero el pasado ya ha acabado de pasar. Todavía hace diez años se miraba en los desfiles militares de México a algunos ancianos de cabellos blanquecinos que llevaban en el pecho una condecoración que los señalaba como compañeros de Zaragoza. Dentro de poco tiempo, los últimos héroes habrán desaparecido y ya no se podrá beber la frescura del romance en la fuente original. Entonces, las nuevas generaciones, procurarán oír la voz de los que tuvimos la fortuna de hablar con

los veteranos. Y después, cuando nosotros hayamos muerto, sólo quedará la leyenda, la gloriosa leyenda que se trasmitirá de generación en generación, como crónica de gesta. Y al paso lento de los años irá perdiendo en precisión, pero ganando en belleza. Se confundirá lo real con lo ideal y se hablará del Cinco de Mayo como de un trabajo de Hércules o de una hazaña de Teseo; y se mirará a los paladines de la batalla, ascendiendo siempre en una niebla de oro, hasta aparecer cabalgando sobre celajes de aurora; y en medio de ellos se destacará Zaragoza, como uno de aquellos taumaturgos de la antigüedad, que tienen los pies clavados sobre la tierra, pero que reciben en su inspirada frente la caricia radiante de los astros . . .

★ ★ ★

"Señoras de la Pan American Round Table:"

Os damos las gracias por vuestra fiesta. Nos habéis dispensado la alegría de glorificar a uno de nuestros penates predilectos, y ya procuraremos algún día corresponder a la fineza de vuestro agasajo. Si vosotras habéis honrado a nuestros héroes, lo gentil y caballeresco de nuestra parte es honrar a los vuestros. Las flores que hoy volcáis sobre las aras de Zaragoza, nosotras os las debemos devolver sobre los altares de Washington y de Lincoln.

Y lo haremos, sí, lo haremos alguna vez en nuestro México. Ramas de encina de nuestros bosques, frescos laureles de nuestros trópicos, palmas inmarcesibles de nuestras sierras... todo eso hemos de llevar un día al templo de vuestros penates. Y colocaremos en los altares vuestra bandera, una bandera especial improvisada con las flores más bellas de nuestros jardines: con pétalos de campánulas y hortensias, se formará un fondo azul, sobre el cual se colocarán 48 gardenias que representarán vuestras 48 estrellas; y luego, se dibujarán las barras rojas con hileras encendidas de mirtos y amapolas, y las barras blancas, con fragantes guirnaldas de lirios y azucenas . . .

Y haremos todavía algo más: encomendaremos este trabajo adorable, a nuestras madres y a nuestras hermanas, a nuestras esposas y a nuestras hijas, para que la glorificación de Washington y Lincoln tenga el mismo encanto femenino con que vosotras habéis ungido esta festividad. Así será como pagaremos el homenaje que habéis rendido hoy a Zaragoza.

* * *

LA AVENTURA DE NAPOLEON III EN MEXICO

Charla sostenida en el Teatro Manhattan, de New York, la noche del 5 de Mayo de 1934.

Señoras y Señores:

Frente a un auditorio compuesto en su abrumadora mayoría por personas que no nacieron en México, ni han vivido allá, ni siquiera lo han visitado, mi plática de esta noche no debe ser un himno apasionado en honor del General Ignacio Zaragoza. Ante oyentes cosmopolitas, mi obligación consiste en presentarles el drama en que se vió envuelta mi Patria, hace tres cuartos de siglo, y puntualizar las relaciones que dicho drama tiene con la Historia Universal y muy especialmente con los destinos de América. Por eso, en vez de invadir la jurisdicción de la poesía épica, prefiero charlar con la mayor sencillez posible. Conceptos claros en lugar de metáforas fulgurantes. Quiero dejaros la impresión de que en la batalla que se libró frente a los muros de la ciudad de Puebla, el Cinco de Mayo de 1862, se salvaron no tan solo el honor y la soberanía de México, sino la seguridad de todos los pueblos del Continente.

Temo aburriros con unos antecedentes históricos, pero los juzgo indispensables para la mejor comprensión de la aventura napoleónica. En

1854, estalló la revolución de Ayutla contra la dictadura del General Santa Anna, que fué derrocado el año siguiente; y los vencedores, fieles a las promesas que le habían hecho al pueblo, procedieron a darle al país una nueva Constitución que fué promulgada el Cinco de Febrero de 1857. La nueva Carta no fué del agrado de las clases tradicionalistas, quienes contestaron, primero con protestas verbales, luego con insinuaciones de insurgencia, y finalmente, con un pronunciamiento de carácter militar que acaudilló el General Félix Zuloaga. En medio del pasmo general, el Presidente Ignacio Comonfort —que había sido el caudillo mayor de la revolución de Ayutla— olvidándose de su pasado glorioso, secundó la revolución contra su gobierno, dió un golpe de Estado y derogó la Constitución que él mismo había puesto en vigor. El episodio fué tan estrafalario y absurdo, que justifica el chiste cruel de que los mexicanos, cuando no tienen contra quién pronunciarse, se pronuncian en contra de ellos mismos.

La primera víctima de Comonfort, fué él mismo, que tuvo que salir del país a los cuantos días. Dejó una situación caótica y el vice-Presidente, Benito Juárez izó la bandera de la Ley y comenzó a pugnar por el restablecimiento del régimen constitucional. La lucha duró tres años, y aunque en 1858 y 1859, los hados fueron propicios a los Conservadores, la contienda se liquidó en 1860, con el triunfo de los liberales en las batallas decisivas de Silao y Calpulalpan.

Sin embargo, aquella victoria liberal, en vez de resolver la contienda, la multiplicó en proporciones gigantescas, porque lo que había sido una guerra civil, se iba a convertir en un conflicto internacional, más todavía, en una lucha tremenda entre América y Europa. Los vencidos en Calpulalpan no se resignaron con su derrota y quisieron desquitarse. Eso no debe asombraros porque lo mismo sucede en todos los países de hispanoamérica. Desde el río Bravo hasta la tierra del

fuego, todos los derrotados se quieren desquitar y esa es la tragedia interminable del Nuevo Mundo. En mi país y en relación con uno de los Estados más simpáticos y pintorescos, circula este refrán: "Jalisco nunca pierde, y cuando pierde arrebata". Pues bien, desde México hasta la Patagonia, cuando el triunfo no se consigue con la razón, se procura obtenerlo con un zarpazo.

Pero... ¿Cómo podían los Conservadores dar el zarpazo, cómo iban a arrebatarle su evidente victoria a don Benito Juárez? De una manera muy sencilla: consiguiendo la ayuda de alguna o algunas potencias europeas. Pero... ¿Era eso posible? Sí, fué posible por que se encontraba en el trono de Francia Napoleón III, un hombre de fantasía exaltada, enamorado del azar, capaz de lanzarse a las empresas más desconcertantes. Era sobrino del Capitán formidable de la campaña de Italia, y aquel lazo de parentesco estrecho, lo empujaba a cultivar ilusiones peligrosas y proyectos inverosímiles. Su juventud había sido incierta, irregular, llena de vaivenes y de inquietudes, y eso lo impulsaba a navegar de quimera en quimera. Conjugando la realidad con el ensueño, había sido electo diputado en 1848, y luego, presidente de la República Francesa. Tres años después, se había jugado el todo por el todo, y con un golpe de audacia, convirtió su investidura constitucional en la Corona del Imperio. Todas sus aventuras le habían salido bien. ¿Por qué no emprender una aventura más que lo aproximara a las proezas legendarias del héroe de Marengo y Austerlitz?

Víctor Hugo, que nunca le perdonó el golpe de Estado del dos de diciembre de 1851, escribió un libro intencionado con el título cruel de "Napoleón el Pequeño"; y era tan grande el prestigio del gran lírico de "Les Rayons et les ombres", que el género humano aceptó como "res judicata" que el menor de los Bonapartes era un personaje insignificante. Pero... ¿lo era en realidad? Si nos atenemos a los trece primeros años de su gobierno,

se impone rectificar la sentencia condenatoria de Víctor Hugo, porque cuando Luis Napoleón se hizo cargo de los destinos franceses, su país ocupaba el sitio de tercera categoría en que lo habían dejado las potencias coligadas de Europa, después del desastre de Waterloo. Napoleón III sacó a Francia de aquella situación desairada, y tras una década de régimen constructor, la había vuelto a poner en el mapa, como la potencia central de Europa. París volvió a ser la capital del mundo y la Cancillería Francesa, por su decisión y energía, volvió a inspirar respeto en el Viejo Mundo. En cuanto a obras administrativas, el país se llenó de vías férreas y carreteras. París fué modernizado con amplios boulevares y palacios suntuosos; se multiplicaron el comercio y la industria y Francia comenzó a ser la banquera del mundo. ¿Y el ejército? Basta recordar las batallas de Magenta y Solferino, para inferir que los soldados franceses habían vuelto a ser considerados como los primeros del mundo.

Entonces, ¿dónde está la pequeñez? La falacia de Víctor Hugo reposa sobre la injusticia de comparar a Napoleón III con el Aguila Imperial. La llamo injusticia porque el paralelo con el mayor de los Bonapartes, solo lo resisten Alejandro, Julio César, Aníbal y Carlomagno. Igualmente, sería indebido llamar pequeño a cualquiera de los Federicos porque no llegó a la altura del titán de la Guerra de Siete años. De acuerdo con la equidad, cuando se quiere fijar la estatura de un gobernante, no hay que parangonarlo con las cumbres máximas de la historia, sino con los demás Jefes de Estado de su tiempo. Ahora bien, si se compara a Napoleón III con Victoria de Inglaterra o Isabel II de España, con Nicolás I de Rusia o Víctor Manuel II de Italia, con Francisco José de Austria o Leopoldo I de Bélgica, lejos de resultar un enano, se destaca como la figura central del Viejo Mundo.

En una ciudad provinciana de México, vivía un abogado muy presuntuoso y de color moreno

algo subido que firmaba sus demandas y alegatos con el nombre de Licenciado Modesto Rubio, y el buen humor de sus coterráneos le colgó el apodo de "abogado de las tres mentiras", pues no era licenciado, ni modesto ni rubio. Algo semejante puede decirse de Napoleón III: no era Napoleón porque fué bautizado con el nombre de Luis; no fué III porque le tocó ser el II de su dinastía en ocupar el trono; y si seguimos ahondando en la investigación, puede resultar que tampoco fuese Bonaparte, pues la reina Hortensia no fué siempre fiel a su marido., como lo comprueban sus relaciones con el Conde de Flahaut. De esta guisa, Napoleón el pequeño, como se complacía en llamarlo el autor de "Los Miserables", puede resultar el Emperador de las cuatro mentiras: ni Napoleón, ni Bonaparte, ni tercero ni pequeño.

Tal era el hombre que intervino en los destinos de México, a fines de 1861. Ahora procede hablar de su fantástica aventura. La generalidad de los cronistas nos dice que envanecido por su ascensión constante en Europa, y embriagado por las adulaciones de sus cortesanos, se dejó embaucar por los Conservadores de México, que lo lanzaron al más descabellado y absurdo de los proyectos. Y no, no es cierto, porque no era de los que se dejan embaucar ni de los que bailan al son de cualquiera melodía. El traía por dentro su propia música que era la única que lo movía a la danza. ¿Y cuál era esa música que lo impelió a participar en la tragedia de México?

Quince años antes de que el General Miramón perdiera las batallas de Silao y Calpulalpan, o sea en 1846, el Príncipe Luis Napoleón se encontraba internado en la Penitenciaría de Ham (la Universidad de Ham, como el la llamaba sutilmente para sugerior que dentro de sus muros había aprendido más que en los planteles educativos) y escribió un folleto en el que expuso las ventajas que reportaría a Francia, la construcción de un canal a través de los lagos de Nicaragua para unir el Atlántico con

el Pacífico. En dicho folleto se refirió al desenvolvimiento grandioso de los Estados Unidos y señaló la necesidad de colocar frente a la potencia anglosajona, una potencia latina de la misma importancia y magnitud. El prisionero de entonces soñaba con un Imperio que congregara a los pueblos libertados por Hidalgo y por Bolívar; soñaba en exaltar a la raza latina y construir con ella en el Nuevo Mundo un rival de la Unión Norteamericana. Puede decirse que esta fantasía es deshilvanada, incoherente, la elucubración de un enajenado; pero se tiene que admitir que no estaba exenta de grandeza.

Lo que importa definir es que el proyecto de intervención no le fué infiltrado al Emperador francés por Gutiérrez Estrada ni por Almonte, pues ya lo traía en su cerebro calenturiento con quince años de anterioridad. No fué una improvisación loca, sino una idea fortalecida por tres lustros de meditación. Cuando los conservadores le pidieron ayuda, se limitó a cambiar de escenario: llevó a México los planes que había trazado para Nicaragua y se lanzó a la utópica aventura.

Había un obstáculo serio, y era la oposición que iban a hacer los Estados Unidos; pero como Europa recibió juntas las noticias de la batalla de Calpulalpan y la secesión de Carolina del Sur, el Emperador francés comprendió que la Unión Norteamericana pasaba por una situación gravísima que le impedía marcarle el alto a cualquiera empresa europea en el Nuevo Mundo. Había llegado, pués, el momento de obrar. Tres meses después no era un Estado el que se separaba de la Unión, sino once los que integraban una nueva República que tomaba el nombre de ESTADOS CONFEDERADOS DE AMERICA. Por fin a mediados de 1861, llegó al Viejo Mundo la noticia de que en la primera batalla de importancia de la guerra civil de los Estados Unidos, los soldados del sur habían derrotado a los soldados del norte.

Las potencias europeas vieron maniatado al

Gobierno de Washington, y el 31 de octubre de 1861, firmaron una convención en Londres, Inglaterra, España y Francia por la cual se comprometieron a enviar un ejército tripartito, a fin de conminar a México para que cumpliese sus deberes internacionales. Inglaterra reclamaba la reanudación del servicio de la Deuda, que se había suspendido porque los tres años de la Guerra de Reforma habían empobrecido al país y las arcas del gobierno de Juárez estaban vacías. España, que se había ligado con los conservadores por el tratado Mon-Almonte, se quejaba del régimen liberal que había desconocido dicho tratado; y Napoleón III, que no tenía motivo de querella, recurrió a un artificio burdo y por añadidura sucio, para participar en aquella maniobra internacional. El usurero suizo Juan Bautista Jecker, que tenía un Banco en la Ciudad de México, le prestó al General Miramón un poco más de 800,000 pesos, por los que recibió bonos que ascendían a 15 millones. Naturalmente, al perder Miramón la guerra, los bonos quedaron en el aire y sin ningún valor; pero el banquero no se resignó a perder tan jugosa suma y fué a París, en donde convidó al Duque de Morny —medio hermano del Emperador— a ganar una excelente comisión, mediante el cobro de los referidos bonos. Pero... ¿Cómo podía reclamar Francia en favor de un suizo? Cuando se carece de escrúpulos morales, se encuentra siempre la solución aunque sea por rutas lodosas y corrompidas. Por medio de un rescripto imperial, Jecker fué declarado súbdito francés, y con este acto de prestidigitación, resultó Napoleón III con el supuesto derecho de demandar a México los citados 15 millones. Esto os comprueba, señoras y señores, que el menor de los Bonapartes, además de ser un soñador incorregible, era un perfecto bribón.

Las fuerzas de las tres naciones llegaron a Veracruz, a fines de 1861 y principios de 1862, y presentaron sus demandas al gobierno de Juárez; pero como si la Providencia quisiera castigarlas por la injusticia que estaban cometiendo, una epi-

demia de fiebre amarlla comenzó a causar bajas copiosas en las filas invasoras. El General Juan Prim, la figura más destacada de la expedición tripartita, quiso tratar con el gobierno de Juárez, y bajó hasta el pueblo de Soledad, el Ministro de Relaciones don Manuel Doblado, quien demostró su completa buena fe al permitirles a los soldados españoles, franceses, e ingleses, que subieran a Córdoba, Orizaba y Tehuacán, con la obligación de bajar nuevamente al litoral, en el caso de que no se llegara a un arreglo. Con aquella generosa concesión, Prim se convenció de que México no era un deudor tramposo que esquivaba sus compromisos, y lo mismo pensó el Ministro Wyke de la Gran Bretaña. Estos dos caballeros advirtieron que el Visconde de Saligny, representante de Napoleón III, pretendía que el ejército tripartito avanzara hasta la capital de México, rompiendo cínicamente el convenio de Soledad. Ni Prim ni Wyke quisieron solidarizarse con aquella pillería y resolvieron sacar las tropas españolas e inglesas de México.

Quedó la columna francesa, pero en vez de retornar al Puerto de Veracruz, como el Vizconde de Saligny se había comprometido a hacerlo, en caso de ruptura, el General Lorencez ordenó la marcha hacia la ciudad de Puebla, para seguir de allí con rumbo al centro de la República. Y aquí cabe recordar que hace veinte años, cuando el Kaiser Guillermo II deshonró a Alemania con la violación de la neutralidad de Bélgica, el Canciller Bethman-Holwegg tuvo el cinismo de decir que el ejército teutón no se iba a detener con un pedazo de papel. Pues bien, medio siglo antes, el Vizconde de Saligny, representante de Napoleón III, exhibió en Orizaba y con las mismas palabras, una desfachatez igual.

Este diplomático miope había cometido la insensatez de anunciarle al Emperador de los franceses que todos los mexicanos, por odio a Juárez, iban a recibir a las fuerzas extranjeras como si fuesen un ejército libertador. Con ese espejismo

de fábula, el General Lorencez se internó en el país con la confianza loca de que sus soldados serían saludados en Puebla con repiques de campanas y lluvias de flores.

¿Y qué iba a hacer el mílite invasor al llegar a la capital de la República, como tenía la seguridad de llegar en mayo de 1862? Nadie lo puede saber; pero aquel momento estaba lleno de probabilidades asombrosas, y Napoleón III, que se dejaba gobernar por ilusiones, tuvo que pensar en proyectos extraordinarios. En primer lugar, le encantaba la perspectiva de la desintegración de los Estados Unidos, y por ende, no es improbable que se le ocurriera pactar una alianza con la Confederación que presidía Mister Jefferson Davies, a fin de derrotar al Presidente Lincoln. Los soldados del sur necesitaban pertrechos bélicos y Francia se los podía proporcionar. ¿Que esto no pasa de ser una hipótesis? por supuesto que sí; pero no es absurdo formularla cuando se trata de un cultivador de quimeras, de un cerebro calenturiento del cual emergían las concepciones más inverosímiles. Nada tiene de improbable que él columbrara ensueños, en lugar del coloso anglosajón, dos países rivales, y frente a ellos, un Imperio latino ligado con el Viejo Mundo. Y Napoleón III, que había ideado aquella combinación utópica, al vislumbrar su posible realización, se podía figurar a sí mismo, como el estadista máximo del siglo XIX. ¿Qué valían todas las campañas de Napoleón I frente a la desintegración norteamericana y la reconquista del Nuevo Mundo?

Probablemente empujado por estos posibles delirios, los cinco mil soldados de Lorencez se lanzaron a la aventura. Los recuerdos dolorosos de 1847, parecían augurarle una marcha triunfal. Era Secretario de Guerra un General de 32 años, don Ignacio Zaragoza, quien dió órdenes de que se contestara al avance con tiros. El jefe del ejército de oriente externó su falta de fe y Zaragoza dejó la cartera ministerial para encargarse él mismo

de la defensa de la República. Las avanzadas mexicanas dispararon desde las Cumbres de Acultzingo, para significar hostilidad y emprendieron un movimiento retrógrado hacia Puebla, para esperar allí a los invasores. Todo el país estaba suspenso, como si hubiera comenzado el primer acto de una tragedia de Esquilo.

El Cinco de mayo de 1862, el General francés vió que las fuerzas mexicanas le cerraban el paso, en los cerros de Loreto y Guadalupe, que eran como murallas protectoras de Puebla. Se lanzó al asalto a las diez de la mañana, y con asombro palpó que su columna era rechazada; emprendió un segundo ataque con mayor número de tropas, y también se vió obligado a ordenar la retirada. En la tarde, se repitió también sin resultado, el tercero y último esfuerzo, y aquellos hombres que se jactaban de ser "los primeros soldados del mundo", tuvieron que resignarse a volver a la ciudad de Orizaba. Técnicamente, la victoria mexicana había sido incompleta porque faltó la persecución de los asaltantes; pero este truncamiento lo explica Zaragoza en su parte oficial cuando dice modestamente: "Yo no podía atacarlos porque derrotados como estaban, tenían más fuerza numérica que la mía".

De cualquier modo, Lorencez se vió en la necesidad de retirarse y los mexicanos recibieron una inyección sublime de fe, de esa fe que salva a los pueblos de cualquiera catástrofe. Zaragoza había vencido a los franceses, y lo que más contaba aún, había vencido la apatía, la desidia y el escepticismo de la nación. Y cuando aquel bizarro jefe dijo: "las armas nacionales se han cubierto de gloria", todos los clarines tocaron diana y los bronces de todos los templos irrumpieron en un repique triunfal, un repique de bianaventuranza que anunciaba el esplendor de un renacimiento.

Frente a aquel descalabro, el Emperador de los franceses, comprendió que había que enviar a

México, un ejército mínimo de 25,000 hombres perfestamente equipados, para que barrieran todos los obstáculos que se les pudieran presentar. Eso requirió una cuidadosa preparación y no fué sino hasta principios de 1863, cuando el General Forey desembarcó en Veracruz con elementos suficientes para llegar hasta la ciudad de México. El nuevo jefe volvió a encontrarse en Puebla con una muralla que lo detuvo hasta la segunda quincena de mayo. En vista de este retraso forzado, los invasores no pudieron ocupar la Capital de la República sino hasta el 6 de junio. La jornada del Cinco de Mayo en 1862 y la maniobra de González Ortega en 1863, habían aplazado la ofensiva francesa durante trece meses, y con esto, la habían condenado a un fracaso seguro.

¿Por qué? Porque tres semanas después de que Forey se instalaba en la ciudad de México, el General Robert E. Lee perdía la batalla de Gettysburg y el General Ulises S. Grant limpiaba la ruta del río Mississippi, con la toma de Vicksburg. La causa de los confederados estaba perdida y Napoleón III no podía ya contar con posibles aliados en el Nuevo Mundo. De allí en adelante, el sueño del Imperio se desplomó de error en error, de incongruencia en incongruencia, de contradicción en contradicción, para preparar el desenlace pavoroso de Querétaro. Preludiaba la tragedia que como dijo don Justo Sierra, parecía trazada por un Esquilo que removiera en gigantescos escenarios, acontecimientos, pueblos, y humanidad.

Como muestra de contradicción e incongruencia, basta recordar que los conservadores mexicanos, en vez de apoyarse en un monarca tradicionalista de Europa, se acogieron a la ayuda de Napoleón III, que no era conservador sino liberal. Y como si eso no fuera bastante, designaron a otro liberal como Emperador de México. Una combinación tan absurda tenía que conducir como condujo a un desastre completo. Un Emperador del tipo de Francisco José de Austria o de Guillermo I de Pru-

sia habría sido lógico; en cambio, el Archiduque Maximiliano no pudo entenderse con el Arzobispo Labastida y el desacuerdo de ambos trajo el desconcierto ineludible, la confusión inevitable de los propios imperialistas. La historia presenta melancólicamente muchas empresas que se realizan contra la justicia y el derecho; pero no presenta ninguna que atenta contra el sentido común.

Os doy las gracias, señoras y señores por el silencio religioso con que me habéis escuchado, no obstante de que en esta noche, con propósito deliberado, no he recurrido a la cláusula rotunda, ni a las metáforas resplandecientes, ni a las antítesis dramáticas, ni a las hipérboles efectistas, ni a los demás recursos que emplean frecuentemente los oradores para cosechar aplausos. Al tender la mirada sobre este auditorio, palpé en un instante que los mexicanos estaban en minoría, y consiguientemente, de lo único que me preocupé fué de llevar a vuestros espíritus la comprensión de aquel capítulo de la vida de mi país que más se relaciona con la historia universal y con los destinos de América.

Por eso, cuando oigáis decir que México se salvó de la intervención napoleónica, el doce de febrero de 1866, cuando el Secretario de Estado Seward conminó a Napoleón III para que retirara sus tropas de mi país, contestad que Zaragoza contribuyó más que él, a salvar la Unión Norteamericana el 5 de mayo de 1862. El impidió todo contacto, toda posibilidad de arreglo entre el César francés y los partidarios de la secesión y de esta guisa, fué uno de los determinantes principales de que el Nuevo Mundo continuara siendo el único artífice de su propio destino. Así pues, el Secretario Seward en 1866, no hizo más que pagar la deuda de 1862. El Cinco de Mayo es un fasto en la historia de México y debe serlo también en la historia de América. Zaragoza es adorado en mi Patria y debe serlo también en todos los países de este Continente.

LA EPOPEYA DEL DOS DE ABRIL

Discurso pronunciado en la Cámara de Diputados, el 3 de abril de 1912, en apoyo de la Ley que declaró fiesta nacional, el día 2 de abril.

Señores Diputados:

No se trata de una resurrección política. El señor Presidente Díaz, como dijo el diputado Aspe en memorable ocasión, "Ha muerto". El "porfirismo", como entidad de lucha, ha dejado de alentar en nuestro medio público, para revivir en la Historia al lado del "juarismo" y del "lerdismo". No seremos nosotros los que arranquemos bloques de un mausoleo glorioso, para levantar edificaciones en donde podamos guarecernos; nuestras frentes no profanarán laureles de una tumba épica... ¡No! Estad tranquilos, espíritus temerosos e inquietos: el general Díaz no volverá a blandir su espada arcangélica de llamas; su estandarte triunfal no volverá a flamear orgullosamente sobre nuestros campos; Aquiles lleva en su talón el dardo que ha circunscrito su destino! ¡Son unos cuantos los seres apasionados que esperan su regreso como las cavernas de Patmos están todavía esperando la vuelta del visionario del Apocalipsis... Solamente en el Arte pudo el gran lírico francés realizar el prodigio de una resurrección, cuando hace aparecer al Mesías de Alemania, al Emperador Federico Barbarroja, saliendo de las misteriosas profundidades en donde estuvo sepul-

tado, y entrando en la madriguera de los Burgraves para azotar a los verdugos de su patria con un puñado de relámpagos y truenos que llevaba en la diestra justiciera, mientras su frente majestuosa se contraía con un gesto heroico de indignación y de venganza!

Nuestra iniciativa no tiende a restaurar un régimen que llegó definitivamente a su ocaso, sino a resucitar el culto por una jornada épica, que la pasión demagógica procura envolver en las telarañas del olvido. Ayer, por primera vez, desde hace muchos años, los cañones callaron y los clarines enmudecieron al sonar la hora bendita en que nueve lustros antes, se iniciaba la última de nuestras epopeyas... Tal parece que tras de alcanzar el naufragio de la Administración, se procura el naufragio de la Historia. Se intenta sepultar entre tinieblas un recuerdo de gloria, como si fuese un recuerdo de rubor!

Pero la verdad no admite ser confirmada en el triste silencio de las criptas funerarias: la verdad, como la esfinge del Desierto, soporta intacta la cólera de los tiempos. Dice Víctor Hugo que las cenizas de los siglos cubren a Esquilo hasta los hombros, dejando solamente ver la cabeza; pero al igual del coloso de las soledades, con su cabeza llega a la altura de los dioses que le rodean, erguidos en sus pedestales. Lo que dijo el genial poeta Esquilo, podemos nosotros decir del atrida de Oaxaca; la pasión y el odio han cubierto sus proporciones de gobernante y estadista; la cólera y la envidia han bañado de polvo su tarea colosal de pacificador; ya solo asoma en los horizontes su cabeza marcial de paladín; pero es tan grande, que con ella le basta para sobrepasar a todos sus compatriotas, aún cuando haya algunos que estén en la cima del Capitolio.

★ ★ ★

Con el 2 de Abril se inicia la agonía de aquel imperio que en un arranque de locura concibió el

último de los Bonapartes. Desde el 9 de marzo se encontraban frente a Puebla las tropas republicanas; y los soldados imperialistas que militaban bajo el mando de Noriega sentían que a cada momento se angustiaba más su situación. Díaz, Alatorre, Pacheco, González, Mier y Terán y Enríquez sitiaban a Puebla; y la ciudad heroica semejaba estar envuelta en una constelación. De repente, las tropas de Leonardo Márquez, el terrible, el siniestro, el cruel, bajaron desde la Capital de la República y amenazaron desencadenarse sobre las huestes de Porfirio Díaz. Eran como rachas que pretendían estrujar los laureles germinados en Miahuatlán y La Carbonera.

El Jefe del Ejército de Oriente se sintió entre las fuerzas sitiadas de Noriega y las huestes auxiliares de Leonardo Márquez, y decidió romper aquella dificultad con una de las audacias más estupendas que registra nuestra historia militar. Concibió en un instante de inspiración divna, caer sobre Puebla a viva fuerza, para hostilizar luego con toda libertad al ejército de Márquez. El pensamiento se llevó a cabo triunfalmente. El 2 de Abril en la tarde el pabellón republicano ondeaba sobre la ciudad ilustre; una semana después, derrotó a Márquez en San Lorenzo, y a mediados de abril terminó su magnífica campaña con el cerco a la Capital de la República. La epopeya concluía en tanto que preludiaba la tragedia de los Hapsburgos, aquella tragedia que, según la frase del Maestro Justo Sierra, parecía trazada como por un Esquilo que removiera en gigantescos escenarios, acontecimientos, pueblos y humanidades!

★ ★ ★

Y si el asalto de Puebla tuvo una gran significación en el término de la lucha de nuestra segunda independencia, como acción de guerra tiene proporciones que la elevan hasta la leyenda. El 2 de Abril desde un punto de vista netamente militar, es un laurel que podrían ceñir con honra las frentes nobles de los caudillos más esclarecidos.

Difícilmente se encuentran militares que puedan contar en sus hojas de servicios el asalto de una plaza; pues los asaltos, por lo regular, se resuelven en derrotas. Basta hojear un compendio de historia guerrera para darse cuenta de los desastres que acarrean los asaltos. En 1588 fueron rechazados los ejércitos en el asalto de Ber-op-Zoom. En 1622 intentaron tomar de nuevo esta plaza; pero, en lugar de obtener la revancha, experimentaron una derrota más considerable que la sufrida anteriormente. En 1791 fracasó Laudon en el asalto a Schweidnitz. El Duque de Brunswick fué rechazado dos años más tarde al querer tomar a viva fuerza la plaza de Bitch. El general Verdier no pudo tomar en seis meses, durante distintos asaltos, la ciudad de Zaragoza, y el mismo Mariscal Lannes no obtuvo la capitulación de esta ciudad épica, por asalto, sino después de seis meses de cerco inexpugnable, que desató sobre los soldados moribundos y la población asolada, los horrores del hambre y de la peste. En Gerona, los Generales Duhesme y Saint Cyr intentaron sucesivamente varios asaltos, y se vieron obligados a retirarse y a esperar las consecuencias de un sitio largo y tranquilo. Suchet fué derrotado en el asalto de Valencia; el célebre "Manco" no pudo tomar Guadalajara; Clausell tuvo precisión de retirarse después del ataque de Constantina, y, por fin, el general Grant sufrió un descalabro en su primera tentativa de asalto a la plaza de Vicksburg. Son famosos en la historia militar los fracasos obtenidos en varias épocas por los asaltantes de las plazas de Francfort, de Soissons, de Badajoz, de Anvers, de Roma y de Toul. En los tiempos modernos hemos visto rendirse Puerto Arturo a los Japoneses; pero no en virtud de un asalto victorioso, sino por el cerco terrible que hizo estallar en la plaza sitiada el azote lúgubre de las calamidades más crueles.

En la historia de nuestra patria, Calleja no pudo tomar a Cuautla, ni Taylor a Monterrey, ni Negrete a San Luis Potosí, ni Uraga a Morelia,

ni Lorencez a Puebla. El Mariscal Forey no logró obtener la rendición de González Ortega por asalto, sino por agotamiento. El mismo Morelos no logró apoderarse de la plaza de Acapulco en el primer asalto; sin embargo, este genio de la guerra disfrutó de una honrosísima revancha al obtener poco tiempo después, por asalto, la ciudad de Oaxaca y la propia fortaleza de Acapulco.

Con estos ejemplos queda comprobado que el señor General Díaz, al asaltar Puebla, realizó una hazaña digna de figurar en la historia militar del mundo. Logró hacer en unas cuantas horas lo que otros genios no han podido alcanzar en centenares de días. Las armas republicanas, en aquella jornada, reunieron la apoteosis de la Estrategia y la apoteosis de la Patria. El señor General Díaz, en aquella fecha, no se conformó con salvar las instituciones, sino que las puso encima de un luminoso pedestal. La justicia no se limitó a obtener la victoria, sino que, a semejanza de la guerrera Pallas, derivó desde entonces su existencia de la olímpica testa de un Jove omnipotente.

★ ★ ★

¿Y sería decoroso que nosotros, los que ayer tocamos a diana, permaneciésemos mudos, como los cortesanos de Luis XVIII ante el recuerdo de Marengo y Austerlitz? La leyenda napoleónica quiso ser ahogada por la envidia de los Borbones, que confundieron la agonía de un régimen con la agonía de la verdad y se olvidaron de que las victorias de Bonaparte eran las victorias de Francia. A nosotros nos está pasando lo mismo. Escatimar laureles en el aniversario ilustre, por fingir indiferencia al viejo desterrado, es ofender a nuestro bravo Ejército, porque se arroja polvo sobre uno de los mejores cuarteles de su blasón; es lastimar a la patria, porque se arranca con mano rabiosa y fanática una de las páginas más vibrantes de su Historia. ¡Y bien, el recuerdo discutido del Estadista os pertenece temporalmente, oh, políticos mi-

litantes! Podéis analizarlo sin piedad. Clavad en él vuestros escalpelos; partid sus músculos; romped sus arterias; descuartizad sus nervios... Pero inclinaos ante el Guerrero, porque desde hace 45 años reposa en el regazo maternal de la República, y si alguien fuese a interrumpir su descanso, sería un infeliz Codro que mereciera más bien la risa que la cólera candente de Juvenal.

Hace tiempo que algunos eruditos suscitaron ciertas revalidades entre el Ejército del Norte y el Ejército de Oriente. Se hicieron entonces indebidos parangones entre Miahuatlán y San Jacinto, entre La Carbonera y Santa Gertrudis, entre el asalto de Puebla y la rendición de Querétaro. Pero, afortunadamente, estos conatos de discordia no encontraron eco en las almas fuertes de los veteranos, quienes comprendieron que las hazañas a las diversas legiones no eran sino ramas distintas de un mismo laurel, bronces diferentes en un mismo crisol! . . . Glorificar el 2 de Abril, no puede, por consiguiente, considerarse como despectivo para los otros héroes de nuestra segunda Independencia, porque no se trata de la apoteosis de un Partido, sino de la apoteosis de la Patria!

Este asunto es de obvia resolución, porque para fallarlo no se requiere dictamen de comisión ni repetidas lecturas. Se discute un problema de ingeniería, se estudia un caso jurídico, se medita sobre una cuestión social; pero las epopeyas tienen el privilegio santo de deslumbrar y repudian la indagación minuciosa de los gabinetes. La batalla de Salamina no se comprueba en archivos ni se detalla en bibliotecas; ¡La Poesía no necesita Documentos! El 2 de Abril tiene la grandeza de haber penetrado en el alma apasionada de las multitudes y no saldrá de allí con sabias rectificaciones de eruditos. Los historiadores deben dedicarse al estudio de las cuestiones secundarias, a semejanza de los hortelanos, que solo cultivan las plantas pequeñas: las epopeyas nacen y se desarrollan como las selvas, sin necesitar nunca del castigo

encantado de la poda; se bastan a sí mismas; florecen y fructifican, bajo la caricia de la Naturaleza. Pretender encauzar un torrente de sensaciones dentro del Reglamento de la Cámara es tan ilusorio como pretender encauzar en un canal el ímpetu desbordante del Niágara... El 2 de Abril debe ser fiesta nacional, porque así lo siente la República. Esto se sostiene más bien con pasión que con razonamientos. A todos los fríos argumentadores se les puede contestar con las palabras de Ezequiel: "¡Arrancaré de su pecho el corazón de piedra y les daré un corazón de carne!"

★ ★ ★

PORFIRIO DIAZ

Discurso pronunciado en el Teatro Strand, de Laredo, Texas, la noche del 2 de julio de 1919.

Tres hombres han acertado en nuestra historia de pueblo libre a encarnar la Patria en sus momentos supremos de evolución. Y los hombres serán discutidos, el servicio, el inmenso servicio es indiscutible: un iniciador, un reformador, un pacificador. Estos tres hombres no han caído del cielo como estrellas, como seres de un mundo superhumano, venidos de improviso y sin antecedentes necesarios a ejecutar un designio divino; son culminaciones, mas provienen de un levantamiento gigantesco de aspiraciones, de instintos obscuros, de exigencias conscientes de vida y libertad, de preparaciones lentas y premiosas, obra de otros hombres, de otros dolores, de otros heroísmos, de otras voluntades; en esos levantamientos sociales, ellos son los vértices, las cimas, los puntos de convergencia, las insuperables alturas; todo en nuestra historia, en lo pasado, los explica y determina; todo en lo futuro los demuestra; ellos son la resultante de una gran labor de la historia, la historia posterior que de ellos recibe forma es una gran labor suya, no solo suya, pero capitalmente suya.

¡Un iniciador, un reformador, un pacificador!

JUSTO SIERRA.

Señoras y señores:

Esta conmemoración ha resultado digna de su objeto porque los poetas y oradores comprendieron su misión y le dieron a sus odas y arengas un carácter agresivo. Nos encontramos en tiempos de lucha y todo debe coadyuvar al éxito de la campaña. La oración que pone Shakespeare en los labios de Marco Antonio, es fustigadora de los asesinatos de César. Lo mismo debe ser el panegírico porfiriano: podarle cóleras sería restarle fuerza y esplendor. El monumento del héroe, para que cumpla su destino, debe rodearse de una verja suntuosa rematada por clavas hostiles. Su cuerpo se ha de velar como los cadáveres de los caballeros templarios: bajo bóveda de acero. Las piedras tumularias de su tumba han de servir como sirvieron los bloques de granito del Palacio de Cortés: para afilar las armas de los valientes. Su memoria se debe defender como los cruzados defendían la memoria de Cristo: con la espada desnuda. Para que la glorificación del general Díaz inspire el respeto de los adversarios, debemos coronarla como se coronan los templos; con una cruz dispuesta a otorgar todos los perdones y al lado de esa cruz un pararrayos, dispuesto también a desafiar todas las tempestades!

No se trata de una fama épica aceptada aún por todos: las pasiones revueltas procuran ahogarla, tal como durante la restauración borbónica se procuró ahogar la gloria de Bonaparte. Tres veces fué derribada la estatua que corona la columna de Vendome y tres veces Francia volvió a levantar el monumento del Emperador. También el bronce de Marceaux en Chartres fué derruido para reconstruirse después. Igualmente sucederá con el monumento porfiriano: cada demolición servirá para que la Patria repita la glorificación. A semejanza de los árboles, que mientras más castigados son por la poda, más multiplican su frondosidad, así también la epopeya porfiriana se irá agrandan-

do incesantemente, cuanto más se la procure amenguar.

El homenaje definitivo vendrá cuando acabe de pasar la inundación de cieno que todo lo ha manchado. El día en que México entero aclame al gran Presidente, será porque el país estará redimido. Por eso su recuerdo ha de ser para nosotros cuartel de blasón, bandera de combate y ara radiante de un culto cívico. El grito de "viva Porfirio Díaz" debe ser el santo y seña de los soldados de la libertad.

El porvenir lo consagrará con uno de esos sufragios unánimes que ungen a los semidioses y a los héroes; pero nosotros, entretanto, debemos anticiparnos al futuro, para tributar el homenaje, no tanto para gloria del héroe, como por nuestro decoro. Cuidar la tumba del caudillo de la paz, es un honor. ¡Que se vea que aún estamos de pie; que el infortunio no nos ha vencido; que los oleajes alborotados no han logrado desasirnos de la última roca, emergente del naufragio, a la cual estamos adheridos; y como el valiente general Auza, en el sitio de Puebla, en el momento de caer aplastado por los techos ardientes y ruinosos del edificio en donde se encontraba parapetado, tuvo aún energías para sacar la espada por entre los sillares demolidos y gritar a sus soldados "adelante"; nosotros también desenvainamos nuestro acero ante el derrumbamiento y hacemos oír nuestra voz, que parecía perdida entre el estrépito formado por el caer y rodar de los escombros de la Revolución!

★ ★ ★

¡Un pacificador! Una alma dedicada a construir en un país en donde solo eran grandes los demoledores; un congregador de voluntades en donde las guerras civiles de la libertad habían engendrado rencores inextinguibles; una energía empleada en tender puentes de concordia sobre abismos de odio; un sembrador que sin un padre

Nilo que lo ayudase, supo sacar vergeles del desierto . . . Ese fué Porfirio Díaz.

Primero se le vé en un humilde hogar de Oaxaca, procurando vencer las nieblas provincianas; después aparece en un seminario estudiando la vida de Jesús; más tarde se pronuncia en contra de la carrera eclesiástica y se va a estudiar derecho al instituto de Oaxaca; luego se le mira en el escenario heroico de la guerra de Reforma y en la defensa contra la invasión francesa, haciendo reverdecer en su frente los viejos laureles de Agamenón y de Aquiles; y por último se destaca dirigiendo a todo un pueblo hacia la prosperidad y el amor. Vida armoniosa, siempre en perpetua ascención; vida serena que crece majestuosamente como los ríos; vida noble dedicada íntegramente a este fin; convertir una nación belicosa y desordenada en un inmenso taller.

El seminario le dió en su niñez la orientación espiritual, el ensueño del "más allá", el aplomo de un deber superior e inmutable. Pudo luego, en su adolescencia rebelarse contra el clero y luchar contra la Iglesia; mas esa rebelión y esa lucha no destruyeron en su alma la pátina moral que recibió al cruzar las páginas ardientes del Evangelio. Siguió siendo un creyente, un hombre seguro de lo que hacía, un espíritu firme que invocaba el análisis para resolver las situaciones difíciles, pero no para orientar su vida. No, su vida estaba ya bien orientada, definida por un deber, circunscrita por un ideal, tan grande como todos los ideales, pues estos siempre se miden por las ofrendas que se les tributan. El ideal de Porfirio Díaz fué la Patria; la ofrenda fué su vida.

El instituto de Oaxaca infiltró en su alma el sentimiento de la justicia. Allí conoció al benemérito Juárez y quizá oyó directamente de sus labios el inmortal apotegma: "El respeto al derecho ajeno es la paz". Pronto el vendaval revolucionario habría de llevar a ambos, por rumbos muy

distintos al despertar glorioso de Ayutla; el indio estoico de Guelatao iba a escalar la Secretaría de Justicia, la Presidencia de la Suprema Corte, la más alta Magistratura de la Nación. Entretanto, el joven estudiante de derecho iba a hacer su aprendizaje de guerrero, batiéndose con Cobos y Márquez y su aprendizaje político en el gobierno de Tehuantepec. En el Instituto de Oaxaca se juntaron estos dos hombres extraordinarios; en la defensa nacional se volvieron a juntar y si más tarde las diferencias políticas y las ambiciones del poder los llegaron a distanciar alguna vez, hoy la Patria los ha juntado para siempre en sus altares. Así también Grecia hizo fraternizar en la misma veneración, los recuerdos recíprocamente hostiles de Arístides y Temístocles; así Francia ha reconciliado en su Panteón a los irreconciliables Voltaire y Rousseau.

Si el seminario afirmó la voluntad de Díaz y el Instituto de Oaxaca lo inició en el culto de la justicia, las campañas militares, con su secuela de fatigas y peligros, formaron al hombre de acción y le dieron un conocimiento perfecto del país. Se improvisó soldado; mas por fortuna siempre anduvó luchando en los campamentos y no llevó jamás la vida sedentaria del cuartel. Todos los que conocen íntimamente la vida militar mexicana, saben que no es lo mismo el "soldado de campaña" que el "soldado de cuartel". El primero, por el ejercicio constante de la voluntad, por el hábito de correr riesgos, por la necesidad de moverse rápidamente, por la gimnasia obligada del azar, se vuelve con los años un ser vigoroso, astuto, perspicaz, siempre en acecho, siempre alerta y dispuesto a las más audaces empresas. El soldado de cuartel —y esto sucederá ineludiblemente hasta que logremos convertir los cuarteles en escuelas— se acostumbra, por lo contrario a la vida ociosa y lánguida, llena de voluptuosidades enervantes. Además, en los campamentos, el soldado se acostumbra a conocer a los hombres: diariamente se registran lances, que exhiben cualidades y defectos

de todo un regimiento. Después de una campaña, todos los soldados saben cuál es de sus camaradas el más valiente, el más sereno, el más astuto, el más sutil, mientras que en el cuartel, en tiempos de paz, se cumplen fácilmente los deberes oficiales y no hay oportunidad de distinguir el mérito de los hombres. Por eso los militares de cuartel, aunque se encuentren dotados de inteligencia y eviten heroicamente las escolleras del vicio, siempre exhiben gran inexperiencia y falta de tacto para obrar y escoger colaboradores. En cambio, después de vivir varios años en perpetua lucha, el alma se prepara para gloriosos destinos. Así se prepararon César y Bonaparte; así se preparó Díaz.

Cuatro lustros de luchas épicas formaron al hombre público: cuando en 1876, derrotó a Lerdo, conocía ya perfectamente la configuración de México, las necesidades y aspiraciones de sus compatriotas, las aptitudes y defectos de sus colaboradores, las excelsitudes y flaquezas del corazón humano. En el seminario había aprendido a adorar a un ideal; en la Instituto de Oaxaca aprendió a poner ese ideal al servicio de la justicia; en los campamentos aprendió a reírse del peligro, a apreciar cualidades, a tolerar defectos, a aquilatar sacrificios, a gobernar muchedumbres . . . .

Cuando salió del seminario era un creyente; cuando dejó las aulas era un justo; cuando triunfó en Tecoac, era un fuerte. Estaba pues, ya en aptitud de iniciar la obra portentosa de construir una Patria!

Además de su preparación intelectual y moral, había adquirido un prestigio de guerrero que ejercía una estupenda fascinación sobre las muchedumbres. Su vida esplendía con episodios heroicos que atraían al pueblo; se contaban de él asaltos temerarios, evasiones milagrosas, lances impregnados del aroma de la leyenda, audacias y astucias que parecían arrancadas de la vida de Odiseo. González Ortega, el héroe más romancesco de la Refor-

ma, quizás el más romancesco de nuestra historia lo había consagrado como paladín, en el parte de batalla de Jalatlaco; Zaragoza, el vencedor de los franceses, lo había citado con caracteres de oro al narrar la epopeya del Cinco de Mayo. Después de estas ejecutorias de los dos soldados más esclarecidos del México moderno, Porfirio Díaz había escrito por su propia cuenta, estas nuevas palabras en nuestra historia: Miahuatlán, La Carbonera, Oaxaca, Dos de Abril, San Lorenzo, Sitio de México. Todo el país pronunciaba estos nombres de batallas, con la misma unción conque los ingleses exclaman Trafalgar y los franceses Marengo. Y el héroe que las había ganado aparecía ante las multitudes, como un invencible que había domado el destino, capaz de las más absurdas empresas; un ser excepcional en el que se concentraron los ideales y las esperanzas de la multitud. Y el país se le entregó sin distingos ni reservas, como se entregó Inglaterra a Cromwell y Francia a Bonaparte, como se entregan todos los pueblos cansados a los héroes máximos, esperando de ellos que, por haber conquistado la gloria, sepan también conquistar la bonanza y la paz.



Entonces el General Díaz se dedicó a construir el México contemporáneo. ¡Y cómo lo construyó! El pueblo estaba con él, pero en cambio estorbaba a la obra gigantesca, un pasado lleno de lacras y de errores. Imaginaos una costa llena de riscos y arrecifes en donde se estrellan los más enconados oleajes, e imaginaos también a un obrero que sin palizadas que detengan por un instante las cóleras del mar, se obstina en levantar allí los muros de un faro. Pensad en que aquel obrero no desmaya a pesar de que los bloques que va colocando suelen ser barridos por la furiosa resaca; que cuando uno de los muros se bambolea y cae, construye otro; que en medio de la algarabía de las olas, continúa por años y años su titánica tarea; que así, poco a poco, sin impacientarse

nunca, siempre tenaz e imperturbable, va imponiendo su voluntad y realizando su Ideal, hasta ver al través de tres décadas, coronada la obra, con el esplendor que había soñado. Así se hicieron la paz y el progreso de México.

El General Díaz empezó a construir en medio de las ambiciones más desbocadas, de las tradiciones más levantiscas, de todas las herencias malditas de una guerra secular, que venían como olas embravecidas a arrasar aquellos muros audaces que osaban levantarse en un lugar en donde la estabilidad parecía delito. Para construir el crédito de México, fué necesario reconocer las deudas contraídas por todos los gobiernos anteriores; para construir los Ferrocarriles, fué menester pasar por encima del apotegma de Lerdo, que fincaba la salvación de la soberanía de México en el aislamiento del resto del mundo. Y en medio de las preocupaciones rancias, de los alborotos juveniles, de las protestas demagógicas, de las amenazas del caudillaje, de las perspectivas anárquicas y de las desconfianzas extranjeras, Porfirio Díaz fué colocando bloque sobre bloque, hasta hacer de nuevo la nación. ¡Cuántas fatigas! Pero él estaba contento porque había logrado su propósito, y cuando los embajadores de todos los pueblos vinieron en 1910 a felicitar a México por haber cumplido cien años de vida, el anciano Pacificador mostraba a todos con alborozo y orgullo aquel faro que había consumido toda su vida, aquella Patria que antes pasara inadvertida en la negrura y que entonces ponía su punto de luz en los horizontes humanos . . .

¿De dónde sacó los elementos para realizar su obra gigantesca? El genio de Porfirio Díaz se revela con todo su esplendor, en uno de los sucesos más desconocidos de su vida, pero que pintan su carácter con esa sobriedad con que las más sutiles pinceladas de Velázquez suelen reproducir las pasiones más fuertes. Era aún muy joven y sentía vehementes deseos de disfrutar los placeres de la

caza. Las armas de fuego no estaban a su alcance a pesar de que eran baratas, pues su pobreza era extrema. Cansado de emplear la catapulta y la honda como únicos instrumentos de caza, decidió adquirir el arma de fuego que necesitaba. En una tienda de viejas herramientas compró por unos cuantos centavos un cañón de escopeta enmohecido; de igual manera compró la llave de chispa de una pistola descompuesta; limpió estos objetos hasta dejarlos relucientes y fué en seguida al taller de un herrero amigo suyo y arregló las piezas; después, él mismo hizo la culata de un tablón de madera y armó la escopeta que tanto ambicionaba. Así fué como el general Díaz hizo su primer arma de fuego; así después modeló su personalidad; así forjó el Ejército de Oriente; así construyó a México.

Es el héroe moderno. El héroe antiguo recibe su fuerza de los dioses. Las armas de Aquiles fueron forjadas en las fraguas de Vulcano, en tanto que Sigfrido, el Aquiles de las mitologías del Norte, forja él mismo la espada, con la cual rompe la lanza mágica de Wotan. Aquiles es un instrumento de los dioses, en tanto que Sigfrido es un señor de sí mismo y libertador de la humanidad. Porfirio Díaz, encarnando maravillosamente el símbolo wagneriano, pasa por la historia como una de esas figuras completas que se bastan a sí mismas para ser grandes, porque todo lo sacaba de las profundidades de su genio.

★ ★ ★

La pasión ha llegado a acusar al General Díaz de haberse ocupado exclusivamente de crear riqueza material. Se olvidan quienes formulan este cargo, que México era un país lleno de riquezas en sus entrañas; pero inexplotadas por sus habitantes que vivían en estado casi paupérrimo. La revolución de 1810 había abierto los puertos mexicanos al comercio mundial; la revolución de Ayutla había desamortizado la propiedad inmueble del país; faltaba crear riqueza, mucha riqueza para que el organismo mexicano, libre de sus antiguas atadu-

ras, pudiera entrar en actividad y desarrollo. Con la riqueza se podría regularizar la administración fiscal, depurar la justicia, fomentar la educación del pueblo, proteger las ciencias y las artes; cultivar en una palabra, los vergeles encantados de una civilización superior. Y el general Díaz se dedicó a crear riqueza; acomodó los puertos para recibir embarcaciones de gran calado; dió facilidades para que se establecieran fundiciones de metales y así pudiera multiplicarse la producción minera; los ferrocarriles pusieron en contacto a todas las regiones del país con el extranjero y empezó a subir la cifra de las exportaciones. Entretanto se habían equilibrado los presupuestos, se mejoraban constantemente los servicios públicos y mientras se iban construyendo nuevos factores de riqueza, se iba a la vez provocando un renacimiento de cultura. Baste decir que el presupuesto federal en 1876, destinaba a la enseñanza menos de doscientos mil pesos y en 1910 pasaban de diez millones los gastos de la educación pública en el Distrito y territorios federales, para que hasta los más apasionados se convenzan de que la paz mecánica se iba convirtiendo lentamente en paz orgánica . . . cuando fué interrumpida por las impaciencias brutales de la Revolución.

Cualesquiera que sean las necesidades del país, no se podrán satisfacer sino como lo proyectó el general Díaz: creando riqueza. Estamos convencidos, siempre lo hemos estado, de que se necesitan escuelas para educar al pueblo; pero las escuelas requieren maestros con buenos sueldos, los cuales no pueden ser pagados sin que haya fondos en el erario. La formación de un Ejército moderno, la repartición de la propiedad rural, la industrialización de nuestras clases medias, el funcionamiento de buenos tribunales de justicia, todos los anhelos clamoreados por la Revolución no se consiguen sino por medio de un Estado rico que pueda pagar los nuevos servicios con esplendidez y compensar los derechos heridos en la anhelada transformación de la propiedad. Por eso la creación de la

riqueza tiene que ser la piedra angular de toda construcción ulterior; por eso quienes destruyeron la riqueza existente fueron los verdaderos retardatarios de la libertad, los asesinos inconscientes de sus propios ideales, los verdugos implacables de la justicia anhelada.

Se dice que la riqueza no alcanzaba a los humildes y los desheredados; pero primero había que tenerla y consolidarla: después se distribuiría equitativamente. Figuraos una montaña excelsa cuyas nieves alimentan las fuentes que fertilizan un valle; figuraos también que las aguas, por falta de obras de irrigación dejan algunos parajes sin regar y que los dueños de éstos reclaman con justicia que también a sus tierras llegue el agua que los fecundiza. ¿Qué hacer? Lo indicado era emprender obras de canalización que inundasen hasta las más lejanas praderas. ¿Fué eso lo que hicieron los caudillos de 1911 y 1913? ¡No! lo que hicieron fué bombardear la cumbre enhiesta; romper los témpanos que la acorazaban; pulverizar los ventisqueros y glaciares que daban vida y encanto a la llanura . . . Y estamos palpando los resultados: todo quedó esterilizado, todo quedó destruido y hoy parece campo de muerte lo que hace una década era asiento venturoso de trabajo y de bonanza.

★ ★ ★

En el orden político dedicó el general Díaz todos sus esfuerzos a domar los instintos rebeldes, a acabar con el caudillaje, a ahogar ese doctrinarismo desbordante que hace en México de cada pensador un demagogo y de cada demagogo un tirano. Ya se ha dicho con frecuencia: México es un país de cabezas. Un individualismo indómito e irreductible es la característica de la raza, ese es su mayor defecto y también su más excelsa cualidad. Cada mexicano es una fuerza porque se considera poseedor de la verdad y desarrolla todas sus energías a fin de imponerla a las demás; y se formulan por millares los planes redentores de la

nacionalidad que al chocar entre sí engendran luchas enconadas y rencores irreconciliables. El general Díaz conocía a nuestro pueblo como nadie lo ha conocido y decidió encerrar toda la doctrina suelta y todos los gérmenes levantiscos en el cofre hermético de la dictadura. Este cofre como el de Pandora, contenía todos los males y al mismo tiempo los dones divinos. Con el afán insaciable de doctrinas podía convertirse México en un pueblo original y pensador, con su fiebre de rebelión perpetua podía ser independiente y altivo: todo era cuestión de que se orientasen estas fuerzas de la raza hacia un mismo rumbo para que no se destruyeran las unas a las otras... pero el ensueño de la democracia —una Pandora tan bella como el mito griego— hizo que se abriera el cofre anticipadamente y se volcasen sobre el país los mayores infortunios.

Su fórmula de gobierno fué una dictadura moderada con todas las apariencias de república constitucional. Nadie ignoraba que la voluntad del general Díaz era omnímoda, que el país entero se encontraba sobre sus hombros; pero él en vez de exhibir su omnipotencia, la tenía perfectamente enclaustrada dentro de los preceptos de la Constitución. Se hacía siempre lo que él mandaba; pero el mando seguía fielmente el carril de la Ley. Aquel gobierno parecía tener, según la frase elocuente de don Joaquín Costa "una mano de hierro con guante de terciopelo".

Muchos interpretaron esa sumisión a la forma constitucional como una hipocresía inútil que hacía resaltar irónicamente la falta de libertad política del pueblo mexicano. ¡Para qué las formas democráticas si en el fondo había un gobierno dictatorial; para qué las apariencias republicanas si todo el poder se hallaba concentrado en un hombre! ¡Ah, las formas! Nos parecían un sarcasmo cruel y han resultado una conquista fundamental. Hubo necesidad de una avalancha bestial que todo lo destruyera, para darnos cuenta también de que

las formas son sagradas. Aquellas fórmulas legales que parecían autorizar una burla, lo que en realidad hacían era refrenar la tiranía, contener la fuerza absoluta, suavizar los procedimientos, quitar un poco las asperezas del poder y preparar el campo para una época mejor. Eso no lo comprendíamos entonces, porque aún no habíamos visto caer sobre la sociedad atónita a una turba famélica de trogloditas cuya voluntad desbocada no tenía ni siquiera los valladares de la formalidad legal.

★ ★ ★

La obra porfiriana fué destruida; pero se destaca en la historia imponente y magnífica, como un palacio de Karnak derruido, como un Coliseo mutilado, como los escombros sugestivos de Mitla. Hoy es tan solo una ruina melancólica cuyas cuarteaduras y desmoronamientos hacen resaltar más su antigua grandeza. Diariamente se desploman edificios innumerables sin dejar el más leve recuerdo, mientras que las obras de belleza suprema quedan intactas al través de las edades. Es inútil clavar en ellas la piqueta: los muros desgarrados se cubrirán de yedras y jaramagos y se alzarán con sus penachos silvestres, ostentando una belleza triste, pero tan honda como la que tuvieran antes del estrago; en los frisos colocarán los pájaros sus nidos; y sus columnas rotas, esas columnas que parecen no sostener ya nada, seguirán sosteniendo la evocación gloriosa del pasado, el conjuro divino de los tiempos bellos, el esplendor y la gracia que se procuró destruir. Ya Edmundo Rostand dijo que los destructores de la Catedral de Rheims lo único que habían conseguido era formar un nuevo Parthenon. Si a la mutilada Venus de Milo se hiciera víctima de una nueva mutilación, seguiría siendo adorable y adorada; si se suprimiera su testa, se admiraría su pecho; si se rompieran sus senos se admiraría su cuello; y si toda ella fuese hecha añicos, la humanidad adoraría cada una de las piedras dispersas como se aman las reliquias sagradas, como se

veneran los talismanes que garantizan una vida de venturas. Por eso la obra del General Díaz, mutilada y derruida, seguirá siendo un santuario a donde los mexicanos entrarán con veneración.

Esa es la compensación del héroe: el régimen porfiriano cayó para siempre; pero siempre será invocado como argumento favorable a nuestra nacionalidad. Cada vez que en el extranjero se hagan apreciaciones funestas sobre la aptitud de México para la vida civilizada y para gobernarse sin intervención extranjera, surgirá el recuerdo del General Díaz, demostrando que sí podemos vivir sin extrañas influencias, que ya hemos vivido sin ellas y que también sin ellas hemos sido buenos obreros de la civilización. La obra del gran Presidente, los antecedentes que dejó escritos, sus éxitos imperecederos, constituyen la mejor defensa que se puede formular del país. El General Díaz demostró al mundo que éramos un pueblo grande y por lo mismo, estamos en posibilidad de reanudar nuestra grandeza. El recuerdo del paladín, sigue custodiando la bandera!

★ ★ ★

Murió desterrado como el vencedor de Aníbal, como Napoleón el grande, como el Libertador Bolívar. Solamente los que hemos vivido luengos años fuera de la Patria podemos medir la tristeza de la agonía porfiriana. ¡Ser astro y no poder irradiar las más bellas fulguraciones que son las del crepúsculo; ser torrente y verse constreñido a terminar con las aguas estancadas en una cuenca muerta; mirar una tragedia, como aquellas que había conjurado en su juventud, sin poder ya remediar ningún mal, con la desesperación de una águila que contempla el cielo con las alas rotas! Ese fué su fin. Cayó hace cuatro años, amparado por el tricolor glorioso de Laffayette, el mismo que con tanto ardor combatiera en sus años juveniles, y aún sigue durmiendo su sueño eterno en el regazo maternal de Francia. ¡Mejor! Si en esta

época de impiedad y de crimen fueran trasladadas sus cenizas a México, correrían el peligro de ser profanadas y dispersas por los vándalos reinantes.

Allá están bien sus venerados despojos mientras se puedan traer a México enmedio de la apoteosis más solemne de nuestra Historia. Nada importa que se aplace el homenaje; éste srá mayor, a medida que transcurran los años. El culto se habrá de restaurar sin transacciones, íntegro, por el mandato soberano de todo un pueblo, que pudo en un momento de ofuscación desconocer al héroe, pero que hoy se vuelve hacia él, con el alma llena de arrepentimientos, de esos arrepentimientos colectivos que siempre han servido de pedestal a los bronces imperecederos.

Esa apoteosis tendrá para México el esplendor de una aurora. Cuando los cañones anuncien con su estruendo el arribo del patricio a playas mexicanas, será porque antes habrán barrido la tiranía; cuando los clarines lo saluden con la marcha pausada del honor, será porque habrán tocado las dianas victoriosas en contra del crimen; cuando los bronces de los templos, lo aclamen con sus repiques triunfales, será porque antes habrán pregonado el advenimiento de la libertad; cuando todo México cargue el ataúd y lo lleve entre cánticos e incienso al altar donde duermen los inmortales, será porque también puede cargar en sus hombros vigorizados, el peso de la civilización; cuando los tres colores de Iguala lo cobijen y lo envuelvan, será porque nuestra bandera merecerá otra vez el respeto de las demás banderas; y por fin, cuando la tierra maternal, de la Patria se desgarre las entrañas, para recibir los despojos del gigante, será porque libre de las cizañas que la han esterilizado, habrá abierto otra vez sus surcos fecundos a las semillas milagrosas de la fraternidad y el amor!

LOS HEROES OLVIDADOS

Discurso pronunciado en el Panteón de Dolores, el 17 de septiembre de 1946, en el momento en que se descubrió el monumento que decora la tumba del General Julián Jaramillo.

Incluyo en mi libro consagrado al civismo, esta breve oración que pronuncié frente a la tumba de un héroe preterido, porque nuestro pasado se encuentra lleno de Jaramillos, esto es, de luchadores esforzados sobre los cuales cayó la desmemoria ingrata de la nación. Es evidente que no figuró en sitio destacado; pero no todos los artífices de México están obligados a ser Morelos o Zaragozas. De cualquier modo, se expuso a morir y desde un punto de vista moral, le corresponde un sitio de vanguardia. Vaya, pues, esta pequeña ofrenda, no tan solo para el General Jaramillo, sino para todos los héroes postergados que no vieron su sacrificio coronado por la recompensa. Y más todavía, para los anónimos que no dejaron huella en la historia, y que precisamente por eso, deben inspirar mayor respeto y veneración.

UN HEROE OLVIDADO

El 13 de Febrero de 1917, murió oscuramente y en la mayor pobreza, el General don Julián Jaramillo, que había defendido a México, el 20 de Agosto de 1848, en el Convento de Churubusco, y que, quince años después, se había batido en Pue-

bla, contra las fuerzas del General Forey. Bastan estas dos acciones de guerra (en su hoja de servicios se encuentran registradas muchas otras) para inferir que era un pedazo de historia, un fragmento de epopeya, un resplandor de leyenda... Nadie lo podía superar en patriotismo, porque se había enfrentado contra las dos invasiones extranjeras de nuestro territorio: la norteamericana y la francesa. Subordinado de jefes tan ilustres como don Nicolás Bravo y don Pedro María Anaya, como don Ignacio Zaragoza y don Jesús González Ortega, no necesitaba de otros títulos para merecer la gratitud nacional!

Y sin embargo, a pesar de sus luminosos antecedentes, el meritísimo veterano murió casi centenario en el más completo abandono, y la Patria no se precipitó a recoger sus restos, para sepultarlos con la solemnidad debida. Durante cerca de treinta años, su tumba humilde denunciaba una deuda que no se había saldado, una obligación que permanecía incumplida, una injusticia que estaba de pie, con el bochorno consiguiente de toda la nación.

Sus hijos hicieron gestiones para reivindicar la memoria de su padre, pero tropezaban con obstáculos que no viene al caso precisar. A últimas fechas, ya no había oposición al proyecto de sacar al héroe del olvido, pero los trámites eran largos, laboriosos, lentos y rutinarios. Entonces fué cuando cinco hombres de buena voluntad resolvieron hacer por su cuenta lo que correspondía hacer a todo el pueblo de México: levantar un monumento en el sitio en que descansaban los huesos del defensor del territorio nacional. Esos cinco patriotas son los Generales Juan Felipe Rico, Alberto Rasgado y José Monge Sánchez, el licenciado Belisario Becerra y don Manuel Rosas del Valle. ¡Honor a estos ejemplares ciudadanos que se echaron sobre los hombros, una carga gloriosa que debería llevar con orgullo la República!

Claro está que los donadores del monumento,

al hacerle justicia al General Jaramillo, no le rinden un servicio tan real ni tan efectivo, como el que recibe el pueblo mexicano porque los más beneficiados con el culto cívico son los fieles que lo practican. Los héroes auténticos no necesitan de monumentos suntuosos para ser grandes. Los huesos de Cuauhtémoc se han perdido, pero no se necesita encontrarlos para que el defensor gigantesco de Tenochtitlán llene el capítulo más fulgurante de nuestra historia . . . *

En cambio, si los grandes no han menester del culto, los pueblos sí lo necesitan para levantarse de las miserias de la vida. Todo el que dobla la rodilla frente al altar, siente que se le amplifica el espíritu, que se le ensancha el pecho y que se le aligera el corazón. Ante la tumba de un héroe parece que la tierra se santifica, que la bandera de Iguala ondula con mayor orgullo, que México crece, que el alma de la Patria se depura, para comulgar únicamente con los inmortales.

Por eso el olvido no es tan doloroso para los olvidados como para los olvidadizos. No son los héroes los que se hunden, sino los pueblos ingratos que por no mirar hacia arriba, dejan de contemplar las estrellas. La gloria excelsa de Juana de Arco no dejó de irradiar porque durante quinientos años le fué negada la aureola de la santidad. Los que se empeñaban en dudar no castigaban a la santa incomparable: se castigaban a sí mismos, por privarse del privilegio de adorar a un ángel.

En vista de estas consideraciones, nadie debe compadecer a don Justo Sierra porque sus despojos sigan sepultados privadamente en el Panteón Francés, en donde lo enterraron sus deudos: a quien hay que compadecer es a nuestro país que, después de treinta y cinco años, no le ha con-

---

* Cuando este discurso fué pronunciado, la profesora Eulalia Guzmán no había encontrado aún, la tumba discutida de Ixcateopan.

sagrado al benemérito educador, una tumba nacional. Cada vez que los periódicos anuncian que el sepulcro de Altamirano parece un estercolero, la gloria del autor de "Clemencia" no sufre mengua, pero sí se disminuye en forma dolorosa el prestigio de nuestra nación.

Para librarse del remordimiento de no honrar debidamente a quien más merece, todos los países se han puesto de acuerdo en conceder el altar mayor al soldado desconocido. A él le correspondió la gloria más limpia y más alta porque fortaleció con su sangre generosa la argamaza santa que sirvió para llenar las grietas de la Patria, y no obtuvo en cambio, ni siquiera una mención en la orden del día. Es el representativo de todos los luchadores anónimos que deben haber volado como arcángeles, puesto que no dejaron ni siquiera la huella de una pisada. Lo dieron todo y no recibieron absolutamente nada . . .

El cultivador de la leyenda napoleónica, Georges d'Esparbés cuenta que en la "Grande Armeé", cada vez que se reparaba una injusticia, se decía que se había pagado la deuda de Julio César. La expresión nació en el campo de Wagram. Al día siguiente de la gran victoria, el Emperador pasaba revista a las tropas, acompañado del mariscal Berthier. El primero estaba tan satisfecho del segundo, que le había dado el título de Príncipe de Wagram. Este atribuyó, a bondad su exaltación y Bonaparte le contestó que no acostumbraba ser bondadoso con sus subalternos. Y agregó que César había forjado legiones invencibles, porque nunca se inspiraba en el favor sino en la justicia.

El mariscal Berthier tenía una cultura clásica muy sólida, conocía a fondo la vida de César y se permitió decir al Emperador que el héroe de las Galias solía quebrantar los principios básicos de la equidad. Y al efecto, le recordó que había postergado al mejor de sus coroneles por piques de amor propio. El Senado de Roma le señaló aquella injusticia y César, en vez de corregir su falta,

sostuvo tercamente su propósito de no ascenderlo.

Mientras hablaban de esta guisa, los dos ilustres soldados comenzaron a pasar frente al cuerpo de granaderos. Napoleón conocía a todos sus sargentos y se enorgullecía de llamarlos por sus nombres. De pronto le falló la memoria, pues vió a un sargento cuyo nombre no recordaba. Preguntó al coronel y éste le dijo que era Antonio Gerard, en servicio activo desde la campaña de Italia.

—¿Qué fallas tiene?

—Ninguna, señor.

—Entonces, ¿por qué no ha ascendido?

—No tengo la culpa, señor, pues he recomendado su promoción tres veces, sin que la superioridad me haya contestado.

—¿Y cómo se batió ayer?

—Con la bravura de siempre . . .

Bonaparte comprendió que tenía delante a una de esas víctimas cuyos expedientes se traspapelan y quedan rezagados en el olvido. Dió una orden y el coronel, tras un redoble de tambores, dijo en voz alta:

—"Sargentos, cabos e individuos de tropa: en adelante reconoceréis como vuestro sub-teniente, al Sargento Antonio Gerard. Apenas se había extinguido el acento de estas palabras, sonaron otra vez los parches y se proclamó el ascenso a teniente. Y vino un nuevo redoble de tambores y el coronel gritó emocionado:

—"Tenientes, subtenientes, sargentos, cabos e individuos de tropa: en adelante, reconoceréis como vuestro capitán al teniente Antonio Gerard . . .

Todos los granaderos estaban conmovidos, y Napoleón que, además de ser un formidable con-

ductor de ejércitos, era un estupendo director de escena, avanzó hacia Gerard, y quitándose la cruz que llevaba, la colocó en el pecho del nuevo capitán. Este lloraba como un niño y las gotas de su llanto cayeron sobre las manos del Emperador. Y éste, mostrando las lágrimas al mariscal Berthier, le dijo:

—Príncipe, la deuda de Julio César está pagada . . . "

Algo parecido se siente al ver el monumento del General Jaramillo: un héroe auténtico ha sido rescatado del olvido.

* * *

Arriba de la Epopeya

LOS FUNERALES DE CARMELITA

Palabras dichas el 26 de junio de 1944 ante el cadáver de la señora Carmen Rubio de Díaz, unos cuantos momentos antes de que su ataúd descendiera a la tumba.

Perdonadme, señoras y señores, que comience esta oración con palabras balbucientes sin orden ni concierto, porque a la intensa pena que me embarga, se juntan las impresiones más raras y peregrinas que se puedan concebir. ¿Cómo no sorprendernos y confundirnos con estas exequias que suponíamos iban a ser calladas, circunspectas y rituales, y han resultado ruidosas y casi fulgurantes? Carmelita era tan armoniosa y tan dulce que nunca nos imaginamos que fuese despedida de este mundo con clamores de epopeya.

Hace unos cuantos momentos, en su casa vimos lo que esperábamos ver: supervivientes de un capítulo de historia que se cerró hace más de veinte años; girones del porfirismo, glorias que fueron, bellezas que se marchitaron, excelsitudes de otra edad cubiertas por el polvo del olvido . . . Luego, presenciamos el cortejo que avanzaba hacia este cementerio con ritmo pausado, lento, rígido, como lo demanda la majestad de la muerte. Era la caravana de los "emigrados", como los podría llamar Paul Bourget; el desfile de aquellos que no pudiendo o no queriendo coincidir con los usos y las costumbres de las nuevas generaciones, se en-

castillan arrogantemente en sus recuerdos. Se creía que el sepelio de Carmelita iba a ser solemne, majestuoso, litúrgico, algo parecido al entierro del Conde de Orgaz eternizado por el pincel mágico del Greco: caras con expresión de éxtasis, frentes iluminadas por la esperanza del más allá, ojos que contemplan el infinito. En la tela sobrehumana de Toledo, se adivina la ausencia absoluta del ruido; y así también se esperaba que fuese colocado el cuerpo de Carmelita en la cripta, en medio de un silencio contrito y fervoroso.

Pero . . . ¡oh sorpresa que nos llena de pasmo y estupor! al llegar a las puertas de este cementerio, miles de gentes saludaron el ataúd con las notas épicas del himno nacional, ese himno que salva todas las distancias, que nivela todas las desigualdades y que nos hace sentir que somos nada más las moléculas apretadas de ese todo gigantesco que se llama México. Desde ese momento, el cuerpo de Carmelita dejó de estar bajo el dominio de su hermana y de sus hijos: lo reclamó el pueblo, —este pueblo que me está escuchando—, como algo que pertenece a toda la nación. Gentes humildes, humildísimas se han acercado a regar con sus lágrimas esta caja mortuoria, y a besarla como se besan los talismanes. Cantando siempre el himno de la Patria, esta multitud llevó el ataúd a la Capilla, en donde se observaron los ritos religiosos, con el respeto y la reverencia debidos; pero después de la liturgia, esta muchedumbre siguió cantando marcialmente y vitoreando al General Porfirio Díaz. Y lo más singular de todo es que esta masa humana no produce la impresión de ser heterogenea. Caballeros de levita y sombrero de copa se juntan con obreros vestidos de mezclilla azul; damas elegantes y envueltas en crespones, alternan con mujeres de rebozo; lo que se llama crema social se confunde con el proletariado; y el conjunto hace pensar en una familia inmensa cuyos miembros se abrazan para llorar a la madre muerta.

¿A qué se ha debido esta insólita manifestación popular? Probablemente a que nuestro pueblo se agarra al ataúd, como a un símbolo de pureza, de austeridad y de virtud cristiana, para salvarse de la ola de fango que invade a la sociedad actual. Estos son los tiempos del jazz, del cocktail, del cabaret, del cine pornográfico, de la liviandad en todas sus formas licenciosas, y esta muchedumbre, asqueada con el presente, llora la desaparición de aquella grandeza que se coronó de humildad; de aquella distinción natural que se aureoló con la gracia; de aquella majestad que vivió siempre de rodillas . . .

¿Quién no conoce la leyenda de su vida? Carmelita fué la hija mayor de don Manuel Romero Rubio, que dirigió el Partido Lerdista a partir del año de 1867, en que se restauraron en México las Instituciones Republicanas. Cuando don Sebastián llegó a la Presidencia, don Manuel fué el más entusiasta de sus partidarios y llegó a ser su último Ministro de Gobernación. Aquel Gobierno fué derrocado en 1876 por la revolución de Tuxtepec, y sus principales personajes tomaron la ruta del destierro, creyendo que el vencedor, de acuerdo con las tradiciones tremendas de nuestra historia, iba a ser rencoroso e implacable con los vencidos.

En contra de lo que se esperaba, el General Díaz trató de atraer a sus antiguos adversarios, para iniciar una nueva era de concordia y fraternidad. Don Manuel Romero Rubio regresó de su voluntario ostracismo, y su antiguo rival no se limitó a convidarlo para que tomara parte en la obra de reconstrucción nacional, sino que además le pidió que lo admitiera en el santuario de su hogar.

La noticia del matrimonio de la señorita Carmen Romero Rubio con el héroe del Dos de Abril, se extendió por todo México como una promesa mesiánica de paz. Aquella unión hacía pensar en las bodas que celebran los príncipes de dinastías

rivales, para poner fin a una época guerrera e iniciar una etapa de fraternidad. Al ver el velo blanco de la desposada, como bandera de paz, nadie se volvió a acordar de los crespones enlutados de la guerra civil. Aquel matrimonio fué como un arco iris sobre un pasado turbulento de tempestades y de odios.

El primero de diciembre de 1884, volvió el General Díaz a la Presidencia, y Carmelita, a la temprana edad de veinte años, se convirtió en la primera dama de la República. ¿Cómo, siendo tan niña, iba a poder llevar sobre la frente una diadema tan pesada? Cuando se pasa revista a las esposas de los grandes de la historia, se advierte con frecuencia que no estuvieron a la altura requerida. Basta citar los ejemplos de las compañeras de Julio César, de Napoleón I, de Abraham Lincoln, . . . Carmelita sí llevó con dignidad impecable. el nombre más difícil de llevar. En la época de esplendor, sin humillar a nadie, se colocó en la cumbre, como lo demandaba el buen nombre de México. Al recorrer los países europeos, alternaba con los reyes con la naturalidad y el aplomo de los que nacen en el trono.

Pero... además de envolverse en un decoro supremo para enfrentarse con los grandes, sabía tratar con dulzura sin límites a los humildes. Al regresar a México, en nombre de 1934, su primera visita fué para la Virgen de Guadalupe. En el momento en que descendió de su automóvil para penetrar en la Basílica, hubo alguien que la reconoció y dijo: "¡La viuda del General Porfirio Díaz!" La noticia se extendió con celeridad de rayo y así fué como, mientras-Carmelita rezaba frente a la Santa Patrona del Tepeyac, se aglomeraba una multitud en la puerta del templo. Al verla salir, los vendedores de imágenes, de rosarios, de cirios y de Crucifijos, se arrodillaron delante de ella para besar la orla de su vestido; todos querían ofrecerle una prenda de sus pequeños comercios ambulantes. Carmelita levantó a los que estaban arrodi-

llados y los atrajo con ternura maternal. Abrazó conmovida a las mujeres y no se alejó del sitio sino hasta que todas ellas habían recibido una caricia. Para todas tuvo una sonrisa; a todos los pechos les otorgó el privilegio de que palpitaran junto a su corazón.

Por eso fué la primera dama por excelencia. Majestad en las Cortes, y sencillez humilde al tener contacto con el pueblo. Se dice con frecuencia: "Era una reina"; pero se debe agregar que, como los Reyes Magos, sabía doblar la rodilla en el establo de Belén. En síntesis, para los de arriba era una Emperatriz, para los de abajo, era una madre.

Añádase al don celestial de estar siempre en su puesto, que era encantadora en la extensión completa de la palabra. Carmelita cautivaba con la curva limpia de su blanca frente, reveladora de poéticas meditaciones; con sus ojos vivos, que anunciaban una rápida comprensión; con su mágica sonrisa, que despejaba cualquiera pena; con su voz, que era música y arrullo, y con sus múltiples virtudes que como las estrellas del cielo, nunca se acababan de contar. Por eso, cuando hacía acto de presencia en un salón, en una calle, en cualquier parte, las gentes tomaban el aspecto de un campo de girasoles: todas las miradas convergían hacia ella, atraídas por un imán irresistible.

Con estos excepcionales atributos, no se limitó a ser la compañera irreprochable del caudillo, sino que completó su gigantesca personalidad: ella fué el perfume sobre el heroísmo, la nota de cristal sobre el estruendo del acero, el rocío que palpita sobre la hoja de laurel. Yo me imagino al General Díaz como una roca enhiesta, y a Carmelita como el hilo de agua cristalina que al caer sobre la roca y acariciarla con sus borbollones, va suavizando poco a poco sus rugosidades y sus asperezas. La roca conserva su grandeza, pero no sus aristas cortantes y hostiles; contemplada desde lejos, la roca parece no haber variado; pero desde cerca, se advier-

te que no necesitaba ser agresiva para ser majestuosa.

Lo más extraordinario de esta labor dulcificadora, fué la ponderación y el equilibrio con que se llevó a cabo. Carmelita no fué la Dalila que le cortó la cabellera a Sansón. Por lo contrario, a medida que el caudillo suavizaba su formas, crecían su vigor y su poderío. El águila no se transformó en ruiseñor: siguió siendo águila, pero aprendió a volar más alto. Sin perder la fortaleza del bronce, adquirió la diafanidad del mármol.

Si como compañera del jefe del Estado fué un paradigma insuperable para todas las esposas de funcionarios públicos, su actitud posterior a mayo de 1911 fué más ejemplar todavía, porque se abrazó al héroe caído, con más ternura que nunca. Después de haber sido digna del General Díaz en la época de esplendor, fué más digna aún cuando le ofreció su hombro amoroso de Antígona o de Cordelia, para que en él apoyase su frente abatida, el anciano desterrado. Lo condujo con devoción hasta que el exhaló el último suspiro, y desde entonces se convirtió en la esclava fiel de su recuerdo. Desde el dos de julio de 1915, el nombre de Porfirio Díaz fué para Carmelita el altar de una creencia, el dogma de un culto, el mandamiento de una religión. Y fué fiel a la sagrada memoria durante treinta años; y si la Providencia le hubiese prolongado la vida, su fidelidad inagotable se habría mantenido firme durante treinta siglos . . .

Así fué la gran mujer que estamos sepultando. ¡Símbolo de grandezas que se desmoronaron, de majestades deshechas en ruinas, de llamaradas esplendorosas que terminan en cenizas. Delante del cadáver de esta excelsa difunta se medita tristemente en aquella columna esbelta de que habla el Obispo Bossuet, que cuando se desvanece la gloria solo sirve para sostener el peso de nuestra nada . . .

¡Pero nó! sigue sosteniendo el ideal y vosotros,

pedazos de nuestro pueblo, con la voz marcial con que habéis cantado el himno de la Patria, estáis haciendo sentir que sobre el México de ayer, y el México de hoy, y el México de mañana, se yergue el México de siempre. Por eso el sepelio que parecía ser solemne se convirtió en un sepelio popular, y lo que era un crepúsculo doliente se ha transformado en una aurora triunfal. ¡Algo muy grande acaba de morir; pero algo más grande aún acaba de nacer!

★ ★ ★

Los Símbolos Máximos de México

LA MADRE DE LOS MEXICANOS

La Bandera de Hidalgo.

Conferencia pronunciada en la sesión de clausura del Congreso Guadalupano que se reunió en Monterrey, en Septiembre de 1945.

Excmo. señor Arzobispo de Monterrey
Señoras y señores:

Cuando el Padre Antonio de P. Ríos tuvo la gentileza de invitarme para que disertara en el Congreso Guadalupano de Monterrey, sobre la vinculación estrecha que existe entre la Virgen del Tepeyac y la Nación Mexicana, le confesé francamente mi incapacidad para tan alta tarea, porque no tenía la costumbre de caminar por los senderos divinos..........Y precisamente por desconocer las veredas celestiales, corría el riesgo de medir lo sagrado con criterio profano, extraviarme hasta llegar a la herejía, y entonces, lo que pretendía ser un homenaje podía convertirse en un imperdonable sacrilegio.

El poema de la aparición de la Virgen de Guadalupe no puede ser superado en belleza por Federico Mistral ni por Jacinto Verdaguer ni por el mismo San Juan de la Cruz. Un indio de alma transparente andaba recogiendo flores para ofrendarlas a la Santa Madre de Dios y Ella, para premiar aquella devoción cristalina, resolvió convertir las flores en su propia imagen. Con rosas

blancas quedó delineada su frente impecable; con corolas rojas de claveles y de amapolas se pintaron sus labios amorosos, y con pétalos obscuros de pensamientos, casi negros, fueron dibujados sus cabellos, sus cejas arqueadas y sus ojos. El ayate del indio se convirtió en la tela de un genial artista plástico, en un jardín celestial en donde dormían los colores del milagro.

Los descreídos pueden negar el hecho de la aparición, pero no pueden negar la poesía del relato. Así pues, para ser congruentes con su falta de fe, necesitan suponer que alguien lo inventó, es decir, que en el año de 1531 había en el valle de Anáhuac un poeta tan inspirado como San Francisco de Asís o, cuando menos, como Santa Teresa de Jesús. Y como ni los conquistadores ni los humildes Franciscanos y Dominicos que iniciaban su obra evangelizadora demostraron tener una estupenda fantasía lírica, resulta muy difícil probar que fué un artificio humano lo que nuestro pueblo aceptó desde el primer momento, como manifestación divina.

El poema se completa con la figura de Juan Diego a quien la Virgen llamó "el más pequeño y humilde de sus hijos". La Madre de Dios se muestra como un compendio de nuestros vergeles y su predilección por quien no valía nada, les permitió a todos los mexicanos recibir para la Nación entera, el milagroso privilegio. Juan Diego es nada más un fragmento de nuestro país, un pedacito de la Patria, uno de tantos que precisamente por no tener antecesores ni continuadores, podía reflejar en su individualidad diluída y borrosa, los destinos de toda la colectividad. Nadie sabe donde nació Juan Diego, ni como ni cuando fué bautizado, ni lo que hizo en este mundo, ni como desapareció de la vida. No tiene historia y, por lo mismo, su biografía es la de todos aquellos que no la tienen. Fué uno de los mansos y pobres de espíritu de que habla el Sermón de la Montaña y nada más. Y así fué como, por no poseer nada,

lo tuvo todo y resulta la encarnación milagrosa de los tristes y los desheredados.

Hace un tercio de siglo, al liquidarse la primera guerra mundial, las potencias victoriosas quisieron rendir un homenaje máximo a aquél paladín que por sus virtudes y proezas, fuese digno de reflejar el heroísmo colectivo. Francia, por ejemplo, pudo haber colocado en el altar mayor de la Basílica Patria, la estatua del Mariscal Joffre, que había detenido a los invasores en las riberas del Marne, o al Mariscal Foch que había conducido a los ejércitos aliados a la victoria. La Gran Bretaña pudo haber establecido el culto del férreo Lord Kitchener o haber rendido su homenaje mayor al General Haig. Y de manera parecida, las demás Naciones pudieron haberse inclinado ante aquella personalidad de excepción que se hubiese destacado sobre los demás por su bravura y su acierto.

Pero........después de cuatro años de experiencia dolorosa, los pueblos del mundo habían aprendido que la mayor grandeza es la que no se vé; que las lágrimas más claras y transparentes son las que no se capitalizan; que la gloria suprema no tiene ni puede tener publicidad; que la inmortalidad auténtica es la que acepta con mansa resignación el misterio de la muerte; que lo único que merece sobrevivir es aquello que consiente en pasar; en una palabra, que el acreedor mayor a la gratitud de sus compatriotas había sido aquel qué, además de derramar su sangre y ofrendar su vida, completaba su tributo con la pérdida de su nombre, para confundirse obscuramente con los ignorados y los anónimos. ¡El soldado desconocido!

Juan Diego no perdió su nombre, pero no tiene una tumba en donde lo puedan reverenciar los mexicanos. Millones de gentes han desfilado descubiertos ante el sepulcro del soldado desconocido en París y en Londres, en Arlington y en

Roma; y millones también pasarían respetuosos frente a los huesos del indio humilde hacia cuyo ayate descendieron los resplandores de la Divinidad, si se supiera donde reposan dichos huesos; pero como no se sabe donde están esos despojos, su nombre ha quedado únicamente como un signo luminoso que vigoriza las esperanzas de todos aquellos que se consideran como "los últimos y más pequeños hijos de la Virgen de Guadalupe".

Casi tres siglos después de que floreció el poema del Tepeyac, las huestes del Cura Hidalgo, en una mañana del mes de Septiembre de 1810, arrancaron la imágen de la Virgen de Guadalupe de un altar en la Parroquia de Atotonilco; la colocaron sobre una asta, y de esta manera, la convirtieron en el Estandarte de la Independencia. Así fué como la Santísima apareció protegiendo el génesis radiante de la Patria.

Mucho se ha discutido sobre la ortodoxia del acto de Atotonilco. Tal vez algunos teólogos exigentes no aprueben el hecho de desprender de un altar, la imagen sacrosanta de la Madre de Dios, para emplearla como lábaro de combate; convertir el símbolo de paz en un símbolo de guerra; hacer del signo del perdón, un signo de rebeldía...... Pero los mexicanos, en su abrumadora mayoría, no sólo aceptan el hecho de los Insurgentes, sino además los bendicen por haberlo realizado.

Mal podía yo disertar delante de Sacerdotes sobre cosa tan grave, cuando nunca me he ocupado de medir tamañas responsabilidades ni de resolver tan arduos problemas. Los mismos teólogos vacilan y la prueba de ello, se tiene en que Juana de Arco no fué canonizada sino cinco siglos después de su epopeya milagrosa. Durante 500 años se discutió si la doncella de Orleans, cuyo heroísmo era evidente, se encontraba también envuelta por los resplandores de la Santidad!.

De manera parecida se discutirá indefinida-

mente si el Cura Hidalgo, cuya calidad heróica de forjador de naciones no se puede poner en duda, fué congruente con su carácter sacerdotal, al emprender la cruzada sublime de la Independencia. Y se discutirá también si acató o no la doctrina de Jesucristo (dadle al César lo que es del César y dadle a Dios lo que es de Dios) al trasladar la imágen de la Virgen de Guadalupe, de los altares de Atotonilco a la batalla del Monte de las Cruces!.

Como profano que soy en estas cuestiones, no me toca decidir si el hecho de izar el estandarte Guadalupano, se acomoda a los ritos y pragmáticas religiosos; pero los resultados fueron portentosos, porque en unos cuantos días, se agruparon más de cien mil luchadores bajo la mágica bandera. El pueblo vió en ella un signo de redención y despertó de un sueño tres veces secular. El ejemplo de Hidalgo fué seguido por Morelos, Matamoros y muchos otros sacerdotes que no vieron ninguna contradicción entre el Cáliz y la espada. Todos ellos creyeron servir a Jesucristo, batiéndose con los Ejércitos del Rey, y creyeron también que la Virgen de Guadalupe bendecía sus armas.

Y se fundieron de tal manera en el alma de los soldados Insurgentes, la Patria y la Madre de Dios, que no se podía definir donde terminaba un culto y donde se iniciaba el otro. Los padres de la Independencia no entendían la división de la Iglesia y el Estado, sencillamente porque no podían concebir a la Virgen de Guadalupe sin México, ni menos aún a México sin la Virgen de Guadalupe.

Es probable que para los ortodoxos, sea más auténtica la vinculación de la Santísima del Tepeyac con Juan Diego que con el Cura Hidalgo, por dos razones. La primera es que, en la aparición de 1531. Ella fué la que tomó la inciativa; y la segunda es que siendo mexicanos el noventa por ciento de los realistas, la Virgen no podía desam-

pararlos ni desconocerlos. Sin embargo, a pesar de estas reflexiones y otras muchas que se hagan, ya no es posible arrancar la imagen Guadalupana de la insurrección gloriosa de 1810. Por eso la veneran en México hasta los que no son creyentes. El culto de algunos jacobinos es ilógico, pero revela que sobre la rebeldía de las ideas, triunfan las imposiciones soberanas del corazón.

¿Hasta donde se puede amar a la Divinidad con criterio patriótico, con ese criterio que convierte en nuestro país, a los mismos ateos en Guadalupanos? Estas contradicciones espirituales merecen el análisis de los pensadores católicos, y yo me limito a señalarlas, pues acostumbrado a lo transitorio y a lo intrascendente, no sé cabalgar sobre las nubes ni mucho menos colocarme arriba de las estrellas.

Al leer" La Divina Comedia", las almas purificadas avanzan con facilidad y con alegría, desde las negruras del Infierno hasta las claridades inefables del Paraíso; pero los que estamos amarrados a las imperfecciones de la tierra, nos quedamos con Virgilio, en los círculos pavorosos de los tremendos castigos. Más que los encantos de Beatriz, nos sacuden y atraen los sollozos del Con de Ugolino y el tormento de Paolo y Francesca. La inferencia es inevitable: carecemos de preparación para caminar en el cielo y nuestra interpretación de la Divinidad tiene que ser forzosamente profana.

El Poeta florentino le daba más importancia a su Paraíso que a su Infierno y por eso colocaba a Beatriz arriba del cantor de la Eneida. Para llegar a esa altura seráfica, se necesita preferir los frescos celestiales de Fra Angélico -cuyas suaves pinceladas parecen anticiparnos los matices ultraterrenos- a las telas suntuosas de Leonardo y del Ticiano. Así mismo, hay que desdeñar la metáfora deslumbrante y el estilo magnífico, para llegar a ese plano supremo en que las rutas luminosas de San Francisco de Asís y

San Juan de la Cruz, tienen más valor que las rapsodias homéridas y las tragedias de Esquilo.

Yo confieso sinceramente que jamás he llegado a tamañas excelsitudes y por eso, sin analizar, encuentro en el episodio de Atotonilco, el complemento lógico del poema que vivió Juan Diego. Las multitudes enardecidas de 1810 pudieron salirse de los cauces de la ortodoxia, como sucede fatalmente en todas las erupciones colectivas, pero no por eso fué menos sincera su devoción infinita hacia la Virgen del Tepeyac.

Desde 1810, no se puede ser mexicano y al mismo tiempo mirar con indiferencia al primer símbolo de nuestra redención. A raíz de la conquista, la Madre de Dios se apareció al más pobrecito e insignificante de la raza derrotada; y trescientos años después, se acogió a ella el primero de nuestros libertadores.........

Por su candor inefable, el poema del Tepeyac penetró fácilmente en el alma de nuestras muchedumbres. El milagro de las flores tenía que sub yugar a todo el mundo y de la fascinación que desparramó, no se pudieron escapar ni los agnósticos más empedernidos y fríos. De ésta guisa, son Guadalupanos en México hasta aquellos que se jactan de una ausencia absoluta de catolicidad. Don Ignacio Manuel Altamirano y don Vicente Riva Palacio, jacobinos radicales que rompieron sus lanzas contra la Iglesia, jamás se atrevieron a enfrentarse con la Virgen de Guadalupe: por lo contrario, la aceptaron sin reservas y reconocieron públicamente que formaba parte de nuestra nacionalidad.

¿En qué quedamos? como resumen de todo lo expuesto, quedamos en que desde Juan Diego, la Virgen del Tepeyac fué la Madre de todos los católicos; y desde Hidalgo, es y seguirá siendo la Madre de todos los Mexicanos!

EL DIA DE LA BANDERA

Palabras dichas en la Embajada de México en Francia, el 24 de febrero de 1948, en la convivialidad que organizó el doctor Francisco Cañedo y del Río, para celebrar el CXXVII aniversario del estandarte de Iguala.

Señores:

Nuestro Embajador ha querido que con esta copa de champaña, brinde por nuestra bandera, y cumplo con regocijo tan honrosa comisión. No es la primera vez que lejos de México hago la evocación de nuestro símbolo sagrado. En la ciudad de Los Angeles, California, hablé una vez en la velada conmemorativa del 16 de septiembre; en New York, en otra ocasión, diserté sobre la epopeya del Cinco de Mayo; y en San Antonio, Texas, en un doce de octubre, tuve el privilegio de hacer el panegírico de nuestra raza. Así pues, no es nueva la emoción intensa que estoy sintiendo. Fuera del terruño, la fiesta cívica se idealiza porque dejamos de ver nuestras faltas y nuestros errores para contemplar únicamente los perfiles depurados y embellecidos de la naciónalidad. Con la distancia, desaparecen las deformidades de la historia, los detalles ásperos, las lacras que por ser humanas, resultan inevitables; y queda de la Patria una visión empirea, como la de una cordillera lejana, sin rugosidades, cuyos añiles seductores rivalizan con el azul del firmamento.

Por eso las fiestas cívicas en el extranjero toman el aspecto de un rito religioso. Los cirios del altar aumentan su fulgor, los inciensos son más fragantes, los repiques de las campanas suenan a verdadera gloria, el órgano es más majestuoso y las hostias de la Comunión adquieren una blancura seráfica como si fueran hechas con celajes y con estrellas........

Pero nuestra bandera no necesita del conjuro mágico de la distancia, porque en sí misma, es de una belleza insuperable. Animados por el noble afán de exaltar sus colores, los poetas han dicho que es verde como la esperanza y como nuestras florestas, que es blanca como la espuma del mar y la tiara de nieve de nuestros volcanes; y que es roja como los labios de nuestras mujeres y como la sangre de nuestros héroes. Sin negar la belleza de éstos símiles que no pierden su encanto ni con la repetición rutinaria, nuestra bandera no los necesita para inspirarnos una devoción mística: le basta el significado simbólico que les dieron a los tres colores, los dos Padres de la Patria que se dieron un abrazo de reconciliación en Acatempan.- Las tres garantías son los tres mandamientos de nuestra religión cívica. El verde significa independencia, es decir, el deber de conservar una personalidad propia, un pensamiento original, una estética genuina, una inspiración exclusivamente mexicana y unas Instituciones que emanen de nosotros mismos. Por conquistar el derecho de ser lo que realmente somos, se lanzó el grito de Dolores, se proclamó la autonomía en Chilpancingo y se promulgó en Apatzingán, nuestra primera Constitución; para convertir la noble aspiración en un voto religioso ,subieron la cuesta del Gólgota, Hidalgo en Chihuahua y Morelos en San Cristóbal Ecatepec. Por eso el color verde no significa una esperanza mesíanica sino una realidad que nos obliga en caso menester, a repetir el holocausto.

El blanco significó el anhelo de continuar unidos espiritualmente con España, después de haber

conquistado nuestra autonomía. Al cabo de once años de guerra cruenta, nuestros padres no conser varon resentimientos ni rencores, y a través de la inmensidad del Océano, le tendieron la mano a la Madre Patria, con un ademán generoso de reconciliación. Como nuestras relaciones en 1821, se limitaban a la Península Ibérica, sólo pensaron en ella don Agustín de Iturbide y don Vicente Guerre ro; pero es obvio que la unión con España implica también unión con todos los pueblos que hablan nuestro idioma y tienen nuestra misma conformación racial.

Pero hay más todavía: las dos últimas guerras mundiales, con sus tremendas convulsiones, nos han enseñado que ningún país, por rico y poderoso que sea, puede envolverse en el orgullo desdeñoso del aislamiento. Los pueblos se necesitan recíprocamente los unos a los otros, y la inde pendencia política tiene que completarse con la cooperación. Aquel que se encierre dentro de sí mismo, como en una torre de marfil se condena a ser un ciego dentro de su propia casa.- Por eso el color blanco que en 1821 simbolizaba la unión con España, debe simbolizar ahora la vinculación amorosa con todas las naciones del Planeta.

El color rojo entrañó el compromiso de conservar la religión católica en nuestro país. Con esta garantía que flamea en nuestro estandarte, los constructores de Iguala no hicieron otra cosa que someterse a una realidad palpable en el mun do entero y muy especialmente en nuestro México. Jesús de Nazareth está en todas partes, y eso no lo pueden negar los musulmanes, ni los judíos ni los mismos ateos. No se puede visitar en Europa un Santuario, ni una biblioteca, ni un museo, ni una escuela, ni cualquiera otro centro de cultura, sin encontrar la luminosa personalidad del Crucificado. Vive en los tercetos de Dante, en las octavas reales de Tasso, en los colores de Giotto y Fra Angélico, en la música de Haendel y de

Bach, en la arquitectura de las catedrales góticas y en la filosofía siempre juvenil de San Agustín y de Santo Tomás de Aquino.

En México, la vinculación es todavía más intima, pues vemos a Jesús en las Cruzadas evangelizadoras de los Franciscanos y los Dominicos, en el Grito redentor de Dolores, en la primera bandera de los Insurgentes y en la Misa del Monte de las Cruces. Por eso, quien niegue al Redentor, además de incurrir en una blasfemia, comete una insensatez, pues para arrancarlo de nuestro país, sería necesario devastar a todo México, con la circunstancia de que después de la devastación, continuarían proclamando la gloria del Señor, las cruces de nuestros cementerios.

Con sólo ver las ciudades devastadas del viejo mundo, se llega al convencimiento de que Jesucristo, más que una evidencia es una imperiosa necesidad. Frente a las comarcas llenas de osamentas, los Evangelios constituyen la única esperanza de que el mundo se detenga en su caída para no seguir siendo un estercolero. El egoísmo y el odio provocaron la catástrofe y por lo mismo, hay que buscar la salvación en el extremo opuesto, es decir en el amor universal y en la abnegación sin límites. Cuando acaben de fracasar los tigres y las hienas, tendrá que venir el triunfo del Cordero Inmaculado.

Por eso, queridos compatriotas, me complazco en repetir que los tres colores de nuestro emblema son los tres mandamientos máximos de México. Pero el símbolo de la patria tiene algo más que las tres garantías de Iguala y es el escudo de los oráculos aztecas, el glorioso escudo que nos dejaron los fundadores de Tenochtitlán. El nos recuerda que la raíz del árbol, siendo más importante que el tronco, tiene que superar también en jerarquía a las ramas, a las hojas, a las flores y a los frutos. Fieles a nuestro origen, seremos más fuertes para enfrentarnos con nuestro destino; y

si los matices de nuestra bandera nos fijan orientaciones morales, el símbolo azteca entraña la mejor lección de virilidad y por lo mismo nos sirve, no tan sólo para resistir las crisis más amargas, sino también para sobrellevar cualquiera desgracia por catastrófica que sea. En efecto, el escudo azteca nos muestra una águila, es decir, la más bravía de las aves; posada sobre un nopal, esto es, la más bravía, de las plantas; y estrangulando una serpiente, es decir, el más bravío de los reptiles. Y un pueblo que lleva en su bandera ese compendio de bravuras, no tiene derecho a que le tiemble el pulso, ni a que le vacile el paso, ni a ponerse a temblar delante de las incertidumbres del porvenir. ¡Vaya pues esta copa por nuestra bandera!

* * *

EL SIMBOLO DEL NOPAL.

En octubre de 1930, el escultor mexicano Luis Hidalgo invitó al autor de este libro y a otros compatriotas, a que visitaran su estudio en la ciudad de New York. Y en la parte más visible del taller, se destacaba un nopal que tenía la forma de México: la rama principal de la cactea se inclinaba ligeramente haciá la izquierda y dibujaba con sus pencas el territorio de la República. En tanto, la rama menor, desviada hacia la derecha reproducía los contornos de la Península Yucateca.

Al decirles Hidalgo que le había dado al nopal la forma de México porque es la planta que mejor nos representa, le pidió su opinión al autor quien habló de esta guisa:

El nopal es emblemático de México porque es agresivo, viril, hermoso y se sostiene con heroísmo ejemplar: no ha menester de la caricia de los manantiales para germinar; no requiere el castigo encantado de la poda para crecer; no necesita el esmero cuidadoso del hortelano para perpetuarse...... Nace en regiones áridas y polvorientas en donde fracasarían los álamos, los pinos y los fresnos; se desarrolla bajo las saetas de un sol quemante; se nutre frugalmente de las rocas y del aire; conserva su verdor eglógico a través de las cuatro estaciones; levanta sus pencas hostiles contra las inclemencias que lo rodean; y exprimiendo gota a gota, a las peñas avaras que lo sustentan, sabe convertir los jugos que le dan vi-

da, en el almíbar de las tunas carmesíes que se ofrendan entre espinas como si quisieran significar el enorme sacrificio con que fueron elaboradas.

Como el nopal es nuestro pueblo. La historia no ha sido para México un himno sino una elegía. De otros países no ha recibido caricias sino zarpazos. Francia que, tan noblemente ha distribuído sus libertades en el mundo, a nosotros nos quiso encadenar con un Imperio; los Estados Unidos que, tantas veces han demostrado su generosidad, a nosotros nos quitaron la mitad de nuestro territorio. Nuestro pasado se amasa con lágrimas y sangre y México, rodeado de infortunios, ha clavado sus raíces en las peñas donde se quebrarían las hojas de acero de los arados; ha extraído miel hiblea de las rocas; ha conservado en medio de las tragedias el color exultante de la esperanza inmortal; y en la frugalidad astringente de los desiertos, ha sabido cosechar las rosas fragantes y los frutos sazonados de una cultura superior.

Por eso has hecho bien, querido artista en escoger la cactea áspera como símbolo de tu existencia. Sigue considerando al nopal como linfa de Castalia, bandera de combate, mandamiento de una religión. Ninguna otra planta podía ofrecerte mejor modelo en esta gigantesca ciudad de indiferencia y de hierro. Desde un punto de vista espiritual, New York es tan polvosa y acre como nuestras nopaleras. Aquí las palmas se marchitan y los laureles pierden su follaje. No basta tener color y perfume para triunfar: se hace necesario envolver el espíritu en espinas para sobreponerse al medio hostil y dominarlo. Hay que ser fuerte, agresivo y sobrio, en una palabra, hay que aprender a vivir en el desierto.

Consecuentemente con este símbolo, tu arte se encuentra erizado de púas. Sobre todos los personajes que tu modelas, clavas las espinas de

tu sátira. Los tipos neoyorkinos -Babbitts incon-cientes, irlandeses ortodoxos, negros de Harlem, judíos sórdidos de Bronx- parece que los esculpis-te con la punta filosa de una daga. Allí tienes un Mussolini que es un muñeco; un Portes Gil que es un globo: un Coolidge que recuerda a Ca-caseno; a Hoover le suprimiste las narices, tal vez para significar que los jazmines y las rosas le son indiferentes..........

Hay sin embargo, un tipo contra el cual se estrellaron los dardos de tu sátira cruel, y es Jor-ge Clemenceau: nadie se puede reír de esta ca-ricatura porque el tigre es inmenso y ante él se quiebran las espinas del nopal.

Tu ímpetu agresivo se ha abierto paso en este medio adverso; tus obras son admitidas en las expo siciones; has entrado hasta en el Museo Metro-politano y críticos prestigiados te han rendido elogios merecidos. Tu triunfo es como un pedazo de los triunfos de la patria. Este nopal que se ha obstinado en crecer y en perpetuarse en los páramos espirituales de New York, no es sino uno de los muchos retoños de la cactea gigantesca que emergiendo entre los dos Océanos, extiende sus pencas erizadas de espinas y coronadas de tu-nas, desde Yucatán hasta California........

No todo es aspereza en el nopal, pues hay grana en las pencas agresivas, y hay miel en los frutos que simulan herir. Aparte de tus caricatu-ras implacables, tu modelas madonas llenas de gracia que hablan como arcángeles y parecen ves tidas de firmamento.

Allí veo tres Reyes Magos, cuyas manos fueron hechas con pétalos de lirio y en cuyos ojos pater-nales, hay resplandores de ofrenda. Y es que nin-gún fruto supera en agresividad a la tuna pero ninguno tampoco le puede ganar en dulzura.

Has aprendido a trabajar como el nopal, sin ruido, sin ostentación, sin charlatanería exube-

rante, dispuesto siempre a resistir los rigores de la escasez y la frugalidad. Si viene el riego fecun dante, bien venido sea; y si no viene, entonces se hace preciso vencer la Naturaleza enemiga y sacar miel de los desiertos; eso es lo que ha hecho México y eso es también lo que están obligados a hacer todos sus hijos.

Sigue pues, querido artista, con esta planta heráldica, como orientación y como guía: ella te ha enseñado ya a ser sobrio, ágil y sobre todo a bastarte a tí mismo. Los espíritus superficiales la ven cubierta de espinas y huyen de ella en pos de rosales fragantes: esa es la gloria fácil que dura como las rosas de Malherbe, nada más una mañana. Sobre el nopal no se posan los ruiseñores ni los zentzontles, a cantar romanzas de amor; tampoco lo envuelven con sus colores las parvadas traviesas de las mariposas; pero en cambio, sobre las pencas bravías, se suelen posar las águilas para estrangular serpientes.

Y como la vida del artista es una lucha perpetua ,el nopal tiene que ser la alegoría irreprochable de los cruzados de la Belleza. Te ha enseñado mucho y te seguirá enseñando a ser orgullo so, impulsivo y tenaz. Cada vez que recibas un gol pe y sufras un desencanto, acuérdate de la planta heroica y piensa que siempre se puede seguir hacia adelante; siempre el empuje de las raíces pue de romper la dureza de las rocas; siempre se puede sacar alimento del aire; siempre se puede pres cindir de la voluptuosidad y del placer; siempre se puede incrustar en las llanuras más áridas y monótonas, el estremecimiento glorioso de la vida universal!

* * *

EL HIMNO NACIONAL

BOCANEGRA Y NUNO

Señor Ministro de Educación Pública,

Señoras y señores:

La noble e industriosa ciudad de Monterrey me ha conferido la honrosa comisión de ofrendar a la patria, este pequeño monumento destinado a señalar el sitio preciso en donde reposan los huesos de Francisco González Bocanegra y Jaime Nunó, aquellos dos inspirados que compusieron el canto heroico que compendia nuestra nacionalidad. Así como la bandera de Iguala, es la patria convertida en una fiesta de colores, así también el Himno es todo México unificado por el Verbo y diluído en la gloria de la armonía.

Nació el Himno Nacional en uno de los periodos más aciagos de nuestra historia. Apenas había transcurrido un lustro de la guerra desastrosa con los Estados Unidos y se completaba la mutilación doliente de 1848, con la venta criminal de la Mesilla. El caudillo fanfarrón y pintoresco que deslumbró a nuestros ingenuos antepasados, con sus desplantes y arrogancias de héroe teatral, llegaba a su ocaso, acentuando la nota funambulesca. Más que un jefe de Estado, parecía el primer figurante de una farándula de caricatura. Cubriendo las dolencias nacionales, con los oropeles de una gloria falsificada; tapando las ruinas con frágiles decoraciones; gastando los millones que produjo la venta de la Mesilla, en las fiestas

de una corte de carnaval, Santa Anna acabó por provocar la indignación unánime del pueblo, que estalló en la renovadora revolución de Ayutla... El Himno de la patria nació en medio de aquella mascarada en agonía, mientras los celajes de oriente se teñían con los primeros arreboles de la Reforma.

No se podía sospechar en aquel ambiente angustioso, la forja viril de estrofas de acero. Es cierto que el Gobierno había convocado a los poetas y escritores, para que escribiesen la letra de un himno patrio; pero nadie esperaba del certamen literario, una obra maestra, por la sencilla razón de que los dechados no suelen surgir en los Juegos Florales. Por otra parte, no era improbable que el déspota diera orden de que se otorgase el premio a una canción aduladora que, con sus notas zalameras, saludase a su "alteza serenísima", como las marchas reales, saludaban la majestad de los monarcas europeos. Pero . . . se realizó un milagro, o para hablar más propiamente, se realizaron tres milagros sucesivos; primero, un poeta con alientos de epopeya, se presentó en la justa lírica; segundo, el Gobierno no deshonró el torneo con una consigna odiosa; y tercero, el jurado concedió el premio a quien lo merecía, en vez de mostrar ese criterio obtuso que caracteriza a casi todos los jueces literarios.

González Bocanegra traía en su carcaj, flechas fulgurantes, dignas de figurar en la aljaba de Apolo. Verbo claro, lenguaje transparente, símiles sencillos, metáforas vivas que se introducían en el alma popular, con la facilidad con que la hoja del arado se introduce en las entrañas de la madre tierra. Su canto contrastaba con la situación imperante: ésta era de abatimiento, de relajación y de egoísmo, y el bardo potosino, con su estro optimista y generoso, convidaba a la unidad por medio de la abnegación. Decía a la patria, en su primera estrofa, que todos sus hijos eran soldados, prestos a defenderla; y en su última estrofa,

sólo reclamaba "un sepulcro de honor" para los mártires. El momento era para sollozar como Ovidio, y González Bocanegra parecía ser una nueva encarnación de Tirteo, cuyo canto, en vez de perderse en el estruendo de una batalla, se iba a escuchar en todos los tiempos, como la rapsodia definitiva de la nacionalidad.

Jaime Nunó colocó sobre la pieza literaria, una diadema de melodías inmortales. Completó la obra del poeta, poniendo al coro, una música grandiosa como la Marsellesa; y a la estrofa, una cadencia fina, impregnada de religiosidad. El coro es de bronce y la estrofa de cristal; el coro tiene alientos de huracán, y la estrofa, ternuras de plegaria; el coro merece ser tocado por las trompetas que derribaron las murallas de Jericó y la estrofa merece la majestad imponente del órgano... La combinación del grito épico y la nota mística se metieron en el alma de nuestras muchedumbres, como se meten las cosas que quedan adentro para siempre. Y fueron el verbo de González Bocanegra y la música de Jaime Nunó, como dos alas de arcángel que permitieron a nuestros espíritus levantarse de la tierra y volar hasta las estrellas!

Cuando el Himno se cantó por primera vez, el 16 de Septiembre de 1854, el pueblo sintió algo semejante a lo que debe haber sentido la virgen María, cuando el arcángel Gabriel le anunció que llevaba la Divinidad en sus entrañas. Casi ha transcurrido un siglo y los mexicanos seguimos sintiendo, a su mágico conjuro, que circula fuego por nuestras arterias; que se iluminan nuestras frentes, que se ensanchan nuestros corazones y que se estiran y afinan nuestros nervios, como si fueran las cuerdas de una lira heroica. Y nos parece que el Himno no se limita a absorbernos por entero, sino que también condensa los ritmos y hasta los silencios majestuosos de nuestra naturaleza; que corre en las aguas de nuestros ríos, que circula en la savia de nuestros árboles, que murmura en la caída de las hojas, que revienta en los bor-

botones de los manantiales y ruje en el estruendo de las cataratas. Y todavía más: el Himno nos hace sentirnos partículas de un todo gigantesco que abarca nuestro pasado íntegro y se proyecta luminosamente en el porvenir. Y llegamos a pensar que el Himno se condensó en 1854, pero que, desde muchos siglos antes, sus fragmentos errantes y dispersos, volaban en torno de nuestros antepasados; y de esta guisa, no sería improbable que uno de los compases de la estrofa, fuese cantado por los zentzontles que, con sus trinos, conducían a la tribu de Tenoch; y que, alguna nota marcial del coro resonara en el caracol vibrante de Cuauhtémoc!

Y cosa extraña: los autores de este milagro no se prodigaron en otras canciones. Cuenta un biógrafo de González Bocanegra, que fué un poeta inspirado, un orador elocuentísimo y un autor dramático que estrenó dos tragedias en el antiguo Teatro Nacional; pero ninguna de estas obras se abrió paso hasta la posteridad. Y lo mismo puede decirse de Nunó: lo más probable es que haya compuesto algunas marchas, mazurcas, danzas y demás cadencias que estuvieron en boga, durante la centuria pasada; pero todo se perdió en los aluviones implacables del tiempo. Queda pues, el Himno Nacional, como única creación de aquellos dos espíritus extraordinarios. ¡Mejor! El que vuela una vez, como cóndor, no debe ya volar de otra manera: quien pisa las nieves de una cumbre debe quedarse allí, para tener siempre, la montaña como pedestal; la leyenda que atribuye a los cisnes un solo canto, dice que ese canto es superior a todas las otras armonías de la Naturaleza. Por eso es providencial que González Bocanegra y Nunó, se encuentren desprendidos de toda producción mediocre y vinculados únicamente con la grandeza del Himno Nacional!

Fueron los padres del canto máximo de México, dos peregrinos del arte que avanzaban oscuramente por rutas diversas; cada uno traía el com-

plemento espiritual del otro y, por lo mismo, al encontrarse, produjeron la obra perfecta. Uno era el acero y el otro el pedernal: con el contacto se encendió la chispa divina. Después de 1854 los dos se perdieron en la bruma anónima de la multitud, como si hubieran querido significar que habían venido al mundo, únicamente para aquella intersección gloriosa. Necesitaron unirse para vivir el "momento eterno" de Alfredo de Musset; para emprender el vuelo alciónico de que habla Carlos Baudelaire. Sin González Bocanegra, el espíritu de Nunó no habría sentido la ráfaga de una inspiración titánica; y sin la música excelsa del compositor catalán, la inspiración lírica del bardo potosino se vería como una reina sin su diadema.

Se encontraron en el mundo, por obra de una de esas citas misteriosas que concierta el Destino, para la realización de empresas sublimes. La cita de Cristo con el Bautista, en el río Jordán, determina el nacimiento de una religión; el encuentro de Colón con Isabel la Católica, le permite descubrir la América; de la cita de Juana de Arco con los ángeles, emerge la liberación de Francia. Así fué el encuentro de Bocanegra con Nunó: uno traía la luz del sol; el otro portaba los cristales de la lluvia; ¡y de la conjunción gloriosa emergió el arco iris de la patria!

En estos momentos lo que más importa subrayar en el Himno es que, desde su primero hasta su último verso, empuja a los mexicanos a la abnegación y al sacrificio. Es hermano del Evangelio y, por lo mismo, constituye un sacrilegio desconocerlo. Hace siete años, encontrándome de paso en la ciudad de Monterrey, algunos de los que ahora me escuchan se hallaban alarmados por la insolencia cada vez mayor de los sectarios que osaban colocar el estandarte rojinegro sobre la bandera de Iguala, y la Internacional sobre el Himno de Bocanegra y de Nunó. Me invitaron para que defendiera los símbolos de México y recuerdo haber-

les dicho que, aunque la blasfemia era imperdonable, no entrañaba el menor peligro para la nacionalidad. Para sostener aquella convicción, puntualicé claramente que quienes tremolaban el lábaro soviético venían pidiendo algo: mejores salarios, habitaciones limpias, seguros contra accidentes y de vida, hospitales y escuelas. Y aunque todas estas reclamaciones sean justas, no le quitan a quienes las hacen el carácter de peticionarios. Ahora bien, en este Cinco de Mayo, justo es recordar que, cuando Ignacio Zaragoza tremolaba la bandera tricolor, en los cerros de Loreto y Guadalupe, no pedía absolutamente nada; y por más noble y santa que sea una petición, siempre hay una gran diferencia entre el que pide y el que da.

El mismo desinterés que inspira el estandarte de Iguala, palpita en las estrofas del Himno Nacional. En éstas no se habla de "conquistas", sino de dádivas generosas. México no es la obra de hombres prácticos, sino la construcción continuada de los obreros del pensamiento y de la acción, que trabajaron sin esperanza de recompensa. Esta patria nuestra no fué hecha por los que piden, sino por los que dan. En la forja gigantesca entraron las lágrimas de Hernán Cortés, los fragmentos carbonizados de los pies adoloridos de Cuauhtémoc, la palabra ardiente del obispo Las Casas, la prédica de los misioneros franciscanos, la inspiración de Juana Inés de la Cruz, los cadalsos de Hidalgo y de Morelos, los bronces de Juárez y de Zaragoza, de Díaz y de Escobedo, el pensamiento de Altamirano, de Barreda y de Sierra; la sangre de los mártires y los huesos de cientos de generaciones. Y aunque los impacientes pregonan que el Evangelio es reaccionario y la abnegación es un arma que emplean los explotadores para oprimir, el Himno nos recuerda siempre que, delante de la patria, no hay más que una actitud decorosa y esa es, la de las renunciaciones totales.

Colofón del Libro

LA TEORIA DEL HEROISMO PERJUDICIAL

UNA IMPROVISACION DE SOBREMESA

Hace alderredor de 30 años, nos citamos a comer en el espléndido restaurante que tenía en la Ave. Juárez, frente a la Alameda, mi grande amigo Abel Saldívar Tapia, varios mexicanos que habíamos pasado largos años en el destierro. El grupo se componía de 15 a 20 comensales, y se destacaban don Toribio Esquivel Obregón, don Manuel Calero, don Rafael Martínez Carrillo y don Manuel Garza Aldape. Entre los demás, hubo uno que influenciado literariamente por el travieso autor de "El Jardín de Epicuro", se puso a despotricar en contra de los héroes, sin discriminar a los auténticos de los falsos. Yo me permití contestarle que las tesis de Anatole France eran encantadoras, pero que no debían tomarse en serio. Con ese motivo, se generó una discusión amable en la que procuré demostrar que el peligro no estaba en los héroes que querían mandar, sino en los pueblos que estaban dispuestos a obedecer.

Al levantarnos de la mesa, don Toribio Esquivel Obregón y don Rafael Martínez Carrillo me sugirieron que

le diese forma a la improvisación que acababan de oír. Apoyó esta idea el propio comensal que había hablado irreverentemente de los inmortales, y con estos nobles estímulos, al llegar a mi oficina, le dicté a mi secretaria estos renglones que me parecen el colofón indicado de un libro consagrado a los héroes.

Anatole France dijo una vez que nada había peor que un héroe, después de consumado el heroísmo. Con esto daba a entender que todo capitán triunfador, se hace pagar muy caramente sus laureles. Julio César cobró por la conquista de las Galias la disolución del Senado y por consiguiente, el poder absoluto de Roma. Napoleón Bonaparte le debió el trono a sus victorias en Dego, Arcola, Rívoli y Marengo. En la América, en escala mucho menor, la fuerza de los caudillos estuvo ligada a una hazaña épica. El General Páez fué dictador de Venezuela, porque Bolívar lo consagró como héroe, en la sabana de Carabobo; Santa Anna se hizo dueño de nuestro país, porque derrotó a Barradas en Tampico y se batió con los franceses en Veracruz; el General Díaz luchó bizarramente contra los invasores de México, en el Cinco de Mayo, en Miahuatlán y en la Carbonera, y precipitó la caída del Imperio, con el asalto de Puebla, el dos de Abril; y el país correspondió a estos servicios, entregándole sus destinos, durante un tercio de centuria.

En vista de estos antecedentes y de muchos otros parecidos, que se podrían invocar, los escépticos sustentan la tesis falsa del heroísmo perjudicial. ¡Y no! El héroe es siempre un vigorizador de su pueblo, y si algunas veces degenera en tirano, el mal no radica en sus laureles, sino en las muchedumbres que se le entregan. Mientras el pueblo conserva sus virtudes cívicas, no hay vencedor que lo pueda sojuzgar. Escipión el Africano realizó la estupenda proeza de derrotar a Aníbal;

pero Roma no se le entregó, como tampoco Inglaterra abdicó de sus derechos, para doblar la rodilla, delante del Duque de Wellington, que había vencido a Bonaparte. Así pues, no es el héroe sino el pueblo mismo quien burila el despotismo que lo habrá de oprimir.

Para convencerse de esta triste verdad, basta recordar el desfile de los tiranos opacos y descoloridos: el doctor Francia, en Paraguay; Ulisis Heraut, en Santo Domingo; Estrada Cabrera, en Guatemala . . . Los laureles no tienen la culpa de que las muchedumbres quieran ser esclavizadas. Cuando Fernando Séptimo regresó a España en 1814, las turbas que lo rodeaban, pedían el retorno de las cadenas. Y ese anhelo de servidumbre no podía haber nacido de la admiración, porque Fernando había hecho todo lo posible por merecer el desprecio popular. Inepto, cobarde e indigno, no tenía uno solo de los atributos que puedan fascinar a las muchedumbres; pero cuando éstas quieren ser tiranizadas, se entregan locamente a quien las quiera dominar. Entre los dictadores contemporáneos, no hay uno solo que pueda envolverse en resplandores de leyenda. Italia suspiraba por la mano de hierro; si Armando Díaz hubiese sometido a las multitudes, ellas habrían quedado satisfechas; pero como el Generalísimo no pensó nunca en ser dictador, el pueblo aceptó al primero que se le presentó que fué Benito Mussolini. En Alemania pasó lo mismo; las masas eligieron Presidente al Mariscal Hindenburg, y éste habría sido el déspota anhelado, si lo hubiera querido; pero el viejo veterano, ya al borde de la sepultura, no se podía ocupar en concentrar todos los poderes. Entonces, el pueblo buscó otro amo y lo encontró en Hitler, que nada notable había hecho durante los cuatro años de la guerra. Es mentira, pues, que los héroes sean peligrosos: el peligro de las tiranías se encuentra en los ciudadanos que se resuelven a renunciar a todos sus derechos.

¿Quién fué Stalin, antes de ser dictador? Un político insignificante. ¿Y Getulio Vargas, el dictador del Brasil? Lejos de haber ganado la batalla de Marengo, ni siquiera es hombre de armas. El caso más curioso de esos dictadores sin laureles, lo presenta Fulgencio Batista, que solo era un taquígrafo con el grado de sargento, y que de allí pasó a manejar los destinos de Cuba.

Conste que, al negar la cualidad heroica a los dictadores del mundo actual, no me mueve la intención de menospreciarlos. ¡No! Lo que me interesa únicamente es refutar la tesis de que los héroes son perjudiciales. Algunos capitanes ilustres se transforman en déspotas; pero como también los que no son héroes, establecen gobiernos tiránicos, es injusto ver en cada proeza, el peligro de un futuro despotismo.

Los Estados Unidos se iniciaron en la vida independiente, conducidos por un héroe auténtico: Jorge Washington. Luego, la guerra civil de 1861 dió oportunidad para que se destacara un gran capitán: el General Grant.

Por otra parte, son raros los héroes que aspiran al poder, pues la mayoría de ellos encuentra en la gloria, la compensación suprema de sus hazañas. A Milciades le bastó ser el paladín de Marathón, como a Cincinato, haber salvado a Roma. Cuando Páez le sugirió a Bolívar que restaurase el trono de los incas, el héroe de Junín contestó que por ningún motivo profanaría su título de Libertador. Nelson no murió en Trafalgar, luchando por la conquista de un trono, sino prestándole un servicio a su Patria.

Y lo mismo puede decirse de infinidad de héroes desinteresados que, a diferencia de lo que Anatole France creía, después del heroísmo máximo, supieron ser irreprochables ciudadanos. El burlón incorregible de "El Jardín de Epicuro" pudo ver en el ocaso de su vida, que el Mariscal Joffre Generalísimo Foch no se conformó con servir a

su Patria, sino que puso su noble espada a disposición de todas las naciones aliadas. ¡Y no le cobró a Francia la epopeya del Marne. El pasó ninguna cuenta de dinero ni de poder, por el servicio prestado!

No, el heroísmo nunca ha sido germen de tiranía. Las muchedumbres, como las mujeres, cuando son Lucrecias, resisten todas las tentaciones; y cuando son livianas, no hay necesidad de que don Juan Tenorio las enamore, porque se entregan a . . . ¡cualquiera!

★ ★ ★

MEXICO INTEGRAL

Como síntesis de este libro, deseo terminarlo con el siguiente artículo que publiqué el año de 1936, en varios periódicos, y cuyos párrafos más notorios he metido en múltiples arengas que no pasarán a la Historia. Amo a mi Patria en sus excelsitudes y en sus caídas, en sus sonrisas y en sus lágrimas, en sus aciertos y en sus errores, en sus cumbres y en sus abismos, en sus éxtasis y en sus tragedias, y por lo mismo, no concibo a México con criterio banderizo y unilateral. Al pasar revista a nuestro pasado, veo una lucha perpetua: indios contra conquistadores, insurgentes contra realistas, liberales contra conservadores, republicanos contra imperialistas... y la lucha va a seguir, seguirá indefinidamente, porque si la Patria se ha formado con rivalidades y pugnas, con pugnas y rivalidades también, va a continuar avanzando en su proceso sempiterno de crecimiento y depuración.

La contienda puede terminar con la muerte, pero puede también vigorizar y engrandecer a los combatientes. Para admirar a Aquiles, se requiere admirar también a Héctor y por eso es que los griegos los juntaban en la misma veneración. Así también los

mexicanos: sin prescindir del culto de los héroes máximos, deben tener siempre ante sus pupilas, la visión magnífica del México integral.

★ ★ ★

"Para que Francia sea Francia, es preciso que Gerardo de Nerval sueñe y que Bolieau diserte; es preciso que Bossuet truene y que Verlaine suspire. Para que nuestro país sea el sorprendente país que todos admiramos, tenemos que saludar sucesivamente a Pascal y a Diderot a Paul Claudel y a André Gide". Con estas nobles palabras se refirió a la universalidad de la literatura francesa, el ilustre polígrafo George Duhamel, en el discurso que pronunció recientemente, con motivo de su recepción en la Academia de los cuarenta inmortales.

Este criterio generoso que abarca todos los matices del pensamiento, me ha hecho considerar con tristeza el hermetismo mexicano que no admira ni respeta la obra de los que laboran fuera de la secta. Si Duhamel se hallara entre nosotros, nos diría más o menos lo que sigue: para que México sea México, es necesario que Ignacio Ramírez ataque con saña a los conquistadores españoles, y que Toribio Esquivel Obregón los defienda; que Carlos María Bustamante ensalce a los héroes de la Independencia y que Lucas Alamán los analice despiadadamente; que Francisco Bulnes sea irreverente con Juárez y que Justo Sierra, por lo contrario, le dedique un suntuoso panegírico; que Altamirano adore la República y Gutiérrez Estrada la deteste; que Peón Contreras cante la gloria de Hernán Cortés, y Amado Nervo la de la raza de bronce; que Juan José Baz sea sacrílego y Federico Gamboa sea católico; que Díaz Mirón sea impetuoso y Gutiérrez Nájera, dulce y apacible; que, en una palabra, el espíritu nacional se manifieste en toda clase de antítesis, y se destaque como un diamante, cuyas múltiples facetas intensifican sus fulguraciones.

Lo que hace interesante a un pueblo, es la variedad de sus matices. Pretender que todos los hombres piensen en la misma cosa, y de la misma manera, es empequeñecer el alma nacional. Sin embargo, en este momento histórico, abundan las gentes, cuya aspiración, es reducir todos los valores mentales a un común denominador, es decir meter todos los espíritus dentro del mismo cartabón. Mal podríamos criticar esa tendencia retrógrada en nuestro país, de escasa tradición intelectual, cuando vemos que la tienen algunos pueblos europeos que, por respeto a su abolengo clásico, no deberían renegar de la Libertad.

Compárese la fórmula de Duhamel, dentro de la cual caben todos los credos, con ésta que podrían suscribir los reclutas del Bolchevismo o del Nazismo: "Para que Rusia sea Rusia, se requiere la proscripción de Merejkowsky; para que Alemania sea Alemania, es necesario que Einstein cambie de nacionalidad; para que Italia sea Italia, es menester que Guillermo Ferrero viva en el ostracismo". Tanto en Rusia como en Alemania e Italia, parece que el ideal de nacionalidad consiste en formar una masa uniforme y monótona, cuyos integrantes visten del mismo color, se saludan con el mismo ademán, piensan en el mismo programa, alientan las mismas ambiciones y marchan al mismo paso, al son del mismo tambor.

El mundo entero ha visto, en las pantallas del cine la inauguración de los Juegos Olímpicos de Berlín, en donde cien mil gentes extendían su brazo, en la misma postura; y aunque no se puede negar la grandeza del espectáculo, me parecen más interesantes las muchedumbres desordenadas de nuestras plazas de toros, en donde cada quien aulla y grita como le da su regalada gana. Cuando enfrente de una porra no se levanta una contraporra, el aspecto del pueblo es de una monotonía desesperante.

Claro está que durante una lucha y enfrente

de un enemigo implacable, hay que renunciar al criterio amplio. El soldado debe ser unilateral y hermético. Cuando los ejércitos del Kaiser invadieron el territorio francés en 1914 el maestro Saint Saens propuso que la música alemana quedase proscrita de Francia; pero si esa medida se explica como necesidad momentánea, todo espíritu culto tiene que rechazarla cuando pretende erigirse como cosa perpetua.

Para que México sea México, es preciso que no se nuble ninguno de sus horizontes ni se cierre ninguna de sus perspectivas. En la formación del alma nacional, contribuyeron lo mismo los aztecas heroicos que defendieron su solar, que los soldados de acero que lo conquistaron. Y aunque se pretenda ver en nuestra historia, un desfile uniforme y rutinario, es una caravana multicolora y trágica, en donde se mezclan los aventureros crueles que le quemaron las plantas a Cuauhtémoc con los sacerdotes sanguinarios que ofrendaban corazones humeantes a Huitzilopoxtli; los virreyes austeros que administraban la Colonia con probidad y templanza, con los encomenderos ávidos que explotaron bárbaramente a las tribus conquistadas; los curas que dejaron el altar de Cristo, para empuñar la espada e iniciar la gesta de la Independencia, con los realistas recalcitrantes que pretendieron aplastar el culto de la Virgen de Guadalupe, con la adoración exótica de la Virgen de los Remedios; los varones venerables que se esforzaron por darle al país instituciones, con los soldados ambiciosos que se adiestraron en el arte de los cuartelazos y las revoluciones . . . Todo eso, combinado y revuelto, es México, quiéranlo o no, los espíritus unilaterales que, en vez de mirar el conjunto de la Patria, se obstinan en ver nomás una de sus múltiples facetas.

Así es México y así debe ser. Tan mexicanos fueron los que proclamaron el Imperio de Iturbide, como los que lo fusilaron en Padilla. Integran nuestro pasado, lo mismo los congresistas de 1857,

que creyeron darle al país una Constitución definitiva, que los tradicionalistas que resucitaron al grito de "Religión y Fueros", para encender la Guerra de Reforma. Forman parte de la nacionalidad, los patriotas que lucharon contra los franceses en la jornada del 5 de Mayo, y los ultramontanos que fueron a Miramar, a ofrecerle el trono al Archiduque Maximiliano. Si se suprime en nuestro drama la personalidad de Cortés, resulta trunca la figura de Cuauhtémoc; si acabamos con Santa Anna, no hay manera de comenzar con Juárez. Para que México sea México, hay que aceptarlo sin restricciones en su terrible totalidad.

Quien pretenda arrancar de las letras francesas a Pascal, porque es cristiano, o a Diderot, por enciclopedista, comete una imperdonable mutilación. El alma nacional no es obra exclusiva de un partido ni mucho menos de un momento histórico, sino de todo un pueblo, a través de todas las edades.

* * *

La Patria Chica

LOS JUDIOS DE MONTERREY

En el año de 1934, el general Plutarco Elías Calles, se refirió despectivamente a los "judíos de Monterrey". Yo estaba entonces en el destierro, pero tan pronto como me repatrié, mis coterráneos me pidieron que defendiera a nuestro Estado natal. A eso se debió que pronunciara el siguiente discurso a principios de 1936, en el Teatro Zaragoza, que fué tomado taquigráficamente y publicado en el diario "EL PORVENIR".

Señoras y Señores:

Como en torno de la hostil expresión "Judíos de Monterrey", se han hecho muchos escándalos políticos, comenzaré por aclarar que esta conferencia no tiene la menor relación con las luchas enconadas que se libran por la conquista del poder. No quiero tener el menor contacto con los bandos contendientes que se disputan el Gobierno de nuestro Estado, y estoy plenamente seguro de que los partidos en pugna, tampoco quieren tener el más leve contacto conmigo. En este particular, voy a definir mi posición personal, con un gracioso episodio del cual me tocó ser testigo presencial.

Hace un cuarto de siglo, un periodista de la ciudad de México se hallaba en situación econó-

mica desesperante, y no veía el modo de mantenerse a flote. Un amigo suyo le hizo ver que un periódico de carácter radical, estaba atacando brutalmente al acaudalado español don Iñigo Noriega. Lo menos que le decía era esclavista encomendero. Aquella era pues, una oportunidad para salir en su defensa y conquistar de ese modo, la gratitud y estimación del prócer hispano, que como todo el mundo sabía, era espléndido con sus servidores y más espléndido aún con sus amigos. El periodista arruinado recogió datos, barajó números, se documentó ampliamente e inició una serie de artículos, en el primero de los cuales habló de las joyas de Isabel la Católica, las Carabelas de Colón, la bravura del Cid, la nobleza de Guzmán el Bueno; y por último dijo que el señor Noriega lejos de ser un explotador de nuestro pueblo, era un obrero incansable de la agricultura mexicana, un arquitecto formidable de la riqueza nacional. El día en que apareció este artículo, se presentó el secretario de don Iñigo en la redacción del periódico que lo había publicado, preguntando por nuestro sujeto. Este se presentó jubiloso, creyendo que había terminado el vía crucis de su pobreza. Fué llevado ante el señor Noriega, quien le recibió de mal talante, y cogiéndolo por la solapa del saco, le dijo en tono irritado: "Oígame usted, grandísimo tal, ¿cuánto quiere porque no me siga defendiendo?" Eso es exactamente lo que me pasaría a mí, si tuviera la peregrina ocurrencia de defender a alguno de los gallos de estaca que alzan su cresta altiva, en el palenque de la política nacional. Todos sentirían pavor de que los defendiera yo, porque mi palabra sería una friega reaccionaria; y aunque algunos necesitan de esa friega —conste que hablo en términos de botica— todos también la rehuyen, como los enfermos odian los medicamentos que receta el doctor.

Así pues, y de una vez por todas, esta no es una conferencia política. Y ahora voy a hacer otra aclaración en favor de la raza israelita, contra la

cual no tengo prejuicios ni prevenciones. Jamás he creído que haya pueblos de angelitos consagrados al bien exclusivamente, ni tampoco que los haya de protervos y malditos. Los espíritus superficiales desprecian a los judíos, fingiendo suponer que sólo sirven para amasar vastas fortunas; pero se han olvidado de que fué un judío Spinoza, quien ha levantado el pensamiento humano a las mayores excelsitudes; y que otro judío, Carlos Marx, fué quien formuló la protesta más candente en contra del régimen social fincado sobre el oro; y otro judío César Lombroso, quien ha señalado a la criminología, nuevas orientaciones, para obtener la anhelada justicia; que otro judío, Benjamín Disraeli, fué quien consolidó el imperio formidable de Inglaterra; y otro judío, Alberto Einstein, quien vió por primera vez el universo en movimiento, y sacudió por tanto las leyes estáticas de una ciencia petrificada; y otro judío Henri Bergson, quien libertó la filosofía de la ergástula positivista, para echarla a volar nuevamente por los campos ilimitados del espíritu. Judío fué Heine, el revolucionario de las letras; y Freud, el revolucionario de psicología; y Stravinski, el revolucionario de la música. En cualquier campo del pensamiento que escojamos, veremos a un judío trazando nuevos itinerarios y abriendo nuevas rutas para el porvenir. Así, pues, afirmar que la raza semita solo se preocupa por almacenar riquezas materiales, no pasa de ser una grosera vulgaridad.

Pero cuando se emplea el giro de "Judíos de Monterrey", no se piensa en Spinoza, ni en Einstein, en Lombroso ni en Marx........Lo que se quiere decir con toda malicia es que son usureros y que se enriquecen con la fatiga y el dolor del prójimo. Voy, pues, a pasear la mirada por esta tierra, para ver si es justificado el cargo que se le hace, de ser ingrata para el ensueño y de ser estéril para el Ideal.

Pero antes de referirme a esta región, voy a remontarme en busca de la raíz, de nuestra histo-

ria. Al sur de la cordillera cantábrica, se extiende en España, una comarca escueta y árida que liga a la heroica provincia de Asturias con los reinos de Castilla. Esa región pobrísima en productos agrícolas y mineros, ha sido opulenta en espíritu y mereció por el esfuerzo denodado de sus hijos, grabar en el escudo español, al lado de las heráldicas torres castellanas, el león rampante que simboliza la bravura indomable de nuestra raza.

Cuando los pobladores españoles, recién consumada la conquista, llegaron a estas tierras bravías y resecas, adivinaron que estaban destinadas a nutrir, no plantas delicadas de corolas frágiles, sino almas grandes y corazones fuertes; y evocando los paisajes sobrios y desemparados de la península ibérica, bautizaron la comarca con el nombre glorioso de Nuevo Reino de León. Y no se equivocaron: nuestro Estado no ha sido pródigo en riquezas materiales; pero sí es fecundo en esfuerzos generosos. La tierra de Nuevo León es árida para todo; menos para nutrir y fortificar espíritus. Aquí todo se produce con dificultad, menos el valor. Todo ha costado un sacrificio inmenso, menos el ejercicio noble de la lealtad y la práctica santa de la virtud.

No tenemos aquí mucho vigor en nuestra Naturaleza, porque todo el vigor se concentró en la voluntad pertinaz e inquebrantable de los nuevoleoneses; no hay oro en las montañas de nuestras minas, porque todo el oro se resumió en el alma de nuestro pueblo; las flores de nuestros jardines no ostentan mucho color ni perfume, porque todo el aroma y el colorido de nuestra comarca, se compendió gloriosamente en el alma diáfana de nuestras adorables mujeres.

Por eso no concibo mayor gloria que la de hacer el bosquejo de mi Estado natal. Yo miro a Nuevo León desde lejos, que es como se mira mejor. El hecho de haber pasado la mayor parte de mi vida fuera de esta tierra, me coloca en condiciones de apreciar mejor las virtudes de la Patria chica,

pues bien sabido es, que tanto los pueblos como las cordilleras, no pueden contemplarse en conjunto, sin que venga a diluir y azular sus bruscos perfiles, el encanto insustituible de la lejanía.

Lo más grande que hay en Nuevo León es la colectividad. Como la tierra es ingrata, los hombres han tenido que centuplicar sus energías para cultivarla. El clima cambiante y áspero ha bronceado las frentes y puesto una coraza dura sobre los sentimientos. Durante el verano, un sol reverberante y calcinador interrumpe el sueño más pesado con los dardos de fuego y obliga a los mismos epicureos a saltar del lecho desde la madrugada; y en el invierno, el frío azota como un látigo y pone a todo el mundo en movimiento. Y las gentes nacidas y criadas bajo el golpe diario de tamañas inclemencias, se adiestran desde la infancia a combatir contra la Naturaleza, a desafiar a la vida.

Mi viejo maestro el licenciado Francisco de P. Morales, en artículo que publicó el órgano de la Cámara de Comercio de esta ciudad, pintó la lucha perpetua en que vivieron los primitivos regiomontanos con las incursiones del comanche belicoso, del apache cruel, y del artero kikapoo. Y ha descri to cómo ante esa amenaza constante, tuvieron que vivir unidos, economizando sus provisiones con rigidez militar para no morir de hambre, respetándose mutuamente en sus derechos, para mantener compacto e indestructible el bloque de la colectividad. Aquí no había oportunidad para la molicie, ni ocasión para el placer ocioso. Como la Naturaleza no daba nada espontáneamente, los hombres adquirieron la costumbre de domar la tierra, a fuerza de constancia y de trabajo.

¡Acción! Eso es lo que caracteriza a los nuevoleoneses. Por la acción, únicamente por la acción, nuestro Estado consiguió colocarse en la vanguardia de la nacionalidad. Sin tener ríos caudalosos para regar nuestros valles, los campesinos se pusieron a sembrar las tierras, sin contar con

otra agua que la que podía venirles del cielo. Y así en tareas rudas y tenaces, fué como se cultivaron nuestros desiertos. Lejos de utilizar la aridez para llenar nuestros campos de maguelleras intoxicantes y embrutecedoras, nuestros labriegos realizaron el milagro de sacar el trigo y el maíz de los pedruzcos. Y consiguieron repetir el prodigio de Moisés, que al golpear con fe las rocas resecas, hacía que en ellas reventase el milagro de los manantiales.

Muy extendida se encuentra la idea falsa de que la riqueza de los pueblos está en relación directa con la productividad de las tierras. En verdad, el emporio industrial y agrícola no depende de lo que el suelo pueda dar, sino de lo que el hombre sabe extraer. Muchos países, ricos en recursos naturales, son focos de hambre y de miseria, en tanto que Alemania, con campos estériles e improductivos, logró crear la primera industria del mundo, y supo acumular elemenos suficientes para luchar con las demás naciones del planeta.

Es humano que quien crea una obra se enamora de ella, con orgullo paternal. Y el pueblo de Nuevo León empezó a ver su obra con orgullo. Había sido cosa suya, y mal podía verla con desairado despego. A ese amor a la cosa creada, es a lo que llaman espíritu israelita, los enemigos de nuestro Estado. No reflexionan que los usureros son parásitos sociales que explotan la miseria del pueblo, en tanto que los creadores de industria levantan el nivel de la sociedad. El agiotista es como pulpo que aparta su dinero del mundo: el hombre de empresa, por lo contrario, lo invierte en aventuras multiplicadoras de la riqueza nacional.

Así pues, cuando se dice que en Nuevo León se practica la economía con exceso, se puede contestar que esa economía ha sido la base del enriquecimiento colectivo. Y bien, el dinero es una

maldición cuando sirve para oprimir; pero es un elemento redentor, cuando estimula la virtud y dignifica la vida. Por eso los nuevoleoneses desdeñan la insubstáncial critica que se les hace, por su equilibrio económico, y continúan poniendo en producción toda clase de talleres. En muchos Estados de la República, los millones se apartan de la circulación ¡y a eso le llaman progreso! En Nuevo León, todo anda rodando continuamente, y no se emplea el becerro de oro para adorarlo: aquí el becerro no está en un altar, sino uncido al yugo y arrastrando el arado que rotura la tierra para que se cubra de flores y de frutos.

Naturalmente, la riqueza ha levantado a Monterrey sobre las demás ciudades de la República; y como los regiomontanos desean seguirla levantando a perpetuidad, sería un absurdo que se pusieran a despilfarrar lo que han acumulado en el transcurso de los años, y que constituye el cimiento de la prosperidad colectiva. Y a esa previsión se ha dado en llamarla miseria, mezquindad y tacañería . . .

¡No importa! El problema de todo el pueblo es crear riqueza, mucha riqueza pues solo con abundantes elementos se pueden cultivar los vergeles de una cultura superior. Los mercaderes de Atenas prepararon la gloria del siglo de Pericles; los traficantes de Venecia empujaron a Italia a los esplendores del Renacimiento; y los millonarios de New York han convertido esta metrópoli, en centro artístico del planeta.

La adhesión a los bienes materiales, que tanto se reprocha en las gentes de Monterrey, me hace recordar una anécdota del gran pensador Pascal, que con justicia se reputa como una de las cumbres del espiritualismo en el mundo. Nadie como el autor de las "Cartas Provinciales" ha puesto el pensamiento por encima de la materia. Sin embargo, no desdeñaba los placeres de la mesa, lo cual asombró a cierto individuo, que esperaba ver

en él a un asceta y por ningún motivo a un sibarita. Al mirarlo saborear con delicia un manjar exquisito y un vino añejo, exclamó desilucionado: "¡Con que también los filósofos gustan de estas cosas!" A lo que Pascal contestó: "¡Pues qué! ¿Acaso creías que Dios las hizo exclusivamente para los imbéciles?" No, mi querido amigo, también los que llevamos algo en el cerebro tenemos derecho a alguno que otro encanto de la vida. Algo semejante se puede decir a los críticos de Monterrey: también tienen derecho a las ventajas que proporciona el dinero, aquellos que lo han ganado con su trabajo.

Por supuesto que, calumniaría a esta ciudad quien osara decir que por un prejuicio económico se ha olvidado de sus deberes para con la Patria. ¡Eso nunca! Cada vez que la Patria se ha encontrado en peligro, el Estado de Nuevo León ha sido el sostén más firme de la nacionalidad. Cuando después del glorioso despertar de Ayutla, el general don Miguel Miramón, reviviendo épicamente los combates del menor de los macabeos en torno de las ruinas de Jerusalén, paseaba su estandarte invencible a través de la República, fué un nuevoleonés quien le infirió el primer descalabro, en el paso de Carretas y preparó el advenimiento de la libertad. Ese nuevoleonés, fué el general don Juan Zuazua quien clavó en nuestra historia, el primer trofeo liberal de la Guerra de Reforma.

Y cuando el mismo Miramón realizó un heroico esfuerzo de titán por restaurar el pasado, fueron los chinacos de Nuevo León que rodearon al general Zaragoza, quienes contuvieron el vuelo de ese genio en las sabanas de Silao y en las lomas de Calpulalpan. Seis años después, volvió el general Miramón a levantarse como un nuevo Ayax que reta a los dioses, para salvar el Imperio que se desmoronaba, y fueron los nuevoleoneses, Escobedo, Treviño y Naranjo, quienes paralizaron sus ímpetus, en el campo de San Jacinto y salvaron de esta guisa a la bandera republicana. El

general Miramón fué una figura magnética y avasalladora que, durante una década, llenó nuestra Historia con sus campañas fulgurantes; pero siempre tropezó con nuevoleoneses —con judíos de Monterrey— que le cerraron el paso. El último esfuerzo de aquel titán tradicionalista, fué el de romper el sitio de Querétaro; y como si nuestro Estado fuese escogido por el destino para enjaular aquella águila bravía, la columna de Miramón fué derrotada por los 800 carabineros de Galeana, que comandaba el Coronel Juan Doria. Nuevo León, siempre Nuevo León aparece en aquellas titánicas peleas clareando las rutas de la libertad y abriendo las puertas de bronce del porvenir. Por eso, cuando el Imperio de artificio y de oropel se vino abajo, tenía que ser un nuevoleonés el señalado por la Providencia, para recibir la espada del Archiduque Maximiliano. Y esa espada la recibió el general Escobedo, no para clavarla en el corazón de la Patria, sino para ponerla, sumiso y respetuoso, en la mano de bronce del indio inconmovible que forjó nuestras instituciones laicas!

Una vez pasada la tragedia que puso en peligro la soberanía nacional, Nuevo León se dedicó al trabajo, desentendiéndose de convulsiones intestinas de secundaria importancia.

Mucho han acusado a Monterrey de egoísmo regionalista; pero el regionalismo de aquí, no es regionalismo estrecho que pretende divorciarse de las demás comarcas para desintegrar el país, sino que es el regionalismo amplio y generoso que procura el mejoramiento de la provincia, para que sostenga mejor el peso de la nacionalidad. Todo el amor que inspira la Patria chica se refleja triunfalmente sobre la Patria grande. Hay un noble empeño de levantar a Nuevo León, para que México se levante todavía más.

En este altísimo propósito, lo mejor de la obra nuevoleonesa aún está por hacerse. Nuestro Estado ha parido titanes ilustres y obreros beneméritos

que han trabajado tenazmente en la integración del país; pero nos faltan cumbres excelsas de cultura, pues nuestras floraciones intelectuales, salvo excepciones honrosísimas, no han sido tan refinadas como las de otras comarcas. En efecto, no hemos producido poetas de la talla de Díaz Mirón ni de Amado Nervo; ni jurisconsultos como Ignacio Vallarta y Jacinto Pallares; ni historiógrafos como Lucas Alamán y Lorenzo de Zavala; ni músicos como Ricardo Castro y Manuel M. Ponce; ni pensadores sintéticos como Gabino Barreda y Justo Sierra. Pero en cambio, nuestra intelectualidad ha estado en mayor consonancia con el pueblo; se ha compenetrado mejor de las necesidades y aspiraciones de las muchedumbres y ha formado con ellas un todo congruente y armónico. En esa ponderación, en ese equilibrio de las diversas clases sociales, radican la solidez y agilidad del alma colectiva de Monterrey.

Hay una perfecta afinidad entre los componentes de nuestro pueblo. Ese fué el secreto de don Miguel F. Martínez, para formar en nuestro medio, maestros tan competentes y eficientes como Pablo Livas y Mariano de la Garza; Emilio Rodríguez y otros mentores que modelaron el alma de las pasadas generaciones. Don Miguel no gustaba diluirse en abstracciones intangibles, sino que entraba cálidamente en el sagrario estrellado de las almas. No se conformaba con enriquecer los cerebros, sino que se ponía también a cincelar los corazones. Los intelectuales del resto de la República formaban una especie de aristocracia que se apartaba de la multitud, para encerrarse en su torre de marfil. Los de Monterrey, por lo contrario, siempre han puesto empeño en ir a las masas y revolverse con ellas; sufren sin protesta las convulsiones de sus épocas y levantan sus espíritus, a manera de pararrayos, recibiendo las descargas de las tempestades sociales.

Y así, aunque Monterrey no ha producido una obra lírica tan fina y depurada como los "Poemas

Rústicos" de Manuel José Othón; ni discursos tan formidables como los de Don Francisco Bulnes; ni críticas tan diáfanas como las de Gutiérrez Nájera; ni alegatos tan contundentes como los de Emilio Pardo, ha realizado una obra mental que, sin ser excelsa, ha llegado hasta el corazón siempre ávido, del pueblo. Aquí la cultura no se ha inmo vilizado como la nieve de las cumbres, sino que se ha derretido piadosamente para bajar a fecundar las llanuras.

Y esta congruencia entre el intelectual y el obrero —que no puede destruir el demagogo— hace que Monterrey, sin cumbres gigantescas, presente un panorama seductor. Lo mismo pasa con los Alpes, cuyo pico más elevado, el Mont Blanc, no llega a 5,000 metros de altura. Si se colocara junto a los crestones del Himalaya o de los Andes, se miraría pequeño. Y sin embargo, la cadena alpina, sin llegar a alturas descomunales, presenta una serie de paisajes armónicos, más bellos e imponentes que los de cualquier otra cordillera del mundo.

Lo mismo pasa con los paisajes sociales; no se puede negar que los intelectuales máximos de la República, pertenecen a otros Estados; pero en ninguno de ellos se logra la solidaridad y la homogeneidad de nuestro espíritu social. Contemplada en conjunto, no hay alma tan bien burilada como la de Nuevo León.

El mejor comprobante de esta tesis, lo suministra el balance que presenta nuestro Estado en las últimas convulsiones revolucionarias. Quien haya recorrido el país de un extremo a otro, sabe que el territorio nacional parece un campo mutilado y yermo en donde se libró una batalla inmensa. Hay ciudades en las que casi no existe muro que no exhiba melancólicos desmoronamientos y lastimeras cicatrices. Por todas partes se ven árboles escuetos y hojarascas amontonadas. Todo se halla confundido y revuelto. Lo que estaba arri-

ba, yace por los suelos, humillado y vencido; en tanto que aquellos que se encontraban en los bajos fondos sociales, vagan coléricos y rencorosos por las alturas. Pues bien, en este general trastrocamiento de valores que ha afectado a toda la República, la familia regiomontana constituye una excepción. Aquí las sacudidas volcánicas, a pesar de haber sido intensas, no lograron remover los cimientos sobre los cuales se hallaba fincada la sociedad. ¿Por qué? ¡Ah! Porque en 1910, las gentes y las cosas de Nuevo León se encontraban aproximadamente en el sitio que les correspondía, mientras que en el resto de la nación, se violaban muchos derechos y se usurpaban muchas situaciones. Por eso, cuando faltó el apoyo de la Dictadura, se derrumbaron las posiciones falsas y quedaron en pie las posiciones sólidas. La de Monterrey era la más firme de todas, y por tanto, la que mejor resistió y ha resistido, los naufragios y terremotos sociales.

Es que en nuestro Estado prevalece la convicción de que es estéril el abuso y perjudicial el atentado. Nuestra tradición es de justicia y no creemos en otros enriquecimientos, que aquellos generados por el trabajo, bajo el amparo divino de la libertad. La armonía espiritual es nuestro más glorioso patrimonio; la congruencia y la ponderación que presiden nuestros destinos se deben al esfuerzo de los varones que poblaron estas tierras y luego, a la colaboración de nuestros guerreros y estadistas; de los contemplativos y de los hombres de acción; de los videntes que presintieron el porvenir y de los equivocados que se despeñaron lastimosamente en el fracaso. Por eso aquí, en Nuevo León el espíritu es tan sereno, que hasta el mismo Don Santiago Vidaurri tiene panegiristas. ¡Por supuesto que sí! A pesar de su magno error, salvó la causa de la libertad en la Guerra de Reforma, y sintetizó como nadie, el alma vigorosa de nuestro terruño.

Inclinémonos, pues, al paso de las sombras

venerables; lluevan rosas sobre el recuerdo del Padre Mier que, en el Congreso de 1823, señaló a México la ruta constitucional que mejor le convenía. No fué escuchado, y entonces él, con clarividencia suprema, como si sus pupilas estuvieran perforando las nieblas del porvenir, anticipó el balance trágico que se iba a recoger, por construir sobre utopias y sobre absurdos. Y aunque los enemigos de Monterrey tengan un motivo más para llamarlos judíos, la verdad es que el Padre Mier, habló como Isaías y como Job, y su profecía tremenda quedó incrustada en nuestros anales de bronce, como la mejor ofrenda que un nuevoleonés podría rendirle a la Patria, una Patria que apenas estaba naciendo y a la cual amaba ya con todo su corazón.

Honremos a nuestros guerreros; caigan los laureles sobre la memoria de Juan Zuazua, que fué impetuoso como Ayax; vuelque la leyenda todas sus palmas sobre Mariano Escobedo que sintetizó la prudencia de Néstor, con la majestad de Agamenón; agítense los tirsos florecidos ante Jerónimo Treviño que fué astuto como Odiseo, y ante Francisco Naranjo, que fué bravo como Diómedes. ¡Que lluevan mirtos ante las sombras de José María Mier y de Juan Guerra, de Pedro Martínez y de Lázaro Garza Ayala, que supo relatar la epopeya del Cinco de Mayo, con una sobriedad digna de los epitafios de Simónides! Y al lado de los paladines máximos, que reciban también nuestro homenaje, los lugartenientes de segunda fila, los luchadores anónimos, los soldados desconocidos . . .

Y junto con los atridas relampagueantes, exaltemos también a los varones fuertes de Plutarco, que contribuyeron a modelar y a vigorizar el alma de nuestro Estado. Entre esos civiles de alma de bronce, quiero hacer especial mención de don Genaro Garza García, porque su vida entera entraña un sacrificio tan grande, una renunciación tan heroica, que debe grabarse en nuestras concien-

cias, como se grabó en el alma romana, el ejemplo arrogante de Mucio Scévola. El prócer romano, al fracasar en su intento de matar al tirano, castigó su mano inepta, entregándola a la tortura de las llamas; y nuestro héroe regional, al palpar su derrota, se encerró austeramente dentro de sí mismo y entregó su espíritu para que ardiera perennemente en las llamaradas de sus propias convicciones. Convirtió su casa en un calabozo, más aún en la cripta de un cementerio. Desde afuera lo llamaban el halago magnánimo del César, que le proponía una reconciliación, el estruendo fascinante del progreso, la embriaguez seductora de la vida; pero don Genaro no oía nada, porque a semejanza de Carlos V, ya había presenciado sus propios funerales y estaba dignamente sepultado dentro de sí mismo.

Ya que hemos pasado revista de los nuevoleoneses que nacieron en nuestro suelo, tengamos también una palabra de amor para aquellos que vinieron de extrañas tierras y se injertaron en nuestro ramaje, y dejaron para siempre su espíritu entre nosotros. En ellos el amor que sintieron por nuestro terruño fué más meritorio que en nosotros mismos, porque sin encontrarse amarrados por viejas herencias, ni por nobles tradiciones, no vacilaron en vincularse con la aridez de nuestras campiñas y levantar sus tiendas en nuestros lares escuetos. Entre esos seres queridos que comenzaron siendo huéspedes y acabaron siendo nuevoleoneses, le corresponde el primer sitio, sin género de dudas, al invencible paladín don Ignacio Zaragoza. Nació en la faja del territorio que fué arrancada a México, en 1848, y vino muy niño a Monterrey. Aquí aprendió sus primeras letras; aquí tuvo los últimos candores de su infancia y tuvo también los primeros devaneos de su adolescencia; aquí se hizo hombre. El carácter de Nuevo León, se infiltró en el suyo; la fuerza de Monterrey se multiplicó en su corazón. Por eso lo reclamamos como un hijo predilecto de nuestro Es-

tado y reclamamos también un reflejo de su gloria, de aquella gloria inmarcesible que él supo cosechar al detener el vuelo de las águilas napoleónicas, en el esplendor del Cinco de Mayo.

Tampoco puede faltar en el desfile augusto, la figura de José Eleuterio González, que supo conquistar a Monterrey, con la devoción, el estudio y el amor. Vino de Jalisco, tierra rica, y se estableció en nuestra desamparada heredad, para llevar una existencia frugal. Cristalizó con su ejemplo, las máximas de Marco Aurelio y el Evangelio de Jesucristo; tuvo discípulos como Platón y les dejó la antorcha sagrada de su espíritu. Si el recuerdo de Zaragoza nos reclama un monumento de bronce, el de Gonzalitos merece la consagración inmaculada del mármol.

Por último hablando de Monterrey y de los varones ilustres que le dieron la vida, no sería lícito olvidar al constructor incansable que hace medio siglo vino también de Jalisco y nos ayudó a levantar el edificio de nuestro Estado. Fué un obrero tenaz que se vinculó con nuestro comercio y nuestra industria; que atrajo a Nuevo León grandes negociaciones extranjeras para que se enriquecieran y nos enriquecieran; que puso su espíri tu en las piedras de todas nuestras construcciones; que tenía a gloria, que algunos de sus hijos hubieran nacido en nuestro solar; y que tal vez, con la intención de abarcar a todos los regiomontanos en el amor de una sola mirada, incrustó su nido de piedra en una de esas cumbres de granito, donde según los versos épicos de Othón, las águilas indianas están cuidando las puertas de la Patria.

Yo fuí su adversario, pero no me quadaría con la conciencia tranquila si al defender el solar de mis mayores, no le tributara un recuerdo a quien lo supo amar tan fervorosamente. Por eso me acerco a la tumba del General Bernardo Reyes, no con un puñado de rosas propiciatorias, sino con la misma espada con que lo herí en vida; y esa es-

pada la rompo, y dejo caer los pedazos como el más devoto y conmovedor de los homenajes . . . !

Zaragoza, Gonzalitos y Reyes, prueban que no tenemos un espíritu estrecho e inhospitalario. El poeta Othón dijo en versos inmortales que tuviéramos las puertas cerradas al ultraje y al delito; pero cuando los peregrinos que tocan nuestra puerta, vienen con la intención de sumarse a nuestra obra, los recibimos con los brazos abiertos, y con el corazón más abierto todavía.

Pero como esta obra no se puede detener; como Monterrey está destinado a seguir creciendo y pasando por avatares de maravilla; como nada se ha hecho en comparación con lo que se puede hacer en el futuro, voy a terminar esta plática diciendo a los regiomontanos, que ya es tiempo de que vacíen su escarcela en obras de inmensa cultura; Monterrey no tiene los Colegios, ni las Bibliotecas, ni los Laboratorios, ni las Academias, ni los Centros de Arte que corresponden a su desarrollo económico. (*)

Las ciudades ricas están obligadas a producir obras de belleza inmortal, como las que produjo Venecia en el Renacimiento; y si faltan a ese deber, mueren infaliblemente como Cartago, que no dejó la más leve huella a la civilización. Urge, pues, que aparezcan en Nuevo León, los Mecenas que protegen a los Horacios; los Médicis que subvencionan a los artistas del Renacimiento, y los Carnegies que funden cadenas de Bibliotecas. Nuestros antepasados pusieron las raíces vigorosas

---

* Hay que tomar en consideración que este discurso se pronunció en 1936. Los nuevoleoneses no desoyeron la exhortación que se les hizo, y desde entonces a acá, han invertido muchos millones de pesos en el fomento de la Cultura. El Instituto Tecnológico de Monterrey es un milagro, y es otro milagro el desenvolvimiento de la Universidad de Nuevo León.

de Monterrey; nuestros héroes le dieron un tronco inmortal; nuestros hombres de empresa le han dado un follaje espeso y potente; y la planta venerable quedaría trunca si no se cubriera de flores y de frutos.

A cumplir este deber, este imperioso e inaplazable deber. Y entonces los llamados "Judíos de Monterrey", contestarán a sus censores con la respuesta elocuente de haber hecho de esta ciudad, una verdadera tierra de promisión.

Fué ayer la Jerusalén del heroísmo y del sacrificio; es hoy la Jerusalén de la industria y del trabajo y debe avanzar hacia el futuro, como la Jerusalén de la Cultura y del Arte . . . !

* * *

SUMARIO:

INTRODUCCION
Portada 5
México Prehistórico 25
El Estudio de la Historia 31

EL PANEGIRICO DE LA RAZA
La Proeza de Cristóbal Colón 47
La Obra Creadora de España 55

LOS TITANES DE LA CONQUISTA
Centenario de Cortés 69
Homenaje a Cuauhtémoc 81

MEXICO COLONIAL
El Milagro de las Flores 99
En el Congreso Franciscano 103
Bartolomé de las Casas 117
La Décima Musa 131
México Virreinal 139

LA EPOPEYA DE LA INDEPENDENCIA
En Honor de los Héroes 163
El Héroe de Cuautla 179
El Uniforme de Morelos 187
La Consumación de la Independencia 193
La Colonia Española y el Año de Hidalgo 207

BOLIVAR Y MARTI
En Honor de Bolívar 229
El Hombre de América 233
De Profundis 249
El Poeta Libertador 261

MEXICO INDEPENDIENTE
En Honor de los Niños Héroes 279
El Verdadero Juárez 285
Ignacio Zaragoza 293
La Aventura de Napoleón III en México 303
La Epopeya del Dos de Abril 315
Porfirio Díaz 323
Los Héroes Olvidados 339

ARRIBA DE LA EPOPEYA
Los Funerales de Carmelita 347

LOS SIMBOLOS MAXIMOS DE MEXICO
La Madre de los Mexicanos 357
El Día de la Bandera 365
El Símbolo del Nopal 371
El Himno Nacional 375

COLOFON DEL LIBRO
La Teoría del Heroísmo Perjudicial 383
México Integral 389

LA PATRIA CHICA
Los Judíos de Monterrey 397